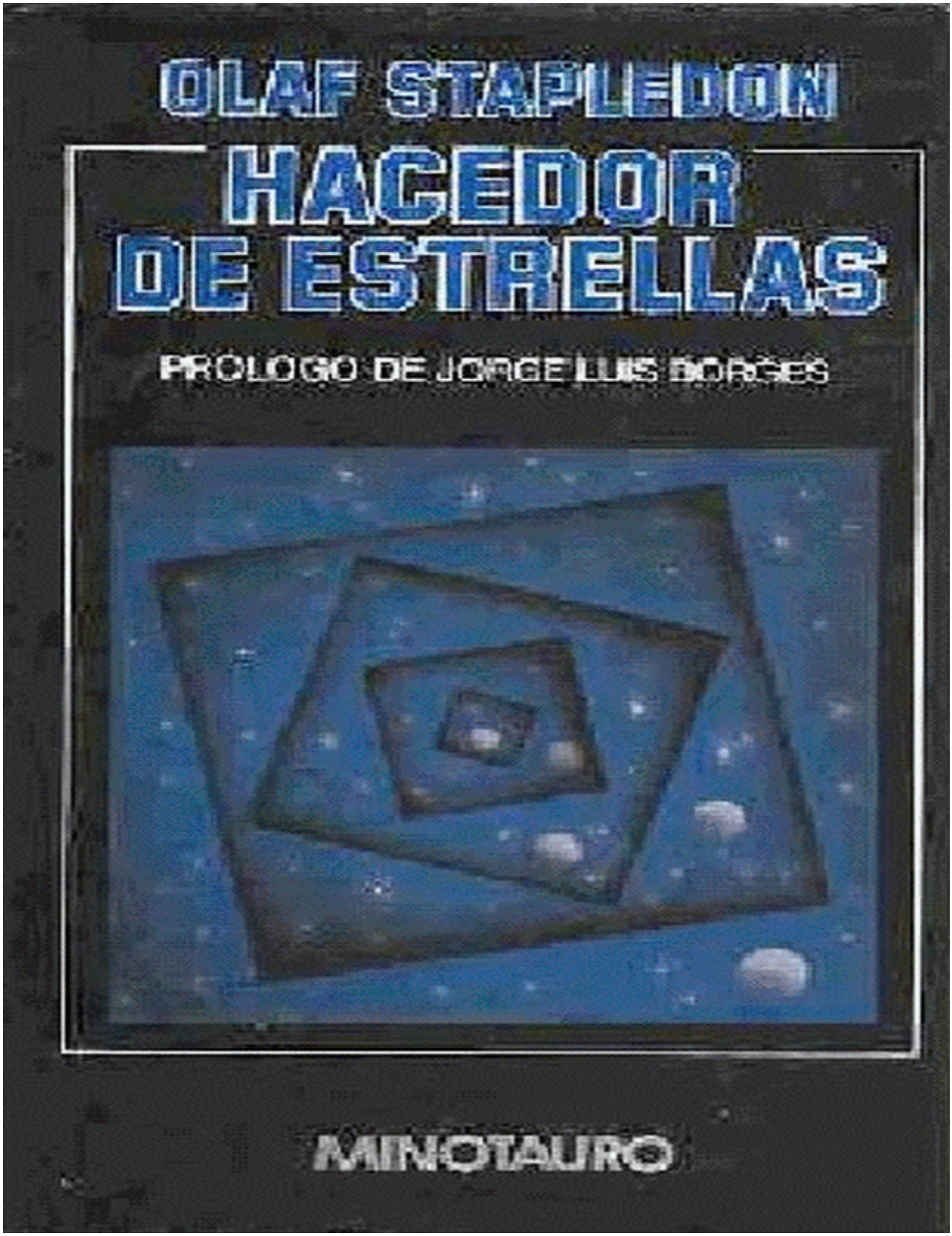
HACEDOR DE ESTRELLAS
Olaf Stapledon



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Nota preliminar

Hacia 1930, ya bien cumplidos los cuarenta años, William Olaf Stapledon abordó por primera vez el ejercicio de la literatura. A esta iniciación tardía se debe el hecho de que no aprendió nunca ciertas destrezas técnicas y de que no había contraído ciertas malas costumbres. El examen de su estilo, en el que se advierte un exceso de palabras abstractas, sugiere que antes de escribir había leído mucha filosofía y pocas novelas o poemas. En lo que se refiere a su carácter y a su destino, más vale transcribir sus propias palabras: «Soy un chapucero congénito, protegido (¿o estropeado?) por el sistema capitalista. Sólo ahora al cabo de medio siglo de esfuerzo, he empezado a aprender a desempeñarme. Mi niñez duró unos veinticinco años; la moldearon el Canal de Suez, el pueblito de Abbotsholme y la *Universidad de Oxford*. Ensayé diversas carreras y periódicamente hube de huir ante el inminente desastre. Maestro de escuela, aprendí de memoria capítulos enteros de la «Escritura», la víspera de la lección de historia sagrada. En una oficina, de Liverpool eché a perder listas de cargas: en Port Said, candorosamente permití que los capitanes llevaran más carbón que el estipulado. Me propuse educar al pueblo: peones de minas y obreros ferroviarios me enseñaron más cosas de las que aprendieron de mí. La guerra de 1914 me encontró muy pacífico. En el frente francés manejé una ambulancia de la Cruz Roja. Después: un casamiento romántico, hijos, el hábito y la pasión del hogar. Me desperté como adolescente casado a los treinta y cinco años. Penosamente pasé del estado larval a una madurez informe atrasada. Me dominaron dos experiencias: la filosofía y el trágico desorden de la colmena humana... Ahora, ya con un pie sobre el umbral de la adultez mental, advierto con una sonrisa que el otro pisa la sepultura».

La metáfora baladí de la última línea es un ejemplo de la indiferencia literaria de Stapledon, ya que no de su casi ilimitada imaginación. Wells alterna sus monstruos -sus marcianos tentaculares, su hombre invisible, sus proletarios subterráneos y ciegos- con gente cotidiana; Stapledon construye y describe mundos imaginarios con la precisión y con buena parte de la aridez de un naturalista. Sus fantasmagorías biológicas no se dejan contaminar por percances humanos.

En un estudio sobre *«Eureka»* de Poe, Valery ha observado que la cosmogonía es el más antiguo de los géneros literarios; pese a las anticipaciones de Bacon, cuya *«Nueva Atlántida»* se publicó a principio del siglo XVII, cabe afirmar que el más moderno es la fábula o fantasía de carácter científico. Es sabido que Poe abordó aisladamente los dos géneros y acaso inventó el último; Olaf Stapledon los combina, en este libro singular. Para esta exploración imaginaria del tiempo y del espacio, no recurre a vagos mecanismos inconvincentes sino a la fusión de una mente humana con otras, a una suerte de éxtasis lúcido, o (si se quiere) a una variación de cierta famosa doctrina, de los cabalistas, que suponían que en el cuerpo de un hombre pueden habitar muchas almas, como en el cuerpo de la mujer que está por ser madre. La mayoría de los colegas de Stapledon parecen arbitrarios o irresponsables; éste, en cambio, deja una impresión de sinceridad, pese a, lo singular y a veces monstruoso de sus relatos. No acumula invenciones para la distracción o el estupor de quienes lo leerán; sigue y registra con honesto vigor las complejas y sombrías vicisitudes de su sueño coherente.

Ya que la cronología y la geografía parecen ofrecer al espíritu una misteriosa satisfacción, agregaremos que este soñador de Universos nació en Liverpool el 10 de mayo de 1886 y que su muerte ocurrió en Londres el 6 de septiembre de 1950. Para los hábitos mentales de nuestro siglo, *«Hacedor de estrellas»* es, además de una prodigiosa novela, un sistema probable o verosímil de la pluralidad de los mundos y de su dramática historia.

Jorge Luis Borges

Prefacio

En un momento en que Europa corre peligro de una catástrofe mayor que la de 1914, este libro podría considerarse una inútil distracción; la defensa del mundo civilizado contra el barbarismo moderno es hoy desesperadamente urgente.

Año tras año, mes tras mes, la situación de nuestra fragmentaria y precaria civilización es más y más grave. El fascismo es cada vez más temerario y despiadado en sus aventuras internacionales, se muestra más tiránico con sus propios ciudadanos, más bárbaro en su desprecio de la vida de la mente. Aún en nuestro propio país hay razones para temer una reciente tendencia a la militarización y a la restricción de las libertades civiles. Pasan además las décadas, y no se da ningún paso decidido para aliviar la injusticia de nuestro orden social. Nuestro gastado sistema económico condena a millones a la frustración.

En estas condiciones es difícil para los escritores cumplir su vocación con coraje y equilibrado juicio a la vez. Algunos se contentan con encogerse de hombros y abandonan la lucha central de nuestra época; cierran las mentes a los problemas más vitales del mundo e inevitablemente producen no sólo obras que no tienen ningún significado profundo para sus contemporáneos sino que son también sutilmente insinceras. Pues consciente o inconscientemente, estos escritores deben obligarse a pensar que no hay una crisis en los asuntos humanos, o que esa crisis es menos importante que sus propias obras, o que simplemente no les concierne. Pero la crisis existe, y es de suprema importancia, y nos interesa a todos. ¿Hay acaso algún hombre inteligente e informado que pueda sostener lo contrario sin engañarse a sí mismo?

Sin embargo, siento una viva simpatía por algunos de esos «intelectuales» que declaran no poder contribuir de ningún modo útil a la lucha, y no poder hacer nada mejor que no meterse en ella. Yo soy en verdad, uno de ellos. Pero yo defendería esa posición diciendo que aunque nuestro apoyo a la causa sea inactivo o ineficaz, no la ignoramos. Ella es en realidad nuestra constante y obsesiva preocupación. Pero luego de repetidos y prolongados ensayos nos hemos convencido de que nuestra mejor contribución será siempre de tipo indirecto. Para algunos escritores la situación es distinta. Lanzándose galantemente a la lucha, emplean sus habilidades en redactar urgente propaganda, o hasta toman las armas para intervenir directamente en la causa. Si tienen un talento adecuado, o el punto particular al que aplican su esfuerzo es realmente parte de la gran empresa de defender (o crear) la civilización, pueden realizar, por supuesto, una obra valiosa. Es posible que ganen por añadidura en experiencia y simpatía humana, aumentando así inmensamente su capacidad como escritores. Pero la misma urgencia de esa tarea puede no dejarles ver la importancia de mantener y extender aun en esta época de crisis lo que puede llamarse metafóricamente «la autocrítica de la autoconciencia de la especie humana», o de entender la vida del hombre como un todo en relación con el resto de las cosas. Esto implica la voluntad de ver todas las teorías, ideales y asuntos humanos con el menor prejuicio humano posible. Quienes se lanzan a lo más reñido del combate tienden a convertirse en ciegos partidarios, aunque la causa sea justa y noble. Pierden entonces algo de ese desinterés, esa serenidad de juicio que es al fin y al cabo una de las mejores características humanas. Y así quizá debe ser, pues una lucha desesperada exige más devoción que desinterés. Pero otros pueden servir a esa misma causa tratando de mantener, junto con una humana lealtad, un espíritu más desapasionado. Y quizá la tentativa de ver este mundo turbulento en un escenario de estrellas aclare aún más el significado de la presente crisis. Quizá hasta acreciente nuestro amor al prójimo.

En esta creencia he tratado aquí de trazar un esbozo imaginario de la terrible pero vital totalidad de las cosas. Sé bien que es un esbozo muy inadecuado, y en cierto modo infantil, aun considerado desde el punto de vista de la experiencia humana actual. En una época más calma y juiciosa podría parecer un disparate. Sin embargo, a pesar de su tosquedad, y a pesar de describir algo muy remoto, quizá no sea del todo impertinente.

He corrido el riesgo de oír atronadoras protestas de la derecha y la izquierda, y he utilizado ocasionalmente ciertas ideas y palabras derivadas de la religión, tratando de interpretarlas en relación con las necesidades humanas. Con palabras válidas aún, pero estropeadas por el uso, como «espiritual» y «reverencia» (tan obscenas hoy para la izquierda como las viejas y buenas palabras sexuales para la derecha), he intentado sugerir una experiencia que la derecha pervierte a menudo y la izquierda suele juzgar erróneamente. Esta experiencia, diría yo, implica un desinterés de todo fin privado, social y racial; no porque impulse al hombre a rechazar estos fines, sino porque les da un nuevo valor. La «vida espiritual» parece ser en esencia una tentativa de adoptar la actitud más apropiada para la totalidad de nuestra experiencia, así como la admiración es algo apropiado para el mejor desarrollo del hombre. Esta experiencia puede resultar en una mayor lucidez, y una conciencia de temple más afinado, y beneficiar así notablemente nuestra conducta. En verdad si esta experiencia, humanizadora en grado supremo, no produce, junto con una suerte de piedad ante el destino, la decidida resolución de ayudar al despertar de la humanidad, será sólo simulación y artimaña.

Antes de concluir este prefacio debo expresar mi gratitud al profesor L.C. Martin, y los señores L.H. Myers y E.V. Rieu por sus provechosas y bienintencionadas críticas, que me impulsaron a reescribir muchos capítulos. Aún ahora no sé si debo asociar sus nombres a una obra tan extravagante. De acuerdo con las normas de la novela tradicional, es un libro notablemente malo. En verdad, no es siquiera una novela.

Ciertas ideas acerca de los planetas artificiales me fueron sugeridas por el fascinante librito de J.D. Bernal, *«The World, the Flesh, and the Devil»*. Espero que él no desapruebe enérgicamente el uso que he hecho de esas ideas.

A mi mujer debo agradecerle tanto que haya corregido las pruebas como su propia existencia.

Al fin del libro he incluido una nota sobre magnitudes, que puede ser útil para los lectores poco familiarizados con la astronomía. Las escalas de tiempo quizá diviertan a algunos.

Olaf Stapledon,
Marzo de 1937

I - La Tierra

1. El punto de partida

Una noche, descorazonado, subí a la colina. Los matorrales me cerraban a menudo el camino. Abajo se ordenaban los faroles de los suburbios. Las ventanas, con las cortinas bajas, eran ojos cerrados, que observaban interiormente la vida de los sueños. Más allá de la sombra del mar, latía un faro. Arriba, oscuridad.

Distinguí nuestra propia casa, una islita en las tumultuosas y amargas corrientes del mundo. Allí durante una década y media, nosotros dos, de características tan distintas, habíamos crecido apoyándonos y alimentándonos mutuamente, en una intrincada simbiosis. Allí habíamos planeado nuestras tareas diarias, y habíamos hablado de las decepciones y curiosidades del día. Allí se habían amontonado las cartas que esperaban respuesta, las medias que necesitaban zurcidos. Allí habían nacido los niños, esas repentinas nuevas vidas. Allí, bajo aquel techo, nuestras dos vidas, resistiéndose a veces una a otra, habían sido en todo momento una vida única, mayor, más consciente que cualquier vida solitaria.

Todo esto, seguramente, era bueno. Sin embargo, había allí amargura. Y la amargura no sólo venía de afuera, del mundo; surgía también dentro de nuestro propio circulo mágico. El horror a nuestra futileza, a nuestra propia irrealidad, y no sólo al delirio del mundo, me había arrastrado a la colina.

Estábamos siempre atareados, en cosas urgentes e insignificantes, y el resultado era insustancial. ¿Habríamos juzgado erróneamente toda nuestra existencia? ¿Habríamos fundado nuestra vida en falsas premisas? Y en particular, esa sociedad nuestra, ese punto de apoyo, aparentemente tan firme, de actividad mundana, ¿no sería quizá sólo un débil torbellino de contenida y complaciente domesticidad, que giraba inútilmente en la superficie del gran río, y que en sí mismo carecía de profundidad, de significado? ¿No nos habíamos engañado a nosotros mismos? ¿No habríamos vivido sólo un sueño, como tantos otros, detrás de aquellas estáticas ventanas? En un mundo enfermo hasta los fuertes están enfermos. Y nosotros dos, que tejíamos nuestra menuda existencia arrastrados por la rutina, muy pocas veces con clara conciencia, muy pocas veces con una firme determinación, éramos productos de un mundo enfermo.

Sin embargo, esa vida nuestra no era mera y estéril fantasía. ¿No la habíamos tejido acaso con las fibras mismas de la realidad, que habíamos unido saliendo de la casa y entrando en ella, una y otra vez, y en nuestros viajes entre el suburbio y la ciudad, y otras ciudades más remotas, y con los extremos de la tierra? ¿No habíamos tejido juntos una auténtica expresión de nuestra propia naturaleza? ¿Nuestras ocupaciones cotidianas no habían sido acaso como hilos más o menos firmes de vida activa, que se habían incorporado a aquella tela cada vez mayor, la intrincada y proliferante trama de la humanidad?

Pensé en «nosotros» con un sereno interés y una especie de divertida angustia. ¿Cómo hubiese podido describir aquella relación, aun para mí mismo, sin estropearla o insultarla con los chillones adornos del sentimentalismo? Pues aquel delicado equilibrio de dependencia e independencia, aquel mutuo contacto, astuto, fríamente crítico, pero amante, era seguramente

un microcosmos de verdadera comunidad, era al fin y al cabo, dentro de sus límites, un ejemplo vivo y real de aquella elevada meta a la que el mundo aspiraba.

¿El mundo entero? ¿El Universo entero? Arriba, la oscuridad reveló una estrella. Una trémula flecha de luz, proyectada quién sabe cuántos miles de años atrás, ahora alcanzaba mis nervios como un punto visible, y me estremecía. ¿Pues qué podía significar nuestra comunidad, frágil, evanescente, fortuita, en un Universo semejante?

Pero, irracionalmente, sentí en mí una rara reverencia, no hacia el astro, un simple fuego que la distancia santificaba falsamente, sino hacia otra cosa, algo que mí corazón descubría en aquel terrible contraste entre la estrella y nosotros. Sin embargo, ¿qué podía ser eso? La inteligencia, mirando más allá del astro, no descubría ningún Hacedor de Estrellas, sólo oscuridad; ningún Amor, ningún Poder siquiera, sólo nada. Y, sin embargo, el corazón parecía cantar una alabanza.

Impacientemente, hice a un lado esta locura, y me volví de lo inescrutable a lo familiar y concreto. Aparté todo sentimiento de reverencia, y hasta el miedo y la amargura, y decidí examinar más fríamente ese notable «nosotros», sorprendentemente significativo, que nos parecía tan importante, y que en relación con las estrellas era algo tan fútil.

Aun prescindiendo de ese vasto escenario cósmico, donde todo parecía pequeño, éramos quizá insignificantes, y hasta ridículos, un accidente tan común, tan trillado, sólo una pareja casada, que había intentado vivir sin tensiones excesivas. El matrimonio en nuestra época era algo sospechoso, y el nuestro, con su trivial origen romántico, doblemente sospechoso.

Nos habíamos conocido cuando ella era aún una niña. Nuestros ojos se encontraron de pronto. Ella me miró un momento con una serena atención; con un oscuro y profundo reconocimiento, llegué yo a imaginar, románticamente. Yo por lo menos reconocí en aquella mirada -o así lo entendió la fiebre de mi adolescencia- mi propio destino. ¡Sí! ¡Qué predestinada me había parecido nuestra unión! Y ahora en el recuerdo, ¡qué accidental!

Por supuesto, como muchos viejos matrimonios, nos entendíamos muy bien, como dos árboles que han crecido unidos, distorsionándose, pero soportándose. Fríamente, la vi a ella ahora como un simple aditamento a mí vida personal, a veces útil, pero muy a menudo irritante. Éramos en realidad buenos compañeros. Nos concedíamos una cierta libertad, y así nos tolerábamos.

Esa era nuestra relación. Desde este punto de vista no parecía muy importante para la comprensión del Universo. Pero en mi corazón yo sabía que no era así. Ni aun las frías estrellas, ni aun la totalidad del cosmos con todas sus vacías inmensidades podían convencerme de que ese nuestro preciado átomo de comunidad, que era tan imperfecto, que moriría tan pronto, no tuviese ningún significado.

¿Pero esa indescriptible relación nuestra podía tener algún significado fuera de sí misma? ¿Probaba por ejemplo que la naturaleza esencial de los seres humanos era el amor, y no el odio y el miedo? ¿Probaba que todos los hombres y mujeres del mundo, aun impedidos por las circunstancias, eran capaces de crear una comunidad mundial, sostenida por el amor? Y siendo también ella misma un producto del cosmos, ¿probaba que el amor era la base del cosmos mismo? ¿Y permitía afirmar que nosotros dos -que alimentábamos su excelencia intrínseca- tendríamos de algún modo una vida eterna?

¿Probaba en verdad que el amor era Dios, y que Dios nos esperaba en el cielo?

¡No! Esa comunidad de espíritus, doméstica, amistosa, exasperante, alegre, simple, y tan preciada, no probaba nada de eso. No probaba nada sino su propia e imperfecta verdad. No era nada sino un epítome, muy pequeño, muy brillante, de las muchas posibilidades de la existencia. Recordé los enjambres de estrellas invisibles. Recordé el tumulto de odio, temor y amargura que es el mundo del hombre. Recordé, también, nuestras disensiones, no poco frecuentes. Me dije que desapareceríamos muy pronto, como una onda que la brisa ha dibujado en el agua tranquila.

Una vez más percibí ese raro contraste entre las estrellas y nosotros. La incalculable potencia del cosmos acrecentaba misteriosamente la verdad de nuestra breve chispa, y el breve e incierto destino de los hombres. Y éstos a su vez aceleraban el cosmos.

Me senté en las hierbas. Arriba retrocedía la oscuridad. Y la liberada población del cielo asomaba estrella tras estrella.

Las sombrías colinas y el mar invisible se extendían alrededor hasta perderse de vista.

Pero el halcón de la imaginación los seguía más allá del horizonte. Sentía que yo estaba en una mota de piedra y metal, envuelto en una delgada película de agua y aire, y que giraba a la sombra y a la luz del sol. Y en la superficie de esa mota enjambres de hombres, en generaciones sucesivas, habían vívido en el trabajo y la ceguera, con intermitente alegría, e intermitente lucidez. Toda su historia, sus migraciones, sus imperios, sus filosofías, sus orgullosas ciencias, sus revoluciones sociales, su necesidad cada vez mayor de una vida en comunidad, eran sólo una chispa en un día de las estrellas.

¡Si uno pudiese saber, pensé, si en esa hueste centelleante había o no, aquí y allí, otros granos de roca y metal habitados por el espíritu, y si los titubeos del hombre en su persecución de la sabiduría y el amor eran sólo un estremecimiento insignificante, o parte de un movimiento universal!

2. La Tierra entre las estrellas

Arriba, la oscuridad había desaparecido. De horizonte a horizonte el cielo era un interrumpido campo de estrellas. Dos planetas miraban fijamente, sin parpadear. Los hombros y pies cuadrangulares de Orión, con el cinturón y la espada, el Arado, el zigzag de Casiopea, las íntimas Pléyades, se dibujaban borrosamente en la sombra. La Vía Láctea, un vago rizo de luz, atravesaba el cielo.

La imaginación completaba lo que no alcanzaba la vista. Mirando hacia abajo, me pareció ver a través de un planeta transparente, a través de hierbas y rocas, los enterrados cementerios de especies desvanecidas, los fundidos basaltos y el hierro del núcleo de la Tierra; luego, aparentemente todavía hacia abajo. Mis ojos atravesaron otros estratos y vieron las tierras y mares del sur, subieron por las raíces de los árboles del caucho, y los pies de los invertidos antípodas, y se hundieron en el día azul, atravesado por el sol, y se perdieron en la noche eterna, donde las estrellas y el Sol están juntos.

Pues allí, en una profundidad vertiginosa, como peces en el fondo de un lago, yacían las constelaciones inferiores. Las dos bóvedas del cielo se fundían así en una esfera hueca, poblada de astros, negra, aún junto al Sol enceguecedor. La Luna joven era una curva de alambre incandescente. El aro de la Vía Láctea rodeaba el Universo.

Arrastrado por un raro vértigo, busqué apoyo en el débil resplandor de las ventanas de mi casa. Estaban todavía allí y también el suburbio, y las colinas. Pero la luz de las estrellas lo atravesaba todo. Era como si las cosas terrestres fueran de cristal, o de algún material vítreo, más límpido, y más etéreo. El reloj de la iglesia empezó a anunciar la medianoche. La primera campanada, muy débil, se perdió a lo lejos.

El sonido estimuló mi imaginación, y todo me pareció de pronto nuevo y raro. Miré una estrella y otra y ya no vi el firmamento como un techo y un piso enjoyados, sino como una serie de abismos centelleantes poblados de soles. Y aunque la mayoría de las grandes y familiares luces del cielo estaban adelante, como nuestros más próximos vecinos, vi que otros astros refulgentes eran en realidad muy remotos, mientras que algunas débiles lámparas sólo eran visibles porque estaban tan cerca. A los lados, en el espacio intermedio, se apretaban los enjambres y corrientes de soles. Pero aún éstos parecían ahora cercanos, pues la Vía Láctea había retrocedido a una distancia incomparablemente mayor. Y las brechas de las partes más

próximas revelaban una sucesión de nieblas luminosas, y extensas perspectivas de poblaciones estelares.

El Universo que el destino me había señalado no era una cámara estrellada, sino un vórtice de corrientes de astros. ¡No! Era más aún. Pues mirando entre las estrellas la oscuridad que se abría más allá, vi también, como meras chispas y puntos de luz, otros vórtices semejantes, otras galaxias semejantes, desparramadas por el vacío, en abismos cada vez más profundos, de modo que ni siquiera el ojo de la imaginación podía encontrar límites a la cósmica galaxia de galaxias, que lo abrazaba todo. El Universo se me aparecía ahora como un vacío donde flotaban raros copos de nieve, y cada copo era un Universo.

Mientras contemplaba el más débil y remoto de todos aquellos enjambres de universos, me pareció ver, como ayudado por una imaginación hipertelescópica, una población de soles; y cerca de uno de esos soles había un planeta, y en el lado oscuro del planeta había una loma, y en esa loma estaba yo. Nuestros astrónomos nos aseguran que en esta ilimitada finitud que llamamos el cosmos las líneas rectas de la luz no se pierden en el infinito sino que vuelven a su propia fuente. Pero recordé entonces que si mi visión hubiese dependido de la luz física, y no de la luz de la imaginación, los rayos que habían llegado a aquella loma, luego de haber «dado la vuelta» al cosmos, no me hubieran revelado mi propia figura, sino acontecimientos anteriores a la formación de la Tierra, y hasta quizá anteriores a la formación del Sol.

Entonces, apartándome una vez más de esas inmensidades, busqué otra vez con la mirada las ventanas de nuestro hogar, que aunque atravesadas de estrellas eran aún para mí más reales que todas las galaxias. Pero nuestra casa había desaparecido, junto con todo el suburbio, y las lomas también, y el mar. El mismo suelo donde yo había estado sentado ya no existía. En su lugar, abajo, muy lejos, se extendían unas tinieblas insustanciales. Y parecía como si yo mismo hubiese abandonado mi cuerpo, pues no podía verme ni tocarme la carne. Intenté mover las piernas y los brazos y nada ocurrió. No tenía piernas, ni brazos. La percepción interna de mi cuerpo, y el dolor de cabeza que me había abrumado desde la mañana, habían cedido su puesto a una vaga levedad, un sentimiento de bienestar.

Cuando comprendí totalmente el cambio que me había sobrevenido, me pregunté si no había muerto, y no estaría entrando en una existencia totalmente inesperada. Una posibilidad tan trivial me exasperó al principio. Enseguida me sentí consternado, pues entendí que sí yo había muerto realmente no volvería a mi preciado y concreto átomo de comunidad. La violencia de mi pena me sorprendió. Pero me consolé muy pronto pensando que al fin y al cabo era muy probable que yo no estuviese muerto, sino en una especie de trance, del que despertaría en cualquier minuto. Resolví por lo tanto no alarmarme demasiado con este cambio misterioso. Observaría con un interés científico todo lo que me ocurría.

Advertí que la oscuridad que había reemplazado al suelo se apretaba y condensaba. Ya no era posible ver las estrellas del otro lado. Pronto, allá abajo, la Tierra fue sólo la superficie de una mesa, enorme y circular, un ancho disco de sombra rodeado de astros. Aparentemente yo estaba alejándome de mi planeta natal a increíble velocidad. La Tierra eclipsaba otra vez al Sol, antes visible a la imaginación en el cielo inferior. Aunque ahora ya debía estar a cientos de kilómetros sobre el suelo, la falta de oxigeno y presión atmosférica no me perturbaban. Experimentaba sólo un gozo creciente y una deliciosa efervescencia del pensamiento. El extraordinario brillo de las estrellas me excitaba sobremanera. Pues ya a causa de la ausencia de aire, o el acrecentamiento de mi propia sensibilidad, o ambas cosas, el cielo tenía ahora un aspecto insólito. Todas las estrellas parecían haber aumentado de magnitud. El firmamento resplandecía. Las estrellas mayores eran como los faros de un coche distante. La Vía Láctea, que las sombras ya no inundaban, era un río circular y graneado de luz.

En ese momento, a lo largo del borde occidental del planeta, muy lejano, apareció una débil línea luminosa, que mientras yo seguía remontándome, se tiñó aquí y allá de anaranjados y rojos. Evidentemente yo viajaba no sólo hacia arriba sino también hacia el este, y la curva me llevaba a la luz del día. Pronto apareció el Sol, devorando con su brillo el gran creciente del alba. Seguí subiendo, y el Sol y el planeta se apartaron, y el hilo del alba creció

hasta ser una nublada franja de luz solar, y luego aún más, como una luna que va formándose, hasta iluminar la mitad del planeta. Entre las áreas del día y la noche, un cinturón de sombra, de tintes cálidos, ancho como un subcontinente, marcaba ahora el área del alba. Yo continué elevándome y viajando hacia el este y vi que las tierras iban hacia el oeste junto con la luz, hasta que estuve sobre el Pacifico en pleno mediodía.

La Tierra se me aparecía ahora como un gran orbe brillante, cien veces mayor que la luna llena. La imagen del Sol se reflejaba en el océano como una centelleante mancha de luz. La circunferencia del planeta era un anillo indefinido de niebla luminosa que se borraba gradualmente hasta confundirse con la negrura del espacio. Parte del hemisferio norte, inclinado de algún modo hacia mí, era una extensión de nieve y nubes. Pude distinguir los contornos de Japón y China; sus vagos castaños y verdes mellaban los vagos azules y grises del océano. Cerca del ecuador, donde el aire era más claro, el océano parecía oscurecerse. Había un menudo torbellino de nubes brillantes que era quizá la superficie superior de un huracán. Las Filipinas y Nueva Guinea tenían formas muy precisas. Australia se perdía en las neblinas del sur.

El espectáculo era extrañamente conmovedor. La admiración y el asombro borraban toda ansiedad personal; la pura belleza de nuestro planeta me sorprendía. Era una perla enorme, montada en ébano estrellado. Era nácar, era ópalo. No, era algo más hermoso que ninguna joya, de dibujados colores, sutiles, etéreos. Tenía la delicadeza, y el brillo, la complejidad y la armonía de una cosa viva. Era raro que yo sintiese desde tan lejos, como nunca había sentido antes, la presencia vital de la Tierra; una criatura viva, pero dormida, que anhelaba oscuramente despertar.

Ninguna forma visible de esta joya celestial y viva revelaba la presencia del hombre.

Allá abajo, ocultos, estaban algunos de los centros más poblados del mundo. Allá abajo vastas regiones industriales ennegrecían el aire con humo. Y, sin embargo, aquel tropel de vida y aquellas empresas tan importantes para el hombre no habían dejado ninguna marca notable en el planeta. Desde esta altura, la Tierra no hubiera parecido muy diferente antes de la aparición del hombre. Ningún ángel visitante, ningún explorador de otro planeta, hubiera podido sospechar que en este orbe suave proliferaban las alimañas, unas bestias incipientemente angélicas que se torturaban a sí mismas y dominaban el mundo.

II - Viaje interestelar

Mientras contemplaba así mi planeta natal, yo seguía remontándome en el espacio. La Tierra era cada vez más pequeña, y al moverme hacia el este me pareció verla girar.

Todos sus accidentes iban hacia el oeste, hasta que al fin el crepúsculo vespertino y el Atlántico aparecieron en el borde occidental, y luego la noche. Pocos minutos más tarde, me pareció, el planeta se había convertido en una inmensa media luna. Pronto fue un borroso y delgado creciente, junto al afilado creciente de su satélite.

Comprendí asombrado que yo debía de estar viajando a una velocidad fantástica e imposible. Tan rápido era mi progreso que yo creía atravesar una constante granizada de meteoros. Eran invisibles hasta que los tenía casi delante; pues brillaban sólo cuando reflejaban la luz del Sol, un breve instante, como vetas de luz, como lámparas vistas desde un tren expreso.

Me encontré con muchos de ellos de frente, pero no me causaron ningún daño. Una enorme piedra regular, del tamaño de una casa, me aterrorizó realmente. La masa iluminada se balanceó ante mis ojos, exhibió durante una fracción de segundo una superficie áspera y me devoró. Supongo por lo menos que debe de haberme devorado, pero tan rápido fue mi pasaje que apenas acababa de verlo cuando me encontré dejándolo atrás.

Muy pronto la Tierra se confundió con los otros astros. Digo pronto, pero yo apenas tenía entonces sentido del paso del tiempo. Minutos, horas, y hasta quizá también días y semanas se me confundían unos con otros.

Mientras trataba aún de recobrarme, descubrí que ya había cruzado la órbita de Marte y me precipitaba a través del camino de los asteroides. Algunos de estos minúsculos planetas estaban ahora tan cerca que parecían grandes astros que se movían sobre el fondo de las constelaciones. Uno o dos se me aparecieron como formas gibosas, y luego como unas medias lunas antes de perderse detrás de mí.

Ya Júpiter era gradualmente más brillante y cambiaba de posición entre las estrellas fijas. El gran globo fue al fin un disco, mayor que el del empequeñecido Sol. Los cuatro satélites mayores eran perlitas que flotaban junto a él. La superficie del planeta me parecía jamón veteado, a causa de las zonas con nubes. Las nubes velaban toda su circunferencia. Me hundí en él y pasé al otro lado. Debido a la inmensa altura de su atmósfera, el día y la noche se mezclaban en Júpiter sin límites precisos. Noté aquí y allí en su oscuro hemisferio oriental vagas áreas de una luz rojiza, quizá el resplandor de erupciones volcánicas que penetraban las densas nubes.

En pocos minutos, o quizá años, Júpiter se transformó otra vez en una estrella, y luego se perdió en el esplendor del Sol, reducido pero todavía brillante. No encontré ninguno de los otros planetas en mi curso, pero advertí pronto que ya debía haber dejado muy atrás los mismos límites de la órbita de Plutón. El Sol era ahora sólo la más brillante de las estrellas, e iba apagándose detrás de mí.

Al fin tuve ocasión de sentirme realmente consternado. Nada era visible ahora, excepto el cielo y sus estrellas. El Arado, Casiopea, Orión, las Pléyades se burlaban de mí con su familiaridad y su lejanía. El Sol no era ya sino una estrella brillante entre las otras. Nada

cambiaba. ¿Estaba yo condenado a quedar suspendido para siempre en el espacio, como un testigo incorpóreo? ¿Había muerto? ¿Era éste mi castigo por una vida singularmente ineficaz? ¿Era ésta la pena que había merecido mi inveterada voluntad de permanecer apartado de los asuntos, pasiones y prejuicios humanos?

Me esforcé en volver con mi imaginación a la cima de la loma suburbana. Vi nuestro hogar. Se abrió la puerta. Una figura salió al jardín, iluminada por la luz del vestíbulo. Miró un momento a los lados de la carretera, luego entró otra vez en la casa. Pero la escena era producto de la imaginación. En la realidad, no había más que estrellas.

Al cabo de un rato, noté que el Sol y todas las estrellas vecinas eran rojas. Las del polo opuesto del cielo eran en cambio de un frío azul. Entendí rápidamente el extraño fenómeno. Yo estaba viajando aún, y viajando a tal velocidad que la luz misma no era indiferente a mi paso. Las ondas de los astros que quedaban atrás tardaban en alcanzarme. Me afectaban por lo tanto como pulsaciones más lentas que lo normal y las veía como rojas. Las que venían a mi encuentro, en cambio, se apretaban y acortaban y eran visibles como una luz azul.

Muy pronto los cielos presentaron un aspecto extraordinario, pues todas las estrellas que estaban detrás de mí fueron de un rojo encendido, mientras que las de adelante eran de un color violeta. Rubíes atrás, amatistas delante. Rodeando las constelaciones rojas se extendía un área de estrellas de topacio, y alrededor de las constelaciones de amatista un área de zafiros. Junto a mi curso, de los dos lados, los colores empalidecían hasta transformarse en el color blanco normal de los familiares diamantes del cielo. Como yo viajaba casi en el plano de la Galaxia, el círculo de la Vía Láctea, blanco a los lados, era violeta adelante, rojo detrás. Al fin las estrellas que estaban directamente delante y detrás de mí desaparecieron dejando dos agujeros oscuros en el cielo, cada uno de ellos rodeado por una zona de estrellas coloreadas. Era evidente que mi velocidad estaba aumentando. La luz de los astros de los dos polos me alcanzaba ahora en formas que estaban más allá de los límites de la visión humana.

A medida que aumentaba mi velocidad, las dos manchas sin estrellas, atrás y delante, con su borde coloreado, invadían la zona de estrellas normales que se abría ante mí, a cada lado. Noté entre estas estrellas un movimiento. A mi paso las estrellas más cercanas parecían flotar sobre el fondo de las más lejanas. Este movimiento se aceleró, hasta que, durante un breve instante, el cielo visible estuvo rayado de estrellas. Luego de pronto todo se desvaneció. Presumiblemente mi velocidad era tan grande con relación a las estrellas que sus rayos de luz no podían afectarme.

Aunque yo estaba viajando quizá a una velocidad superior a la de la luz, me parecía estar flotando en las profundidades de un pozo. La oscuridad informe, la ausencia completa de sensaciones me aterrorizaron, si puedo llamar «terror» a la repugnancia y ansiedad que yo experimentaba entonces sin ninguno de los acompañamientos corporales del terror, sin temblores, sudores, jadeos o palpitaciones. Desamparado, me compadecía a mí mismo, y pensaba en mi casa, anhelaba ver otra vez el rostro que yo conocía más. Podía verla ahora con los ojos de la mente, sentada junto al fuego, cosiendo, con un leve ceño de ansiedad. Me pregunté si mi cuerpo yacería muerto en la hierba. ¿Me encontrarían a la mañana? ¿Cómo afrontaría ella este gran cambio en su vida? Con entereza sin duda, y dolor.

Pero aunque yo me rebelaba, desesperadamente, contra la disolución de nuestro atesorado átomo de comunidad, sentía, sin embargo, que algo en mi interior, mi espíritu esencial, deseaba enfáticamente no retroceder, sino seguir adelante en aquel asombroso viaje. Un mero deseo de aventuras no hubiera podido de ningún modo hacerme olvidar un instante mi nostalgia del familiar mundo humano. Yo era de una especie demasiado doméstica para encontrar algún placer en el peligro y la aflicción. Pero había otra cosa que borraba toda posible timidez: yo sentía que el destino me estaba ofreciendo una oportunidad, no sólo la de explorar los abismos del mundo físico, sino descubrir también que papel representaban en verdad la vida y la mente entre las estrellas. Un anhelo vehemente estaba apoderándose de mí, no un anhelo de aventura sino el de poder descubrir el significado del hombre, o de cualquier criatura similar al hombre que habitara el cosmos. Ese doméstico tesoro nuestro, esa margarita

clara y primaveral que crecía junto a los áridos caminos de la vida moderna, me impulsaba a aceptar alegremente mi rara aventura, ¿pues no podía yo descubrir que no era todo el Universo un sitio de polvo y ceniza, con alguna vida achaparrada aquí y allá, sino realmente, y más allá de las estériles extensiones terrestres, un mundo de flores?

¿Era el hombre verdaderamente, como a veces había deseado serlo, el punto donde se desarrollaba el espíritu cósmico, por lo menos en sus aspectos temporales? ¿O era él uno entre millones de puntos semejantes? ¿No tendría la humanidad, en una universal perspectiva, más importancia que una rata en una catedral? ¿Cuál era la verdadera función del hombre? ¿El poder, la sabiduría, el amor, la reverencia, todo esto a la vez?

Acaso esta misma idea de función, de propósito, no tenía sentido en relación con el cosmos. Yo encontraría respuesta a estos graves interrogantes. Asimismo aprendería a ver con más claridad y a enfrentar más rectamente (así me lo dije a mí mismo) eso que vislumbramos a veces e inspira un sentimiento de reverencia.

Me veía ahora a mí mismo no como un individuo aislado, ávido de excitación, sino como un emisario de la humanidad. No, como un órgano de exploración, una antena, proyectada por el mundo humano para establecer contacto con sus compañeros del espacio. Yo debía ir adelante, sin temores, aunque mi trivial vida terrestre llegara a su fin, y mi mujer y mis hijos no volviesen a verme. Yo debía ir adelante: y de algún modo, algún día, aun luego de siglos de viaje interestelar, yo regresaría a la Tierra.

Cuando recuerdo aquella fase de exaltación, ahora que he vuelto realmente a la Tierra luego de las más sorprendentes aventuras, me descorazona advertir el contraste entre el tesoro espiritual que deseo ofrecer a mis semejantes y la insuficiencia de mi verdadero tributo. Este fracaso se debe quizá al hecho de que aunque acepté realmente el desafío de la aventura, en mi aceptación había secretas reservas. El miedo y la afición a la comodidad, reconozco ahora, nublaron la claridad de mi propósito. Mi resolución, tomada tan audazmente, fue al fin de cuentas un fracaso. Mi nostalgia del planeta natal borraba a veces totalmente mi ya inestable coraje. Una y otra vez, en el curso de mis travesías, tenía la impresión de que mi naturaleza pedestre y tímida me impedía entender los aspectos más significativos de aquellos acontecimientos.

De todas las experiencias de mis viajes, sólo una fracción fue para mí inteligible, aun aquel tiempo; y entonces, como diré más adelante, mis poderes recibieron el auxilio de unas criaturas de desarrollo superhumano. Ahora que estoy otra vez en mi planeta natal, y ya no cuento con esa ayuda, no puedo ni siquiera resucitar una parte de los conocimientos más profundos que alcancé entonces. Y así mi relato, que habla de la más distante de todas las exploraciones humanas, no es mucho más digno de confianza que la jerigonza de una mente trastornada por el impacto de una experiencia para ella incomprensible.

Vuelvo a mi relato. No sé cuánto tiempo estuve discutiendo, conmigo mismo, pero tan pronto como tomé mi decisión, los astros atravesaron otra vez la oscuridad absoluta. Yo me había detenido aparentemente, pues estaba rodeado de estrellas y eran todas de color normal.

Pero había ocurrido un misterioso cambio. Pronto descubrí que bastaba que yo desease acercarme a una estrella para que me moviera hacia ella, y a una velocidad que parecía superior a la de la luz. Esto, como yo sabía muy bien, era físicamente imposible. Los hombres de ciencia me habían asegurado que un movimiento más rápido que la velocidad de la luz no tenía sentido. Entendí por lo tanto que mi movimiento debía de ser de algún modo un fenómeno mental, y no físico, y que yo era capaz de situarme en sucesivos puntos de vista sin medios físicos de locomoción. Me pareció evidente también que esa luz con que las estrellas se me revelaban ahora no era una luz física, normal; pues noté que mis nuevos expeditivos modos de viajar no alteraban los colores visibles de las estrellas. Aunque yo me moviese con mucha rapidez conservaban sus matices diamantinos, pero más brillantes y nítidos que en la visión normal.

Tan pronto como descubrí mi nuevo poder de locomoción, empecé a usarlo fervientemente. Me dije a mí mismo que estaba embarcándome en un viaje de investigación astronómica y metafísica; aunque ya mi nostalgia de la Tierra perturbaba mi propósito. Desvié indebidamente mi atención hacia la búsqueda de planetas y especialmente planetas de tipo terrestre.

Dirigí mi curso al acaso, hacía una de las más brillantes estrellas cercanas. Tan rápido era mi avance que algunas de las luminarias menores y más próximas pasaban junto a mí como meteoros. Me acerqué en una nueva curva al Sol enorme, sin sentir calor. En su moteada superficie, y a pesar de aquel brillo que todo lo invadía, alcancé a ver, con mi milagrosa visión, un grupo de enormes y oscuras manchas solares, pozos donde hubiesen cabido una docena de Tierras. En los bordes del astro las excrecencias de la cromosfera se alzaban como árboles y plumajes ardientes y monstruos prehistóricos, ansiosos o despavoridos, en un globo demasiado pequeño para ellos. Más allá, la pálida corona extendía sus membranas en la oscuridad. Mientras yo giraba alrededor del astro en un vuelo hiperbólico busqué ansiosamente algún planeta, pero no encontré ninguno. Busqué otra vez, minuciosamente, adelantándome, retrocediendo, cambiando de rumbo. En las órbitas mayores era fácil pasar por alto un objeto pequeño como la Tierra. No encontré nada excepto unos meteoros y unos planetas gaseosos. Me sentí muy decepcionado, pues el astro parecía ser del mismo tipo que el Sol familiar. Secretamente yo había esperado descubrir no unos simples planetas sino la Tierra misma.

Me lancé una vez más al océano del espacio, hacia otra estrella cercana. Me decepcioné una vez más. Fui hacia otro fuego solitario. No estaba acompañado tampoco por esos granos minúsculos que albergan la vida.

Corrí entonces de estrella en estrella, un perro extraviado que busca a su amo. Me precipité a este lado y a aquel otro, con la intención de descubrir un sol con planetas, y entre esos planetas mi casa. Examiné muchas estrellas, pero casi siempre pasaba impacientemente de largo, pues eran demasiado grandes y tenues y jóvenes para que pudiera confundírselas con la luminaria de la Tierra. Algunas eran unos vagos gigantes rojizos, más grandes que la órbita de Júpiter; otros, más pequeños y más definidos tenían el brillo de mil soles, y un color azul. Me habían dicho que nuestro Sol era de tipo medio, pero yo encontraba más a menudo enormes astros jóvenes que soles de edad madura, encogidos y amarillentos. Parecía que me había extraviado en regiones de condensación estelar tardía.

Noté, pero sólo para evitarlas, grandes nubes de polvo, de tamaño de constelaciones, que eclipsaban los ríos de estrellas; y áreas de un pálido gas resplandeciente, que a veces brillaba con una luz propia, y otras con la luz reflejada de los astros. A menudo vi en el interior de aquellos nacarados continentes nubosos unas vagas perlas de luz, embriones de estrellas futuras.

Eché una descuidada ojeada a algunas parejas, tríos y cuartetos de astros, donde compañeros aproximadamente parecidos valseaban en apretada unión. Una vez, y sólo una vez, me encontré con una de esas raras parejas en las que un miembro no es más grande que nuestro planeta natal, pero tiene la masa de una estrella de gran tamaño, muy brillante. Arriba y abajo de esta región de la Galaxia vi también, aquí y allí, alguna estrella moribunda, que humeaba sobriamente; y aquí y allí la costra de algún astro extinguido, muerto. Pero veía estos últimos sólo cuando ya casi estaba encima de ellos, y muy oscuramente, a la luz que reflejaba todo el cielo. Nunca quise acercarme mucho, pues en mí enloquecida nostalgia de la Tierra apenas tenían interés para mí. Además, me producían una suerte de escalofrió, pues profetizaban la muerte del Universo. Me consolaba pensar, sin embargo, que aún había tan pocos de ellos.

No encontré planetas. Sabía que el nacimiento de los planetas se debía a la aproximación de dos o más estrellas, y que tales accidentes no pueden ser muy comunes. Me recordé a mí mismo que las estrellas con planetas deben de ser tan raras en la Galaxia como gemas en la arena de una playa de mar. ¿Qué posibilidades tenía de tropezar con una? Empecé a

descorazonarme. El espantoso desierto de oscuridad y fuegos estériles, el enorme vacío con unos pocos puntos centelleantes, la colosal inutilidad de todo el Universo, me oprimían horriblemente. Y ahora se me añadía otro terror: mi poder de locomoción estaba debilitándose. Necesité un gran esfuerzo para moverme un poco entre las estrellas, y al fin ese movimiento se hizo más lento, y todavía más. Pronto me encontré suspendido en el espacio como una mosca en el tablero de una colección; pero solo, eternamente solo. Sí, sin duda, yo estaba en mi infierno especial.

Me dominé. Me dije a mí mismo que aunque éste fuese mi destino, no importaba mucho. La Tierra podía arreglárselas sin mí. Y aunque no hubiera ningún otro mundo vivo en el cosmos, por lo menos en la Tierra había vida, y podía despertar a una vida más plena. Y aunque yo hubiese perdido mi planeta, aquel mundo querido era aún real. Además, toda mi aventura era un milagro, ¿y no podía ocurrir que por una sucesión de milagros yo tropezase al fin con otra Tierra? Recordé que yo había emprendido una gran peregrinación, y que era un emisario del hombre a los astros.

Tan pronto como recuperé mi coraje, recuperé también mi poder de locomoción. Evidentemente ese poder acompañaba a una mentalidad vigorosa y desinteresada. Mi humor reciente, mi nostalgia de la Tierra habían impedido mis movimientos.

Resuelto a explorar una nueva región de la Galaxia, donde habría quizá más estrellas viejas, y quizá también algún planeta, me encaminé hacia un grupo remoto y populoso. Los puntos de aquella pelota de luz, vagamente moteada, eran apenas visibles, y pensé que la distancia que nos separaba debía de ser muy grande.

Viajé y viajé en la oscuridad. Como nunca me desvié de mi rumbo para buscar a un lado o a otro, ninguna estrella llegó a aparecérseme como un disco en el océano del espacio. Las luces del cielo pasaban remotamente junto a mí como las luces de buques distantes. Luego de un viaje en el que perdí toda medida del tiempo me encontré en un desierto vasto, sin estrellas, una brecha entre dos corrientes de astros, un abismo en la Galaxia. La Vía Láctea y el polvo normal de las estrellas distantes ocupaban casi todo el cielo; pero, sin embargo, no había luces muy brillantes, salvo la flor de cardo que era mi meta.

Este cielo desconocido me perturbó; la distancia que me separaba de mi planeta era cada vez más grande. Me consolaba casi vislumbrar más allá de las estrellas más lejanas de nuestra Galaxia unas motas minúsculas, galaxias incomparablemente más distantes que los últimos límites de la Vía Láctea. Me recordaban que a pesar de mi largo y milagroso viaje yo estaba aún en mi Galaxia natal, en la misma celdita del cosmos donde aún vivía ella, la amiga de mi vida. Me sorprendí, por otra parte, que yo pudiera ver a simple vista galaxias ajenas, y que la mayor fuese una nube pálida, más grande que la Luna en el cielo terrestre.

En contraste con las galaxias remotas, que no parecían afectadas por mi viaje, el grupo estrellado que tenía ante mí se expandía visiblemente. Pronto, luego de haber cruzado aquel vado entre los ríos de astros, mi grupo se me apareció como una enorme nube de brillantes. Yo estaba cruzando ahora un área más populosa, y al fin el racimo se abrió ante mí cubriendo el cielo con sus luces apretadas. Como un buque que al acercarse al puerto se encuentra con otros buques, así me crucé con una estrella y otra y otra. Cuando entré en el corazón del racimo me vi en una región más poblada que ninguna de las que había explorado hasta entonces. Innumerables soles ardían en todo el cielo, y muchos de ellos parecían más brillantes que Venus en el cielo terrestre. Sentí la alegría del viajero que luego de cruzar el mar entra en el puerto de noche y se encuentra rodeado por las luces de una metrópoli. En esta congestionada región, me dije, muchos astros debían de haberse acercado unos a otros, muchos sistemas planetarios debían de haberse formado.

Busqué una vez más estrellas de mediana edad del tipo del Sol. Las que había encontrado hasta entonces eran jóvenes gigantes, grandes como todo el Sistema Solar. Luego de un tiempo descubrí unas estrellas apropiadas, pero ninguna tenía planetas. Encontré también

muchas estrellas dobles y triples, que describían incalculables órbitas, y grandes continentes de gas, donde se condensaban nuevas estrellas.

Al fin, al fin encontré un sistema planetario. Con una ansiedad casi insoportable giré entre esos mundos, pero todos eran más grandes que Júpiter, y todos parecían en estado de fusión. Otra vez me precipité de estrella en estrella. Visité miles quizá, pero en vano. Enfermo y solitario, me alejé de aquel grupo. Quedó allá atrás como una pelota de lana, donde chispeaban unas pocas gotas de rocío. Frente a mí, una comarca oscura ocultaba una sección de la Vía Láctea y las estrellas vecinas, excepto unos pocas luces cercanas que flotaban entre mí y la opaca oscuridad. Los rayos oblicuos de unas estrellas del otro lado iluminaban los bordes ondulados de esta gran nube de gas o polvo. La escena me conmovió entristeciéndome; yo había visto tantas veces en la Tierra unas nubes oscuras plateadas por la Luna. Pero la nube que ahora estaba ante mí no sólo hubiera podido devorar mundos e innumerables sistemas planetarios sino hasta constelaciones enteras.

Sentí que el coraje me abandonaba de nuevo. Miserablemente traté de ocultarme aquellas inmensidades cerrando los ojos. Pero yo no tenía ojos ni párpados. Era un punto de vista incorpóreo y ambulante. Traté de evocar el pequeño interior de mi casa, con las cortinas cerradas y el fuego encendido. Traté de persuadirme de que todo este horror de oscuridad y lejanías e incandescencias estériles era sólo un sueño, que yo me había dormido junto a la chimenea, que despertaría en cualquier instante, que ella dejaría de coser, extendería un brazo, me tocaría y sonreiría. Pero las estrellas siguieron reteniéndome.

Otra vez, aunque me faltaban las fuerzas, empecé a buscar. Y luego de haber vagado de una estrella a otra durante un período que pudo haber sido de días o años o eones, la suerte o un espíritu guardián me llevó a cierta estrella parecida al Sol; y mirando hacia fuera desde su centro, vi un pequeño punto de luz, que se movía, conmigo, sobre el fondo dibujado del cielo. Mientras saltaba hacia él, vi otro, y otro. Era sin duda un sistema planetario muy similar al mío. Tan obsesionado estaba yo que busqué enseguida el más parecido a la Tierra de esos mundos. Y cuando su disco giró ante mí, o debajo de mí, se me apareció en verdad como asombrosamente semejante a mi planeta. La densidad de su atmósfera era indudablemente menor, pues se veían con claridad los contornos de los raros continentes y océanos. Como en la Tierra, el mar oscuro reflejaba la imagen del Sol. Unas nubes blancas flotaban aquí y allá sobre los mares y las tierras, que, como en mi mundo, eran castañas y verdes. Pero aun desde esa altura vi que los verdes eran más vívidos que en la vegetación terrestre, y que abundaban los azules. Noté también que en este planeta había más tierra que agua, y que en las partes centrales de los continentes había unos brillantes desiertos blancos.

III - La Otra Tierra

1. En la Otra Tierra

Mientras descendía lentamente hacia la superficie de aquel pequeño mundo, me descubrí buscando una tierra que prometiese ser como Inglaterra. Pero me dije enseguida que las condiciones debían de ser aquí enteramente distintas de las condiciones terrestres, y que era muy improbable que yo encontrase seres inteligentes. Si tales seres existían, serían sin duda para mí totalmente incomprensibles. Quizá fuesen grandes arañas o jaleas que se arrastraban por el suelo. ¿Cómo podría yo establecer contacto con monstruos semejantes?

Luego de haber dado unas vueltas al acaso, durante un tiempo, sobre las tenues nubes y los bosques, sobre las moteadas llanuras y praderas y las centelleantes extensiones desérticas, elegí una región marítima en una zona templada, una península brillantemente verde. Había llegado casi al suelo y me asombró la verdura del paisaje. Aquí, indiscutiblemente, había vegetación, similar a la nuestra en su carácter esencial, pero totalmente distinta en sus detalles. Las hojas gordas, hasta bulbosas, me recordaban nuestra flora desértica, pero los tallos eran delgados y tiesos. Quizá la característica más asombrosa de esta vegetación era su color, un vívido verde azulado, como el color de las viñas tratadas con sales de cobre. Yo me enteraría más tarde que las plantas de este mundo habían aprendido en verdad a protegerse a sí mismas con sulfato de cobre de los insectos y microbios que en otro tiempo habían devastado el bastante seco planeta.

Me deslice sobre una brillante pradera donde crecían unos pocos matorrales de color azul prusia. El cielo era también de un azul profundo completamente desconocido en la Tierra, excepto en las grandes alturas. Había unos pocos cirros bajos, como vellones, que atribuí a la tenuidad de la atmósfera. Aunque yo había descendido en el mediodía de un verano algunas estrellas alcanzaban a traspasar el cielo casi nocturno. Todas las superficies expuestas estaban intensamente iluminadas. Las sombras de los arbustos más cercanos eran casi negras. Algunos objetos distantes, similares a edificios, pero que probablemente sólo eran rocas, parecían de ébano y nieve. El paisaje en su totalidad era de una belleza fantástica y sobrenatural.

Me deslice en un vuelo sin alas sobre la superficie del planeta, atravesando valles, áreas de rocas, a lo largo de los ríos. Al fin llegue a una región extensa, con rectas hileras paralelas de unas plantas parecidas a helechos, con unos racimos de nueces en la cara inferior de las hojas. Era imposible creer que esta regimentada vegetación no hubiese sido planeada por un ser inteligente. ¿O era quizá sólo un fenómeno natural desconocido en mi propio planeta? Me sorprendí tanto que el poder de locomoción, siempre sujeto a interferencias emocionales, empezó a faltarme otra vez. Me tambaleé en el aire como un hombre borracho. Me domine y fui vacilando sobre las ordenadas plantaciones hacia un objeto de regular tamaño que se alzaba a lo lejos, junto a un suelo desnudo. Asombrado, estupefacto, comprobé que el objeto era un arado. Un instrumento curioso en verdad, pero la forma de la hoja, oxidada, y obviamente de hierro, parecía inconfundible. Había dos mangos de hierro, y cadenas para atar la herramienta a una bestia de tiro. Era difícil creer que yo estaba a muchos años luz de Inglaterra. Mire alrededor y vi las claras huellas de un carro y unas ropas harapientas y sucias

que colgaban de un arbusto. Sin embargo, sobre mi cabeza, estaba el cielo desconocido, el mediodía con estrellas.

Seguí por el sendero entre unos menudos y raros arbustos; unos frutos parecidos a cerezas colgaban de los bordes de las hojas, que eran grandes, gruesas, y se inclinaban hacia el suelo. De pronto, en una vuelta del camino tropecé... con un hombre. Así se apareció al principio por lo menos a mí asombrada visión, que las estrellas habían fatigado. Si yo hubiera entendido por ese entonces que fuerzas gobernaban mi aventura, el curioso aspecto humano de esta criatura no me hubiese sorprendido tanto. Esas influencias, que describiré más tarde, me habían llevado a descubrir ante todo los mundos que eran más afines al mío. El lector puede comprender, mientras, como me asombro aquel extraño encuentro.

Yo siempre había supuesto que el hombre era un ser único. Había sido producido por una conjunción de circunstancias increíblemente complejas, y no podía pensarse que esas circunstancias se repitieran en cualquier punto del Universo. Sin embargo, aquí, en el primer mundo que yo exploraba, me encontraba con una criatura que era evidentemente un campesino. Al acercarme, vi que no era tan semejante a un hombre como me había parecido desde lejos; pero era de todos modos un ser humano. ¿Entonces Dios había poblado todo el Universo con nuestra propia especie? ¿Nos había hecho realmente a su imagen? Era inconcebible. Que yo me hiciese esas preguntas probaba que había perdido mi equilibrio mental.

Como yo era un mero e incorpóreo punto de vista, podía observar sin ser observado. Flote alrededor de la criatura, que marchaba por el camino. Era un bípedo erecto, y en un plano general definitivamente humano. Yo no podía estimar su estatura, pero debía de tener un tamaño aproximadamente terrestre, o por lo menos no era más bajo que un pigmeo o más alto que un gigante de circo. Era una figura delgada, con piernas como patas de pájaro, envueltas en unos pantalones toscos y estrechos. Llevaba el pecho desnudo y el tórax parecía desproporcionadamente grande, con un vello verde. Los brazos eran cortos, pero fuertes, de hombros muy musculosos; la piel, oscura y rojiza, cubierta en muchas partes por un brillante pelo verde. Los contornos de los músculos, tendones y articulaciones eran muy distintos de los del hombre. Tenía un cuello curiosamente largo y flexible. No podría describir mejor su cabeza diciendo que la caja del cerebro, cubierta por unos vellos verdes, parecía haberse deslizado hacia atrás y hacia abajo, sobre la nuca. Los mechones de pelo cubrían casi los ojos, muy humanos. La boca le sobresalía de un modo raro, casi como un pico, y parecía como si estuviese silbando. Entre los ojos, casi sobre ellos, se movían continuamente las ventanas de la nariz, de tipo equino. El elevado puente nasal llegaba a la cima de la cabeza. No tenía orejas visibles. Descubrí más tarde que los órganos auditivos estaban en la nariz.

Indudablemente, aunque en este planeta parecido a la Tierra la evolución debía de haber seguido un curso notablemente similar a aquel que había producido mi propia especie, había también muchas divergencias.

La criatura no sólo llevaba un par de botas sino también guantes, de un material que parecía cuero. Las botas eran muy cortas. Yo descubría más tarde que los pies de esta raza, los «Otros Hombres», como yo los llame, eran bastante parecidos a los del avestruz o el camello. El empeine estaba formado por tres grandes dedos unidos. En lugar de talón había otro dedo adicional, ancho y corto. Las manos no tenían palmas; eran un racimo de tres dedos cartilaginosos y un pulgar.

El propósito de este libro no es el de relatar mis propias aventuras sino dar una idea de los mundos que yo visite. No contare por lo tanto minuciosamente como me establecí entre los Otros Hombres. Basta que me refiera a este asunto con unas pocas palabras. Luego de haber estudiado un tiempo a este hombre de campo, empecé a sentirme curiosamente oprimido: la criatura me ignoraba totalmente. Comprendí con dolorosa claridad que el propósito de mi peregrinación no era el de una simple observación científica, sino también el

de efectuar alguna especie de trafico mental y espiritual con otros mundos, en busca de un enriquecimiento mutuo y una cierta comunidad. ¿Pero como podía yo alcanzar ese fin si no encontraba algún medio de comunicación? Sólo después de haber seguido a la criatura hasta su casa, y haber pasado muchos días en aquel recinto circular de paredes de piedra y techo de mimbre y barro, llegue a descubrir la posibilidad de entrar en su mente, de ver a través de sus ojos, de sentir con sus sentidos, de percibir el mundo tal como él lo percibía, y acompañarlo en sus pensamientos y su vida emotiva. No hasta mucho más tarde, luego de haber «habitado» muchos individuos de esta raza, descubrí también que podía hacer conocer mi presencia y hasta conversar interiormente con mi huésped.

Esta suerte de intercambio interno, telepático, que iba a servirme en todas mis andanzas, fue al principio difícil, ineficaz, y doloroso. Pero con el tiempo llegue a ser capaz de vivir las experiencias de mi huésped con intensidad y exactitud, aunque preservando siempre mi propia individualidad, mi propio juicio crítico, mis propios deseos y temores. Sólo cuando el otro llegaba a advertir mi presencia podía entonces, mediante un especial acto de voluntad, ocultarme algunos de sus pensamientos.

Como puede suponerse, estas mentes extrañas me parecieron en un principio totalmente incomprensibles. Sus mismas sensaciones diferían mucho de las que me eran familiares. Sus pensamientos y todos sus sentimientos y emociones me resultaban ajenos. Los principios que gobernaban esas mentes, sus conceptos más familiares, eran productos de una historia extraña, y se expresaban en lenguajes sutilmente equívocos para una mente terrestre.

Pase en la Otra Tierra muchos «otros años», yendo de mente en mente, y de país en país, sin obtener un claro conocimiento de la psicología de esos hombres y el significado de su historia. Al fin encontré a uno de sus filósofos, un hombre de edad, pero vigoroso todavía, cuyos puntos de vista, excéntricos, y poco agradables para la mayoría, le habría impedido alcanzar una posición eminente. La mayor parte de mis huéspedes, cuando advertían mi presencia, me consideraban ya un espíritu del mal, ya un mensajero divino. Los menos simples, sin embargo, asumían que yo era una simple enfermedad, un síntoma de locura, y se encaminaban rápidamente a la «Oficina de Sanidad Mental». Luego de haber pasado así, de acuerdo con el calendario del planeta, un año de amargo aislamiento, entre mentes que rehusaban aceptarme como un ser humano, tuve la buena fortuna que el filosofo reconociera mi existencia. Uno de mis huéspedes, que se quejaba de oír «voces» y tener visiones de «otro mundo» solicito ayuda al anciano Bvalltu, pues tal era aproximadamente el nombre del filosofo -pronunciándose la *ll* casi como en gales-, curó al enfermo invitándome a aceptar la hospitalidad de su propia mente, donde, dijo, tendría mucho placer en entretenerme. Con extravagante alegría me puse en contacto al fin con un ser que reconocía en mi una personalidad humana.

2. Un mundo ocupado

Debo describir aquí tantas importantes características de esta sociedad que no puedo detenerme mucho en los aspectos más obvios del planeta y su raza. La civilización había alcanzado una etapa bastante parecida a la que me era familiar. Aquella unión de similitudes y diferencias me sorprendía continuamente. Viajando por el planeta descubrí que los cultivos se habían extendido a casi todas las áreas apropiadas, y que el industrialismo estaba bastante avanzado en muchos países. En las praderas pastaban grandes rebaños de criaturas que parecían mamíferos. Mamíferos de mayor tamaño, o casi mamíferos, eran destinados a la producción de carne y cuero. Digo «casi mamíferos» pues estas criaturas eran vivíparas, no amamantaban. Rumiaban una sustancia tratada químicamente en el estomago de la madre y que era escupida en la boca de la progenie como un chorro de fluido predigerido. Las madres humanas alimentaban del mismo modo a sus descendientes.

El medio de locomoción más importante en la Otra Tierra era el tren de vapor; pero un tren tan grande que parecía terrazas de casas en movimiento. Este notable desarrollo de los ferrocarriles se debía sin duda al gran número de desiertos, y su extensión. Ocasionalmente yo viaje en barcos de vapor por los escasos y pequeños océanos, pero los transportes marítimos estaban bastante atrasados. No se conocía la hélice, y empleaban en su lugar ruedas de palas. En los caminos y los desiertos se usaban motores de combustión interna. No se había desarrollado la aviación, a causa de la poca densidad de la atmósfera; pero los cohetes eran ya utilizados para enviar correspondencia a larga distancia, y para bombardeos en la guerra. Su aplicación a la aeronáutica llegaría tarde o temprano.

Mi primera visita a la metrópoli de uno de los grandes imperios de la Otra Tierra fue una experiencia notable. Todo era a la vez raro y familiar. Había calles, y tiendas con escaparates y oficinas. En la cuidad vieja las calles eran estrechas y el transito de motor tan abundante que los peatones caminaban por unas aceras especiales, a la altura del primer piso de las casas.

Las multitudes que se movían en estas aceras eran abigarradas, como las nuestras. Los hombres llevaban túnicas, y pantalones sorprendentemente parecidos a los pantalones europeos, aunque los elegantes los planchaban con la raya a los costados. Las mujeres, sin pechos, y de elevadas narices como los hombres, se distinguían por sus bocas más tubulares, y cuya función biológica era la de proyectar alimento para el niño. Sus ropas eran unas vestiduras ceñidas, verdes y lustrosas, y unos calzones chillones. El efecto era para mí de una extraordinaria vulgaridad. En verano ambos sexos se paseaban por la calle con el pecho desnudo; pero siempre llevaban guantes.

Esta multitud, pues, a pesar de su rareza, era tan esencialmente humana como cualquier londinense. Se ocupaban de sus asuntos privados con una seguridad total, ignorando que un espectador de otro mundo los encontraba a todos igualmente grotescos, con su falta de frente, sus grandes, elevadas y temblorosas narices, sus ojos asombrosamente humanos, sus bocas picudas. Allí estaban, vivos y ocupados, comprando, mirando, hablando. Las madres arrastraban de la mano a sus niños. Los viejos con las caras cubiertas de canas se inclinaban sobre bastones. Los muchachos miraban de reojo a las muchachas. Unas ropas más nuevas y adornadas, unos carruajes seguros y a menudo arrogantes distinguían fácilmente a los más prósperos de los poco afortunados.

¿Cómo podría describir en pocas páginas un mundo proliferante y apretado, tan distinto del mío y, sin embargo, tan similar? Aquí, como en mi propio planeta, nacían continuamente niños. Aquí, como allí, reclamaban alimento, y a veces compañía. Descubrían el dolor, y el miedo, y la soledad, y el amor. Crecían, moldeados por la dura o bondadosa presión de sus semejantes, y eran al fin seres bien nutridos, generosos, cuerdos, o mentalmente enfermos, decepcionados, torpemente vengativos. Todos y cada uno aspiraban a la bendición de una verdadera comunidad, y muy pocos, más pocos aquí quizá que en mi propio mundo, alcanzaban a percibir apenas su evanescente aroma. Aullaban con la manada y cazaban con la manada. Morían de hambre, tanto física como mentalmente. Se disputaban a gritos la presa y se hacían pedazos. A veces uno de ellos hacía una pausa y se preguntaba que sentido tenía todo aquello; y seguía una guerra mundial, pero nadie daba una respuesta. De pronto se sentían viejos y acabados. Entonces, luego de haber vivido una existencia que era un instante imperceptible del tiempo cósmico, desaparecían.

El planeta, que era esencialmente de tipo terrestre, había producido una raza esencialmente humana, aunque humana en otro tono, podría decirse. Los continentes, tan poblados como los nuestros, estaban habitados por una raza de tan diversos tipos como el *Homo Sapiens*. Todos los modos y facetas del espíritu que se manifestaron en nuestra historia habían tenido su equivalente en la historia de los Otros Hombres. Había habido allí, como entre nosotros, edades oscuras y edades luminosas, fases de adelanto y retroceso, culturas predominantemente materiales, y culturas intelectuales, estéticas o espirituales. Había razas

«orientales» y «occidentales». Había imperios, repúblicas, dictaduras. Sin embargo, todo era distinto en la Tierra. Muchas de las diferencias, por supuesto, eran superficiales; pero había una diferencia profunda, fundamental que tardé mucho tiempo en entender y no describiré aún.

Debo empezar por referirme a la organización biológica de los Otros Hombres. Su naturaleza animal era en el fondo muy similar a la nuestra. Reaccionaban con ira, miedo, odio, ternura, curiosidad, de un modo semejante al nuestro. Los órganos de los sentidos no eran tampoco en ellos muy distintos, excepto la vista, pues parecían menos sensibles al color y más a la forma que nosotros. Los colores violentos de la Otra Tierra se me revelaban a través de los ojos de los nativos como muy amortiguados. Tampoco tenían oídos muy perfectos. Aunque sus órganos auditivos eran tan sensibles como los nuestros a los sonidos débiles, no discriminaban muy bien. La música, tal como la conocemos nosotros, nunca se desarrolló en ese mundo.

En compensación, el olfato y el gusto se habían desarrollado de un modo asombroso. Estas criaturas gustaban las cosas no sólo con la boca, sino también con las húmedas manos negras y con los pies. Tenían así una experiencia del planeta extraordinariamente rica e íntima. El gusto de los metales y las maderas, de las tierras dulces o amargas, de las piedras, los innumerables sabores suaves o fuertes de las plantas que aplastaban los pies desnudos formaban en su totalidad un mundo desconocido para el hombre terrestre.

Los genitales estaban también equipados con órganos del gusto. Había distintas sustancias químicas en hombres y mujeres, todas poderosamente atractivas para el sexo opuesto. Eran saboreadas débilmente con el contacto de los pies o las manos en cualquier parte del cuerpo, y con exquisita intensidad en la copulación.

Esta sorprendente riqueza de la experiencia gustativa me hizo muy difícil entrar totalmente en los pensamientos de los Otros Hombres. El gusto desempeñaba una parte tan importante en sus imágenes y conceptos como la vista entre nosotros. Muchas ideas que los terrestres habían alcanzado gracias a la vista, y que aún en su forma más abstracta conservan huellas de su origen visual, eran concebidas por los Otros Hombres en términos de gusto. Por ejemplo, nuestro «brillante», que aplicamos a personas o ideas, era para ellos una palabra con el significado literal de «sabroso». En vez de «lúcido» ellos usaban un término que habían empleado los cazadores de las épocas primitivas para designar un rastro que se podía seguir fácilmente con el gusto. Tener una «iluminación religiosa» era «saborear los prados del cielo». Expresaban también muchos de nuestros conceptos sin origen visual con palabras que se referían al gusto. «Complejidad» era «muy condimentado», una palabra aplicada originalmente a la confusión de los gustos en un estanque frecuentado por muchas bestias. «Incompatibilidad» se derivaba de una palabra que designaba la antipatía que sentían mutuamente ciertos individuos a causa de sus sabores.

Las diferencias de raza que en nuestro mundo se definen principalmente por la apariencia corporal, eran para los Otros Hombres casi enteramente diferencias de sabor y olor. Y como las razas de los Otros Hombres estaban mucho menos separadas que nuestras propias razas, la lucha entre grupos que se repugnaban mutuamente a causa de sus sabores tenía gran importancia en esa historia. Cada raza tendía a creer que su propio sabor caracterizaba las más finas cualidades mentales, y que era en verdad un signo cierto de valor espiritual. En épocas anteriores las diferencias olfativas y gustativas habían distinguido sin duda a razas diferentes; pero en los tiempos modernos, y en las tierras más desarrolladas, hubo grandes cambios. No sólo desapareció toda la localización precisa de las razas; la civilización industrial provocó, además, gran cantidad de cambios genéticos que quitaron todo sentido a las viejas distinciones raciales. Los antiguos gustos, sin embargo, aunque carecían ahora de significado racial (y en verdad, miembros de una misma familia podían tener sabores mutuamente repugnantes) producían aun las tradicionales reacciones. En cada país había un sabor particular que era considerado el signo distintivo de la raza nacional, y se sospechaba de todos los otros sabores, o se los condenaba directamente.

En el país que yo llegué a conocer mejor el sabor racial ortodoxo era un cierto gusto salado inconcebible para el hombre. Mis huéspedes se consideraban a sí mismos como la verdadera sal de la tierra. Pero en realidad el campesino que yo «habité» en un principio era el único hombre salado genuino y puro de la variedad ortodoxa que yo conocía. La gran mayoría de los ciudadanos del país alcanzaban el gusto y el olor correctos sólo gracias a medios artificiales. Aquellos que eran aproximadamente salados, o de una variedad salada, aunque no alcanzaban el ideal, se pasaban la vida expresando su desprecio por sus vecinos agrios, dulces, o amargos. Desgraciadamente, aunque el gusto de los miembros podía disfrazarse con facilidad, no se había encontrado un medio eficaz para cambiar el sabor de la copulación. En consecuencia, las parejas de recién casados solían hacer los más terribles descubrimientos en la noche de bodas. Como en la gran mayoría de las uniones ninguno de los miembros tenía el sabor ortodoxo, los dos se esforzaban por demostrar al mundo que todo estaba bien. Pero muy a menudo había realmente una nauseabunda incompatibilidad entre los dos tipos gustativos. Las neurosis alimentadas en estas secretas tragedias matrimoniales devoraban a toda la población. De cuando en cuando, si uno de los miembros tenía un sabor ortodoxo aproximado, este genuino ejemplar salado denunciaba indignadamente al impostor. Las cortes, los boletines de noticias, y el público se unían en protestas de rectitud.

Algunos sabores «raciales» eran demasiado fuertes para que se los pudiese ocultar. Uno en particular, una especie de dulzura amarga, exponía al sujeto a extravagantes persecuciones, salvo en los países más tolerantes. En otros tiempos la raza dulce-amarga había ganado fama de astuta y egoísta, y había sido masacrada periódicamente por sus vecinos menos inteligentes. Pero en el fermento biológico de los tiempos modernos el sabor dulce-amargo podía asomar en cualquier familia. ¡Ay entonces del desgraciado niño y todos sus parientes! La persecución era inevitable, a no ser que la familia fuese bastante pudiente como para comprar al Estado «un salario honorario» (o en el país vecino «un dulce honorario») que borrara el estigma.

En los países más ilustrados la superstición racial estaba perdiendo prestigio. Había un movimiento entre la clase intelectual para que se preparase a los niños a tolerar cualquier especie de sabor humano, y para suprimir los desodorantes y degustantes, y hasta los guantes y botas que imponían las convenciones.

Desafortunadamente, el industrialismo había venido a obstaculizar el progreso de ese movimiento de tolerancia. En los centros industriales insalubres y congestionados había aparecido un nuevo tipo gustativo y olfativo, aparentemente como mutación biológica. En un par de generaciones este sabor amargo, astringente, y que nada podía ocultar, dominó en todos los barrios de trabajadores. Era un sabor terrible y nauseabundo para los melindrosos paladares de la gente próspera. En verdad se convirtió para ellos en un símbolo inconsciente, vehículo de la culpa, el miedo y el odio secretos que los opresores sentían por los oprimidos.

En este mundo, como en el nuestro, una pequeña minoría dominaba casi todos los principales medios de producción, casi todas las tierras, minas, factorías, ferrocarriles, barcos, y los utilizaba en beneficio propio. Estos individuos privilegiados tenían poder suficiente y las masas tenían que trabajar para ellos, o sufrir hambre. La trágica farsa de este sistema estaba ya revelándose. Los propietarios dirigían los esfuerzos de los trabajadores a producir más medios de producción antes que a satisfacer las necesidades de la vida individual. Pues la maquinaria podía traer alguna ganancia al propietario; el pan no. Con la creciente competencia entre las máquinas, bajaron los beneficios, y por lo tanto los salarios, y luego la demanda de artículos de consumo. Los productos sin mercado fueron destruidos, aunque hubiera estómagos vacíos y espaldas desnudas. El desempleo, el desorden y la represión crecieron con la desintegración del sistema económico. ¡Una historia familiar!

A medida que las condiciones empeoraban, y los movimientos de caridad y beneficencia oficial eran menos capaces de aliviar a la creciente masa de gentes sin trabajo, la nueva raza de los parias se hacía más y más útil, psicológicamente, a la necesidad de odio de los prósperos, asustados, pero todavía poderosos. Se divulgó la teoría de que esos seres

miserables eran el resultado de una secreta y sistemática polución racial de una canalla inmigrante, y que por lo tanto no merecía ninguna consideración. Se les permitió trabajar solo en los empleos más bajos y en las más duras condiciones. Cuando la desocupación se convirtió en un problema social grave, prácticamente todos los parias se encontraron sin trabajo. No tardó en aceptarse, por supuesto, que el desempleo no se debía tanto a la declinación del capitalismo, como a la inutilidad de los parias.

En la época de mi visita la clase trabajadora estaba formada casi totalmente por parias, y había un fuerte movimiento entre las clases oficiales y prósperas en favor de la esclavitud de los parias y los semiparias, para que se los pudiera tratar como ganado. En vista del peligro de una continua contaminación racial, algunos políticos urgían la matanza total de los parias, o, por lo menos, su esterilización. Otros apuntaban que la sociedad necesitaba mano de obra barata, y era más prudente cuidar que no se propagaran demasiado, ocupándolos en trabajos que la «raza humana» nunca aceptaría y que llevaban pronto a la muerte.

Esta política era aconsejable en tiempos de prosperidad; en tiempos de miseria podía eliminarse el exceso de población matando de hambre a los parias, o utilizándolos en laboratorios de fisiología.

Las personas que primero se atrevieron a sugerir estas medidas fueron víctimas de una generosa indignación popular. Pero las medidas fueron adoptadas al fin; no explícitamente sino por consentimiento tácito, y en ausencia de otro plan más constructivo.

La primera vez que me llevaron a los barrios más pobres de la ciudad me sorprendió ver que había muchas casas miserables, más que en cualquier otro barrio similar de Inglaterra, pero que entre ellas se alzaban también unos limpios edificios dignos de Viena. Estos edificios estaban rodeados de jardines, donde se amontonaban las tiendas y las chozas. Las hierbas estaban secas, los arbustos estropeados, las flores pisoteadas. En todas partes hombres, mujeres y niños, sucios y harapientos, se paseaban ociosamente.

Supe que estos nobles edificios habían sido erigidos antes de la crisis económica mundial (¡frase familiar!) por un millonario que había hecho su fortuna comerciando con una droga similar al opio. Donó los edificios al Consejo de la ciudad, y fue enviado al cielo con un título de nobleza. Los pobres más necesitados y de mejor sabor fueron alojados en los nuevos edificios, pero se cuidó de que el alquiler fuese bastante alto para excluir a la raza de los parias. Sobrevino entonces la crisis. Uno a uno los inquilinos empezaron a no pagar el alquiler, y fueron echados a la calle. Antes de un año, los edificios estaban casi vacíos.

Siguió una curiosa serie de acontecimientos, característica en ese extraño mundo, según descubrí más tarde. La opinión pública respetable, aunque poco amiga de los desocupados, se mostraba siempre apasionadamente tierna con los enfermos. Cuando un hombre enfermaba, parecía adquirir un estado especial de beatitud, que merecía el respeto de todos los sanos. Tan pronto como cualquiera de los pobres habitantes de los jardines caía gravemente enfermo, era llevado a algún sitio donde sería atendido con todos los recursos de la ciencia médica. Los pobres sin remisión pronto descubrieron como eran las cosas e hicieron todo lo posible para enfermarse. Tanto éxito tuvieron que pronto colmaron los hospitales. Los edificios fueron entonces arreglados para recibir la creciente marea de pacientes.

Observando estos y otros hechos ridículos, recordé muchas veces a mi propia raza. Pero aunque los Otros Hombres eran en muchos aspectos tan parecidos a nosotros, yo sospechaba cada día más que algún factor que yo no había podido descubrir hasta entonces los condenaba a una frustración que nuestra más noble especie nunca había temido. Ciertos mecanismos psicológicos que nosotros atemperábamos con sentido común o sentido moral se manifestaban en este mundo de un modo excesivo. No era cierto, sin embargo, que los Otros Hombres fuesen menos inteligentes o menos morales que los de mi propia especie. En pensamiento abstracto y en inventos prácticos eran por lo menos nuestros iguales. Muchos de sus más recientes adelantos en física y astronomía estaban aún fuera de nuestro alcance. Noté,

sin embargo, que la psicología era aún más didáctica que entre nosotros, y que en el pensamiento social había raras perversiones.

En radio y televisión, por ejemplo, los Otros Hombres estaban técnicamente más adelantados que los terrestres, pero el empleo que daban a sus extraordinarios inventos era desastroso. En los países civilizados todos menos los parias llevaban siempre un receptor en el bolsillo. Como allí no había música esto puede parecer raro; pero no disponían de periódicos, y el hombre de la calle no tenía otro medio de enterarse de los resultados de la lotería y los deportes, que eran su dieta mental diaria. El lugar de la música, además, estaba ocupado por temas olfativos y gustativos, que todas las grandes estaciones nacionales transmitían transformados en ondas etéreas. Los receptores de bolsillo y las baterías gustativas los transformaban a su vez devolviéndoles su forma original. Estos instrumentos comunicaban intrincados estímulos a los órganos del gusto y el olfato de la mano. Tal era el poder de este entretenimiento que casi todos los hombres y mujeres andaban siempre con una mano en el bolsillo. Una longitud de onda especial estaba dedicada al apaciguamiento de los niños.

Se había lanzado al mercado un receptor sexual, y se transmitían programas especiales en muchos países, pero no en todos. Este extraordinario invento combinaba ondas de radio táctiles, gustativas, olorosas y sonoras. No funcionaba a través de los órganos de los sentidos, sino estimulando directamente los centros cerebrales apropiados. El sujeto se ponía en la cabeza un casco especial que le transmitía desde un estudio remoto los abrazos de alguna mujer deleitable y sensible, tal como eran experimentados por un «transmisor de amor» de sexo masculino o como habían sido registrados electromagnéticamente en una cinta de acero en alguna ocasión anterior.

La moralidad de estas transmisiones sexuales había sido muy discutida. Algunos países permitían programas para hombres, pero no para mujeres, deseando preservar la inocencia del sexo más puro. En muchas partes los clérigos habían logrado hacer abortar el proyecto con el argumento de que el sexo radiado, aún sólo para hombres, sería un sustituto diabólico de una cierta experiencia religiosa, muy deseada y celosamente guardada, llamada la inmaculada unión. Hablaré de este asunto más tarde. Los sacerdotes sabían muy bien que su poder dependía sobre todo de su capacidad para inducir este dulce éxtasis en sus rebaños, y por medio del ritual y otras técnicas psicológicas.

Los militares se oponían también fuertemente al nuevo invento; pues en la barata y eficiente producción de abrazos sexuales ilusorios veían un peligro más serio que en los métodos anticonceptivos. La producción de carne de cañón declinaría rápidamente.

Como en los países más respetables las transmisiones de radio habían sido puestas bajo la dirección de militares retirados o feligreses devotos, sólo los países más comerciales y más desacreditados usaron al principio el nuevo dispositivo. Sus estaciones transmitían los abrazos de las populares «estrellas de radio del amor» y hasta de muchachas aristocráticas sin dinero junto con avisos de medicinas patentadas, guantes a prueba de gusto, resultados de lotería, sabores, y degustantes.

El principio de la estimulación del cerebro por radio se desarrolló rápidamente. En todos los países se transmitieron las más dulces o picantes experiencias, y los receptores estaban al alcance de todos salvo los parias. De este modo hasta el trabajador, el obrero de la fábrica podía regalarse con un banquete sin gastos y molestias digestivas, de las delicias del baile sin necesidad de aprender a bailar, la emoción de participar en una carrera de automóvil sin peligro. En un helado país del norte podía disfrutar del sol de una playa tropical, y en los trópicos dedicarse a deportes de invierno.

Los Gobiernos pronto descubrieron que el nuevo invento era un medio barato y efectivo de dominar a los ciudadanos. Dosis continuas de un lujo ilusorio permitían que un hombre tolerara vivir en la casa más miserable. Era posible evitar las reformas que desagradaban a las autoridades presentándolas como enemigas del sistema nacional de radio. Tumultos y levantamientos podían ser fácilmente dominados con la amenaza de cerrar los estudios de transmisión, o inundando el éter en un momento crítico con alguna sacarina.

Como los políticos de izquierda se oponían al desarrollo de los entretenimientos de radio, los Gobiernos y las clases propietarias los aceptaban más rápidamente aún. Los comunistas -pues la dialéctica de la historia en aquel planeta curiosamente parecido a la Tierra había producido un partido que merecía este nombre- condenaban enfáticamente las transmisiones. De acuerdo con su punto de vista la radio era un opio inventado por el capitalismo para prevenir la dictadura del proletariado, de otro modo inevitable.

La creciente oposición comunista hizo al fin posible suprimir la oposición de los otros enemigos de la radio: los sacerdotes y los militares. Se dispuso que las estaciones dedicaran en el futuro mayor tiempo a la transmisión de servicios religiosos, y que de las licencias se pagaran diezmos a las iglesias. El ofrecimiento de transmitir la inmaculada unión, sin embargo, fue rechazado por los clérigos. Como concesión adicional se convino que todos los miembros casados de las mesas directivas de las estaciones debían probar, bajo pena de despido, que nunca pasaban una noche separados de sus mujeres (o maridos). Se dispuso asimismo que todo empleado que pudiera ser acusado de ideas tan desacreditadas como pacifismo o libertad de expresión fuese echado inmediatamente. Los soldados se apaciguaron con la aprobación de un subsidio estatal a la maternidad, un impuesto a los solteros, y la transmisión regular de propaganda militar.

Durante mis últimos años en la Otra Tierra se ideó un sistema para que un hombre pudiera irse a la cama a pasar el resto de sus días dedicado a recibir programas de radio. Su alimentación y todas sus funciones corporales quedaban al cuidado de doctores y enfermeras de las autoridades de las radios. Para compensar la falta de ejercicio el sujeto era masajeado periódicamente. El programa era al principio un lujo costoso, pero sus inventores confiaban en que pronto podría estar al alcance de todos. Hasta se esperaba que con el tiempo podrían eliminarse los médicos y ayudantes. Un intrincado sistema de eliminación de desperdicios completaría a otro de producción automática de comida, y distribución de líquido nutricio por tubos que irían a las bocas de los sujetos acostados. Esto permitiría que la condición de la sangre del paciente se regulase a sí misma automáticamente, tomando de las cañerías públicas las sustancias químicas necesarias para un correcto equilibrio fisiológico.

Aun en el caso de la transmisión misma no se necesitaría tampoco la asistencia del elemento humano, pues todas las experiencias posibles ya habrían sido registradas en sus exquisitos ejemplos. Estos se transmitirían continuamente en un gran número de programas alternados.

Unos pocos técnicos y organizadores se necesitarían aún para inspeccionar el sistema; pero, apropiadamente distribuido, el trabajo no ocuparía a las autoridades de las transmisiones mundiales sino unas pocas horas de interesante trabajo por semana.

Los niños, si se necesitaban futuras generaciones, serían producidos ectogenéticamente. El director mundial de transmisiones proporcionaría las normas psicológicas y fisiológicas del sujeto receptor ideal. Los niños producidos de acuerdo con estas normas serían preparados con unos programas especiales de radio para una vida adulta de verdadero receptor. Nunca dejarían sus camas, salvo para pasar progresivamente a las camas mayores de la madurez. Al fin de la vida, si la ciencia médica no tenía éxito en impedir la senilidad y la muerte, el individuo podría asegurarse por lo menos un fin sin dolor apretando un botón determinado.

El entusiasmo por este asombroso proyecto se extendió rápidamente en los países civilizados, pero ciertas fuerzas de la reacción se opusieron amargamente a él. La gente devota y de ideas anticuadas y los nacionalistas militantes afirmaron que la gloria del hombre estaba en la acción. Los clérigos sostuvieron que sólo en la autodisciplina, la mortificación de la carne, y el rezo continuo podía aspirar el alma a la vida eterna. Los nacionalistas de todos los países declararon que sus pueblos tenían la misión sagrada de dirigir a los pueblos inferiores, y que de cualquier modo sólo las virtudes militares podían asegurar la admisión del espíritu en el Valhalla.

Muchos de los amos de la economía, aunque en un principio habían favorecido las transmisiones moderadas, como opio para los trabajadores descontentos, se volvieron ahora contra ellas. Necesitaban poder, y el poder requería esclavos que trabajaran en las grandes empresas industriales. Idearon, pues, un dispositivo que fuera a la vez una droga y un aguijón. Crearon en verdad el «Otro Fascismo», con sus mentiras, su culto místico de la raza y el Estado, su desprecio a la razón, su amor al dominio brutal, sus promesas a los jóvenes, que podrían satisfacer los deseos más viles o generosos.

Opuesto a todos estos críticos de la beatitud radial, e igualmente opuesto a la beatitud radial misma, había en todos los países un pequeño y confundido partido que aseguraba que la verdadera meta de la humanidad era la creación de una comunidad mundial con gentes alertas e inteligentemente creadoras, unidas por la mutua comprensión y el respeto, y la común tarea de realizar todas las posibilidades del espíritu humano en la tierra. Muchas de sus doctrinas eran una repetición de las enseñanzas de algunos profetas religiosos de la antigüedad, pero habían sido también profundamente influidas por la ciencia contemporánea. Este partido, sin embargo, era malinterpretado por los hombres de ciencia, maldecido por los clérigos, ridiculizado por los militaristas, e ignorado por los abogados de la beatitud radial.

Por esa época la confusión económica había arrastrado a los grandes imperios comerciales de la Otra Tierra a una competencia más y más desesperada. Estas rivalidades económicas combinadas con antiguas pasiones tribales de miedo y odio y orgullo habían provocado una serie interminable de escaramuzas armadas que amenazaban concluir en un Armagedon universal.

En esta situación los entusiastas de la radio señalaron que si se aceptaba su política nunca habría guerra, y que por otra parte, sí estallaba una guerra mundial, esa política tendría que ser postergada indefinidamente. Iniciaron un movimiento en el mundo entero, y tal era la pasión por la beatitud radial que todos los países se alzaron reclamando paz. Se creó al fin una autoridad mundial de transmisiones, para que propagara el evangelio de la radio, arreglara las diferencias entre los imperios, y eventualmente se encargara del Gobierno del mundo.

Mientras tanto los «religiosos» de buena fe y los militaristas sinceros denunciaron desconsolados la bajeza de los motivos que inspiraban el nuevo internacionalismo, pero como ellos también se equivocaban a su modo, decidieron salvar a los Otros Hombres llevando a los pueblos a la guerra. Todas las fuerzas de la propaganda y la corrupción financiera se unieron heroicamente para fomentar las pasiones del nacionalismo. Aun así, la pasión por la beatitud radial era tan intensa y estaba tan extendida que el partido de la guerra nunca hubiera tenido éxito sin el auxilio de los fabricantes de armas, y la experiencia de estos hombres en fomentar dificultades.

Al fin se logró hacer nacer un conflicto entre uno de los más viejos imperios mercantiles y cierto Estado que sólo recientemente había alcanzado la civilización mecánica, pero que era ya una gran potencia, y una potencia que necesitaba desesperadamente mercados. La radio, que antes había sido la inspiradora mayor del internacionalismo, se transformó de pronto en los dos países en el principal estímulo del nacionalismo. A la mañana, al mediodía, y a la noche, se aseguraba a todo hombre civilizado que los enemigos -por supuesto de sabor subhumano y repugnante- estaban tramando destruirlo. Noticias sobre armamentos, historias de espías, relatos acerca de la conducta sádica y bárbara del pueblo vecino, crearon en los dos países sospechas tan irracionales que la guerra se hizo inevitable. Una provincia fronteriza se convirtió en tema de disputa. Durante aquellos días críticos Bvalltu y yo estábamos en una importante ciudad provincial. Nunca olvidaré cómo la gente se complacía en un odio casi maniaco. Una salvaje sed de sangre borraba todo pensamiento de hermandad humana, y aun de seguridad personal. Los Gobiernos dominados por el pánico empezaron a bombardear con cohetes de largo alcance a sus peligrosos vecinos. En el término de pocas semanas varias de

las capitales de la Otra Tierra habían sido destruidas desde el aire. Cada pueblo se esforzó entonces en hacer más daño del que había recibido.

No hay necesidad de relatar minuciosamente los horrores de esta guerra: la destrucción de una ciudad tras otra, el pánico de las poblaciones, las multitudes que ambulaban dedicadas al pillaje y al crimen, el hambre y la enfermedad, la desintegración de los servicios sociales, la aparición de implacables dictaduras militares, la uniforme o catastrófica decadencia de la cultura y la decencia y nobleza de las relaciones humanas.

En cambio, intentaré explicar el carácter definitivo del desastre que sufrieron los Otros Hombres. Mi propia especie humana, en circunstancias similares, nunca se hubiese permitido, seguramente, una caída tan total. Sin duda, estamos también amenazados con la posibilidad de una guerra apenas menos destructiva; pero, cualquiera sea nuestra agonía próxima, nos recobraremos, ciertamente. Seremos insensatos, pero evitamos siempre caer en un abismo de absoluta locura. En el último momento la cordura tambaleante se yergue otra vez. No ocurrió así con los Otros Hombres.

3. Perspectivas de la raza

Cuanto más tiempo pasaba yo en la Otra Tierra más pensaba que debía de haber una diferencia fundamental entre esta raza humana y la mía. En algún sentido era obviamente una diferencia de equilibrio. El *Homo Sapiens*, en su totalidad un ser mejor integrado, más dotado de sentido común, estaba menos dispuesto a caer en extravagancias arrastrado por alguna distorsión mental.

Quizá el ejemplo más notable de la extravagancia de los Otros Hombres era la parte que desempeñaba la religión en las comunidades más avanzadas. La religión era un poder mucho más fuerte que en mi propio planeta; y las enseñanzas religiosas de los profetas antiguos eran capaces de colmar de fervor hasta mi extraño y perezoso corazón. Sin embargo, la religión tal como la veía yo en aquella sociedad contemporánea, no era muy edificante.

Debo empezar por explicar que en la Otra Tierra las sensaciones gustativas habían tenido mucha importancia en el desarrollo de la religión. A los dioses tribales, por supuesto, se les había atribuido los caracteres preferidos de los propios miembros de la tribu. Más tarde, cuando aparecieron los monoteísmos, las descripciones del poder de Dios, de su sabiduría, de su justicia, de su benevolencia, fueron acompañadas por descripciones del gusto divino. En la literatura mística Dios era comparado a menudo con un vino viejo y suave; y algunos relatos acerca de experiencias religiosas sugerían que este éxtasis gustatorio tenía de algún modo relación con el reverente deleite de algunos de nuestros catadores de vinos, cuando saborean una rara cosecha.

Lamentablemente, a causa de la diversidad de tipos gustativos, pocas veces había habido un acuerdo acerca del gusto de Dios. Se habían librado así guerras religiosas para decidir si ese gusto era dulce o salado, o si su sabor preponderante tenía algunas de esas muchas características que nuestra propia raza no puede concebir. Algunos maestros insistían en afirmar que sólo los pies pueden gustar a Dios, otros otorgaban ese privilegio a las manos o a la boca, otros que sólo podía ser experimentado en un sutil complejo de sabores conocido como la inmaculada unión, que era un éxtasis sensual y principalmente nacido de la comunicación o la relación con la divinidad.

Otros maestros declaraban que aunque en Dios había en verdad un gusto, la esencia divina no se manifestaba a través de ningún instrumento corporal, sino al espíritu puro; y que el sabor de Dios era más sutil y delicioso que el de la bien amada, ya que incluía todo lo que había de más fragante y espiritual en el hombre, e infinitamente más.

Algunos llegaban a declarar que Dios no era de ningún modo una persona, sino su mismo sabor. Bvalltu acostumbraba a decir: «O Dios es el Universo, o es el sabor de la creación que invade todas las cosas».

Diez o quince siglos atrás, cuando la religión era, aparentemente, mucho más vital, no había habido iglesias o sacerdotes; pero las ideas religiosas dominaron la vida de todos los hombres hasta un grado increíble. Más tarde, habían aparecido las iglesias y los sacerdotes, dedicándose a preservar lo que era ahora evidentemente una conciencia religiosa cada vez más débil. Algo más tarde, pocos siglos antes de la Revolución Industrial, las instituciones religiosas habían alcanzado tal poder en los pueblos más civilizados que se le dedicaban más de las tres cuartas partes del presupuesto. Las clases trabajadoras, en verdad, que recibían en premio de su esclavitud una pequeña ración, daban a los sacerdotes gran parte de sus miserables ganancias, y vivían en una pobreza abyecta.

La ciencia y la industria habían desencadenado una de esas extremas y repentinas revoluciones ideológicas que eran tan características de los Otros Hombres. Fueron destruidas casi todas las iglesias o transformadas en fábricas temporarias o museos industriales. El ateísmo perseguido hasta hacía poco tiempo, se puso de moda. Todas las mentes superiores se volvieron agnósticas. Más recientemente, sin embargo, aparentemente horrorizados ante los efectos de una cultura materialista, mucho más cínica y vocinglera que la nuestra, los países más industrializados se volcaron de nuevo a la religión. Nació una fundación espiritista dedicada al estudio de la ciencia natural. Se resantificaron las viejas iglesias, y aparecieron muchos nuevos edificios religiosos, que pronto fueron tan numerosos como los cinematógrafos en la Tierra. En verdad, las nuevas iglesias absorbieron gradualmente al cine, y proporcionaron espectáculos filmados donde se unían hábilmente orgías sensuales con propaganda eclesiástica.

En la época de mi visita las iglesias habían recuperado todo su antiguo poder. La radio había competido un tiempo con ellas, pero al fin había sido absorbida con éxito. Los sacerdotes rehusaban aún, sin embargo, transmitir la inmaculada unión, que ganaba así prestigio en el pueblo, pues se consideraba que era demasiado espiritual para que se la transmitiera por el éter. Los clérigos más avanzados pensaban que si llegaba a establecerse un sistema universal de beatitud radial, sería posible también resolver este problema. El comunismo, mientras tanto, mantenía sus convenciones antirreligiosas; pero en los dos grandes países comunistas la «irreligión», oficialmente organizada, no se diferenciaba mucho de cualquier religión, excepto en el nombre. Tenía sus instituciones, su sacerdocio, su ritual, su moralidad, su sistema de absolución, sus doctrinas metafísicas, que aunque devotamente materialistas no eran menos supersticiosas. Y el sabor de la divinidad había sido reemplazado por el sabor del proletario.

La religión, pues, era una verdadera fuerza en la vida de estas gentes. Pero había algo más raro en toda esta devoción. En un cierto sentido era una devoción sincera, y hasta beneficiosa, pues los Otros Hombres eran mucho más escrupulosos que nosotros en cuestiones de pequeña tentación personal o en decisiones morales obvias y estereotipadas. Pero descubrí que esta escrupulosidad se aplicaba sólo, precisamente, a situaciones convencionales, y que los Otros Hombres carecían de una sensibilidad moral genuina. Así, aunque la generosidad práctica y la camaradería superficial parecían más comunes que entre nosotros, eran capaces de lanzarse sin titubeos a la persecución mental más diabólica. El hombre sensible tenía que estar siempre en guardia. La confianza mutua y la intimidad profunda eran precarias y raras. En este mundo apasionadamente social, la soledad atenazaba el espíritu. La gente buscaba continuamente una unión que nunca se realizaba. Todo el mundo sufría el terror de estar solo consigo mismo; sin embargo, cuando se reunían, y a pesar de que se creía firmemente en una camaradería universal, estos curiosos seres estaban tan separados unos de otros como las estrellas. Pues todos buscaban en los ojos del prójimo una imagen de sí mismos, y nunca veían otra cosa. Y si la veían, se sentían ultrajados y asustados.

Otros hechos sorprendentes noté en aquel tiempo acerca de la vida religiosa de los Otros Hombres. Aunque todos eran devotos, y la blasfemia era considerada con horror, la actitud

general hacia la divinidad era de un comercialismo blasfemo. Los hombres afirmaban que el sabor divino podía ser asegurado para toda la eternidad con dinero o con ritos. Dios, a quien reverenciaban con el soberbio y emocionado lenguaje de otros tiempos, era ahora concebido ya como un justo o celoso empleado, ya como un padre indulgente o como pura energía física. El sumo lugar común era que la religión no había conocido tiempos de mayor difusión e ilustración. Se aceptaba casi universalmente que sólo ahora se entendían realmente las profundas enseñanzas de la era de los profetas, en su sentido original. Los escritores y comentaristas de radio afirmaban que al interpretar las escrituras las hacían servir a las ilustradas necesidades religiosas de una época que se llamaba a sí misma Edad de la Religión Científica.

Detrás de toda aquella complacencia que caracterizaba a la civilización de los Otros Hombres antes del estallido de la guerra, advertí a menudo una vaga inquietud y ansiedad. Por supuesto, la mayor parte de la gente se dedicaba a sus propios asuntos con el mismo absorto y satisfecho interés que en la Tierra. Estaban demasiado ocupados en ganarse la vida, casarse, formar una familia, tratar de sacar el mayor provecho posible de sus relaciones con el prójimo, para perder el tiempo en preguntarse conscientemente acerca del sentido de la vida. Sin embargo, tenían a menudo el aspecto de alguien que ha olvidado una cosa muy importante y se hurga el cerebro tratando de recordar, o de un sacerdote anciano que emplea las viejas y conmovedoras frases sin entender ya su significado. Yo sospeché cada vez más que esta raza, a pesar de todos sus triunfos, vivía ahora de las grandes ideas del pasado, emitiendo conceptos que ya no entendía, rindiendo ideal homenaje a ideales que ya no perseguía sinceramente, y actuando dentro de un sistema de instituciones que en gran parte sólo mentes un poco más finas hubieran podido manejar. Estas instituciones, sospeché, debían de haber sido creadas por una raza dotada no sólo de mayor inteligencia, sino también de una capacidad más amplia y verdadera para vivir en comunidad. Parecían estar basadas en la suposición de que el hombre era un ser bondadoso, razonable y disciplinado.

Interrogué a menudo a Bvalltu sobre ese tema, pero siempre hacía a un lado mis preguntas. Se recordará que aunque yo tenía acceso a todos sus pensamientos, él podía también pensar privadamente, con un leve esfuerzo. Sospeché mucho tiempo que me ocultaba algo, hasta que al fin me habló de aquellos hechos raros y trágicos.

Ocurrió poco después del bombardeo de la metrópoli de su país. Vi los resultados del bombardeo a través de los ojos de Bvalltu y los agujeros de su máscara antigás. No habíamos asistido a aquel horror, pero habíamos intentado volver a la ciudad para auxiliar a los heridos. El calor que irradiaba el centro incandescente de la ciudad era tan grande que no pudimos pasar de los primeros suburbios. Aun allí los edificios caídos cerraban las calles. Cuerpos humanos aplastados y carbonizados asomaban aquí y allí en los montones de escombros. La mayor parte de la población estaba escondida entre las ruinas. En los espacios abiertos yacían hombres muertos por el gas. Las patrullas de salvamento iban de un lado a otro, impotentes. Entre las nubes de humo aparecía ocasionalmente el Otro Sol y hasta alguna estrella diurna.

Luego de abrirse paso entre las ruinas algún tiempo, buscando inútilmente a alguien a quien poder ayudar, Bvalltu se sentó. La devastación que nos rodeaba pareció «soltarle la lengua», si puedo emplear una frase semejante para expresar la repentina franqueza que me mostró su pensamiento. Yo me había referido a una época futura que reflexionaría asombrada en toda esta locura y devastación. Bvalltu suspiró a través de su máscara y dijo:

-Es posible que mi desgraciada raza se haya condenado irrevocablemente a sí misma.

Yo no estaba de acuerdo; pues aunque se habían destruido unas cuarenta ciudades, algún día sin duda se iniciaría un proceso de recuperación, y al fin la raza dejaría atrás esta crisis e iría adelante. Bvalltu me habló entonces de esos asuntos raros que había querido discutir conmigo en otras ocasiones, y que de algún modo siempre me había ocultado. Aunque algunos hombres de ciencia y estudiosos a quienes preocupaba la actual situación social del mundo sospechaban hasta cierto punto la verdad, sólo él y unos pocos otros estaban realmente enterados.

La especie, dijo, estaba sujeta aparentemente a unas largas y debilitantes fluctuaciones, desde hacía unos veinte mil años. Todas las razas de todos los climas parecían sufrir los efectos de este vasto ritmo del espíritu, y simultáneamente. Nadie conocía su causa. Aunque parecía deberse a una influencia que afectaba todo el planeta a la vez, quizá había un único punto de radiación original, que se extendía rápidamente a todas las tierras. Muy recientemente un notable hombre de ciencia había sugerido que podía deberse a las variaciones de intensidad de los rayos cósmicos. Había pruebas geológicas de que esas fluctuaciones de las radiaciones cósmicas se habían producido realmente en alguna época, causadas quizás por variaciones en un grupo vecino de estrellas jóvenes. No podía asegurarse aún que el ritmo psicológico y el ritmo cósmico coincidieran, pero muchos hechos apuntaban a la conclusión de que cuando los rayos eran más violentos se producía una declinación del espíritu humano.

Esta historia no convencía mucho a Bvalltu. Pensaba, en general, que el rítmico debilitamiento de la mentalidad humana se debía a causas más próximas. Cualquiera que fuese la verdadera explicación, era indudable que en el pasado, y a menudo, se había alcanzado un alto grado de civilización, y en todos los casos alguna poderosa influencia había constreñido el vigor mental de la raza humana. En el seno que se abría entre dos de estas vastas olas, el Otro Hombre se hundía en una torpeza mental y espiritual de una abyección que mi propia raza nunca había conocido desde que había dejado el estado de subhumanidad. Pero en la cresta de la ola el poder intelectual de esos hombres, su integridad moral y su conocimiento espiritual parecía haber alcanzado cimas que nosotros hubiésemos considerado superhumanas.

Una y otra vez la raza había emergido del salvajismo, y luego de atravesar una época bárbara había alcanzado una fase de esplendor y sensibilidad. En todas las poblaciones aparecía simultáneamente una capacidad cada vez mayor para la generosidad, el conocimiento de sí mismo, la autodisciplina, el pensamiento desapasionado y penetrante y un puro sentimiento religioso.

Consecuentemente bastaban unos pocos siglos para que el mundo entero floreciese en felices y libres sociedades. El hombre común manifestaba una claridad mental sin precedentes, y en una acción conjunta acababan con todas las injusticias sociales y las crueldades privadas. Las generaciones subsiguientes, inherentemente sanas, y con la bendición de un ambiente favorable, crearían una Utopía mundial de iluminadas criaturas.

De pronto, todo parecía aflojarse. A la edad dorada seguía una edad de plata. Los maestros del pensamiento vivían de los frutos del pasado, se perdían en una selva de sutilezas, o caían exhaustos en el mero desaliño. Al mismo tiempo había una declinación de la sensibilidad moral. El hombre era cada vez menos sincero, menos aficionado a indagarse a sí mismo, menos sensible a las necesidades de los otros, en pocas palabras menos capaz de comunidad. La injusticia y la corrupción roían la maquinaria social que había funcionado bien mientras el hombre había conservado un cierto nivel humano. Tiranos y oligarquías tiránicas se dedicaban a la tarea de destruir la libertad. Clases subsumergidas y enloquecidas por el odio les servían de buenas excusas. Poco a poco, aunque los beneficios materiales de la civilización humeaban durante siglos, la llama del espíritu se reducía hasta ser una débil chispa en unos pocos individuos solitarios. Luego sobrevenía un puro barbarismo, seguido por la caída en un salvajismo casi subhumano.

En las crestas más recientes de la ola parecían haberse alcanzado mayores alturas que en las crestas del pasado «geológico». Algunos antropólogos por lo menos trataban de convencerse de que así era. Se creía confiadamente que el presente ápice de civilización era él más brillante de todos, que aún no había llegado a su culminación, y que los conocimientos científicos ayudarían a preservar la mentalidad de la raza, evitándose una repetición de la decadencia.

La condición actual de la especie era sin duda excepcional. No se conocía ningún ciclo anterior donde la ciencia y la mecanización hubieran adelantado tanto. De acuerdo con lo que

podía deducirse de los vestigios fragmentarios del ciclo previo la invención mecánica nunca había ido más allá de la tosca maquinaria que habíamos conocido en nuestro propio siglo diecinueve. Las revoluciones industriales de los ciclos anteriores, se afirmaba, se habían detenido en etapas aún más primitivas.

Aunque se pensaba generalmente en los círculos intelectuales que aún no se había llegado al punto óptimo, Bvalltu y sus amigos estaban convencidos de que la cresta de la ola se había presentado varios siglos atrás. Para la mayoría de los hombres, por supuesto, la década anterior a la guerra había sido mejor y más civilizada que todas las anteriores. Según ellos civilización y mecanización eran casi idénticas, y nunca la mecanización había logrado triunfos semejantes. Los beneficios de la civilización científica eran obvios. Para la clase afortunada había más comodidades, más salud, mayor estatura, una juventud más prolongada, y un sistema de conocimientos técnicos tan vasto e intrincado que ningún hombre podía dominar más que un pequeño fragmento. Además, el perfeccionamiento de las comunicaciones había unido a todos los pueblos. La radio, el cine, el gramófono estaban borrando las idiosincrasias locales. Estos signos de esperanza hacían olvidar fácilmente que la naturaleza humana era intrínsecamente menos estable que antes, aunque la hubiesen fortalecido las mejores condiciones de vida. Algunas enfermedades degenerativas estaban aumentando lenta pero seguramente. Las enfermedades del sistema nervioso, en particular, eran cada vez más comunes y más perniciosas. Los cínicos acostumbraban decir que los hospitales para enfermos mentales pronto serían más numerosos que las iglesias. Pero los cínicos sólo eran unos bromistas. Se aseguraba casi universalmente que a pesar de las guerras y las perturbaciones económicas y las rebeliones sociales todo estaba bien ahora, y que el futuro sería aún mejor.

La verdad, decía Bvalltu, parecía ser muy distinta. Había pruebas indiscutibles, como yo había sospechado, de que la inteligencia media y la integridad moral habían declinado en todo el mundo, y que esa declinación continuaría probablemente. Ya la raza estaba viviendo de su pasado. Todas las ideas fecundas del mundo moderno habían sido concebidas hacia siglos. Desde entonces, muchas aplicaciones de estas ideas habían ayudado a cambiar el mundo, sin duda; pero ninguno de estos notables inventos habían requerido la extrema intuición, penetrante y comprensiva, que había cambiado el curso mismo del pensamiento en edades anteriores. Recientemente, admitía Bvalltu, había habido toda una cosecha de teorías y descubrimientos científicos de tipo revolucionario, pero ninguno de ellos parecía contener un principio realmente nuevo. Eran recombinaciones de principios familiares. El método científico, inventado siglos atrás, era una técnica tan fértil que continuaría dando frutos durante siglos, aun en manos de hombres incapaces de verdadera originalidad.

Pero la pérdida del nivel mental no era tan evidente en el campo de la ciencia como en el de la moral y la actividad práctica. Yo mismo, con la ayuda de Bvalltu, había aprendido a precisar hasta cierto punto la literatura de aquel asombroso período, muy anterior, cuando todos los países parecían florecer en arte, filosofía, religión; cuando generaciones sucesivas habían transformado el orden social y político hasta asegurar a todos los hombres libertad y prosperidad; cuando nación tras nación se habían desarmado valientemente, corriendo el riesgo de ser destruidas, pero cosechando la paz y la prosperidad; cuando se habían suprimido las fuerzas policiales, y las prisiones se habían convertido en bibliotecas y universidades; cuando las armas y hasta las cerraduras eran conocidas como piezas de museo; cuando las cuatro grandes iglesias del mundo habían revelado sus propios misterios, entregando sus bienes a los pobres, y dirigiendo la triunfante campaña de una vida de comunidad. Los sacerdotes se habían dedicado a trabajos agrícolas, a las artes manuales, a la enseñanza, como humildes acólitos de aquel silencioso sentimiento de reverencia: una religión de la comunidad del mundo sin sacerdotes, sin fe, sin Dios.

Librodot

Luego de unos quinientos años empezaron a aparecer otra vez las cerraduras y las llaves, las armas y las doctrinas. La Edad de Oro quedaba atrás sólo como una maravillosa e increíble tradición, y una serie de principios que eran aún la mejor influencia en un mundo perturbado, aunque se los interpretara erróneamente.

Los hombres de ciencia que atribuían la degeneración mental al aumento de rayos cósmicos afirmaban que si la raza hubiese descubierto la ciencia muchos siglos antes, cuando todavía no había llegado al período de mayor vitalidad, todo hubiera ido bien. Los problemas sociales que habían acompañado al advenimiento de la civilización industrial hubieran sido prontamente dominados. La sociedad hubiese sido una Utopía «medieval», aunque altamente mecanizada. Hasta hubiera sido posible evitar los efectos de los rayos cósmicos. Pero la ciencia había llegado demasiado tarde.

Bvalltu, por otra parte, sospechaba que la causa de aquella degeneración era algún factor inherente a la naturaleza humana. Estaba inclinado a creer que era una consecuencia de la civilización: al alterar el ambiente de la especie, aparentemente en su beneficio, la ciencia había originado un estado de cosas hostil al vigor espiritual. No pretendía saber si la causa del desastre era un aumento de la alimentación artificial, o la tensión nerviosa provocada por la vida moderna, o un obstáculo puesto a la selección natural, o la educación menos rigurosa de los niños. Quizá la influencia principal no era ninguna de éstas, relativamente recientes; pues había pruebas de que la decadencia se había iniciado en los principios mismos de la edad científica, si no antes. Era posible que algún misterioso factor nacido de las condiciones mismas de la Edad de Oro hubiese desencadenado el proceso. Hasta podía ocurrir, sugirió, que una comunidad genuina generara su propio veneno, que el joven educado en una sociedad perfecta, en una verdadera «ciudad de Díos», debiera rebelarse inevitablemente contra la pereza moral e intelectual, en nombre de un individualismo romántico y una pura destrucción; y que enraizado ya el mal, la ciencia y la civilización mecanizada hubieran acelerado la decadencia del espíritu.

Poco antes que yo dejara la Otra Tierra un geólogo descubrió el diagrama fosilizado de un aparato de radio muy complejo. Parecía ser una plancha litográfica de diez millones de años atrás. La avanzada sociedad que había producido esa pieza no había dejado ningún otro rastro. El descubrimiento sacudió al mundo inteligente; pero todos se consolaron pronto con el pensamiento de que una raza no humana y poco resistente había alcanzado hacia mucho tiempo un alto y breve grado de civilización. Se dijo que el hombre nunca hubiera podido caer desde una cima semejante.

De acuerdo con las opiniones de Bvalltu el hombre había llegado aproximadamente a la misma altura, una y otra vez, para retroceder luego a causa de alguna oculta consecuencia de su propia hazaña.

Cuando Bvalltu me expuso esta teoría, entre las ruinas de su ciudad natal, le sugerí que alguna vez, si no ésta, el hombre dejaría atrás con éxito el punto crítico de su carrera. Bvalltu me habló entonces de otro asunto, lo que parecía indicar que según él estábamos asistiendo al último acto de un largo y repetido drama.

Los hombres de ciencia sabían que debido a la escasa gravedad de aquel mundo, la atmósfera, ya enrarecida, estaba desapareciendo gradualmente. Tarde o temprano, la humanidad tendría que enfrentar el problema de detener esta fuga constante del precioso oxígeno. Hasta entonces la vida se había adaptado con éxito al progresivo enrarecimiento de la atmósfera, pero el cuerpo humano había alcanzado en este aspecto el límite de adaptabilidad. Si la pérdida no se detenía pronto, la raza declinaría inevitablemente. La única esperanza era que se descubriera algún modo de resolver el problema atmosférico antes de la próxima edad bárbara. La posibilidad de que así ocurriera había sido muy débil. Ahora la guerra había destruido esa posibilidad al atrasar un siglo el reloj de la investigación científica

justo en el momento en que la naturaleza humana estaba en decadencia, y era posible que nunca pudiera abocarse a un problema tan difícil.

El pensamiento del desastre que esperaba casi con certeza a los Otros Hombres me hundió en un horror de dudas acerca del Universo donde podía ocurrir algo semejante. La idea de que todo un mundo de seres inteligentes pudiese desaparecer de pronto no era muy rara, pero hay una gran diferencia entre una posibilidad abstracta y un peligro concreto e inevitable.

En mi planeta, cuando veía el sufrimiento y la inutilidad de los individuos, me conformaba pensando que por lo menos el efecto de toda aquella lucha ciega debía ser el lento pero glorioso despertar del espíritu humano. Esta esperanza, esta certeza, habían sido nuestro más firme consuelo. Pero entendía ahora que nada garantiza esa victoria. Parecía que el Universo o el Hacedor del Universo eran indiferentes al destino de los mundos. Parecía que las luchas no acabarían nunca, y que debían aceptarse el sufrimiento y la pérdida; y alegremente, pues éste era el terreno mismo donde crecía el espíritu. Pero que toda lucha fuese final y absolutamente vana, que todo un mundo de espíritus sensibles fracasara y muriera, no podía ser sino una pura expresión del mal. En mi horror pensé que el Hacedor de Estrellas debía ser el Odio.

Bvalltu no pensaba lo mismo.

-Aunque las potencias nos destruyan -dijo-, ¿quiénes somos para condenarlas? Sería lo mismo que una palabra juzgara al hombre que la ha pronunciado. Quizá nos usen para sus propios y elevados fines, quizá usen nuestra fuerza y nuestra debilidad, nuestra alegría y nuestra pena, en algún tema excelente que nosotros no podemos concebir.

-¿Pero que tema puede justificar tanta destrucción e inutilidad? -protesté-. ¿Y cómo podemos evitar nuestro juicio, y cómo podemos juzgar sino a la luz de nuestros propios corazones, cómo nos juzgamos a nosotros mismos? Sería una ruindad alabar al Hacedor de Estrellas sabiendo que es demasiado insensible para preocuparse por el destino de sus mundos.

El pensamiento de Bvalltu calló un momento. Luego el hombre alzó los ojos buscando entre las columnas de humo una estrella diurna. Y entonces me dijo:

-Si Él salvara todos los mundos, pero atormentara a un hombre, ¿merecería el perdón? ¿Y si fuera un poco duro sólo con un niño estúpido? ¿Que puede importar nuestro dolor, o nuestro fracaso? ¡Hacedor de Estrellas! Un nombre, aunque no tengamos noción de su significado. Oh, Hacedor de Estrellas, debo alabarte aunque me destruyas. Aunque me tortures, mi bien amado. Aunque atormentes y consumas todos tus hermosos mundos, esas menudas obras de tu imaginación, aún así, te alabaré. Pues si así lo haces, así debe ser. Para mí puede estar mal, pero en ti *debe* estar bien.

Bvalltu bajó los ojos a la ciudad arruinada, y luego continuó:

-Y si al fin y al cabo no hay Hacedor de Estrellas, si la gran compañía de las galaxias hubiese nacido por sí misma, o aun si este pequeño mundo sórdido fuese el único habitáculo del espíritu entre las estrellas, y muriera para siempre, aún así, yo debo alabar. ¿Pero si no hay Hacedor de Estrellas que puede ser eso que alabo? No lo sé. Lo llamaría el gusto, el sabor de la existencia. Pero esto no significa mucho.

IV - Viajo otra vez

Debo de haber pasado varios años en la Otra Tierra, un período muy largo que no imagine cuando encontré a aquel campesino. Muy a menudo anhelaba estar otra vez en mi casa. Acostumbraba preguntarme con una dolorosa ansiedad cómo estarían aquellos seres queridos, y con que cambios me encontraría si lograba volver. Me sorprendía descubrir que a pesar de las innumerables nuevas experiencias que yo tenía en la Otra Tierra yo siguiese pensando en mi mundo de un modo tan insistente. Parecía que hacía un momento yo había estado sentado en la loma mirando las luces del suburbio. Sin embargo, habían pasado varios años. Si yo viera ahora a los niños, apenas podría reconocerlos. ¿Y la madre? ¿Cómo estaría?

Bvalltu era en parte responsable de mi larga estadía en la Otra Tierra. No quería oír hablar de mi partida hasta que los dos llegáramos a entender perfectamente el mundo del otro. Yo le estimulaba constantemente la imaginación describiéndole con toda claridad posible la vida en mí propio planeta, y él descubría en ese mundo la misma fusión de cosas maravillosas y ridículas que yo descubría en el suyo. En verdad, se resistía a admitir que su mundo fuera en su totalidad, el más grotesco.

Pero yo no me sentía atado a Bvalltu sólo por esta necesidad suya de información. Yo había llegado a sentir gran amistad por él. En los primeros días de nuestra relación había habido tensiones. Aunque los dos éramos seres humanos civilizados, que se esforzaban siempre por mostrarse corteses y generosos, nuestra extrema intimidad nos fatigaba a veces. A mí, por ejemplo, me cansaba a menudo su pasión por las bellas artes gustativas del planeta. Bvalltu se pasaba las horas pasando los dedos por unas cuerdas impregnadas para sentir las secuencias de sabores que eran para él de una forma y un simbolismo sutiles. Al principio me sentí intrigado, y luego llegué a emocionarme estéticamente; pero a pesar de su paciente ayuda nunca pude penetrar total y espontáneamente en la estética del gusto. Tarde o temprano yo me sentía fatigado o aburrido. Además, me impacientaba su periódica necesidad de dormir. Yo no tenía cuerpo y carecía de esas necesidades. Podía por supuesto salir de Bvalltu y pasearme solo por aquel mundo; pero me exasperaba a menudo tener que interrumpir interesantes experiencias sólo para que el cuerpo de mi huésped tuviera tiempo de recuperarse. A Bvalltu por su parte, por lo menos en los primeros días de nuestra amistad, no le agradaba nada que yo pudiera observar sus sueños. En la vigilia podía ocultarme sus pensamientos, pero dormido se encontraba desamparado. Naturalmente yo aprendí muy pronto a refrenar mis poderes, y él, por su parte, a medida que nuestra relación se transformaba en un respeto mutuo, dejó de dar tanto valor a su propia intimidad.

Con el tiempo empezamos a sentir que gustar separados el sabor de la vida era perder la mitad de su riqueza y su sutileza. Ninguno de los dos podía confiar en su propio juicio o sus propios motivos si el otro no estaba presente para ejercer una crítica constante aunque amistosa.

Ideamos entonces un plan que satisficiese a la vez nuestra amistad, su interés en mi mundo, y mi propia nostalgia. ¿Por que no tratábamos de visitar juntos mi planeta? Yo había

viajado desde allí; ¿por que no podríamos viajar hacia allí? Luego de pasar un tiempo en la Tierra, podíamos intentar otro viaje mayor, juntos también.

Para esto teníamos que resolver dos diferentes tareas. La técnica del viaje interestelar, la que yo había conocido sólo por accidente y de un modo azaroso, debía ser totalmente dominada. Además, debíamos localizar mi sistema planetario en los mapas astronómicos de los Otros Hombres.

Este problema geográfico, o mejor cosmográfico, demostró ser insoluble. Yo nada podía decir de mi viaje que sirviera para orientarnos. El estudio del problema, sin embargo, nos llevó a un asombroso descubrimiento, para mi terrible. Yo había viajado no sólo por el espacio sino también por el tiempo. En primer lugar parecía que -según la avanzada astronomía de los Otros Hombres- las estrellas tan maduras como el Otro Sol y mi propio Sol eran raras. Sin embargo, para la astronomía terrestre este tipo de estrellas era el más común. Enseguida hice otro descubrimiento que me dejó perplejo. La Galaxia que conocían los Otros Astrónomos era sorprendentemente distinta de la galaxia que se conocía en la Tierra. De acuerdo con los Otros Hombres el gran sistema estelar era mucho más chato. Nuestros astrónomos nos dicen que es como un gran bizcocho circular cinco veces más ancho que grueso. Según ellos se parecía más a un buñuelo. A mí mismo me había sorprendido a veces la anchura y la vaguedad de la Vía Láctea en el cielo de la Otra Tierra. Me había sorprendido también que los Otros Astrónomos creyeran que había en la Galaxia mucha materia gaseosa aún no condensada en estrellas. Para nuestros astrónomos parecía ser casi totalmente estelar.

¿Yo entonces había viajado mucho más de lo que había creído y había entrado en otra galaxia más joven? Quizá en aquel período de oscuridad, cuando se habían desvanecido los rubíes, amatistas y diamantes del cielo yo había cruzado el espacio intergaláctico. Esta me pareció al principio la única explicación, pero algunos hechos nos obligaron a descartarla en favor de otra aún más rara.

Comparando la astronomía de los Otros Hombre: con mis recuerdos fragmentarios de nuestra propia astronomía advertí que el cosmos de Galaxias que ellos conocían no se parecía al que conocíamos nosotros. Para ellos la forma media de las galaxias era mucho más rotunda y mucho más gaseosa; en verdad mucho más primitiva.

Además, en el cielo de la Otra Tierra varias galaxias estaban tan juntas que a simple vista parecían borrones de luz. Y los astrónomos habían demostrado que algunos de esos llamados «universos» estaban mucho más cerca del «Universo» local que el más cercano de los conocidos en la Tierra.

De pronto entendimos la verdad y nos quedamos realmente perplejos. Todo apuntaba al hecho de que yo había remontado de algún modo el río del tiempo y había llegado al remoto pasado, cuando casi toda las estrellas eran aún jóvenes. La sorprendente cercanía de tantas galaxias en el Universo de los Otros Hombres podía explicarse de acuerdo con la teoría de «Universo en expansión». Yo sabía bien que esta dramática teoría era sólo una hipótesis, y muy poco satisfactoria, pero aquí había por lo menos un notable fragmento de prueba que sugería que en algún sentido la teoría tenía que ser cierta. En épocas tempranas las galaxias, por supuesto, debían de haber estado muy juntas. Era indiscutible que yo había sido transportado a un mundo que había alcanzado la etapa humana mucho antes que mi planeta natal hubiera sido arrancado de la matriz del Sol.

La plena comprensión de la enorme distancia temporal que me separaba de mi hogar me recordó un hecho, o por lo menos una probabilidad, que inexplicablemente yo había olvidado: yo debía de esta muerto. Sentí entonces la desesperada necesidad de estar otra vez en mi casa. Mi hogar me parecía, continuamente, algo tan vívido, tan próximo. Aunque nos separaban pársecs y eones, me parecía que mi casa estaba siempre al alcance de la mano. Si, si yo pudiese *despertar*, me encontraría allí otra vez, en la cima de la loma. Pero no despertaba. A través de los ojos de Bvalltu yo estudiaba mapas de estrellas y páginas de rara escritura. Cuando él alzaba los ojos, yo veía ante nosotros la caricatura de un ser humano, con una cara de rana que era apenas una cara, y con un tórax de paloma, desnudo, y cubierto por unos

vellones verdes. Unos calzones cortos de seda roja y unas medias verdes también de seda le cubrían las piernas huesudas. Esta criatura que para un terrestre era simplemente un monstruo, era considerada en la Otra Tierra una mujer joven y hermosa. Y yo mismo, mirándola a través de los benevolentes ojos de Bvalltu, la reconocía como realmente hermosa. Para una mente habituada a la Otra Tierra sus facciones revelaban inteligencia e ingenio. Indudablemente, si yo podía admirar a una mujer semejante, yo debía de haber cambiado.

Sería tedioso describir los experimentos por los que adquirimos y perfeccionamos el arte de volar por el espacio estelar. Baste decir que luego de muchas aventuras aprendimos a elevarnos y a dirigir el rumbo por un simple acto de voluntad. Parecía que viajábamos con más facilidad y exactitud cuando lo hacíamos juntos que cuando yo me aventuraba solo en el espacio. Podía creerse que nuestra comunidad de mentes fortalecía también la locomoción estelar.

Era una experiencia muy rara encontrarse en las profundidades del espacio, rodeado sólo por la oscuridad y las estrellas y, sin embargo, en estrecho contacto personal con un compañero invisible. Mientras las deslumbrantes lámparas del cielo pasaban a nuestro lado, podíamos hablarnos de nuestras experiencias, o discutir nuestros planes, o compartir los recuerdos de nuestros planetas. A veces usábamos mi lenguaje, a veces el suyo. A veces no necesitábamos palabras, y nos bastaba compartir esas imágenes que fluían en nuestras dos mentes.

El deporte del vuelo incorpóreo entre las estrellas ha de ser seguramente el más estimulante de todos los ejercicios atléticos. No dejaba de tener sus peligros, pero éstos, como descubrimos pronto, eran psicológicos, no físicos. En nuestro estado los choques con los objetos celestes importaban poco. A veces, en las primeras etapas de nuestra aventura caíamos por accidente en una estrella. Por supuesto, el calor del interior debía de ser enorme, pero para nosotros sólo se manifestaba como resplandor.

Los peligros psicológicos del deporte eran en cambio graves. Pronto descubrimos que el desánimo, la fatiga mental, el temor, todo tendía a reducir nuestros poderes de movimiento. Más de una vez nos encontramos inmóviles en el espacio, como un buque abandonado en medio del mar; y sentíamos entonces tanto miedo que perdíamos toda posibilidad de movernos, hasta que al fin luego de haber experimentado todas las gamas de la desesperación, pasábamos a la indiferencia y a una calma filosófica.

Un peligro aún más grave, pero que sólo nos atrapó una vez, era el de un conflicto mental. Un serio desacuerdo a propósito de nuestros planes futuros nos condenó no sólo a la inmovilidad sino también a un desorden mental terrible. Nuestras percepciones se hicieron confusas. Teníamos alucinaciones. Perdimos la capacidad de pensar coherentemente. Luego de un período de delirio, en el que tuvimos la sensación abrumadora de una aniquilación inminente, nos encontramos de vuelta en la Otra Tierra; Bvalltu en su propio cuerpo, en cama, tal como lo había dejado; yo otra vez un desencarnado punto de vista que flotaba de un lado a otro sobre la superficie del planeta. Los dos parecíamos enloquecidos de terror, y tardamos mucho en recobrarnos. Pasaron meses antes que reanudáramos nuestra relación y nuestra aventura.

Mucho más tarde conocimos la explicación de este doloroso incidente. Habíamos alcanzado un acuerdo mental tan perfecto que cualquier conflicto que asomara entre nosotros se parecía más a la disociación interior de una mente que a un desacuerdo entre dos individuos. De ahí sus serias consecuencias.

A medida que perfeccionábamos nuestros vuelos sentíamos un placer cada vez mayor en ir de aquí para allá entre las estrellas. Gustábamos a la vez de los deleites del patinaje y el vuelo. Una y otra vez, por el placer de la pura alegría, trazábamos grandes figuras de ochos alrededor de los dos núcleos de una «estrella doble». A veces nos quedábamos inmóviles mucho tiempo observando desde cerca los cambios de una estrella variable. A veces nos zambullíamos en un grupo apretado de astros, y nos deslizábamos entre sus soles como un coche que corre entre las luces de una ciudad. Otras resbalábamos sobre las ondas de unas

Librodot

superficies de gas, pálidamente luminosas, o entre prominencias y jirones plumosos; o nos hundíamos en la niebla entrando en un mundo gris, de luz de amanecer. A veces, inesperadamente, nos devoraban oscuros continentes de polvo, que borraban el Universo. En una ocasión, mientras atravesábamos una populosa región del cielo, una estrella brilló de pronto con exagerado esplendor, transformándose en una nova. Como la estrella estaba rodeada aparentemente de una nube de gas oscuro, vimos sólo una esfera luminosa, cada vez mayor. Nos alejamos a la velocidad de la luz y la nova se nos apareció como un reflejo en el gas, un globo brillante que iba apagándose a medida que aumentaba de tamaño.

Estos fueron sólo unos pocos de los espectáculos estelares que nos deleitaron mientras nos deslizábamos fácilmente, como en alas de golondrinas, aquí y allá entre los vecinos del Otro Sol, y aprendíamos el arte del vuelo interestelar. Cuando alcanzamos suficiente habilidad, nos alejamos más todavía, y logramos volar con tanta rapidez que (como en mi primer e involuntario viaje) las estrellas de adelante y de atrás se colorearon y al fin todo fue oscuro. No sólo esto; alcanzamos también esa visión más espiritual, que yo había conocido asimismo en mi primer viaje, y en la que ya no contaban las extravagancias de la luz física.

En una ocasión nuestro vuelo nos llevó hasta los límites de la Galaxia, y al vacío que se abría después. Durante un tiempo las estrellas cercanas habían sido cada vez más escasas. Al fin quedó atrás un hemisferio de luces débiles, mientras enfrente se extendía una negrura sin estrellas, con unas pocas manchas aisladas centelleantes, unos pocos fragmentos separados de la Galaxia, o las subgalaxias planetarias. En el resto del cielo la oscuridad era casi total; sólo se veía una media docena de puntos borrosos: las otras galaxias más cercanas.

Ante este pavoroso espectáculo nos quedamos mucho tiempo inmóviles en el vacío. Era en verdad una perturbadora experiencia ver delante de nosotros todo un «Universo», y descubrir que había millones de universos, invisibles, demasiado remotos.

¿Cuál era el significado de aquella Inmensidad y complejidad física? En sí misma, indudablemente, no era más que inutilidad y desolación. Pero con angustia y esperanza nos dijimos que había allí una promesa de algo más complejo, sutil y diverso que la mera materia. Esto sólo era justificación suficiente. Pero la formidable posibilidad, aunque inspiradora, nos pareció también terrible.

Como un pichón que mira por primera vez por encima del borde del nido, y luego se recoge de nuevo en su casita retrocediendo ante la inmensidad del mundo, nosotros habíamos asomado a los confines de aquel nidito de estrellas que durante tanto tiempo, pero falsamente, los hombres habían llamado «el universo», y ahora nos echábamos atrás refugiándonos en los amables recintos de nuestra Galaxia natal.

Como en nuestras experiencias habíamos encontrado muchos problemas teóricos que no podíamos resolver sin consultar algún texto de astronomía, decidirnos regresar a la Otra Tierra, pero luego de una búsqueda larga e infructuosa descubrimos que nos habíamos extraviado. Todas las estrellas eran parecidas, excepto esas pocas que en aquellos primeros tiempos eran tan viejas y templadas como el Otro Sol. Buscando al acaso, pero muy velozmente, no pudimos descubrir ni el planeta de Bvalltu ni el mío, ni ningún otro Sistema Solar. Frustrados, nos detuvimos otra vez en el vacío a considerar nuestra situación. Todo alrededor el ébano del cielo adornado de diamantes, nos enfrentaba con un enigma. ¿Qué chispa en todo aquel polvo estelar era Otro Sol? En aquellos tiempos abundaban las rayas de materia nebulosa, pero no reconocíamos sus formas, y no nos servían para orientarnos.

El hecho de que nos hubiéramos perdido entre las estrellas, sin embargo, no nos inquietó. Estábamos entusiasmados con nuestra aventura, y nos animábamos mutuamente. Nuestras experiencias recientes habían acelerado nuestra vida mental, organizando la unión de nuestras mentes. Cada uno de nosotros era consciente de sí mismo y del otro como un ser separado; pero la combinación o integración de nuestros recuerdos y nuestros temperamentos había alcanzado tal punto que a menudo olvidábamos nuestra individualidad. Sin embargo, y de un

modo bastante asombroso, una camaradería y una comprensión mutua cada vez más intensas complicaban también esa identidad creciente.

Esa interpenetración mental no sólo sumó sino que hasta multiplicó la riqueza de nuestro pensamiento: pues uno no sólo se veía interiormente a sí mismo y veía al otro: experimentaba también aquella armonía en contrapunto de la relación. En verdad, en algún sentido que no puedo describir con precisión, nuestra unión mental resultó en la aparición de una tercera mente, intermitente aún, pero de una conciencia mucho más sutil que la de cualquiera de los dos en estado normal. Cada uno de nosotros, o mejor dicho los dos juntos, «despertábamos» de cuando en cuando para ser este espíritu superior. Todas las experiencias de uno adquirían un nuevo significado a la luz del otro; y nuestras dos mentes eran una mente nueva, más penetrante, más consciente. En este estado de elevada lucidez nosotros (es decir, el nuevo yo) empezamos a explorar deliberadamente las posibilidades psicológicas de otros tipos de mundos y seres inteligentes. Dotado de una nueva penetración distinguí en mi mismo y en Bvalltu esos atributos que son esenciales al espíritu, y esos meros accidentes que nuestros mundos peculiares nos habían impuesto. Esta operación imaginativa demostró pronto ser un método, y muy potente, de investigación cosmológica.

Comprendimos entonces más claramente un hecho que habíamos sospechado hacia tiempo. En mi viaje interestelar anterior, que me había llevado a la Otra Tierra, yo había empleado inconscientemente los distintos métodos de viaje, el método que llamaré de la «atracción psíquica». Este consistía en la proyección telepática y directa de la mente a un mundo extraño, remoto quizá en el espacio y el tiempo, pero en tono con la mente del explorador en el momento de la operación. Evidentemente, era este método sobre todo el que me había llevado a la Otra Tierra. Las notables semejanzas de nuestras dos razas habían determinado una fuerte «atracción psíquica», mucho más poderosa que mis azarosos vagabundeos interestelares. Era este método el que Bvalltu y yo íbamos a practicar y perfeccionar ahora.

Al fin advertimos que nos movíamos lentamente. Teníamos, además, la rara impresión de que aunque pareciésemos encontrarnos solos en un vasto desierto de estrellas y nebulosas, estábamos en realidad de algún modo mentalmente cerca de unas invisibles inteligencias. Concentrándonos en esta sensación de presencia, descubrimos que nuestra marcha se aceleraba; y que si tratábamos de cambiar su curso con un violento acto de voluntad volvíamos inevitablemente a la dirección original cuando nuestro esfuerzo cesaba. Pronto nuestro movimiento se transformó en un vuelo en línea recta. Una vez más las estrellas de adelante parecieron violetas, las de atrás rojas. Una vez más todo desapareció.

Discutimos nuestra situación en aquella oscuridad y aquel silencio absolutos. Era evidente que atravesábamos el espacio más rápidamente que la luz misma. Quizá atravesábamos también el tiempo, de algún modo incomprensible. Mientras, la sensación de la proximidad de otros seres se hacía más y más insistente, aunque no menos confusa.

Luego aparecieron otra vez las estrellas. Aunque pasaban junto a nosotros como chispas voladoras, eran normales, sin color. Una luz brillaba enfrente. Creció, alcanzó un resplandor enceguecedor, y luego fue visiblemente un disco. Con un esfuerzo de voluntad aminoramos la marcha, y volamos lentamente alrededor del sol, buscando. Descubrimos, felices, que acompañaban al astro varios mundos que podían albergar vida. Guiados por la inconfundible impresión de una presencia mental, elegimos uno de esos planetas, y descendimos lentamente hacia él.

Librodot

V - Mundos innumerables

1. La diversidad de mundos

El planeta en que descendimos luego de este largo vuelo entre las estrellas fue el primero de los muchos que visitamos. En algunos nos quedamos sólo unas pocas semanas, en otros varios años, siempre de acuerdo con el calendario local, huéspedes de la mente de algún nativo. A menudo, cuando llegaba el momento de partir, el nativo nos acompañaba en nuestras subsiguientes aventuras. A medida que íbamos de mundo en mundo, y las experiencias se apilaban como estratos geológicos, parecía que este raro paseo duraba vidas enteras. Sin embargo, no dejábamos de pensar en nuestros planetas natales. En verdad necesité este exilio para entender plenamente el valor de esa unión personal que yo había dejado atrás. Para comprender de algún modo aquellos mundos yo debía compararlos constantemente con el mundo remoto donde había transcurrido mi vida; pero la piedra de toque era sobre todo aquella existencia en común que ella y yo habíamos vivido juntos.

Antes de tratar de describir, de sugerir, la inmensa diversidad de mundos que visité entonces, debo decir unas pocas palabras acerca del desarrollo mismo de la aventura. Luego de las experiencias a que acabo de referirme se hizo evidente que el método del vuelo incorpóreo no era muy útil. Nos permitía sin duda percibir de un modo extremadamente vivido las características visibles de nuestra Galaxia; y lo empleábamos a menudo para orientarnos cuando habíamos hecho algún descubrimiento nuevo gracias al método de la atracción psicológica. Pero como sólo nos daba libertad de espacio, y no de tiempo, y como los sistemas planetarios eran tan raros, el método de ir simplemente de un lado al otro, al acaso, no podía dar muchos resultados. La atracción psíquica, no obstante, una vez dominada, demostró ser muy efectiva. Este método dependía ante todo de las posibilidades imaginativas de nuestras propias mentes. Al principio, cuando el poder de nuestra imaginación estaba estrictamente limitado por la experiencia que teníamos de nuestros planetas, podíamos establecer contacto sólo con mundos muy similares al nuestro. Además, en esta primera etapa de nuestra empresa tropezábamos invariablemente con mundos que pasaban en ese momento por crisis similares a las que atraviesa hoy el *Homo Sapiens*. Parecía que sólo podíamos entrar en un mundo si había una profunda semejanza o identidad entre nosotros y nuestros huéspedes.

A medida que pasábamos de un mundo a otro comprendíamos mejor los principios que guiaban nuestro viaje, y crecía nuestra capacidad de aplicarlos. Además, en todas nuestras visitas buscábamos un nuevo colaborador que nos ayudara a comprender su mundo y a acrecentar el alcance de nuestra imaginación para ulteriores exploraciones de la Galaxia. Este método de «la bola de nieve» que aumentaba el número de los exploradores era de gran importancia ya que acrecentaba también nuestros poderes. En las últimas etapas de la exploración hicimos descubrimientos infinitamente alejados de los límites de una solitaria mente humana.

Al principio, Bvalltu y yo asumimos que estábamos embarcándonos en una aventura puramente privada; y más tarde, cuando se nos unieron otros, seguimos creyendo aún que

éramos los iniciadores de la exploración cósmica. Pero al cabo de un tiempo establecimos contacto mental con otros grupos de exploradores cósmicos, nativos de mundos que nosotros ignorábamos.

Luego de algunos difíciles y a menudo inquietantes experimentos, unimos nuestras fuerzas, entrando primero en una comunidad íntima, y más tarde en aquella rara unión mental que Bvalltu y yo habíamos experimentado juntos de algún modo en nuestro primer viaje entre las estrellas.

Luego de haber encontrado otros muchos grupos semejantes comprendimos que aunque cada uno había iniciado su viaje independientemente, estábamos destinados a conocernos, tarde o temprano. Pues aunque en un comienzo nada hubiera habido en común entre nosotros, todos los grupos acrecentaban de tal modo el alcance de su imaginación, a medida que pasaba el tiempo, que el encuentro era inevitable.

Más tarde fue evidente que nosotros, habitantes individuales de una hueste de otros mundos, representábamos un pequeño papel en uno de esos movimientos en los que el cosmos trata de conocerse a sí mismo, y aun ver más allá de sí mismo.

Al decir esto, no pretendo afirmar que por haber participado en ese vasto proceso de autodescubrimiento del cosmos mi historia sea verdadera, en un sentido literal. No merece ser considerada, evidentemente, parte de la absoluta verdad objetiva del cosmos. Yo, el individuo humano, sólo pude participar de un modo muy superficial y engañoso de esa vasta experiencia del «yo» comunal que formaban los innumerables exploradores. Este libro debe ser necesariamente una caricatura ridícula y falsa de nuestra aventura real. Pero, además, aunque éramos y somos una multitud surgida de una multitud de esferas, representamos sólo una pequeña fracción de la diversidad de todo el cosmos. De este modo, hasta en el momento supremo de nuestra experiencia, cuando nos pareció que habíamos penetrado en el corazón mismo de la realidad, no conocimos de la verdad sino unos pocos fragmentos, y de una verdad no literal sino simbólica.

Mi relato de aquella parte de mi aventura en la que conocí tipos aproximadamente humanos puede ser bastante exacto; pero el que se refiere a esferas más extrañas tiene que estar bastante alejado de la verdad. Mi descripción de la Otra Tierra no es posiblemente más falsa que las páginas que han dedicado nuestros historiadores al pasado del *Homo Sapiens*. Pero de los mundos menos humanos, y de las muchas especies de seres fantásticos que encontré en la Galaxia y todo el cosmos, y aún más allá, diré cosas que consideradas literalmente quizá sean totalmente falsas. Sólo espero que aliente en ellas esa verdad que a veces descubrimos en los mitos.

Libres del espacio, recorrimos con igual facilidad las regiones más cercanas y lejanas de la Galaxia. Que no nos encontráramos hasta mucho más tarde con mentes de otras galaxias se debió sin duda no a los límites impuestos por el espacio sino a nuestro inveterado espíritu parroquial, a una rara limitación de nuestros propios intereses, que durante un tiempo nos impidieron recibir la influencia de mundos que estaban más allá de la Vía Láctea. Diré algo más de esta curiosa restricción cuando cuente como, al fin, logramos superarla.

Nos habíamos liberado del espacio, pero también del tiempo. Algunos de estos mundos que exploramos en esta primera fase de nuestra aventura dejaron de existir mucho antes que se formara mi propio planeta; otros eran sus contemporáneos; otros no nacieron sino en la vejez de nuestra Galaxia, cuando la Tierra había sido destruida y muchas de las estrellas ya se habían apagado.

Fuimos hacía arriba y hacia abajo por el espacio y el tiempo, descubriendo un número cada vez mayor de esos granos llamados planetas, observando como una raza tras otra luchaba hasta alcanzar cierto grado de conciencia lúcida, sólo para sucumbir a algún accidente externo, o más a menudo a alguna falla de su propia naturaleza, y sentimos inevitablemente una opresión cada vez mayor, como si nuestras exploraciones nos revelaran la inutilidad, la

falta de significado del cosmos. Unos pocos mundos despertaban a un grado de lucidez que el hombre actual nunca hubiera creído posible. Pero entre éstos los más brillantes habían existido en la primera fase de la historia de la Galaxia; y nada que hubiéramos descubierto en las últimas fases del cosmos sugería que alguna galaxia, y menos aún el cosmos en su totalidad, hubiera llegado (o llegaría un día) a un más acentuado despertar del espíritu que en la época de aquellos primeros brillantes mundos. Sólo en una etapa muy posterior de nuestra investigación estaríamos preparados para descubrir el clima glorioso pero irónico y desgarrador del que esta vasta proliferación de mundos era sólo un prólogo.

En la primera fase de nuestra aventura, cuando, como se ha dicho, nuestros poderes de exploración telepática no se habían desarrollado aún totalmente, los mundos en que entrábamos estaban en el umbral de la misma crisis espiritual que habíamos conocido tan bien en nuestros propios planetas. Esta crisis, entendí, tenía dos aspectos. Era a la vez un momento de la lucha del espíritu, que intentaba llegar a una verdadera comunidad mundial, y una etapa en la larga tarea de alcanzar la actitud espiritual correcta, finalmente apropiada, hacia el Universo.

En cada uno de esos mundos-crisálidas miles de millones de personas entraban en la existencia, en rápida sucesión, y andaban a tientas unos pocos instantes de tiempo cósmico antes de extinguirse. Muchos eran capaces, por lo menos en un humilde grado, de esa íntima especie de comunidad que es el afecto personal; pero para casi todos un extraño era siempre algo temible y odioso. Y aún sus afectos íntimos eran inconstantes y faltos de penetración. Dedicaban casi todo su tiempo a la tarea de huir del aburrimiento o el cansancio, el miedo o el hambre. Como mí propia raza, nunca despertaban totalmente del sueño primigenio de lo subhumano. Sólo unos pocos aquí y allí, y de vez en cuando, eran consolados, estimulados, o torturados por instantes de verdadero despertar. Menos aún eran los que alcanzaban una visión constante y clara, o aun algún aspecto parcial de la verdad; y esas verdades a medias eran consideradas casi siempre absolutas. Al propagar sus pequeñas verdades parciales, ayudaban a veces a las otras criaturas morales, pero también las aturdían y confundían.

Todo espíritu individual, en casi todos aquellos mundos, llegaba en algún momento de la vida a algún humilde clima de conciencia e integridad espiritual, sólo para hundirse otra vez lenta o catastróficamente en la nada. O así parecía. En todos estos mundos, como en el mío, la vida era continua persecución de fines oscuros que siempre estaban a la vuelta de la esquina. Había vastos períodos de aburrimiento y frustración, con alguna rara alegría aquí y allí. Había éxtasis de triunfo personal, de mutua comunicación, de mutuo amor, de visión intelectual, de creación estética. Había también éxtasis religiosos, pero, como todo en esos mundos, estaban oscurecidos por las falsas interpretaciones. Había éxtasis de odio y crueldad, contra individuos y grupos. Algunas veces durante esta primera fase de nuestra aventura, el increíble volumen de sufrimiento y crueldad que encontrábamos en los distintos mundos nos perturbó tanto que perdimos todo coraje, se nos desordenaron los poderes telepáticos, y casi caímos en la locura.

Sin embargo, la mayoría de estos mundos no era realmente peor que los nuestros. Como nosotros, habían alcanzado la etapa en que el espíritu, despertado a medias de la brutalidad y muy lejos aún de la madurez, podía sufrir una desesperación extrema, y conducirse con una crueldad extrema. Y como en nosotros, en estos mundos trágicos pero vitales, que visitamos en nuestras primeras aventuras, las mentes eran incapaces de adaptarse a las circunstancias nuevas. Estaban siempre atrás, aplicando inapropiadamente viejos conceptos y viejos ideales a nuevas situaciones. Como nosotros, vivían continuamente torturados por la necesidad de continuidad, que sus pobres, cobardes y egoístas espíritus no podían realizar. Sólo en parejas o en pequeños círculos de amigos podían soportar una verdadera comunidad: la del reconocimiento, el respeto y el amor mutuos. Pero en sus tribus y naciones alcanzaban demasiado fácilmente la fingida comunidad de la manada, ladrando al unísono de miedo o de odio.

Pero estas razas eran parecidas a la nuestra sobre todo en un aspecto. En todas había una rara mezcla de violencia y delicadeza. Los apóstoles de la violencia y los apóstoles de la delicadeza llevaban a sus fieles de aquí para allá. Y en el tiempo de nuestra visita muchos de esos mundos pisaban el umbral de una crisis de este conflicto. En el pasado reciente se había alabado de labios afuera la delicadeza, la tolerancia, y la libertad; pero la política había fallado, pues no había allí un propósito sincero, ni convicción, ni respeto verdadero y vivido por la personalidad individual. Habían florecido así egoísmos y venganzas, secretamente al principio, luego abiertamente como un individualismo desvergonzado. Al fin, furiosos, los pueblos se habían vuelto contra el individualismo entregándose al culto del rebaño. Al mismo tiempo, disgustados con el fracaso de la delicadeza se pusieron a alabar directamente la violencia, y la brutalidad del héroe enviado por los dioses y la tribu armada. Aquellos que decían creer en la mansedumbre armaron a sus tribus contra las tribus extranjeras a las que acusaban de creer en la violencia. La desarrollada técnica de la violencia amenazaba destruir la civilización; año a año la bondad perdía terreno. Pocos podían creer que la salvación del mundo no dependía de la violencia a corto plazo sino de la delicadeza a largo plazo. Y menos aún podían creer que para ser efectiva la bondad tenía que ser una religión; y que la paz duradera no llegaría nunca hasta que muchos hubiesen despertado a una lucidez de conciencia que en todos aquellos mundos sólo unos pocos podían aún alcanzar.

Si yo intentara describir minuciosamente todos los mundos que exploramos, este libro se alargaría hasta ser un universo de bibliotecas. Sólo puedo dedicar unas pocas páginas a los muchos tipos de mundos que encontramos en estas primeras etapas de nuestra aventura, arriba y abajo, a lo ancho y a lo largo de toda la duración de nuestra Galaxia. De algunos de estos tipos sólo conocimos unos pocos ejemplos; otros se presentaban en veintenas de centenares.

La más numerosa de todas las clases de mundos inteligentes es la que incluye al planeta familiar a los lectores de este libro. El *Homo Sapiens* se envaneció y asustó recientemente con el pensamiento de que aunque quizá no sea la única inteligencia del cosmos, es por lo menos única en su género, y que los mundos aptos para la vida inteligente son extremadamente raros. Esta creencia es tan ridícula como falsa. En comparación con el inimaginable número de estrellas los mundos inteligentes son en verdad muy raros; pero nosotros descubrimos algunos miles de mundos muy similares a la Tierra, y habitados por criaturas esencialmente humanas, aunque en apariencia poco se pareciesen al tipo que llamamos humano. Los Otros Hombres estaban entre los más obviamente humanos. Pero en una etapa ulterior de nuestra aventura, cuando nuestra investigación no se redujo a visitar los mundos que habían llegado a la crisis espiritual familiar, tropezamos con unos pocos planetas habitados por razas casi idénticas al *Homo Sapiens*, o por lo menos a la criatura que era el *Homo Sapiens* en la primera fase de su existencia. No habíamos encontrado antes estos mundos humanos, pues por accidente o alguna otra causa habían sido destruidos antes de alcanzar el nivel de nuestra propia mentalidad.

Luego de haber logrado extender nuestra investigación de los mundos semejantes a los nuestros a otros mentalmente inferiores, fuimos incapaces durante mucho tiempo de establecer alguna especie de contacto con seres que habían superado totalmente el nivel humano. Consecuentemente, aunque rastreamos la historia de numerosos mundos a través de numerosas épocas, y asistimos al fin catastrófico de muchos, o los vimos hundirse en el estancamiento y la inevitable decadencia, había otros con los que perdíamos contacto en el momento mismo en que parecían preparados para dar un salto adelante hacia una mentalidad más desarrollada. Sólo en una época posterior de nuestra aventura, cuando el influjo de muchas criaturas superiores había enriquecido nuestro ser colectivo, pudimos retomar otra vez los hilos de esas biografías de mundos más eminentes.

Librodot

2. Humanidades raras

Aunque todos los mundos que visitamos en la primera fase de nuestra aventura estaban en los umbrales de esa crisis que conocemos muy bien en nuestro propio mundo, sólo algunos estaban ocupados por razas biológicamente similares al hombre; en otros había criaturas de un tipo muy diferente. Las razas más obviamente humanas habitaban planetas de un tamaño y una naturaleza parecidos a los de la Tierra y la Otra Tierra. Todas, cualesquiera hubiesen sido los accidentes de su historia biológica, habían sido llevadas por las circunstancias a adoptar la forma erecta, evidentemente la más apropiada para mundos de esta clase. En casi todos los casos los miembros inferiores eran usados para la locomoción, y los superiores para la manipulación. Generalmente había una especie de cabeza, que contenía el cerebro y los órganos de la percepción a distancia, y a veces los orificios para comer y respirar. El tamaño de estos tipos casi humanos era pocas veces mayor que el de nuestros gorilas más grandes, y pocas veces menor que el de los monos; pero no podíamos estimar ese tamaño con exactitud, ya que carecíamos de un patrón familiar de medida.

Había gran variedad de estas clases aproximadamente humanas. Encontramos hombres emplumados, parecidos a pingüinos, que descendían de aves voladoras y en algunos planetas pequeños hombres-pájaros que conservaban el poder de volar y tenían, sin embargo, un cerebro humano adecuado. En algunos planetas mayores, de atmósfera excepcionalmente densa, los hombres volaban con alas que ellos mismos habían desarrollado. Encontramos también hombres que parecían descender de un antecesor similar a una babosa, a lo largo de una línea donde no había vertebrados, y menos aún mamíferos. Los miembros de estos hombres eran bastante rígidos y flexibles a la vez, gracias a una delicada «canasta» interna de huesos delgados.

En un planeta muy pequeño, pero de tipo terrestre, descubrimos una raza casi humana que era probablemente única. Aquí, aunque la vida había evolucionado de un modo similar al de la Tierra, todos los animales superiores eran notablemente distintos a nuestro tipo familiar en un aspecto. No había en ellos esa duplicación de órganos que caracteriza a todos nuestros vertebrados. Un hombre de este mundo se parecía, pues, a la mitad de un ser humano. Marchaba a saltos sobre una pierna vigorosa de píe ancho, manteniendo el equilibrio con una cola de canguro. Del pecho le salía un único brazo, aunque se abría en tres antebrazos y dedos prensiles. Sobre la boca tenía una nariz de un solo orificio; sobre éste una oreja, y en lo alto de la cabeza una trompa flexible con tres apéndices y tres ojos.

En planetas algo más grandes que la Tierra había a veces una especie casi humana muy diferente y bastante común. A causa de la mayor fuerza de gravedad, un animal de seis patas ocupaba allí el puesto del cuadrúpedo común terrestre. De él nacerían pequeños animales que cavaban sus madrigueras, rápidos y elegantes herbívoros, una especie de mamut a la que no le faltaban los colmillos, y algunos carniceros, todos de seis patas En estos mundos el hombre descendía comúnmente de una criatura parecida a la zarigüeya que en un momento empezó a usar el primero de sus tres pares de miembros en la construcción de nidos o para ayudarse a subir a algún sitio. Con el tiempo la parte delantera del cuerpo se hizo erecta, y el animal asumió gradualmente la forma de un cuadrúpedo con un torso humano en lugar de cuello. En verdad se transformó en un centauro, con cuatro patas y dos brazos. Era muy raro encontrarse en un mundo donde todas las comodidades y conveniencias de la civilización estaban adaptadas para servir a hombres de esta forma.

En uno de estos mundos, bastante más pequeño que los otros, el hombre no era un centauro, aunque contara al centauro entre sus remotos antecesores. En las etapas subhumanas de la evolución la presión del ambiente había ido metiendo unas en otras las partes horizontales del cuerpo del centauro, de modo que las patas delanteras y las traseras se habían juntado cada vez más hasta que al fin se transformaron en un único par vigoroso. Así el hombre y sus inmediatos antecesores eran bípedos con grandes traseros, que recordaban los

Librodot

polizones victorianos, y unas piernas en cuya estructura interna podía descubrirse aún el «centauro» original.

He de describir más detenidamente un mundo casi humano de una especie muy común, pues desempeña un importante papel en la historia de nuestra Galaxia. El hombre de estos mundos, aunque de muy distinta forma y fortuna, se había desarrollado en todos los casos a partir de un animal marino de cinco puntas, una especie de estrella de mar.

Esta criatura especializaría con el tiempo uno de los apéndices como órgano perceptivo, y los otros cuatro como órganos de locomoción. Más tarde desarrollaría unos pulmones, un complejo sistema digestivo, y un equilibrado sistema nervioso. Más tarde aún, el apéndice perceptivo produciría un cerebro, y los otros cuatro servirían para marchar y trepar. Las espinas suaves que cubrían el cuerpo de la estrella de mar ancestral se transformaban a veces en una especie de vello puntiagudo. Al fin aparecía un bípedo inteligente, erecto, equipado con ojos, narices, oídos, órganos del gusto, y a veces órganos de percepción eléctrica. Excepto el grotesco aspecto de las caras, y el hecho de que la boca estaba generalmente en el vientre, estas criaturas eran notablemente humanas. Sus cuerpos, comúnmente, estaban cubiertos con espinas suaves o un vello grueso, característicos ambos de estos planetas. No se conocían las ropas, salvo como protección en las regiones árticas. Los rostros, por supuesto, no eran nada humanos. La alta cabeza terminaba a veces en una corona de cinco ojos. Una abertura circular bajo los ojos servía a la vez para oler, comer y hablar.

La apariencia de estos «equinodermos humanos» no estaba de acuerdo con su naturaleza, pues aunque las caras eran inhumanas, las mentes -en su estructura básica- eran muy similares a las nuestras. Los sentidos eran también parecidos a los sentidos humanos, aunque en algunos mundos la sensibilidad al color era más variada que entre nosotros. Las razas dotadas de sentido eléctrico nos causaron algunas dificultades; pues para entender sus pensamientos tuvimos que aprender toda una nueva gama de cualidades sensoriales y un vasto sistema de raros símbolos. Los órganos eléctricos detectaban leves diferencias de carga eléctrica en relación con el propio cuerpo del sujeto. Originalmente se había empleado este sentido para revelar la presencia de enemigos equipados de órganos eléctricos de ataque. Pero en aquellos hombres su significado era principalmente social. Informaba acerca del estado emocional del prójimo. Además, tenían una función meteorológica.

Describiré con más detalles un ejemplo de estos mundos, que ilustra claramente el tipo, y representa a la vez interesantes peculiaridades.

La clave para la comprensión de esta raza es, me parece, su raro método de reproducción, esencialmente comunal. Todo individuo era capaz de producir un nuevo individuo, pero sólo en ciertas estaciones, y sólo mediante el estímulo de una especie de polen que emanaba de toda la tribu y flotaba en el aire. Los granos de este polen ultra microscópico no eran células germinativas, sino «genes», los factores elementales de la herencia. El polen comunal perfumaba en todas las épocas los lugares donde habitaba la tribu; pero cuando el grupo sentía alguna violenta emoción la nube de polen se hacia tan densa que llegaba a ser visible como una niebla. La concepción era probable sólo en esas raras ocasiones. Exhalado por los pulmones de todos los individuos, el polen era inhalado por aquellos que estaban maduros para la fertilización. Se lo percibía como un perfume, rico y sutil, al que cada individuo había contribuido con su olor peculiar. Por medio de un curioso mecanismo psíquico y fisiológico el individuo en celo buscaba la estimulación del perfume de toda la tribu, o de la gran mayoría de sus miembros; y en verdad, si las nubes de polvo eran insuficientemente complejas, la concepción no se producía. La fertilización entre las tribus ocurría en tiempos de guerra, y en el incesante ir y venir de las gentes entre una tribu y otra.

En esta raza, pues, todo individuo podía tener hijos. Todos los niños por su parte tenían una madre individual, pero el padre era toda la tribu. La criatura que esperaba un hijo era

Librodot

considerada sagrada, y todos la atendían. Cuando el bebé «equinodermo» se separaba al fin del cuerpo de la madre, seguía siendo atendido por toda la comunidad con el resto de la población juvenil. En las sociedades civilizadas el cuidado de los niños estaba a cargo de enfermeras y maestros profesionales.

No me detendré a describir los importantes efectos fisiológicos de este método de reproducción. No se conocían allí las delicias y repugnancias que nos inspira el contacto con la carne del prójimo. Por otra parte, el siempre cambiante perfume tribal conmovía profundamente a los individuos. Me es imposible describir las curiosas variedades de amor romántico que todos los individuos sentían periódicamente por la tribu. Las frustraciones, las represiones, las perversiones de esta pasión eran a la vez la fuente de los momentos más eminentes y más sórdidos de la raza.

La paternidad común daba a la tribu una fuerza y unidad totalmente desconocidas en razas más individualistas. Las tribus primitivas eran grupos de unos pocos centenares o unos pocos miles de individuos, pero en los tiempos modernos este número creció notablemente. Siempre, sin embargo, si no se quería que el sentimiento de la lealtad tribal se convirtiera en algo enfermizo, tenía que basarse en el conocimiento personal de los distintos miembros. Aun en las tribus más numerosas, todas eran por lo menos «el amigo del amigo de un amigo». El teléfono, la radio, la televisión permitían que tribus tan grandes como nuestras ciudades menores conservaran entre sus miembros un cierto grado de relación personal.

Pero había siempre un punto máximo en el desarrollo normal de una tribu. Aun en las tribus más pequeñas y más inteligentes había una lucha constante entre la pasión natural del individuo por la tribu y su respeto por la individualidad, en sí mismo y en sus semejantes. Pero mientras que en las tribus pequeñas y en las más sanas de las tribus numerosas el respeto mutuo y el respeto de uno mismo mantenían el perfume y la frescura del espíritu tribal, en las tribus mayores e imperfectas la influencia hipnótica de la tribu misma llegaba a ahogar toda personalidad. Los miembros podían llegar a perder toda conciencia de sí mismos y sus semejantes como personas, y se convertían en órganos de la tribu, desprovistos de mente. De este modo la comunidad degeneraba en un rebaño animal, instintivo.

Estudiando la historia, las mentes más sutiles de la raza habían comprendido que la suprema tentación era la rendición de la individualidad a la tribu. Una y otra vez los profetas habían exhortado a los hombres pidiéndoles que fueran fieles a sí mismos, pero su prédica había sido casi totalmente vana. Las más grandes religiones de este mundo no eran religiones de amor sino religiones del yo. Mientras en nuestro mundo los hombres sueñan una utopía de amor universal, los «equinodermos» exaltaban el anhelo religioso de «ser uno mismo», sin capitular ante la tribu. Así como nosotros compensamos nuestro egoísmo inveterado venerando religiosamente la comunidad, así esta raza compensaba su inveterada inclinación al rebaño con una religiosa veneración del individuo.

En su forma más pura y más desarrollada, por supuesto, la religión del yo es casi idéntica a la religión del amor en su expresión más allá. Amar es querer la realización personal del bien amado, y descubrir, en la misma actividad de amar, un acrecentamiento del yo, incidental, pero vitalizador. Por otra parte, ser fiel a uno mismo, hasta la total potencialidad del yo, implica el acto de amar. Exige la disciplina del ser privado, en beneficio del ser mayor que abarca la comunidad entera y la realización del espíritu de la raza.

Pero la religión del yo era más efectiva entre los «equinodermos» que la religión del amor entre nosotros. El precepto «Ama a tu prójimo como a ti mismo» alimenta en nosotros muy a menudo la disposición a ver al prójimo como una mera imitación de uno mismo, y a odiarlo si demuestra ser indiferente. El precepto de «Sé fiel a ti mismo» alimentaba en cambio la disposición de ser fiel a la estructura mental de la tribu.

La moderna civilización industrial hizo que muchas tribus traspasaran los límites más adecuados. Introdujo también «super-tribus» o «tribus de tribus», que correspondían a nuestras naciones y clases sociales. Como la unidad económica era la comunidad interior de la tribu, no el individuo, unas pocas y pequeñas tribus prósperas formaban la clase de los

empleadores, y un gran grupo de tribus grandes y pobres la clase trabajadora. Las ideologías de las super-tribus ejercían un poder absoluto sobre todas las mentes individuales que estuvieran bajo su influencia.

En las regiones civilizadas las super-tribus y las tribus naturales, excesivamente desarrolladas, eran causa de una asombrosa tiranía de la mente. En relación con la tribu natural, por lo menos si ésta era pequeña y genuinamente civilizada, el individuo podía actuar con inteligencia e imaginación. Él y sus compañeros podían vivir en un grado de verdadera comunidad desconocido en la Tierra. Podía en realidad ser una criatura dotada de sentido crítico, que se respetaba a sí misma y respetaba a los demás. Pero en los asuntos relacionados con las super-tribus, ya fuesen nacionales o económicos, obraba de un modo muy distinto. Todas las ideas que llegaban a él con la sanción de la nación o la clase eran aceptadas sin juicio previo, y fervorosamente, tanto por él como por sus semejantes. Tan pronto como encontraba un símbolo o *slogan* de su super-tribu, dejaba de ser una personalidad humana y se convertía en una especie de animal descerebrado, capaz únicamente de reacciones estereotipadas. En los casos extremos la mente se le cerraba de un modo absoluto a cualquier influencia que se opusiera a las sugestiones de la super-tribu. Respondía entonces a la crítica con una furia ciega o simplemente hacia oídos sordos. Personas que en la comunidad íntima de su pequeña tribu natal eran capaces de simpatía y reconocimiento mutuos, se transformaban en respuesta a los símbolos tribales en recipientes de intolerancia y odio insensatos que dirigían contra las naciones o clases enemigas. En estas circunstancias llegaban a cualquier extremo de sacrificio personal en bien de la supuesta gloria de la super-tribu. Del mismo modo mostraban un ingenio notable cuando querían vengarse de algún enemigo que en una situación favorable podía ser tan bondadoso e inteligente como ellos mismos.

En la época de nuestra visita a este mundo parecía que las pasiones multitudinarias destruirían la civilización de un modo irrevocable y total. La reciente manía de super-tribalismo influía cada vez más en la conducción de los asuntos del mundo; una conducción nada inteligente en verdad, sino coaccionada en una esfera relativamente emocional por *slogans* que carecían casi de significado.

No me demoraré en describir como luego de un período de caos, un nuevo modo de vida comenzó a extenderse al fin por este perturbado mundo. Esto no ocurrió hasta que las fuerzas económicas de la industria mecanizada desintegraron a las super-tribus, atacadas también por sus propios conflictos. Entonces la mente individual fue otra vez libre. Las perspectivas de la raza cambiaron totalmente.

Fue en este mundo donde experimentamos por primera vez la dolorosa pérdida del contacto con los nativos, justo en el momento en que habiendo establecido algo similar a una utopía social en el planeta, empezaron a sentirse los primeros movimientos dolorosos del espíritu que iba a adelantarse a un plano mental fuera de nuestro alcance, o por lo menos más allá de nuestra comprensión de ese entonces.

De los otros mundos «equinodermos» de nuestra Galaxia, uno, más prometedor que lo común, llegó muy pronto a una fase brillante, pero fue destruido por una colisión astronómica. Todo el Sistema Solar se sumergió en una densa nebulosa. Los planetas se fundieron. En muchos otros mundos de este tipo asistimos al fracaso definitivo de la lucha por una mentalidad más despierta. El espíritu de venganza y los supersticiosos cultos del rebaño destruyeron las mejores inteligencias de la raza, y durmieron al resto con costumbres y principios tan dañinos que las fuentes vitales de la sensibilidad y la adaptabilidad de las que depende todo progreso fueron ahogadas para siempre.

Muchos miles de otros mundos casi humanos, además de aquellos del tipo «equinodermo» llegaron a un fin prematuro. Uno, que sucumbió a un curioso desastre, merece quizá una breve noticia. Aquí encontramos una raza de una especie muy humana. Cuando su civilización alcanzó una etapa y un carácter muy similar a los nuestros, etapa en que los

Librodot

ideales de las masas carecen de la guía de una estimada tradición, y en la que la ciencia natural vive esclava de la industria individualista, los biólogos descubrieron la técnica de la inseminación artificial. Ocurría que en esa época estaba muy extendido el culto del irracionalismo, del instinto, de la rudeza, y del «divino salvaje» primitivo. Esta figura era particularmente admirada cuando combinaba la brutalidad con el poder de dominar las multitudes. Muchos países vivían bajo tiranías de este tipo, y en los llamados estados democráticos el gusto popular favorecía las mismas características.

En las dos clases de países las mujeres soñaban con «hombres brutos» como amantes y padres de sus hijos. Como en los países «democráticos» las mujeres habían alcanzado una gran independencia económica, sus deseos de ser fertilizadas por «hombres brutos» provocaron la comercialización de la técnica. Hombres del tipo más deseado se unieron en sindicatos y fueron clasificados en cinco clases, según su atracción. Por una suma moderada, de acuerdo con el grado del padre, cualquier mujer podía ser fertilizada por un «bruto». Tan barata era la quinta clase que sólo la pobreza más abyecta impedía recurrir a sus servicios. El precio de la copulación real aún con la clase más baja de los machos seleccionados era, por supuesto, mucho más alto, ya que en el suministro de materia prima había necesariamente ciertas limitaciones.

En los países no democráticos los acontecimientos siguieron otro curso. En cada una de estas regiones un tirano del tipo de moda era adorado por toda la población. Era el héroe enviado por los dioses, la criatura divina. Todas las mujeres lo deseaban apasionadamente, si no como amante, por lo menos como procreador. En algunos países la inseminación artificial del Señor se concedía sólo como una distinción suprema a mujeres de tipo perfecto. Las mujeres comunes de todas las clases, sin embargo, podían ser inseminadas por la autorizada aristocracia de los «brutos». En otros países el Señor mismo condescendía a ser el padre de toda la población futura.

El resultado de esta extraordinaria costumbre de la paternidad artificial por «hombres brutos», que se empleó sin remisión en todos los países durante una generación entera, y de un modo menos completo durante un período mucho más largo, fue el de alterar la composición de toda la raza casi humana. Con el fin de mantener una continua adaptabilidad a un ambiente que cambia considerablemente, una raza debe preservar de cualquier modo su sensibilidad y originalidad. En ese mundo este precioso factor se diluyó. Los problemas del mundo, desesperadamente complejos, se abandonaron a su propia suerte. La civilización decayó. La raza entró en un período que podría llamarse de barbarismo seudo civilizado, y que era en esencia subhumano e incapaz de cambios. Este estado de cosas continuó durante un millón de años, pero al fin la raza fue destruida por unos animalitos parecidos a ratas contra los que nadie supo encontrar una defensa adecuada.

No anotaré aquí todos los raros destinos de los mundos casi humanos. Sólo mencionaré que en algunos, aunque la civilización fue destruida en una sucesión de guerras salvajes, el germen de la recuperación sobrevivía siempre, aunque de un modo precario. En uno de ellos el agonizante equilibrio de lo viejo y lo nuevo parecía prolongarse indefinidamente. En otro donde la ciencia había avanzado demasiado para la seguridad de las especies que no habían llegado aún a la madurez, el hombre hizo volar accidentalmente su planeta y su raza. En muchos, el proceso dialéctico de la historia fue interrumpido bruscamente al ser invadidos y conquistados por los habitantes de otro planeta. Estos y otros desastres, que se describirán a su debido tiempo, diezmaron la población galáctica.

Mencionaré como conclusión que en uno o dos de estos mundos casi humanos, y durante la típica crisis mundial, emergió una raza biológicamente superior, que llegó al poder por su inteligencia y simpatía, tomó a su cuidado el planeta, convenció a los aborígenes de que dejaran de reproducirse, pobló todo el planeta con sus propios miembros, y creó una raza humana que alcanzó una mentalidad comunal, y superó rápidamente los límites de nuestra

fatigada comprensión. Antes que perdiéramos contacto con ellos, nos sorprendió notar que a medida que la nueva especie reemplazaba a la vieja y conducía la vasta actividad política y económica de todo aquel mundo, empezaba a entender entre bromas y risas la inutilidad de toda aquella vida febril y sin objeto. A nuestros ojos el viejo orden estaba cediendo su lugar a un orden nuevo y más simple, en el que el mundo estaba poblado por una «aristocracia» reducida, auxiliada por máquinas, libre tanto de los trabajos penosos como del lujo, y deseosa de iniciar la exploración del cosmos y la mente.

Este paso a una vida más simple ocurrió en varios otros mundos, no mediante la intervención de una nueva especie, sino simplemente por la victoria de la mentalidad nueva.

3. Nautiloides

A medida que avanzaba nuestra exploración y se nos unían otros compañeros de los muchos mundos que visitábamos, aumentaba también nuestra comprensión imaginativa de las naturalezas extrañas. Aunque investigábamos únicamente aquellas razas que estaban al borde de la familiar crisis espiritual, adquiríamos gradualmente el poder de establecer contacto con mentes de estructura muy distinta a la de los humanos. He de intentar ahora dar alguna idea de los tipos principales de estos mundos inteligentes «no humanos». En algunos casos las diferencias que los separaban de los hombres, aunque asombrosas en el plano físico, y notables en el plano mental, no eran de alcances tan vastos como las de los ejemplos que se describirán en el capítulo siguiente.

En general las formas físicas y mentales de los seres conscientes son expresión de las características del planeta en que viven. En ciertos planetas acuosos y de gran tamaño, por ejemplo, descubrimos que los seres civilizados eran unos organismos marinos. En aquellos enormes globos no hubieran podido desarrollarse criaturas terrestres parecidas al hombre, pues la gravitación los hubiese clavado al suelo. Pero en el agua no había limitaciones de tamaño. A causa de la aplastante acción de la gravedad, en la superficie de estos grandes mundos había pocas veces notables depresiones y elevaciones. Estaban casi siempre cubiertos por una llanura oceánica de escasa profundidad, interrumpida aquí y allá por archipiélagos de islitas bajas.

Describiré un ejemplo de esta clase de mundos, el planeta mayor de un sol poderoso. Situada, si no recuerdo mal, cerca del congestionado centro de la Galaxia, esta estrella había aparecido en una época tardía de la historia galáctica, y sus planetas habían nacido cuando ya una capa de lava humeante cubría muchas de las más viejas estrellas. Debido a la violencia de la radiación solar los planetas más cercanos tenían (o tendrían) climas tormentosos. En uno de ellos una criatura parecida a un molusco, que vivía en las aguas bajas de las costas, adquirió la habilidad de navegar en su caparazón parecida a una nave por la superficie del mar, manteniéndose de ese modo en contacto con los alimentos vegetales flotantes. A medida que pasaban las edades, la concha se adaptó aún mejor a la navegación. Iban de un lado a otro ayudados por una suerte de vela rudimentaria, una membrana que crecía en la espalda de la criatura. Con el tiempo este tipo nautiloide proliferó en numerosas especies. Algunas siguieron siendo minúsculas, pero otras descubrieron las ventajas de un mayor tamaño, y se convirtieron en barcos vivientes. Una de éstas llegó a ser el amo inteligente de ese gran mundo.

El casco era un recipiente rígido, aerodinámico, muy parecido a los primeros *clípers* del siglo diecinueve, y mayor que nuestras más grandes ballenas. En la parte posterior un tentáculo o aleta se transformó en un timón, que servia a veces de medio propulsor, como una cola de pescado. Pero aunque todas estas especies podían navegar por sus propios medios, hasta cierto punto, el auxiliar normal para los viajes a largas distancias era el extenso

Librodot

velamen. La simple membrana del tipo ancestral se había transformado en un sistema de velas parecidas a pergaminos y mástiles y vergas de hueso, que los músculos podían gobernar a voluntad. Los ojos que miraban hacia delante, y situados a cada lado de la proa, aumentaban aún más la similitud con un barco. Había ojos también en el palo mayor, para vigilar el horizonte. Un órgano cerebral de sensibilidad magnética servía de adecuado medio de orientación. En el extremo anterior del navío había dos largos tentáculos manipulantes, que durante la navegación se plegaban ajustadamente a los costados. En uso eran un par de brazos muy útil.

Puede parecer raro que una especie semejante hubiera desarrollado una inteligencia humana. En más de un mundo de este tipo, sin embargo, numerosos accidentes se combinaron para producir este resultado. El paso de los hábitos vegetarianos a los carnívoros dio a estos seres una astucia animal que empleaban en perseguir a las criaturas submarinas, mucho más rápidas. El sentido del oído estaba en ellos maravillosamente desarrollado, pues unas orejas sumergidas podían detectar los movimientos de los peces a grandes distancias. Una fila de órganos del gusto a los lados del casco juzgaban la cambiante composición del agua, y permitían que el cazador rastreara la pieza. La delicadeza del oído y del gusto se combinó con hábitos omnívoros, una gran diversidad de reacciones y una fuerte sociabilidad para favorecer el desarrollo de la inteligencia.

El lenguaje, ese medio esencial de la mentalidad evolucionada, tenía dos modos distintos en este mundo. Para comunicaciones de corto alcance, una abertura situada en la parte posterior del organismo lanzaba bajo el agua unas rítmicas emisiones de gas que eran oídas y analizadas por las orejas submarinas. Las comunicaciones a larga distancia se establecían por medio de unas señales de semáforo: un tentáculo se movía rápidamente en la punta del palo mayor.

La organización de expediciones comunales de pesca, la invención de trampas, la fabricación de redes y líneas de pescar, la práctica de la agricultura tanto en el mar como a lo largo de las costas, la construcción de muelles de piedra y talleres, el uso del calor volcánico para fundir metales, y del viento para mover molinos, la apertura de canales en las islas bajas en busca de minerales y suelos fértiles, la exploración gradual del mundo y el trazado de mapas, la transformación de la radiación solar en energía mecánica, éstas y muchas otras obras fueron a la vez producto de la inteligencia y de una oportunidad para su desarrollo.

Era una experiencia rara en la mente de una nave inteligente, ver como la espuma aparecía en círculos bajo las propias narices de uno mientras el barco rompía las olas, saborear las amargas o deliciosas corrientes que nos golpeaban los flancos, sentir la presión del aire en las velas cuando uno navegaba contra viento, percibir bajo la línea de navegación el murmullo de distantes cardúmenes, y *oír* realmente la configuración del fondo del mar en los ecos que las orejas submarinas recogían. Era raro y terrible ser alcanzado por un huracán, sentir el crujido de los mástiles y las velas que amenazaban abrirse de arriba abajo, mientras el casco era golpeado por olas pequeñas pero furiosas del macizo planeta. Era raro, también, observar a otros barcos vivientes, que corrían por las aguas del mar, variaban el rumbo, ajustaban las velas amarillas o rosadas a las variaciones del viento; y costaba comprender que aquellos no eran objetos fabricados por el hombre sino seres conscientes y libres.

A veces veíamos una pelea entre dos de los barcos vivos: se desgarraban mutuamente las velas con tentáculos parecidos a serpientes, se abrían las blandas «cubiertas» con cuchillos de metal, o se lanzaban cañonazos desde lejos. Era sorprendente y delicioso advertir en un delgado *clíper* hembra el anhelo del abrazo, salir con ella a alta mar entre virajes y guiñadas, correrías y persecuciones piráticas, y sentir las delicadas y aéreas caricias de los tentáculos, todos los juegos de amor de esta raza. Raro era acercarse a la otra nave, apretarla contra el flanco de uno, y abordarla con una sexual invasión. Era encantador, también, ver a una nave madre rodeada por sus hijos. Mencionaré que a la hora del nacimiento los pequeños eran

lanzados al mar desde las cubiertas de la madre como botecitos, unos por babor y otros por estribor. Las nuevas criaturas se alimentaban succionando los flancos de la madre, y jugaban a su alrededor, o extendían sus velas jóvenes. En el tiempo tormentoso y en los largos viajes eran subidos a bordo.

En la época de nuestra visita unos motores y una hélice que se fijaba en la quilla empezaban a auxiliar a las velas naturales. A lo largo de las costas se habían extendido grandes ciudades de muelles de cemento, y los diques se internaban en las tierras. Los anchos canales que servían de calles en esas ciudades nos deleitaban. En ellas se apretujaba el tránsito, de vela y mecanizado, y los niños parecían lanchas y remolcadores entre los gigantescos adultos.

Fue en este mundo donde encontramos en su forma más sorprendente una enfermedad social que es quizá la más común de todas las enfermedades: la división de la población en dos castas que no se entienden entre sí, influidas por fuerzas económicas. Tan grande era la diferencia entre los adultos de las dos castas que al principio nos parecieron distintas especies, y supusimos que estábamos asistiendo a la victoria de una nueva y superior mutación biológica. Pero estábamos muy lejos de la verdad.

La apariencia de los amos era muy distinta de la de los trabajadores; se parecían tan poco como las hormigas reinas y los zánganos a las obreras de la especie. Los amos eran aquí más elegantes y aerodinámicos. Tenían velas más grandes, y eran más rápidos en el tiempo bueno. En las marejadas eran menos marineros, a causa de sus líneas más finas; pero, por otra parte, se distinguían como navegantes hábiles y audaces. Los tentáculos eran en ellos menos musculosos, pero capaces de movimientos más finos. Tenían órganos de percepción más delicados. Una pequeña minoría de los amos superaba quizá a los trabajadores en resistencia y coraje, pero la mayoría era menos fuerte, tanto en el orden físico como en el mental. Sufrían de enfermedades desintegradoras que no afectaban a los trabajadores, sobre todo enfermedades del sistema nervioso. Por otra parte, si uno de ellos contraía alguno de esos males infecciosos que eran endémicos entre los trabajadores, pero pocas veces fatales, moría casi indefectiblemente. Estaban también amenazados por desórdenes mentales, y particularmente por un neurótico sentimiento de superioridad. Ellos dominaban y gobernaban el mundo entero. Los trabajadores, por otra parte, aunque agobiados por las enfermedades y las neurosis propias del congestionado ambiente, eran en conjunto psicológicamente más robustos. Tenían, sin embargo, un paralizante sentimiento de inferioridad. Aunque en las artes manuales y los trabajos menores eran capaces de inteligencia y habilidad, cuando se encontraban con tareas de más amplio alcance caían en una rara parálisis mental.

Las mentalidades de las dos castas eran en verdad sorprendentemente distintas. Los amos estaban más inclinados a la iniciativa individual y a los vicios del egoísmo. Los trabajadores eran más aficionados al colectivismo, a los vicios de la subordinación, a la influencia hipnótica del rebaño. Los amos eran en general más prudentes, avisados, independientes, confiados; los trabajadores más impetuosos, más dispuestos a sacrificarse a sí mismos en beneficio de una causa social, y muy a menudo más conscientes de los fines de la actividad común, e incomparablemente más generosos para con los individuos en desgracia.

En la época de nuestra visita ciertos descubrimientos recientes estaban llevando al mundo a un estado de confusión. Se había supuesto hasta entonces que la ley divina y la herencia biológica habían fijado inalterablemente las naturalezas de las dos castas. Pero se comprobaba ahora que no era así y que las diferencias físicas y mentales entre las castas se debían exclusivamente a la alimentación y la educación. Desde tiempo inmemorial los miembros de las castas habían sido reclutados de un curioso modo. Luego del destete todos los nacidos del lado de babor de la madre, no importaba cuál fuese la casta paterna, eran elegidos para ser miembros de la casta de los amos; y todos los nacidos a estribor iban a engrosar las filas de

Librodot

los trabajadores. Como la clase de los amos, por supuesto, tenía que ser mucho más reducida que la clase trabajadora, este sistema daba un número muy excesivo de amos potenciales. La dificultad era solucionada como sigue. Los niños nacidos a estribor de padres trabajadores y los niños nacidos a babor de padres aristócratas eran educados por sus propios respectivos padres; pero los nacidos a babor, potencialmente aristócratas, de la clase trabajadora eran destinados en su mayoría al sacrificio. Sólo unos pocos eran cambiados por los niños de los amos nacidos a estribor.

Con el adelanto del industrialismo, la creciente necesidad de una numerosa y barata mano de obra, la difusión de las ideas científicas y el debilitamiento de la religión se llegó al sorprendente descubrimiento de que los niños nacidos a babor, de las dos clases, si se les criaba como trabajadores en nada se diferenciaban más tarde tanto física como mentalmente de los trabajadores. Los magnates industriales que necesitaban obreros baratos expresaron su indignación moral contra el sacrificio de niños, urgiendo que el exceso de niños nacidos a babor debía ser criado misericordiosamente como trabajadores. Más tarde ciertos pervertidos hombres de ciencia hicieron el descubrimiento aún más subversivo de que los niños nacidos a estribor criados con amos desarrollaban las finas líneas, las grandes velas, la delicada constitución, la mentalidad aristocrática de la casta de los amos. Se intentó prevenir que este conocimiento se extendiera entre los trabajadores, pero ciertos sentimentalistas de la misma casta de los amos lo difundieron en algunos países, y predicaron la novedosa e inflamatoria doctrina de la igualdad social.

Durante nuestra visita había en aquel mundo una terrible confusión. En los océanos atrasados nadie discutió el viejo sistema, pero en las regiones más adelantadas se inició una lucha desesperada. En un gran archipiélago una revolución llevó al poder a los trabajadores, y una dictadura fervorosa pero implacable se dedicó a planear la vida de la comunidad para que la próxima generación fuese homogénea y reuniese las mejores características de los trabajadores y los amos. En el resto del mundo los amos habían persuadido a sus trabajadores, repitiéndoles que la nueva doctrina era falsa y ruin, y llevaba inexorablemente a la pobreza y la miseria universales. Un argumento más inteligente se basaba en la vaga pero creciente sospecha de que la «ciencia materialista» era errónea y superficial, y que la civilización mecanizada estaba aplastando las potencialidades más espirituales de la raza. Una hábil propaganda difundió la idea de una especie de estado corporativo con «organizaciones de babor y estribor», y de un dictador popular que según se decía asumiría el poder «por derecho divino y la voluntad del pueblo».

No me detendré a relatar la desesperada lucha que estalló entre estas dos clases de organizaciones sociales. La guerra se libró en todo el mundo, y en muchos puertos, en muchas corrientes marinas flotó el rojo de las matanzas. Bajo la presión de aquella guerra todo lo mejor, lo más humano y delicado de cada bando fue aplastado por las necesidades militares. De una parte, la pasión por un mundo unificado, donde todo individuo podía vivir una vida libre y plena al servicio de la comunidad mundial, fue superada por la pasión de castigar a espías, traidores, y herejes. En el otro lado, los vagos y tristemente descarnados anhelos de una vida más noble y menos materialista fueron sutilmente transformados por los líderes reaccionarios en sentimiento de venganza contra los revolucionarios.

La estructura material de la civilización se derrumbó muy rápidamente. Los hombres-barcos no se lanzaron otra vez a la gran aventura del espíritu sino cuando la raza se hubo reducido a sí misma a un salvajismo casi subhumano, y todas las disparatadas tradiciones de una civilización enferma desaparecieron junto con la verdadera cultura. Muchos miles de años más tarde estas criaturas alcanzaron un plano de existencia más alto, que intentaré sugerir ahora.

VI - Signos del Hacedor de Estrellas

No debe suponerse que el triunfo es el destino normal de las razas inteligentes de la Galaxia. Hasta ahora he hablado principalmente de esos mundos afortunados de equinodermos y nautiloides que llegaron al fin, triunfalmente, a un estado más despierto, y apenas he mencionado los cientos, los miles de mundos que terminaron en un desastre. Esta selección era inevitable a causa de lo limitado de mi espacio, y porque estos dos mundos, junto con las esferas aún más raras que describiré en el próximo capítulo, iban a tener gran influencia en los destinos de toda la Galaxia. Pero había muchos otros mundos de nivel «humano» de una historia tan rica como los que he descrito hasta ahora. En ellos las vidas individuales eran tan variadas como en cualquier otra parte, y no menos colmadas de pena o alegría. Algunos de esos mundos triunfaban; otros caían al iniciar la etapa ultima, rápida o lentamente, y esa caída les prestaba el esplendor de la tragedia. Pero como estos mundos no desempeñaron un papel muy importante en la historia principal de la Galaxia, no hablaré de ellos, como tampoco de las aún mayores huestes de mundos que ni siquiera llegaron a un nivel «humano». Si me detuviera en narrar sus aventuras y desventuras cometería el mismo error del historiador que trata de describir las vidas privadas y no atiende a la trama de toda la comunidad.

Ya he dicho que a medida que aumentaba nuestra experiencia de la destrucción de los mundos, la prodigalidad y la aparente falta de designio del Universo nos desanimaba cada vez más. Eran muchos los mundos que luego de pasar trabajos y penas parecían alcanzar la paz y la alegría y a los que de pronto se les arrebataba para siempre la copa.

A menudo la causa del desastre era algún defecto trivial del temperamento o la naturaleza biológica. Algunas razas no tenían bastante inteligencia, a otras les faltaba voluntad social para resolver los problemas de una comunidad mundial unificada. Algunos eran atacados por alguna bacteria advenediza antes que la ciencia médica llegara a desarrollarse. Otros sucumbían a los cambios climáticos, otros a la falta de atmósfera. A veces el fin llegaba a causa del choque con densas nubes de polvo o gas, o con enjambres de meteoros gigantes. La caída de un satélite destruía no pocos mundos. El cuerpo menor que se había abierto paso durante tanto tiempo entre las nubes de átomos del espacio interestelar, muy rarificadas, pero siempre presentes, perdía al fin su impulso. Su órbita se reducía, al principio lentamente, luego con más rapidez. Provocaba prodigiosas mareas en los océanos del cuerpo mayor, y las aguas inundaban muchas tierras civilizadas. Más tarde, a causa de la creciente tensión provocada por la atracción del planeta, la luna empezaba a desintegrarse. Primero arrojaba sus océanos en un diluvio sobre las cabezas de los hombres, luego sus montañas, y luego los titánicos y ardientes fragmentos de su núcleo. Sí el fin del mundo no llegaba de ninguno de estos modos, entonces, inevitablemente, aunque quizá sólo en los últimos días de la Galaxia, ocurría algún otro desastre. La propia órbita del planeta se contraía fatalmente, y acercaba tanto el mundo a su sol que la vida no podía adaptarse a las nuevas condiciones y todas las criaturas morían abrasadas.

Mientras asistíamos a estos enormes desastres sentimos muchas veces espanto, terror, horror. La agonía de piedad que nos inspiraban los últimos sobrevivientes fue parte de nuestra educación.

Los más desarrollados de estos mundos no necesitaban de nuestra compasión, pues sus habitantes parecían capaces de admitir el fin de todo lo que amaban con un sentimiento de paz, y aun con una alegría curiosamente inconmovible que en aquella etapa de nuestra aventura nosotros no podíamos comprender. Y sólo unos pocos de esa gran hueste de mundos llegaban a abrirse paso hasta la paz social y la plenitud que todos buscaban a tientas. En los mundos más bajos, además, pocos eran los individuos que obtenían alguna satisfacción de la vida, aun en los estrechos límites de su propia e imperfecta naturaleza. Sin duda uno o dos, aquí y allí, en casi todos los mundos, encontraban no sólo la felicidad sino también esa alegría que supera toda comprensión. Pero a nosotros, abrumados por el sufrimiento y la futileza de un millar de razas, nos parecía que esta misma alegría, este éxtasis, ya fuese sentido por individuos aislados o por mundos enteros, debía de ser condenado al fin y al cabo como falso. Ese privado e insólito bienestar espiritual debía de haber actuado, además, como una droga, pues quienes lo habían conocido parecían insensibles al horror.

El motivo que impulsaba nuestra peregrinación había sido el anhelo que alguna vez llevó a los hombres de la Tierra a buscar a Dios. Sí, todos nosotros habíamos dejado nuestros planetas natales para descubrir si en el cosmos, en su totalidad, ese espíritu que nuestros corazones conocían oscuramente, y apreciaban de algún modo, ese espíritu que en la Tierra a veces llamamos humano, era el Señor del Universo, o un proscrito; un ser poderoso, o un crucificado. Y ahora nos parecía cada vez más evidente que si el cosmos tenía algún señor, no era ese espíritu, sino algún otro, y que el crear la fuente inagotable de los mundos no había tenido las intenciones de un padre, sino otras, extrañas, inhumanas, oscuras.

Sin embargo, no sólo sentíamos espanto sino también el anhelo creciente de ver y enfrentar sin temor el espíritu del cosmos, cualquiera fuese éste. Pues a medida que proseguíamos nuestra peregrinación, pasando una y otra vez de la tragedia a la farsa, de la farsa a la gloria, de la gloria a la tragedia final, sentíamos más y más que algo terrible, algo sagrado, y al mismo tiempo increíblemente atroz y letal, esperaba secretamente más allá de nuestro alcance. Una y otra vez nos sentíamos desgarrados por el horror y la fascinación, una furia moral contra el Universo (o el Hacedor de Estrellas) y una adoración irracional.

Observaríamos el mismo conflicto en todos los mundos de nuestra misma estatura mental. Mientras examinábamos estos mundos y las fases de su pasado crecimiento, y nos acercábamos a tientas como mejor podíamos al próximo plano de desarrollo espiritual, llegamos al fin a entender claramente las primeras etapas de esa peregrinación en cualquiera de los mundos conocidos. Aun en las primeras edades de todo mundo normal e inteligente hay en algunas mentes un impulso a buscar y alabar algo universal.

Al principio este impulso se confundía con la necesidad de sentir protección de algún alto poder. Las criaturas teorizan inevitablemente y sostienen que el objeto admirado debe ser el Poder mismo, y que la adoración es un acto meramente propiciatorio. De este modo llegan a concebir un todopoderoso tirano del Universo, con ellos mismos como hijos favoritos del tirano. Pero con el tiempo los profetas comprenden claramente que el corazón no puede destinar sus alabanzas a un simple Poder. Entonces la teoría entroniza la Sabiduría, la Ley, la Verdad. Y luego de siglos de obediencia a un fantasma dispensador de leyes, o a la misma legalidad divina, las criaturas descubren que estos conceptos son también inadecuados para describir la gloria indescriptible que el corazón encuentra en todas las cosas, y precia silenciosamente en todas las cosas.

Pero luego, en todos los mundos que visitamos, se abrían distintos caminos. Algunos adoradores esperaban encontrarse cara a cara con su amortajado dios solo mediante la

meditación interior. Purgándose a sí mismos de todo deseo menor y trivial, esforzándose por verlo todo desapasionadamente y con una universal simpatía, esperaban identificarse con el espíritu del cosmos. A menudo recorrían un largo trayecto por el camino del perfeccionamiento y el despertar. Pero a causa de esta misma absorción interior la mayoría de ellos se hacía insensible a los sufrimientos de sus semejantes menos despiertos y no se interesaba en las empresas comunales de la especie. En no pocos mundos las mentes más vitales recorrían este camino del espíritu. Y como la raza dedicaba casi toda su atención a la vida interior, no había progreso material y social. Las ciencias físicas y biológicas no se desarrollaban. La energía mecánica era un poder desconocido, y lo mismo las ciencias médicas. Consecuentemente, estos mundos estaban estancados, y tarde o temprano sucumbían a accidentes que no hubiera costado mucho prevenir.

Había otro sendero de devoción, abierto a criaturas de temperamento más práctico. Estas, en todos los mundos prestaban una deleitada atención al Universo que las rodeaba, y descubrían preferentemente un objeto de adoración en las personas de sus semejantes, y en el lazo comunal de comprensión y amor mutuos. El amor estaba en ellos y en los otros por encima de todas las cosas.

Y sus profetas les decían que el espíritu universal que ellos siempre habían adorado, el Creador, el Todopoderoso, el Omnipotente, era también Amor. Amar al prójimo era servir al Dios-Amor. Y así durante toda una época, corta o larga, lucharon por el amor y por pertenecerse unos a otros. Tejieron teorías en defensa de la teoría del Dios-Amor. Nombraron sacerdotes y edificaron templos para servir al Amor. Y como anhelaban la inmortalidad se les dijo que el amor era el sendero para alcanzar la vida eterna. Y así el amor, que no busca recompensa, era mal interpretado.

En la mayoría de los mundos estas mentes prácticas dominaban a los teorizadores. Tarde o temprano la curiosidad práctica y las necesidades económicas producían las ciencias materiales. Examinándolo todo con los instrumentos de estas ciencias, se descubría que en ninguna parte, ni en el átomo ni en la Galaxia, ni siquiera en el corazón del hombre, había signos del Dios-Amor. Y con la fiebre de la mecanización, y la explotación de los esclavos por los amos, y las pasiones de los conflictos intertribales, y el creciente olvido o endurecimiento de las más despiertas actividades del espíritu, la llamita de la devoción ardía más débilmente en todos los corazones, más débilmente que en ninguna otra época anterior, tanto que ya era irreconocible. Y la llama del amor, sobre la que habían soplado durante siglos forzadas ráfagas de doctrina, fue sofocada por el embotamiento general de las relaciones personales, hasta reducirla a un ocasional calor humeante, que muchas veces era confundido con una mera lujuria. Furiosos, y riendo amargamente, esos seres torturados destronaban entonces de sus corazones la imagen del Dios-Amor.

Y así, sin amor y sin devoción, las desgraciadas criaturas enfrentaban los problemas cada vez mayores de un mundo mecanizado y desgarrado por el odio.

Esta era la crisis que nosotros, en nuestros propios mundos, conocíamos tan bien. Muchos mundos, a todo lo largo y ancho de la Galaxia, nunca la superaron. Pero en unos pocos, algún milagro que no alcanzábamos a entender claramente, alzaba las mentes comunes a un plano mental superior. Más tarde hablaré de esto. Mientras tanto sólo diré que en los pocos mundos donde así ocurría, advertíamos invariablemente, antes que las mentes de ese mundo se pusieran fuera de nuestro alcance, un nuevo sentimiento acerca del Universo, un sentimiento que nos costaba compartir. Sólo cuando aprendimos a evocar en nosotros mismos algo de ese sentimiento pudimos seguir los destines de esos mundos.

Pero, a medida que avanzábamos en nuestra peregrinación, nuestros propios deseos empezaron a cambiar. Llegamos a preguntarnos si en nuestra pretensión de que el Universo reverenciase el espíritu divinamente humano, que tanto preciábamos en nosotros mismos y nuestros semejantes de todos los mundos, no revelaría una cierta impiedad. Exigimos desde entonces cada vez menos que el amor tuviera su trono entre las estrellas; deseamos cada vez

más viajar simplemente, abriendo nuestros corazones a una aceptación sin reservas de cualquier verdad que entrara en los límites de nuestra comprensión.

En la última parte de esa fase primera de nuestra peregrinación, hubo un momento en que pensando y sintiendo juntos, nos dijimos unos a otros:

-Si el Hacedor de Estrellas es Amor, sabemos que esto debe estar bien. Pero si no es Amor, si es alguna otra cosa, algún espíritu inhumano, *esto* está bien. Y si no es nada, si las estrellas y todo lo demás no son sus criaturas y subsisten por sí mismas, y si el espíritu adorado no es más que una exquisita creación de nuestras mentes, entonces y otra vez *esto* está bien, esto y ninguna otra posibilidad. Pues no podemos saber sí el amor ocupa su posición más alta en el trono o en la cruz. No podemos saber que espíritu gobierna, pues en el trono se sienta la oscuridad. Sabemos, hemos visto, que en la disipación de los astros el amor es crucificado, y justamente, probándose a sí mismo, y para la gloria del trono. Nuestros corazones reverencian el amor y todo lo que es humano. Sin embargo, también saludamos el trono y la oscuridad en el trono. Sea Amor o no Amor, nuestros corazones lo alaban, por encima de la razón.

Pero antes que nuestros corazones pudieran acordarse apropiadamente a este sentimiento raro y nuevo, aun tomamos mucho que andar en la comprensión de los mundos de nivel humano. He de intentar ahora describir de algún modo varias especies de mundos muy distintos del nuestro, pero no esencialmente maduros.

VII - Más mundos

1. Una raza simbiótica

En ciertos planetas mayores, que a causa de la proximidad del sol eran de clima mucho más cálido que nuestros trópicos, encontramos a veces una raza inteligente de criaturas parecidas a peces. Nos asombró descubrir que una mentalidad de nivel humano pudiera desarrollarse en un mundo submarino, y hasta conociese ese drama del espíritu que habíamos encontrado tan a menudo.

En los océanos bajos y consumidos por el sol de esos grandes planetas había una inmensa variedad de ambientes y una gran abundancia de seres vivos. Una vegetación verde, que podía ser clasificada como tropical, subtropical, templada y ártica, crecía al sol en los iluminados fondos oceánicos. Había praderas y bosques submarinos. En algunas regiones las malezas gigantes subían desde el fondo del mar hasta la superficie de las olas. La luz azul y enceguecedora del sol apenas penetraba en estas junglas. Inmensas formaciones, como arrecifes de coral, atravesadas por pasajes donde se apretaban las más distintas especies, alzaban sus agujas y torrecillas a la superficie. Innumerables clases de criaturas semejantes a peces de todos los tamaños, desde la sardineta a la ballena, habitaban los distintos niveles de las aguas, Algunas deslizándose por los fondos, algunas atreviéndose ocasionalmente a saltar al aire tórrido. En las regiones más profundas y oscuras, huestes de monstruos marinos, sin ojos o luminosos, se alimentaban de la incesante lluvia de cadáveres que caía de los niveles más altos. Sobre este mundo bajo había otros mundos de creciente luz y color donde brillantes poblaciones tomaban el sol, pacían, acechaban, o cazaban rápidas como flechas.

En estos planetas las criaturas inteligentes no parecían muy notables; vivían en comunidad, y no eran ni peces, ni pulpos, ni crustáceos, pero tenían algo de los tres. Estaban equipadas con tentáculos, ojos penetrantes y un sutil cerebro. Hacían nidos de algas en los huecos de coral, o edificaban fuertes de mampostería de coral. En este mundo, con el correr de los años, aparecían trampas, armas, herramientas, una agricultura submarina, obras de un arte primitivo, ritos de religiones primitivas. Luego seguiría el típico desarrollo fluctuante del espíritu, del barbarismo a la civilización.

Uno de estos mundos submarinos era excepcionalmente interesante. En los primeros tiempos de la vida de la Galaxia, aun cuando pocas estrellas se habían condensado, pasando del tipo «gigante» al solar, y los nacimientos planetarios eran aún escasos, una estrella doble y una simple se habían acercado cada vez más, tendiéndose mutuamente unos ardientes filamentos, y creando así una progenie de planetas. De estos mundos, una esfera inmensa y acuosa produjo con el tiempo una raza dominante que no era una especie solitaria sino que vivía en íntima relación simbiótica con dos criaturas muy poco parecidas a ella. Una procedía de una especie de peces. La otra parecía un crustáceo. Tenía la forma de un cangrejo con patas como paletas, y el caparazón no era quebradizo como el de nuestros crustáceos sino duro como la piel de un paquidermo. En la madurez esta piel era bastante rígida, salvo en las

articulaciones; pero en la juventud era más flexible y permitía el crecimiento del cerebro. Esta criatura vivía en las costas y en las aguas costeras de muchas islas del planeta. Ambas especies eran mentalmente de un nivel humano, aunque todas tenían un temperamento y una habilidad específicos. En tiempos primitivos las dos especies habían alcanzado siguiendo caminos propios, y cada una en uno de los hemisferios del acuoso planeta, lo que podría llamarse la última etapa de la mentalidad subhumana. Luego se habían puesto en contacto y habían luchado desesperadamente, El campo de batalla fue las aguas bajas de las costas. Los «crustáceos», aunque anfibios de algún modo, no podían pasar mucho tiempo bajo el agua; los «peces» no podían salir de ella.

Las dos razas no eran serías competidoras en la vida económica, pues los «peces» eran principalmente vegetarianos, y los crustáceos principalmente carnívoros; sin embargo, ninguna podía tolerar la presencia de la otra. Ambas eran suficientemente humanas para entender que la otra era una aristocrática rival en un mundo subhumano, pero ninguna era bastante humana para advertir que la vida les exigía una mutua cooperación. Las criaturas parecidas a peces, que llamaré «ictioideos» eran veloces y podían viajar largas distancias. Disfrutaban también de la seguridad del tamaño. Los «crustáceos» parecidos a cangrejos, que llamaré «aracnoides», disponían de una mayor habilidad manual, y tenían también acceso a las tierras secas. La cooperación podía ser muy beneficiosa para las dos especies, pues uno de los alimentos esenciales de los aracnoides era un parásito de los ictioideos.

A pesar de la posibilidad de mutua ayuda, las dos razas lucharon por el total exterminio de la otra, y casi tuvieron éxito. Luego de una época de ciega y mutua carnicería, algunas de las menos belicosas y más flexibles variedades de las dos especies descubrieron gradualmente los beneficios de la fraternización con el enemigo. Este fue el principio de una relación muy notable. Pronto los aracnoides aprendieron a cabalgar en los lomos de los rápidos ictioideos, y pudieron llegar así a más remotos campos de caza.

Pasaron las edades y las dos especies se moldearon mutuamente para formar una bien integrada unión. El pequeño aracnoide, no mayor que un chimpancé, se instaló en un cómodo hueco detrás del cráneo del «pez», y su espalda se acomodó aerodinámicamente a los contornos de la criatura mayor. Los tentáculos del ictioideo se habían especializado en trabajos rudos, los del aracnoide en tareas minuciosas. Las dos criaturas desarrollaron asimismo una interdependencia bioquímica. A través de una membrana del lomo del ictioideo se producía un intercambio de productos endocrinos. Este mecanismo permitía al aracnoide transformarse en un animal totalmente acuático. Mientras estuviese en contacto con su huésped podía permanecer bajo el agua el tiempo que quisiese y descender a cualquier profundidad. Había también entre las dos especies una asombrosa adaptación mental. Los ictioideos se hicieron en general más introvertidos, los aracnoides más extravertidos.

Los jóvenes de ambas especies vivían libremente hasta la pubertad, pero cuando empezaban a desarrollar su organización simbiótica buscaban un compañero de la otra especie. La unión duraba toda la vida, y era interrumpida sólo por breves relaciones sexuales. La simbiosis misma era una especie de sexualidad contrapuntística, pero una sexualidad de orden puramente mental, ya que, por supuesto, para la copulación o la reproducción cada individuo debía buscar a un compañero o compañera de su propia especie. Descubrimos, sin embargo, que aun en esta relación simbiótica la pareja estaba formada invariablemente por un macho de una especie y una hembra de la otra; y el macho, cualquiera fuese su especie, demostraba una devoción paternal por los hijos de su simbiótica compañera.

No tengo espacio para describir la extraordinaria reciprocidad mental de estas raras parejas. Solo puedo decir que aunque las dos especies eran muy diferentes en equipos sensorios y temperamento, y aunque en algunos casos anormales se producían conflictos trágicos, comúnmente la relación simbiótica era más íntima que la del matrimonio humano y abría a la vez horizontes más amplios al individuo que cualquier amistad entre miembros de las distintas razas humanas. En ciertas etapas del desarrollo de la civilización mentes maliciosas habían intentado provocar amplios conflictos interespecífícos, y habían tenido un

éxito temporal; pero las dificultades alcanzaban pocas veces la gravedad de nuestra «guerra de los sexos», tanto se necesitaban las dos especies. Ambas habían contribuido a la cultura de aquel mundo, aunque no siempre de modo igual. En los trabajos creadores una de las partes ponía sobre todo originalidad; la otra criticaba y limitaba. Eran raras las obras en que un miembro desempeñara un papel enteramente pasivo. Los libros, o mejor los rollos, fabricados con pulpa de alga, estaban firmados casi siempre por parejas. En general los miembros aracnoides dominaban en las artes manuales, la ciencia experimental, las artes plásticas, y en la organización social del orden práctico. Los miembros ictioideos se distinguían en los trabajos teóricos, las artes literarias, la música sorprendentemente desarrollada del mundo submarino, y en las religiones de tipo más místico. Esta generalización, sin embargo, no debe interpretarse muy estrictamente.

La relación simbiótica dio aparentemente a la raza dual una flexibilidad mental muy superior a la nuestra, y una más pronta aptitud para la vida en comunidad. La raza dejó atrás rápidamente la fase de los conflictos entre tribus, donde cardúmenes nómadas de parejas simbióticas se asaltaban como regimientos de caballería submarina; los aracnoides, cabalgando a sus compañeros ictioideos, atacaban al enemigo con lanzas y espadas de hueso, mientras las cabalgaduras luchaban con poderosos tentáculos. La fase de guerras tribales fue notablemente breve. Cuando los grupos se arraigaron al fin en distintas regiones, y se desarrolló la agricultura submarina y se levantaron las ciudades de coral, la lucha entre ligas de ciudades fue la excepción, no la regla. Ayudada sin duda por su gran movilidad y la facilidad de las comunicaciones, la raza dual creó pronto una federación de ciudades desarmada y mundial. Nos enteramos también con asombro que en la cima de la civilización premecánica, cuando en nuestros mundos ya una seria resquebrajadura separaba a los amos de los esclavos económicos, el espíritu comunal de la ciudad había triunfado sobre todas las tendencias individualistas. Muy pronto aquel mundo se transformó en una trama de comunas interdependientes, y que, sin embargo, conservaban su independencia.

Pareció entonces que ya no habría más luchas sociales. Pero la crisis más seria de la raza aún no había llegado.

El ambiente submarino ofrecía a la raza simbiótica grandes posibilidades de desarrolló. Era posible llegar a todas las fuentes de riqueza. El nivel de población se mantenía en un punto óptimo en beneficio de la armonía del trabajo. El orden social era satisfactorio para todas las clases, y parecía muy difícil que cambiara. Las vidas individuales eran variadas y plenas. La cultura, con los fundamentos de una gran tradición, era ahora enteramente una minuciosa investigación de los grandes campos del pensamiento explorados ya por reverenciados antepasados, bajo la inspiración divina, se decía, de la deidad simbiótica. Nuestros amigos de este mundo submarino, nuestros huéspedes mentales, miraban esta edad -desde el punto de vista de su propia época, más turbulenta- a veces con nostalgia, pero más a menudo con horror, pues les parecía ver en ella los primeros débiles signos de la decadencia de la raza. Tan perfectamente se había acomodado la raza a aquel ambiente inimitable que la inteligencia y la agudeza ya no eran estimables y pronto empezarían a desaparecer. Pero el destino había decretado otra cosa.

En un mundo submarino la posibilidad de obtener energía mecánica era remota. Pero los aracnoides, se recordará, eran capaces de vivir fuera del agua. En épocas anteriores a la simbiosis sus antepasados habían emergido periódicamente, visitando las islas en el tiempo del galanteo, la maternidad, o cuando perseguían alguna presa. La capacidad para respirar aire había declinado desde aquellos días, pero nunca la habían perdido enteramente. Todos los aracnoides salían aún a la superficie para acoplarse, y para dedicarse a una cierta gimnasia ritual. De esta última nació el gran descubrimiento que cambiaría el curso de la historia. En cierto torneo la fricción de unas armas de piedra, al entrechocarse, produjo unas chispas, y un fuego en las hierbas abrasadas por el sol.

Librodot

En asombrosa rápida sucesión se conoció la fundición de los metales, la máquina de vapor, la corriente eléctrica. La energía se obtuvo en un principio de la combustión de una especie de turba que la vegetación marina había formado en las costas, más tarde de los vientos constantes y fuertes, más tarde aún de unas trampas de luz fotoquímicas que absorbían las pródigas radiaciones solares. Estos inventos fueron, por supuesto, obra de los aracnoides. Los ictioideos, aunque desempeñaban aún un importante papel en la sistematización del conocimiento, estaban excluidos de toda tarea práctica fuera del mar, los experimentos científicos y la invención mecánica. Pronto los aracnoides llevaron cables eléctricos de las fábricas de energía de las islas a las ciudades submarinas. En esta tarea, por lo menos, podían participar los ictioideos, pero su intervención era necesariamente subordinada. Sus compañeros aracnoides los superaban no sólo en conocimientos de ingeniería eléctrica sino también en innata habilidad práctica.

Durante un par de siglos o más las dos especies siguieron cooperando, aunque con una tensión nerviosa cada vez mayor. La luz artificial, el transporte mecánico de mercancías por los suelos oceánicos, la fabricación de artículos en gran escala animaron inmensamente la existencia en las ciudades submarinas. Las islas estaban cubiertas de edificios dedicados a la ciencia y la industria. La física, la química y la biología hacían grandes progresos. Los astrónomos empezaron a trazar mapas de la Galaxia. Descubrieron asimismo que un planeta próximo parecía maravillosamente apto para que se instalaran en él los aracnoides, que sin grandes dificultades, se esperaba, podían acostumbrarse a un clima extraño, y divorciarse así de sus compañeros de simbiosis. Las primeras tentativas de vuelos en cohete fueron en parte una tragedia y en parte un éxito. El directorio de actividades extra submarinas exigía un notable aumento de la población aracnoide.

Inevitablemente, esto provocó un conflicto entre las dos razas, y en la mente de cada individuo. Llegamos a ese mundo en el momento en que el conflicto alcanzaba su punto máximo, en una crisis espiritual que en nuestra etapa de novicios nos daba acceso a estos seres. Los ictioideos no habían sucumbido aún biológicamente, pero en el plano psicológico mostraban ya signos de una profunda decadencia mental. Parecían descorazonados, dominados por la lasitud, como ocurre a menudo en esas razas primitivas terrestres que luchan con la corriente de la civilización europea. Pero como en el caso de los simbióticos la relación era extremadamente intima, mucho más que entre los seres humanos más íntimos, la condición de los ictioideos afectaba profundamente a los aracnoides. Y en la mente de los ictioideos el triunfo de sus compañeros fue durante mucho tiempo causa de aflicción y a la vez de alegría.

Todo individuo de ambas especies se sentía desgarrado por emociones antagónicas. Los aracnoides normales ansiaban participar de las aventuras de la nueva vida, y el afecto y la unión simbiótica los impulsaban además a ayudar a que el compañero ictioideo compartiera también esa vida. Además, todo aracnoide comprendía que dependía sutilmente de su compañero, de un modo a la vez fisiológico y psicológico. La conciencia de sí misma que poseía la simbiosis mental, la comprensión mutua entre sus partes, y esa contemplación que es tan necesaria a la rectitud y la cordura de la acción eran sobre todo obra de los ictioideos. Así ocurría que entre los aracnoides habían estallado ya luchas intestinas. Las islas competían unas con otras, lo mismo que las grandes organizaciones industriales.

No puedo dejar de señalar que si esta profunda división de intereses hubiera ocurrido en mi propio planeta, por ejemplo entre los dos sexos, el sexo más favorecido no hubiese titubeado en condenar al otro a la esclavitud. Los aracnoides casi alcanzaron en verdad una victoria» semejante. Cuando una unión se disolvía, cada miembro intentaba suministrarse con alguna droga las substancias químicas que la simbiosis proporcionaba normalmente. Pero no había sustitutos para la dependencia mental, y las partes divorciadas estaban sujetas a

desórdenes mentales serios, ya sutiles o flagrantes. Sin embargo, hubo muchos otros que crecieron y se desarrollaron sin conocer la relación simbiótica.

La lucha se hizo entonces violenta. Los intransigentes de ambas especies se atacaban entre sí y desafiaban a los moderados. Siguió un período de guerras desesperadas y confusas. En cada bando una pequeña y odiada minoría defendía una «simbiosis modernizada» en la que cada especie pudiera contribuir a la vida común. Muchos de estos reformistas fueron mártires de su fe.

La victoria hubiera correspondido con el tiempo a los aracnoides, pues ellos dominaban las fuentes de energía. Pero pronto se comprobó que la tentativa de romper los lazos simbióticos no era tan fácil como había parecido. Aún en plena guerra los comandantes no podían impedir una amplia fraternización entre las fuerzas opuestas. Miembros de las disueltas uniones se encontraban furtivamente para estar juntos unas pocas horas. Criaturas viudas o abandonadas de las dos especies se internaban tímida pero ansiosamente en el campo enemigo en busca de nuevos compañeros. Batallones enteros se rendían con el mismo propósito. Las neurosis causaban más daños a los aracnoides que las armas del enemigo. En las islas, además, las guerras civiles y las revoluciones sociales hacían casi imposible la fabricación de municiones.

La facción más resuelta de los aracnoides intentó entonces dar término a la lucha envenenando los océanos. Millones de cadáveres en descomposición que subían a la superficie del mar y eran arrojados a las costas envenenaron a su vez las islas. Los venenos, las plagas, y sobre todo la neurosis detuvieron la guerra, arruinaron la civilización, y extinguieron casi totalmente las dos especies. Los rascacielos abandonados que se amontonaban en las islas empezaron a derrumbarse. La jungla submarina y unos ictioideos subhumanos parecidos a tiburones invadieron las ciudades submarinas. La delicada trama del conocimiento empezó a desintegrarse en fragmentos de superstición.

Así llegó al fin la oportunidad para los que abogaban por una simbiosis modernizada. Habían llevado dificultosamente una existencia secreta con sus compañeros en las regiones más remotas e inhospitalarias del planeta, y salieron audazmente a predicar su evangelio entre los desgraciados restos de la población. Hubo una vertiginosa sucesión de uniones y reuniones interespecíficas. Una agricultura submarina primitiva y la caza mantuvieron con vida a unas pocas gentes diseminadas mientras se limpiaban y reconstruían algunas ciudades de coral, y se remodelaban los instrumentos de una civilización débil pero prometedora. Era ésta una civilización temporal, sin energía mecánica, pero que se prometía a sí misma grandes aventuras en el «mundo superior» tan pronto como se establecieran los principios básicos de la simbiosis reformada.

Nos pareció que una empresa semejante estaba condenada al fracaso, pues era evidente que el futuro dependía de una criatura terrestre más que de una criatura marina. Pero estábamos equivocados. No hablaré en detalle de la heroica lucha con que la raza remodeló su naturaleza simbiótica para que sirviera a los fines que se había propuesto. La primera etapa fue la reinstalación de fábricas de energía en las islas, y la cuidadosa reorganización de una sociedad puramente submarina. Pero esta reconstrucción hubiera sido inútil si no hubiese estado acompañada por un estudio muy cuidadoso de las relaciones mentales y físicas de las dos especies. Había que fortalecer la simbiosis de modo que cualquier lucha interespecífica fuese imposible en el futuro. Las criaturas de ambas especies eran sometidas a un tratamiento químico en la infancia, de modo que los dos organismos se hacían más interdependientes y la relación más firme. Con un rito psicológico especial, una suerte de hipnosis mutua, toda nueva unión se transformaba en una indisoluble reciprocidad mental. Esta comunión interespecífica, que todo individuo experimentaba en su ambiente doméstico, fue con el tiempo la experiencia básica de toda cultura y toda religión. La deidad simbiótica, que figuraba en todas las mitologías primitivas, fue entronizada otra vez como símbolo de la

Librodot

personalidad dual del Universo, un dualismo, se decía, de creatividad y conocimiento, unidos como espíritu divino del amor. Se afirmó que la única meta razonable de la vida social era la formación de personalidades alertas, sensibles, inteligentes, y capaces de mutua comprensión, dedicadas al propósito común de explorar el Universo y desarrollar las múltiples potencialidades del espíritu «humano». Los jóvenes eran impulsados imperceptiblemente a descubrir por sí mismos esta meta.

Gradualmente, y con muchas precauciones, se repitieron todas las operaciones industriales y las investigaciones científicas de la edad anterior, pero con una diferencia. La industria fue subordinada a la consciente meta social. La ciencia, antes esclava de la industria, se transformó en la compañera del conocimiento.

Una vez más crecieron los edificios en las islas, con ocupados trabajadores aracnoides. Pero en todas las aguas bajas de las costas había unos vastos panales de habitaciones donde los miembros simbióticos descansaban y se refrescaban con sus compañeros. En los abismos oceánicos las viejas ciudades fueron convertidas en escuelas, universidades, museos, templos, palacios de arte y entretenimiento. Allí crecían juntos los niños de las dos especies. Allí se reunían los adultos en busca de recreo y estímulo. Allí, mientras los aracnoides estaban ocupados en las islas, los ictioideos se dedicaban a la educación y a remodelar toda la cultura teórica del mundo. Pues se sabía ahora claramente que esta especie, por su temperamento y sus talentos, podía contribuir vitalmente en ese campo a la vida común. De ese modo la literatura, la filosofía, la educación no científica se desarrollaban principalmente en el océano, mientras que en las islas sobresalían la industria, la investigación científica, y las artes plásticas.

Quizá, a pesar de la estrecha unión de cada pareja, esta rara división del trabajo hubiera renovado tarde o temprano el antiguo conflicto. Pero se hicieron dos importantes descubrimientos. Uno fue el desarrollo de la telepatía. Varios siglos antes de la Edad de la Guerra se había descubierto que la comunicación telepática entre dos miembros de la misma pareja era realmente posible. Esta vez la comunicación se extendió a toda la raza dual. El primer resultado de este cambio fue un gran acrecentamiento en la facilidad de las comunicaciones entre individuos de todo el mundo, y, por tanto, un gran aumento de la comprensión mutua y la unidad de los objetivos sociales. Pero antes que perdiéramos contacto con esta raza de tan rápido progreso tuvimos pruebas que la telepatía planetaria tenía efectos de mucho mayor alcance. A veces, se nos dijo, la comunión telepática de toda la raza parecía provocar algo así como el despertar fragmentario de una mente mundial común de la que participaban todos los individuos.

La segunda gran innovación se debió a la investigación genética. Los aracnoides, a causa de la masa del planeta y sus actividades en tierra firme, no podían desarrollar un cerebro muy complejo y pesado; pero los ictioideos que eran ya grandes y vivían en el agua no estaban sujetos a estas limitaciones. Luego de largos experimentos, a menudo desastrosos, se logró producir una raza de «superictioideos». Con el tiempo toda la población ictioidea estuvo formada por estas criaturas. Mientras tanto la genética desarrollo en los aracnoides, que se dedicaban ahora a la exploración y la colonización de otros planetas de aquel sistema solar, no una mayor complejidad del cerebro en general, pero si de aquellos centros especiales que permitían la comunicación telepática. Así, y a pesar de la más simple estructura de sus cerebros, eran capaces de mantener una comunicación total con los compañeros de cerebro muy desarrollado que vivían en los océanos del planeta natal. Los cerebros simples y los complejos formaban ahora un solo sistema, en el que cada unidad, por más sencilla que fuese su contribución, era sensible al todo.

En este punto, cuando la original raza ictioidea fue reemplazada por los superictioideos, perdimos contacto con el planeta. La experiencia de la raza dual superaba ahora los límites de nuestra comprensión. La vimos otra vez en una etapa muy posterior de nuestra aventura, y en

un plano superior de existencia. Estaba comprometida en la vasta empresa común a la que se había lanzado, como explicaré luego, la sociedad galáctica de los mundos. En este tiempo la raza simbiótica era una inmensa hueste de aracnoides aventureros distribuidos por muchos planetas, y unos cincuenta mil millones de superictioideos que vivían una vida de deleite natatorio e inmensa actividad mental en el océano del gran mundo natal. Aun en esta etapa el contacto físico entre los miembros simbióticos tenía que ser mantenido, aunque a largos intervalos. Había una corriente constante de naves del espacio entre las colonias y el mundo madre. Los ictioideos, junto con sus numerosos compañeros de una veintena de planetas, eran la base de una mente racial. Aunque los hilos de la experiencia común eran obra de toda la raza simbiótica, solo los tejían los ictioideos en el primigenio hogar oceánico, en una única trama que era luego compartida por todos los miembros de ambas razas.

2. Seres compuestos

A veces en el curso de nuestra aventura conocimos mundos habitados por seres inteligentes, con una personalidad que no era expresión de un simple organismo individual sino de un grupo de organismos. En la mayoría de los casos esta característica había nacido de la necesidad de combinar la inteligencia con el poco peso del cuerpo. En los planetas grandes muy cercanos a su sol, o acompañados por un satélite de gran tamaño es común que el océano barra las tierras con enormes olas. Periódicamente, vastos territorios se hunden en las aguas o salen a la superficie. En mundos semejantes la vida en el aire es la más conveniente, pero debido a la fuerza de la gravedad sólo son capaces de volar los organismos pequeños, masas relativamente reducidas de moléculas. Un cerebro suficientemente grande para una actividad «humana» compleja no podría remontar vuelo.

En mundos tales la base orgánica de la inteligencia era a menudo una banda de criaturas aéreas, no mayores que gorriones. Una sola mente individual de nivel humano ocupaba toda una hueste de cuerpos individuales. El cuerpo de esta mente era pues múltiple, pero la mente misma era una unidad tan cerrada como la mente del hombre. Como los cardúmenes que giran y nadan velozmente en nuestros estuarios o remontan nuestros ríos, así sobre las aguas que inundaban las regiones cultivadas de esos mundos maniobraban animadas nubes de aves, y cada nube era un centro independiente de conciencia. En algún momento, como nuestras aves zancudas, esas avecillas descendían rápidamente, y la masa de la nube se reducía hasta transformarse en una delgada película que cubría el suelo, una suerte de precipitado a orillas de las aguas.

La vida en estos mundos estaba rítmicamente dividida por las mareas. Durante las mareas nocturnas las nubes-pájaros dormían en las olas. Durante las mareas diurnas se dedicaban a deportes aéreos y ejercicios religiosos. Pero dos veces por día, cuando las aguas se retiraban, cultivaban el fango, o realizaban en sus ciudades de células de cemento todas las operaciones de la industria y la cultura. Nos interesó mucho observar que ingeniosamente, antes que la marea volviera, todos los instrumentos de la civilización eran protegidos de la acción de las aguas.

Supusimos al principio que la unidad mental de estas pequeñas aves era de tipo telepático, pero no ocurría así. Se basaba en la unidad de un complejo campo electromagnético, y unas ondas de «radio» penetraban todo el campo. Esas ondas, transmitidas y recibidas por todos los individuos, correspondían a la corriente nerviosa de orden químico que mantiene la unidad del sistema nervioso humano. Todos los cerebros reverberaban con los ritmos etéreos de su ambiente, y todos contribuían con su propio tema peculiar a la compleja estructura. Mientras el volumen de la bandada no excediera de los dos kilómetros cúbicos, los individuos se mantenían mentalmente unidos, y cada uno era como un

centro especializado del «cerebro» común. Pero si alguno era separado de la bandada, como ocurría a menudo con el tiempo tormentoso, perdía el contacto mental con los otros y se transformaba en una mente aislada de muy bajo nivel. En realidad degeneraba hasta ser un simple animal guiado sólo por el instinto o un sistema de reflejos que lo impulsaban a recobrar el contacto con la bandada.

Puede imaginarse fácilmente que la vida mental de estos seres compuestos era muy distinta de todo lo que habíamos conocido hasta entonces. Distinta y, sin embargo, similar. Como el hombre, la nube-ave conocía la ira y el miedo, el hambre y el apetito sexual, el amor personal y todas las pasiones del rebaño; pero el medio de estas experiencias se parecía tan poco a todo lo que habíamos visto que nos costó reconocerlas.

El sexo, por ejemplo, era algo muy sorprendente. Todas las nubes eran bisexuales, con algunos centenares de individuos machos y hembras, indiferentes entre sí, pero muy sensibles a la presencia de las otras nubes-aves. Descubrimos que esos seres curiosamente múltiples sentían el deleite y la turbación del contacto corporal no sólo en el acto sexual mismo de los miembros especializados, sino también, con la más exquisita sutileza, en la interfusión de dos nubes volantes, durante la gimnasia del cortejamiento aéreo.

Más importante para nosotros que esta superficial similitud era la esencial paridad del nivel mental. Ciertamente, no hubiéramos llegado a ese mundo si no hubiese sido por la similitud que había entre la etapa evolutiva de las nubes-aves y la que conocíamos tan bien en nuestros propios mundos. Pues cada una de estas móviles nubes mentales de avecillas era en realidad aproximadamente un individuo de nuestro propio orden espiritual, a veces una bestia y a veces un ángel, capaz de los éxtasis del amor y el odio hacia otras nubes-aves, capaz de sabiduría y locura, y de toda la gama de las pasiones humanas, desde la más sucia de las bajezas hasta el éxtasis contemplativo.

Indagando como mejor podíamos más allá de esa formal similitud de espíritu que nos había acercado a las nubes-aves, descubrimos dolorosamente como ver con un millón de ojos a la vez, como sentir la textura de la atmósfera con un millón de alas. Aprendimos a interpretar las imágenes compuestas de los pantanos y marismas y las grandes regiones agrícolas que la marea irrigaba dos veces por día. Admiramos las grandes turbinas accionadas por las mareas y el sistema del transporte eléctrico. Descubrimos que los bosques de grandes mástiles y minaretes de cemento, y las plataformas elevadas, construidas en las áreas de mareas más bajas, eran sitios donde se atendía a los más jóvenes hasta que aprendían a volar.

Poco a poco aprendimos a entender de algún modo el extraño pensamiento de aquellos raros seres, tan diferente del nuestro en sus particularidades, y, sin embargo, tan parecido en sus generalizaciones y en su significado. El tiempo apremia, y ni siquiera debo intentar esbozar la inmensa complejidad de los más desarrollados de estos mundos. Hay tanto que contar aún. Solo diré que la individualidad, muy precaria en estas nubes-aves, era mejor estimada y valorada que entre nosotros. El peligro que amenazaba constantemente a estas nubes-pájaros era el de la desintegración moral y física. Por este motivo el ideal de un yo coherente era muy notable en todas sus culturas. Además, el peligro de que el yo de una nube-ave fuese invadido y violado por sus prójimos, así como una estación de radio puede ser interferida por otra, obligaba a estas criaturas a cuidarse más que nosotros de las tentaciones del rebaño, de la pérdida del yo individual en la multitud de las nubes. Pero también, como este peligro era mantenido eficazmente a distancia, el ideal de una comunidad mundial se desarrolló entre estos seres sin ninguna lucha a muerte con la tribu mística, lucha que nosotros conocemos demasiado bien. La lucha se desarrollaba aquí entre el individualismo y los ideales paralelos de la comunidad mundial y la mente mundial.

En el tiempo de nuestra visita ya asomaba este conflicto entre los dos partidos, en todas las regiones del planeta. Los individualistas eran más fuertes en un hemisferio, donde perseguían a todos los defensores del ideal de la mente mundial, y unían sus fuerzas para atacar a la otra parte del mundo. Aquí dominaba el Partido de la Mente Mundial, no por medio de las armas sino por lo que podría llamarse un bombardeo de ondas de radio. Las

ondas etéreas que emitía el Partido se imponían a todos los recalcitrantes. El radio-bombardeo desintegraba mentalmente a los rebeldes o los absorbía intactos en el sistema de radio de la comunidad.

La guerra que siguió luego nos pareció asombrosa. Los individualistas usaban artillería y gas venenoso. El Partido de la Mente Mundial no empleaba tanto las armas como la radio, que ellos, pero no sus enemigos, podían manejar con efecto irresistible. Tanto se aumentó el poder del sistema de radio, y tanto se lo adaptó a la receptividad fisiológica de las unidades aéreas, que los individualistas no tuvieron tiempo de causar muchos daños. Pronto se descubrieron sumergidos, por así decir, en un abrumador torrente de estímulos radiales. Los cuerpos compuestos de las unidades aéreas fueron destruidos (si se habían especializado para la guerra) o reorganizados en nuevas nubes, leales a la mente mundial.

Poco después de la derrota de los individualistas perdimos contacto con esta raza. Las experiencias y los problemas sociales de la joven mente mundial nos eran incomprensibles. No volvimos a encontrarlos hasta una etapa muy posterior de nuestra aventura.

Otros mundos habitados por nubes-aves fueron menos afortunados. La vida de casi todos, por una causa u otra, terminó con una catástrofe. En muchos las tensiones del industrialismo o de la inquietud social desencadenaron una plaga de demencia, o causaron la desintegración de los individuos en bandadas de animales guiados sólo por reflejos. Estas miserables criaturas, que no eran capaces de una conducta independiente e inteligente, fueron diezmadas por las fuerzas naturales o las bestias de presa. Al fin la escena pareció preparada para que algún gusano o ameba inaugurara otra vez la gran aventura de la evolución biológica hacia la meta de un plano humano.

En el curso de nuestra exploración llegamos a conocer otros tipos de individuos compuestos. Descubrimos, por ejemplo, que algunos planetas grandes y secos estaban habitados por criaturas parecidas a insectos, cuyos enjambres o nidos eran el cuerpo múltiple de una sola mente. Estos planetas eran tan grandes que ningún organismo que viviera en la superficie podía ser mayor que un escarabajo, y ningún organismo aéreo mayor que una hormiga. En los enjambres inteligentes que ocupaban en estos mundos el puesto del hombre, los cerebros microscópicos de las criaturas parecidas a insectos cumplían funciones microscópicas y especializadas dentro del grupo, del mismo modo que los miembros de un hormiguero cumplen funciones especiales: el trabajo, la guerra, la reproducción. Todos los individuos eran móviles, pero cada una de las clases desempeñaba un papel «neurológico» en la vida de la totalidad. Actuaba en verdad como si fuese un tipo especial de células en un sistema nervioso.

En estos mundos, como en los mundos de las nubes-aves, tuvimos que adaptarnos a la conciencia unificada de los grandes enjambres. Con innumerables patas nos arrastrábamos a lo largo de liliputienses pasajes de cemento; con innumerables antenas manipulatorias participábamos de oscuras operaciones industriales y agrícolas, o en la navegación de barcos de juguete por los canales y lagos de aquellos mundos chatos. A través de innumerables ojos multifacéticos cuidábamos las plantaciones de musgo o estudiábamos las estrellas con telescopios y electroscopios minúsculos.

La vida de estos enjambres inteligentes estaba tan perfectamente organizada que toda la rutina de los trabajos industriales y agrícolas había llegado a ser inconsciente, desde el punto de vista de la mente del enjambre, como los procesos digestivos en un ser humano. Las pequeñas unidades insectoideas cumplían estas operaciones conscientemente, aunque sin entender su significado; pero la mente del enjambre no era capaz de dirigirlas. Esta mente atendía sólo a las actividades que exigían un dominio consciente unificado, como inventos teóricos y prácticos de toda especie e investigaciones mentales y físicas.

En la época en que visitamos el más sorprendente de estos mundos de insectos la población estaba organizada en grandes naciones de enjambres. Todo enjambre individual tenía su propio nido, su ciudad liliputiense, de una superficie de algo más de un kilómetro cuadrado, y con celdas subterráneas, cámaras y pasajes de medio metro de profundidad. Los alrededores se dedicaban al cultivo de unas plantas musgosas. A medida que el enjambre crecía se fundaban nuevas colonias fuera del radio que dominaba el enjambre padre. Así aparecían nuevos grupos individuales. Pero ni en esta raza, ni en la raza de las nubes-aves había nada que correspondiese a nuestras generaciones sucesivas de mentes independientes. En el interior del grupo mental las unidades insectoideas morían y eran reemplazadas por nuevas unidades, pero la mente del grupo era potencialmente inmortal. Las unidades se sucedían unas a otras; el grupo persistía. Su memoria alcanzaba el lejano pasado de innumerables generaciones de unidades, aunque era cada vez más débil a medida que retrocedía hasta perderse en los tiempos arcaicos donde lo «humano» emergía de lo «subhumano». De este modo los enjambres civilizados tenían vagos y fragmentarios recuerdos de todos los períodos históricos.

La civilización había transformado los viejos y desordenados habitáculos en ciudades subterráneas cuidadosamente planeadas; había cambiado los viejos canales de irrigación en una extensa red de canales que comunicaban entre sí los distritos; había introducido la energía mecánica, basada en la combustión de materias vegetales; había fundido metales extraídos de afloramientos y depósitos aluviales; había producido las maquinarias extraordinariamente pequeñas, casi microscópicas que tanto habían mejorado la comodidad y la salud de las regiones más adelantadas; había producido asimismo miríadas de minúsculos vehículos, que correspondían a nuestros tractores, trenes, barcos; había creado diferencias de clase entre los grupos individuales que se habían detenido en un estado agrícola, aquellos que eran principalmente industriales, y los que se habían especializado en la inteligente coordinación de las actividades de la región. Estos últimos se convirtieron con el tiempo en los tiranos burocráticos de aquel mundo.

Debido al gran tamaño del planeta y las dificultades que tenían los viajes largos para criaturas tan pequeñas como las unidades insectoideas, las civilizaciones de ese mundo se habían desarrollado independientemente en una veintena de regiones aisladas, y cuando al fin se pusieron en contacto, muchas de esas civilizaciones ya se habían desarrollado industrialmente y estaban equipadas con las armas más «modernas». El lector puede imaginar fácilmente que ocurrió cuando razas que en la mayoría de los casos pertenecían a distintas especies biológicas y, además, con costumbres, pensamientos e ideales totalmente extraños, se encontraron de pronto. Sería fatigoso describir las insensatas guerras que siguieron entonces. Pero es interesante notar que nosotros, los visitantes telepáticos de regiones remotas en el espacio y en el tiempo, pudiéramos comunicarnos con estas huestes guerreras más fácilmente que ellas entre sí. Y merced a este poder logramos desempeñar un papel muy importante en la historia del planeta. En verdad es probable que nuestra intervención salvara a estas razas de la destrucción mutua. Ocupando algunas mentes «claves» de los bandos en conflicto, logramos pacientemente que nuestros huéspedes tuvieran alguna comprensión de la mentalidad del enemigo. Y como cada una de estas razas había superado ya el nivel social conocido en la Tierra, y como en relación con la vida de su propia raza una mente enjambre era capaz de vivir una verdadera comunidad, la comprensión del enemigo como un ser que no era un monstruo sino especialmente humano bastó para destruir el deseo de luchar.

Las mentes «claves» de cada bando, iluminadas por «mensajeros divinos», predicaron heroicamente la paz. Y aunque muchas de ellas conocieron el martirio, la causa que defendían triunfó al fin. Las razas solucionaron sus conflictos, salvo dos pueblos notablemente atrasados culturalmente, a los que no pudimos persuadir. Y como estaban muy preparados para la guerra, eran una seria amenaza. Consideraban el nuevo espíritu de paz como mera debilidad de parte del enemigo, y estaban determinados a aprovecharlo, y a conquistar el resto del mundo.

Fuimos entonces testigos de un drama que debe de ser increíble para un hombre terrestre. Un drama que nació de la misma lucidez mental que había alcanzado cada una de las razas. Los pueblos pacíficos se atrevieron a desarmarse. Del modo más espectacular y evidente destruyeron sus armas y sus fábricas de municiones. Tuvieron cuidado, además, de que los enjambres enemigos tomados como prisioneros fueran testigos de estos hechos. Luego liberaron a estos cautivos, permitiéndoles que informaran al enemigo. Como respuesta el enemigo invadió el país desarmado más cercano y se dedicó a imponer una cultura militar, con propaganda y persecuciones. Pero a pesar de las ejecuciones y torturas en masa, las consecuencias no fueron las que podían esperarse. Pues aunque el espíritu social de las razas tiranas no estaba más desarrollado que el del *Homo Sapiens*, las víctimas eran de una mente muy superior. La represión no sólo fortaleció la resistencia pasiva. Poco a poco la tiranía empezó a tambalearse. Al fin, de pronto, se derrumbó. Los invasores se retiraron, llevándose con ellos el germen del pacifismo. En un tiempo sorprendentemente corto el mundo se convirtió en una federación, con miembros de distintas especies.

Entendí tristemente que en la Tierra, aunque todos los seres civilizados pertenecen a una misma especie biológica, no era posible acabar tan felizmente con las guerras, pues la capacidad de comunidad en la mente individual es aún demasiado débil. Me pregunté también si las razas tiranas de insectoideos no hubieran tenido más éxito en los países invadidos si hubiesen encontrado allí una generación de enjambres jóvenes y maleables.

Luego que el mundo insectoideo atravesó esta crisis, desarrolló tan rápidamente su estructura social y el poder de sus mentes que nos fue cada vez más difícil no perder nuestro contacto. Al fin el lazo se rompió. Pero más tarde, cuando nosotros mismos llegamos a desarrollarnos, pudimos volver a este mundo.

De los otros mundos insectoideos, nada diré, pues ninguno estaba destinado a desempeñar un papel importante en la historia de la Galaxia.

Para completar la imagen de las razas donde la mente individual no tenía un cuerpo único, debo referirme a una especie muy diferente y aún más extraña. En ella el cuerpo individual es una nube de unidades ultramicroscópicas subvitales, organizadas en un común sistema de radio. De esta especie es la raza que habita ahora el planeta Marte. Como ya he descrito en otro libro estos seres y las trágicas relaciones que tuvieron con nuestros descendientes en el remoto futuro, nada diré de ellos aquí, salvo que no los encontramos hasta una etapa muy posterior de nuestra aventura, cuando adquirimos el poder de llegar a criaturas de una condición espiritual muy distinta de la nuestra.

3. Hombres-plantas y otros

Antes de pasar a contar la historia de nuestra Galaxia como un todo (dentro de los límites de mi comprensión) debo mencionar otra clase muy extraña de mundo. Encontramos solo algunos ejemplos de este tipo, y entre ellos pocos habían sobrevivido cuando la crisis galáctica alcanzó su cima. Pero uno por lo menos tuvo (o tendrá) gran influencia en el desarrollo del espíritu de esta dramática era.

En ciertos planetas pequeños, que un sol próximo inundaba de luz y calor, la evolución siguió un curso muy distinto de aquel que nos era familiar. No había organismos separados con funciones vegetales o animales. Todo organismo era a la vez vegetal y animal.

En tales mundos los organismos más evolucionados eran hierbas gigantescas y móviles; pero los torrentes de radiación solar aceleraban el tiempo de sus vidas, que era mucho más rápido que el de nuestras plantas. Decir que parecían hierbas puede ser engañoso, pues parecían también animales. Tenían un número regular de miembros y un cuerpo de forma definida; pero la piel era verde, o con rayas verdes, y llevaban aquí o allí, de acuerdo con la

especie, grandes masas de follaje. A causa de la escasa fuerza de gravedad de esos planetas, los animales-plantas sostenían a menudo vastas superestructuras en troncos o miembros muy delgados. En general los que eran móviles tenían menos hojas que los de hábitos aproximadamente sedentarios.

En estos mundos pequeños y calurosos la turbulenta circulación de agua y aire provocaba rápidos cambios cotidianos en el estado del suelo. A causa de las tormentas e inundaciones era conveniente que los organismos de estos mundos pudieran ir de un lado a otro. Consecuentemente, las primeras plantas, que debido a la abundancia de radiación solar podían almacenar energía suficiente para una vida de moderada actividad muscular, desarrollaron poderes de percepción y locomoción. En los tallos o el follaje aparecieron ojos y oídos vegetales, órganos vegetales del tacto, el olfato y el gusto. En cuanto a la locomoción, algunas plantas desenterraron simplemente las primeras raíces y así pudieron reptar de aquí para allá como gusanos. Otras ampliaron el follaje y flotaron en el viento. De estas últimas, y en el curso de los años, aparecieron verdaderas plantas voladoras. Mientras, las especies pedestres transformaron algunas raíces en piernas con músculos, en pares de cuatro, seis o cien. Las otras raíces se desarrollaron como herramientas de perforación, de modo que cuando la planta encontraba un sitio adecuado podía hundirlas rápidamente en el suelo. Pero había otro método que combinaba la locomoción y las raíces de un modo quizá aún más notable. La porción aérea del organismo se desprendía de sus raíces enterradas e iba por la tierra o el aire y al fin se aposentaba en suelo virgen. Cuando este suelo también se agotaba, buscaba un tercer suelo, y así sucesivamente, o regresaba a su sitio original, que por ese entonces ya debía haber recobrado su fertilidad, y se unía de nuevo a las dormidas raíces, que despertaban otra vez a la vida.

Muchas especies, por supuesto, desarrollaron hábitos predatorios, y órganos especiales de ataque, como ramas musculares fuertes como pitones, o espolones y cuernos, o formidables pinzas dentadas. En estas criaturas «carnívoras» el follaje era muy reducido, y podían echarse cómodamente las pocas hojas a la espalda. En las bestias de presa más especializadas el follaje atrofiado solo tenía un valor decorativo. Sorprendía ver como el ambiente imponía a estas criaturas formas que recordaban las de nuestros tigres y lobos. Y era también interesante notar que una excesiva adaptación para la defensa y el ataque arruinaba especie tras especie; y como al fin la inteligencia «humana» aparecía en una criatura inofensiva, de aspecto muy poco imponente, cuyas únicas virtudes eran la sensibilidad y la comprensión que mostraban ante el mundo material y sus semejantes.

Antes de describir la eflorescencia de la «humanidad» en esta especie de mundos, debo mencionar un grave problema que encuentra la evolución biológica en todos los planetas pequeños, a menudo en los primeros tiempos. Ya habíamos advertido este problema en la Otra Tierra. Debido a la escasa gravitación y el perturbador calor del sol, las moléculas de la atmósfera escapan fácilmente al espacio. La mayoría de los mundos pequeños, por supuesto, pierden todo el aire y el agua mucho antes que la vida alcance un nivel «humano», y a veces antes que esa vida aparezca. Otros, menos pequeños, pueden conservar la atmósfera en una primera época, pero más tarde, a causa de la constante contracción de sus orbitas se calientan tanto que no pueden retener más las moléculas furiosamente agitadas de la atmósfera. En los primeros eones de estos planetas se desarrolla un gran número de seres vivos, que luego es destruido por la denudación y la desecación progresivas del planeta. Pero en los casos más favorables la vida es capaz de adaptarse progresivamente a las condiciones cada vez más severas. En algunos mundos, por ejemplo, apareció un mecanismo biológico donde los restos de la atmósfera fueron retenidos en el interior de un poderoso campo electromagnético generado por la población del planeta. En otros se eliminó totalmente la necesidad de atmósfera; la fotosíntesis y todo el metabolismo se realizaban sólo mediante líquidos. Los últimos y escasos gases eran conservados en forma de solución, almacenados entre las raíces en grandes formaciones esponjosas, recubiertas con una membrana impermeable.

Librodot

Ambos métodos biológicos se encontraban ya en uno ya en otro de los mundos de plantas-animales que habían alcanzado un nivel humano. No tengo espacio aquí para detenerme en más de un ejemplo, el más significativo de estos mundos notables, un mundo que había perdido toda su atmósfera en una época anterior a la aparición de la inteligencia.

Entrar en este mundo y conocerlo a través de los extraños sentidos y el extraño temperamento de las criaturas nativas fue de algún modo más sorprendente que todas nuestras anteriores exploraciones. A causa de la completa ausencia de atmósfera, el cielo, aun a pleno sol, tenía la negrura del espacio interestelar; y brillaban las estrellas. Además, como la fuerza de gravedad era escasa, y no había aire, agua y hielo que moldeasen la contrahecha y arrugada superficie del planeta, el paisaje era una masa de pliegues montañosos, antiguos volcanes apagados, corrientes y montículos de lava congelada, y cráteres abiertos por el impacto de meteoros gigantes. Ninguno de estos accidentes había sido suavizado por influencias atmosféricas y glaciales. Por otra parte las tensiones de la corteza del planeta que cambiaba constantemente habían dado a las montañas unas formas fantásticas, similares a las de nuestros témpanos. En nuestra propia tierra, donde la gravedad, ese galgo incansable, retiene a su presa con una fuerza mucho más poderosa, nunca hubieran sido posibles esos delgados despeñaderos coronados de pesados pináculos. Las superficies expuestas de las rocas estaban enceguecedoramente iluminadas, debido a la ausencia de atmósfera; las hendiduras y todas las sombras eran negras como la noche.

Muchos de los valles habían sido convertidos en reservas, que parecían reservas de leche; pues en las superficies de estos lagos, había una gruesa capa de una sustancia blanca y viscosa, para prevenir las pérdidas por evaporación. Alrededor se apretaban las raíces de las raras criaturas de este mundo, como troncos de árboles talados, cubiertos todos por la sustancia blanca. No había un metro de suelo que no estuviera utilizado de algún modo; y supimos que aunque partes de este suelo eran resultado natural de la acción del aire y el agua en épocas pretéritas, casi todas tenían origen artificial. Habían sido preparadas mediante un proceso de minado y pulverización. En los tiempos primitivos, y en verdad durante toda la evolución «prehumana», la lucha por disfrutar del raro suelo de este mundo había sido uno de los principales estímulos para el desarrollo de la inteligencia.

Durante el día se podía ver a las móviles plantas humanas en los valles, con su follaje extendido al sol. Solo de noche se les veía moverse, caminando sobre las rocas desnudas, u ocupadas con máquinas y otros objetos artificiales, instrumentos de esa civilización. No había edificios; no había refugios techados para protegerse de las inclemencias del tiempo, pues no había inclemencias del tiempo. Pero en las llanuras y las mesetas de roca se amontonaban toda clase de artefactos ininteligibles para nosotros.

El hombre-planta típico era un organismo erecto, como nosotros. La cabeza terminaba en una gran cresta de plumas verdes, que podía plegarse como una apretada planta de lechuga, o abrirse para recibir el sol. Tres ojos multifacéticos miraban desde debajo de la cresta. Bajo los ojos había tres miembros parecidos a brazos, verdes y serpeantes, que se ramificaban en las pumas. El tronco, delgado, plegadizo, con grandes anillos que se metían unos en otros cuando la criatura se inclinaba hacia delante, terminaba en tres pies. Dos de ellos eran también bocas, que podían succionar savia de las raíces o materias extrañas. El tercero era un órgano de excreción. El precioso excremento no era nunca desperdiciado y pasaba al suelo por una juntura especial entre el tercer pie y la raíz. En los pies tenían órganos del gusto, y también oídos. Como no había aire el sonido no se propagaba por encima del suelo.

De día la vida de estos curiosos seres era principalmente vegetal, de noche animal. Todas las mañanas luego de una noche larga y fría, la población entera se encaminaba hacia sus dormitorios de raíces. Cada individuo buscaba su propia raíz, se fijaba a ella, y se quedaba allí a la luz del día tórrido, con las hojas extendidas. Dormía hasta la caída del sol, no con un sueño profundo, sino en una suerte de trance, de especie meditativa y mística que en edades futuras sería un manantial de paz para muchas razas. Mientras duraba el sueño, las corrientes de savia subían y bajaban por el tronco, llevando sustancias químicas entre las raíces y las

Librodot

hojas, inundando a la criatura con oxígeno concentrado, eliminando desechos catabólicos. Cuando el sol desaparecía una vez más detrás de los despeñaderos, desplegando durante un momento un abanico de ardientes prominencias, la criatura despertaba, doblaba las hojas, cerraba los conductos de las raíces, y salía a ocuparse de los asuntos de la vida civilizada. Las noches de este mundo eran más brillantes que nuestros claros de luna, pues nada ensombrecía la luz de las estrellas y había varias constelaciones que colgaban en el cielo nocturno. Sin embargo, para ciertas operaciones delicadas se utilizaba la luz artificial, que tenía sobre todo el inconveniente de dar sueño al trabajador.

No trataré ni siquiera de esbozar la extraña y rica vida social de estos seres. Solo diré que aquí, como en cualquier otro sitio, encontramos todos los temas culturales conocidos en la Tierra, pero también que en este mundo de plantas móviles todo parecía traspuesto a una clave extraña, un modo que nos dejaba perplejos. Como en cualquier otro sitio encontramos aquí una población de individuos ocupados hondamente en la tarea de conservar su propia vida y la vida de la sociedad. Aquí encontramos egoísmo, odio, amor, las pasiones de la masa, curiosidad intelectual. Y aquí, como en todos los otros mundos que habíamos visitado hasta entonces, encontramos una raza en los umbrales de la gran crisis espiritual que ya conocíamos en nuestros propios mundos, y que nos servía de vehículo para nuestro contacto telepático con otros mundos. Pero aquí la crisis había asumido un estilo diferente. En verdad, nuestra capacidad de exploración imaginativa había empezado a crecer.

Haré a un lado todo lo demás y trataré de describir esta crisis, pues es importante para la comprensión de asuntos que superan los intereses de este pequeño mundo.

No entendimos realmente el drama profundo de esta raza hasta que llegamos a apreciar el aspecto dual de una mente que era de naturaleza animal-vegetal. Brevemente, la mentalidad de los hombres-plantas expresaba la cambiante tensión de los dos aspectos de su propia naturaleza: el aspecto animal, activo, afirmativo, objetivamente inquisitivo, moralmente positivo, y el vegetal pasivo, subjetivamente contemplativo y devotamente aquiescente. Por supuesto, la especie había logrado dominar este mundo gracias a la actividad animal y la inteligencia humana práctica. Pero en todas las épocas esta voluntad práctica había sido templada y enriquecida por una suerte de experiencia que es raro encontrar entre los hombres. Todos los días, a lo largo de las edades, estas criaturas habían rendido su febril naturaleza animal no sólo a ese sueño inconsciente o poblado de sueños que conocen los animales sino a una clase especial de conciencia que (reconocimos) pertenecía al mundo de las plantas. Extendiendo sus hojas, habían absorbido directamente el elixir esencial de la vida que los animales reciben sólo de modo indirecto con la carne de las presas. Así parecían mantener un inmediato contacto físico con el manantial de la vida cósmica. Y este estado, aunque físico, era también de algún modo espiritual, y tenía profunda influencia en la conducta de las criaturas. Si el lenguaje teológico fuese aceptable, podríamos denominar a esta experiencia un contacto espiritual con Dios. Durante las ocupaciones nocturnas iban de un lado a otro como individuos aislados, sin experimentar de un modo inmediato la fundamental unidad de la especie, pero por lo común el recuerdo de la vida diurna evitaba que cayeran en los peores excesos del individualismo.

Tardamos mucho en comprender que aquel peculiar estado diurno no era simplemente la unidad mental de un grupo, ya fuese una tribu o una raza. No era esa la condición de las unidades aéreas en la nube-pájaro, ni de los mundos mentales telepáticamente constituidos que desempeñaron un notable papel en la historia de la Galaxia como descubriríamos más tarde. El hombre-planta no conocía en su vida diurna las percepciones y pensamientos de sus semejantes, alcanzando así una conciencia más comprensiva y discriminatoria del ambiente y el cuerpo múltiple de la raza. Al contrario, ignoraba completamente toda condición objetiva salvo aquella corriente solar que le bañaba el extendido follaje. Y esta experiencia le permitía vivir en un éxtasis constante de cualidad casi sexual, un éxtasis donde sujeto y objeto parecían ser idénticos, un éxtasis de unión subjetiva con la oscura fuente de toda vida finita. En este estado el hombre-planta podía meditar en su activa vida nocturna, y entender, más claramente

Librodot

que durante la noche, la complejidad de sus propios impulsos. En su modo diurno no abría juicio moral alguno sobre sí mismo o los otros. Revisaba mentalmente todas las gamas de la conducta humana con una alegría desinteresada y contemplativa, como si esa conducta fuese simplemente un factor más en el Universo. Pero cuando llegaba otra vez la noche, con su activo modo nocturno, la serena comprensión de sí mismo y de los otros que había alcanzado en el día parecía arder en un fuego de censura y alabanza moral.

En la larga vida de esta raza había habido siempre una cierta tensión entre los dos impulsos básicos que animaban su naturaleza. El desarrollo cultural había sido más notable en las épocas en que ambos impulsos se habían manifestado vigorosamente sin que ninguno predominante sobre el otro. Pero, como en otros mundos, el desarrollo de la ciencia natural y la producción de energía mecánica, de origen solar, habían causado graves confusiones mentales. La fabricación de innumerables implementos de lujo o que sólo servían para hacer la vida más cómoda, la expansión de los ferrocarriles eléctricos por todo aquel mundo, el desarrollo de las radiocomunicaciones, el estudio de la astronomía y de la bioquímica mecanicista, las urgentes exigencias que llevaban a la guerra o a la revolución social, todas estas influencias fortalecían la mentalidad activa y debilitaban la contemplativa. El clímax apareció al descubrirse que era posible prescindir enteramente del sueño diurno. Los productores de la fotosíntesis artificial podían ser inyectados rápidamente en el cuerpo vivo todas las mañanas, de modo que el hombre-planta dedicaba así prácticamente todo el día al trabajo activo. Muy pronto se desenterraron las raíces de la gente y se las utilizó en las fábricas como materia prima. Su función natural había terminado.

No debo perder tiempo en describir la pesadilla que vivió entonces ese mundo. Al parecer, la fotosíntesis artificial aunque mantenía el vigor del cuerpo era incapaz de producir alguna vitamina esencial para el espíritu. La enfermedad del robotismo, una vida puramente mecánica, se extendió por toda la población. Sobrevino por supuesto una fiebre de actividad industrial. Los hombres-plantas daban vueltas al planeta en toda clase de vehículos de propulsión mecánica, se adornaban con los últimos productos sintéticos, utilizaban como energía el calor volcánico central, consumían ingenio en destruirse unos a otros, y se lanzaban febrilmente a otras mil actividades en busca de una beatitud que no alcanzaban nunca.

Luego de indecibles sufrimientos empezaron a entender que todo aquel modo de vida era ajeno a la naturaleza esencial de la especie, una naturaleza de planta. Conductores y profetas se atrevieron a condenar la mecanización y la cultura científica intelectual que dominaba entonces y se pronunciaron contra la fotosíntesis artificial. En ese tiempo casi todas las raíces de la raza habían sido destruidas; pero la ciencia biológica se volvió a la tarea de generar nuevas raíces para todos, a partir de los escasos ejemplares que habían quedado en el mundo. Poco a poco la población pudo volver a la fotosíntesis natural. La vida industrial se desvaneció como escarcha al sol. Al volver a la vieja alternativa de vida vegetal y animal, los hombres-plantas, enfermos y fatigados luego de la larga fiebre de industrialismo, encontraron en la serena experiencia diurna una abrumadora alegría. La miseria de la vida reciente intensificaba por contraste el éxtasis de la experiencia vegetal. La penetración intelectual que las mentes más brillantes habían adquirido en la práctica del análisis científico se combinó con la revivida cualidad de la vida vegetal y la experiencia alcanzó así una nueva lucidez. Durante un corto tiempo vivieron en un nivel de claridad espiritual que iba a ser un ejemplo y un tesoro para los futuros eones de la Galaxia.

Pero aun en la vida más espiritual hay tentaciones. La fiebre extravagante del industrialismo y el intelectualismo había envenenado de un modo tan sutil a los hombres-plantas que su rebelión contra esa fiebre los llevó demasiado lejos, haciéndolos caer en la trampa de una vida vegetal tan unilateral como antes lo había sido la vida animal. Poco a poco dedicaron menos energía y menos tiempo a tareas «animales», hasta que al fin no sólo pasaban los días como árboles sino también las noches, y la inteligencia animal, manual, exploradora y activa murió en ellos para siempre.

Librodot

Durante un tiempo la raza vivió en un éxtasis cada vez más vago y confuso de unión pasiva con la fuente universal del ser. El antiguo y perfeccionado mecanismo biológico que preservaba en forma de solución los gases vitales del planeta siguió funcionando automáticamente sin necesidad de cuidados. Pero el industrialismo había hecho crecer demasiado la población del planeta, y las reservas de agua y gas cumplían trabajosamente sus funciones. Las sustancias circularon de un modo peligrosamente rápido. Con el tiempo las tensiones que debía soportar el mecanismo fueron excesivas. Aparecieron algunas fisuras y nadie las reparó. Poco a poco el agua y otras sustancias volátiles escaparon del planeta. Poco a poco se agotaron las reservas, se secaron las esponjosas raíces, y se marchitaron las hojas. Poco a poco los beatíficos habitantes de ese mundo, que ya habían perdido todo carácter humano, pasaron del éxtasis a la enfermedad, el desaliento, el aturdimiento y la muerte.

Pero, como explicaré más adelante, su influencia llegó a modificar de algún modo la vida de la Galaxia.

Las «humanidades vegetales», si puedo llamarlas así, demostraron ser algo bastante raro. Algunas habitaban mundos de una especie muy curiosa que no he mencionado hasta ahora. Como se sabe, un planeta pequeño cercano a su sol tiende a girar cada vez más despacio, a causa de la fuerza de atracción del astro. Sus días se hacen más y más largos, hasta que al fin el planeta presenta constantemente una misma cara a su luminaria. No pocos planetas de este tipo, a lo largo de toda la Galaxia, estaban habitados, y en algunos vivían «humanidades vegetales».

Todos estos mundos «no diurnos» eran poco hospitalarios, pues un hemisferio era siempre extraordinariamente caliente y el otro extraordinariamente helado. La cara iluminada alcanzaba a veces la temperatura del plomo fundido; en la cara oscura, sin embargo, no había sustancia que pudiera mantenerse en estado líquido, pues la temperatura era siempre inferior en uno o dos grados al cero absoluto. Entre los dos hemisferios había un estrecho cinturón, o una mera cinta, que podríamos llamar zona templada. Aquí el Sol inmenso e incendiario estaba siempre oculto en parte por el horizonte. A lo largo del lado más fresco de esta cinta, que no era alcanzada por los rayos criminales del Sol, y a la que llegaba la luz de la corona, y algún calor conducido por el suelo desde la parte soleada, la vida no era invariablemente imposible.

Antes de perder su rotación diurna estos mundos habitados habían llegado ya a un punto notablemente alto de su evolución biológica. A medida que se alargaba el día, la vida tenía que adaptarse necesariamente a las extremas temperaturas del día y la noche.

En los polos, de estos planetas, si no estaban demasiado inclinados hacia la elíptica, la temperatura era bastante constante, y se convertían pronto en ciudadelas desde donde las formas vivas se aventuraban a visitar regiones menos hospitalarias. Muchas especies lograron extenderse hasta cerca del ecuador con el simple método de enterrarse e «invernar» durante el día y la noche, saliendo sólo a la superficie al alba y al anochecer y lanzándose entonces a una furiosa actividad. Cuando los días tuvieran la duración de los viejos meses, algunas razas, que habían desarrollado rápidos medios de locomoción, corrían simplemente alrededor del planeta, siguiendo la puesta del sol y el amanecer. Era raro ver como las más ágiles de estas especies ecuatoriales corrían por las llanuras a la luz horizontal del Sol. Sus patas eran a menudo tan altas y delgadas como los mástiles de un navío. De cuando en cuando se desviaban extendiendo los largos cuellos para alcanzar a alguna escurridiza criatura o arrancar un bocado de hojas. Esa constante y rápida migración hubiese sido imposible en mundos menos ricos en energía solar.

Una inteligencia humana nunca hubiera podido desarrollarse en estos mundos sí no hubiera aparecido antes que los días y noches fuesen excesivamente largos, y las diferencias de temperatura excesivamente grandes. En los mundos donde los hombres-plantas y otras criaturas habían conocido la civilización y la ciencia antes que la rotación se hubiera

retardado de modo notable, se hicieron grandes esfuerzos para adaptar la vida a la creciente inclemencia del ambiente. A veces la civilización se retiró a los polos, abandonando el resto del planeta. A veces se construyeron habitaciones subterráneas en otras regiones, y los habitantes salían a la superficie sólo en los crepúsculos para cultivar la tierra. A veces un sistema de ferrocarriles a lo largo de las paralelas de la latitud llevaba a una población migratoria de un centro agrícola a otro, siguiendo la luz crepuscular.

Al fin, sin embargo, cuando el movimiento de rotación cesó del todo, la civilización fijó sus raíces en la cinta estacionaria que dividía el día de la noche. Por este tiempo, si no antes, la atmósfera había desaparecido también. Como puede imaginarse, una raza condenada a luchar por su supervivencia en estas tan arduas circunstancias no podía mantener una vida mental muy rica y delicada.

Librodot

VIII - De los exploradores

Bvalltu y yo, junto con el grupo cada vez mayor de nuestros compañeros exploradores, visitamos muchos mundos de muchas clases raras. En algunos nos detuvimos sólo unas pocas semanas del tiempo local; en otros nos quedamos siglos, o saltamos de un punto a otro de la historia, guiados por nuestro interés. Como una nube de langostas descendíamos en el mundo que acabábamos de descubrir y cada uno elegía un huésped apropiado. Luego de un período de observación, largo o corto, nos alejábamos, para regresar otra vez, quizá, al mismo mundo en otra de sus edades, o para esparcirnos entre muchos mundos, muy apartados en el tiempo y en el espacio.

Esta extraña vida me transformó en un ser muy distinto de aquel inglés que en un cierto día de la historia humana había subido de noche a una colina. No sólo mi propia experiencia inmediata había superado los límites comunes, sino que también, a causa de una unión peculiarmente íntima con mis compañeros, yo mismo me había multiplicado, por así decir. Pues en cierto sentido yo era tanto Bvalltu y cualquiera de mis otros colegas como aquel inglés.

Este cambio, que nos afectó a todos, merece una cuidada descripción, no sólo por su interés intrínseco, sino porque nos sirvió para entender a muchos seres cósmicos cuya naturaleza, de otro modo, hubiese sido siempre para nosotros un misterio.

Nuestra nueva condición comunal era tan perfecta que las experiencias de cada uno eran accesibles a todos. Así, el nuevo yo, participaba con igual facilidad de las aventuras de aquel inglés que había sido como de las de Bvalltu y los otros. Y, por otra parte, yo tenía los recuerdos de una existencia anterior e independiente en todos los mundos nativos de las criaturas del grupo.

Algún lector de mente filosófica podría preguntarme aquí si los distintos individuos, cada uno con su experiencia, nos convertimos en un solo individuo con una única corriente de experiencia, o si continuamos siendo distintos individuos con experiencias numéricamente distintas pero similares. Mi respuesta sería que no lo sé. Pero puedo afirmar por lo menos que yo, el inglés, y similarmente cada uno de mis colegas, «despertamos» gradualmente hasta sentirnos en posesión de las experiencias de los otros, y asimismo con una inteligencia más lúcida. Si, como sujetos de experiencia, éramos muchos o uno solo, no lo sé tampoco. Pero sospecho que la pregunta es una de esas que no pueden contestarse correctamente porque en última instancia no tienen significado.

En el curso de mis observaciones comunales de muchos mundos, e igualmente en el curso de mis observaciones introspectivas de la vida mental comunal, el instrumento principal de atención era ya uno ya otro de los exploradores comunales, y a veces un grupo de exploradores, y así por medio de una naturaleza y una experiencia particulares se nos proporcionaba a todos materia de contemplación. En ciertas ocasiones -y nos sentíamos entonces excepcionalmente alertas- nuestro pensamiento, nuestra percepción, nuestra imaginación y nuestra voluntad alcanzaban un grado de lucidez que nunca habíamos conocido como individuos. Aunque cada uno era en esos momentos idéntico a los otros, se convertía de algún modo en una mente de orden más alto que la de cada uno de nosotros por separado.

Pero ese «despertar» no era más misterioso que esos numerosos momentos de la vida normal en que la mente relaciona con deleite experiencias que hasta entonces han estado aisladas unas de otras, o descubre en una confusión de objetos una forma o un significado hasta entonces ocultos.

No debe suponerse que esta rara comunidad mental borrara las personalidades de los exploradores individuales. No hay en el lenguaje humano términos que puedan describir adecuadamente nuestra peculiar relación. Sería tan falso decir que habíamos perdido nuestras individualidades, o que nos habíamos disuelto en una individualidad comunal, como decir que éramos siempre individuos distintos. Aunque se nos podía aplicar el pronombre «yo» a todos colectivamente, el pronombre «nosotros» también nos era adecuado. En un cierto sentido, el de la unidad de la conciencia, éramos en verdad individuos con experiencias personales; no obstante, al mismo tiempo, y de un modo muy importante y conmovedor, no nos distinguíamos unos de otros. Aunque no había más que un «yo» comunal, éramos también un variado y múltiple «nosotros», una compañía de muy diversas personalidades, cada una de las cuales expresaba creativamente su propia y única contribución a la tarea común de la exploración cósmica, mientras que a la vez nos sentíamos unidos por una trama de sutiles relaciones personales.

Entiendo muy bien que para mis lectores esta descripción debe contradecirse a sí misma, y lo mismo pienso yo. Pero no encuentro otro modo de expresar el hecho vívidamente recordado de que yo era al mismo tiempo miembro particular de una comunidad y dueño de la experiencia conjunta de esa comunidad.

Para decirlo de otro modo, aunque en relación a nuestra identidad de conciencia éramos un solo individuo, en relación con nuestras distintas y creadores idiosincrasias éramos personas distintas que el «yo» común podía observar. Para cada uno, como para el «yo» común, todo el conjunto de los individuos, incluso su yo individual, era un grupo de personas reales, que diferían en temperamento y experiencias íntimas. Cada uno de nosotros experimentaba el todo como si se encontrara en una verdadera comunidad, con personas unidas por lazos de afecto y mutuo juicio crítico, tal como ocurría, por ejemplo, entre Bvalltu y yo. Sin embargo, en otro plano de experiencia, el plano de la imaginación y el pensamiento creadores, la atención comunal podía desprenderse de este tejido de relaciones personales, y ocuparse únicamente en el problema de la exploración del cosmos. Podría decirse, aunque no sería enteramente cierto, que éramos criaturas distintas en el amor, e idénticas en el conocimiento, la sabiduría, los sentimientos de reverencia. En los capítulos que seguirán, que tratan de las experiencias cósmicas de este «yo» comunal, sería lógicamente correcto referirse a la mente exploradora siempre en singular, empleando el pronombre «yo» y diciendo «Yo hice esto y aquello, yo pensé esto y aquello»; sin embargo, se empleará generalmente el pronombre «nosotros» para preservar la impresión de empresa común, y evitar la falsa idea de que el explorador fue el autor humano de este libro.

Cada uno de nosotros había vivido su vida activa en uno u otro de los numerosos mundos. Y para cada uno de nosotros, individualmente, el breve curso de su existencia en el remoto mundo nativo tenía un encanto y una realidad peculiares, como la intensidad que un hombre maduro encuentra en los recuerdos de la infancia. Y no sólo esto; para todos los individuos la anterior vida privada tenía una animación y una importancia que sólo los asuntos de gran significación cósmica, en la capacidad comunal, podía hacer olvidar. Pues bien, esta realidad y encanto, esta animación e importancia de cada breve vida privada era un gran momento del yo comunal en el que todos participábamos. Parecía que bañara la experiencia comunal con su animación y su *pathos*. Pues sólo en nuestra vida personal, como nativos de algún mundo, habíamos hecho nosotros, si se me permite esta expresión, la guerra de la vida como soldados rasos luchando cuerpo a cuerpo con el enemigo. Esos mismos recuerdos de una individualidad privada, anhelante, ciega, prisionera, engrillada era lo que

Librodot

nos permitía observar el desarrollo de los acontecimientos cósmicos no sólo como un espectáculo sino con la acerbidad que tiene toda vida individual que brilla un instante y desaparece.

Así yo, el inglés, contribuía a la mente comunal con los recuerdos persistente de toda mi ineficaz conducta en mi mundo perturbado; y la verdadera significación de aquella ciega vida humana, redimida por su pequeña e imperfecta joya de comunidad, se me apareció, a mi yo comunal, con una claridad que aquel inglés primitivo nunca había alcanzado y no puede resucitar en este momento. En verdad, no puedo recordar ahora sino que, como «yo» comunal, pensaba en mi carrera terrestre de un modo más crítico y a la vez menos culpable que en mi estado individual; y en mi compañera de esa vida con una comprensión más fría y clara de nuestra relación, y con un afecto más generoso.

Debo mencionar aún un aspecto de nuestra experiencia como exploradores. Cada uno de nosotros se había incorporado inicialmente a la gran aventura con la esperanza de descubrir que papel desempeñaba la comunidad en la totalidad del cosmos. Esta curiosidad no había sido satisfecha aún, pero mientras tanto otra pregunta había empezado a acosarnos insistentemente. Nuestras numerosas experiencias en otros mundos, y la nueva lucidez de nuestra mente, habían alimentado en nosotros un agudo conflicto: de intelecto y sentimiento. Intelectualmente, la idea de que alguna «divinidad» independiente del cosmos, había creado el mismo cosmos nos parecía ahora menos y menos verosímil. Intelectualmente no dudábamos que el cosmos se bastaba a sí mismo: era un sistema que no tenía bases lógicas, y sin creador. Sin embargo, cada vez más, como un hombre que siente la realidad psíquica de una persona amada o un enemigo físicamente percibido, así sentíamos ante la presencia física del cosmos la presencia psíquica de lo que habíamos denominado el Hacedor de Estrellas. A pesar de las razones de la inteligencia, sabíamos que la totalidad del cosmos era infinitamente menor que la totalidad del ser, y que la infinita totalidad del ser estaba presente en todo momento del cosmos. Y con una pasión irracional buscábamos constantemente en cada menudo acontecimiento particular del cosmos la forma verdadera de esa infinitud que a falta de un nombre más exacto llamábamos el Hacedor de Estrellas. Pero, por más que buscáramos, no encontrábamos nada. Aunque en la totalidad de las cosas, y en cada cosa en particular, nos enfrentáramos con la temida presencia, su misma infinitud nos impedía que le asignáramos una forma cualquiera.

A veces nos inclinábamos a concebirlo como puro Poder, y le atribuíamos la imagen de las miríadas de divinidades del poder que habíamos conocido en tantos mundos. A veces lo concebíamos como pura Razón, y pensábamos que el cosmos era sólo el ejercicio de un divino matemático. A veces nos parecía que su esencia era el Amor, y lo imaginábamos con las formas de todos los Cristos de todos los mundos, los Cristos humanos, los Cristos equinodermos y nautiloides, el Cristo dual de los simbióticos, el Cristo enjambre de los insectoideos. Pero también se nos revelaba como Creatividad irracional, a la vez ciega y sutil, tierna y cruel, con el sólo cuidado de producir una infinita variedad de seres, concibiendo aquí y allí entre mil inanidades una frágil maravilla. Cuidaba a ésta durante un tiempo con maternal solicitud, hasta que al fin repentinamente celoso ante la excelencia de su propia creación, destruía su obra.

Pero sabíamos muy bien que todas estas ficciones eran falsas. La sentida presencia del Hacedor de Estrellas seguía siendo inteligible, aunque iluminaba cada vez más el cosmos, como el esplendor de un sol invisible a la hora del alba.

IX - La comunidad de mundos

1. Atareadas utopías

Llegó un tiempo en que nuestra recién descubierta mente comunal alcanzó tal grado de lucidez que fue capaz de ponerse en contacto aun con mundos que habían superado notablemente la mentalidad del hombre terrestre. De estas elevadas experiencias apenas guardo un borroso recuerdo, reducido ahora al estado de mero individuo humano. Soy como aquel que en los últimos extremos de la fatiga mental, intenta resucitar las más sagaces intuiciones de su perdida lucidez. Sólo recupera débiles ecos, y un vago encanto. Pero aun los recuerdos más fragmentarios de las experiencias cósmicas que me ocurrieron en aquel estado lúcido merecen ser registrados en estas páginas.

En los mundos que alcanzaban a despertar de algún modo, los acontecimientos se sucedían aproximadamente como describiré aquí. El punto de partida, se recordará, era la situación que hoy vivimos en la Tierra. La dialéctica de la historia mundial presentaba a la raza un problema que la mentalidad tradicional no podía resolver. La situación mundial se había hecho demasiado compleja para una inteligencia común, y exigía a los jefes y gobernados un cierto grado de integridad individual de la que sólo eran capaces unas pocas mentes. La conciencia había sido despertada violentamente de su primitivo estado de trance, y vivía ahora un extremo individualismo, un emocionante pero lastimoso autoconocimiento. Y el individualismo, junto con el tradicional espíritu tribal, amenazaba arruinar el mundo. Sólo luego de una larga y arrastrada agonía de perturbaciones económicas y maniacas guerras, mientras la visión de un mundo más feliz era cada vez más clara y obsesionante, fue posible llegar a la segunda etapa del despertar. En la mayoría de los casos ese despertar no sobrevenía nunca. La «naturaleza humana» o su equivalente en los distintos mundos no podía cambiarse a sí misma; y el ambiente no podía rehacerla.

Pero en unos pocos mundos respondió a su desesperada situación con un milagro. O, si el lector lo prefiere, el ambiente reformó milagrosamente el espíritu. De un despertar general y casi repentino se pasó a una nueva lucidez de conciencia y a una nueva integridad de la mente. Llamar a este cambio un milagro es solo reconocer que no podía haber sido previsto científicamente, aun con el más amplio conocimiento de la naturaleza humana tal como se había manifestado en los tiempos primitivos. A las generaciones más tardías, sin embargo, no le parecería un milagro sino un tardío despertar del estupor a la mera cordura.

Este acceso sin precedentes a la cordura tomaba al principio la forma de una generalizada pasión por un nuevo orden social, justo, y que pudiera abrazar todo el planeta. Por supuesto, ese fervor social no era enteramente nuevo. Una pequeña minoría lo había concebido en el pasado, dedicándose por entero a su difusión. Pero sólo ahora al fin, con el auxilio de las circunstancias y el poder del mismo espíritu, se extendía esta voluntad social por el mundo. Y con la pasión de esta voluntad, que hacía posibles los actos heroicos en seres apenas despiertos, se reorganizaba toda la estructura social del mundo, de modo que una o dos generaciones después todo individuo podía disponer de suficientes medios de vida, y de la oportunidad de mostrar adecuadamente su capacidad, para su propio placer y en beneficio de

Librodot

toda la comunidad. Era ahora posible que las nuevas generaciones entendieran que el orden mundial no era imposición de una tiranía, sino expresión de la voluntad general, y que habían venido al mundo ciertamente con una noble herencia, algo que justificaba la vida, el sufrimiento y la muerte. A los lectores de este libro un cambio semejante les parecerá un milagro, y tal estado una utopía.

Aquellos de nosotros que procedían de los planetas menos afortunados tuvieron enseguida la experiencia alentadora, y sin embargo amarga, de ver como un mundo tras otro salían triunfalmente de una situación que parecía irremediable, de ver que toda una población de criaturas frustradas y envenenadas por el odio abrían paso a una generación donde todos los individuos eran criados con generosidad e inteligencia, de modo que no llegaban a conocer la envidia y el odio. Muy pronto, aunque no había habido ningún cambio en la base biológica, del nuevo ambiente nacía un pueblo que parecía una especie de cueva. Los nuevos seres superaban notablemente a los anteriores no sólo en salud, inteligencia, en independencia moral y responsabilidad social, sino también en salud e integridad de la mente. Y aunque se temía a veces que al suprimirse todas las causas de graves conflictos mentales se privaría también de todo estímulo a la actividad creadora de la mente, y crecería así una raza mediocre, pronto se descubrió que el espíritu no se estancaba de ningún modo, y se lanzaba al descubrimiento de nuevos campos de luchas y triunfos. La población mundial de «aristócratas» que florecía luego del gran cambio, estudiaba con curiosidad e incredulidad la edad precedente, y les era difícil entender aquella maraña de estúpidos motivos que habían guiado la acción de sus antecesores, aun los más afortunados. Se reconoció que serias enfermedades mentales, plagas endémicas de ilusiones y obsesiones, debidas a la mala nutrición y a intoxicaciones diversas, habían atacado seriamente a la totalidad de la población prerevolucionaria. A medida que avanzaban los conocimientos psicológicos, la vieja psicología despertaba ese interés que sienten los modernos europeos por los mapas antiguos que distorsionan regiones y países hasta hacerlos irreconocibles.

Nos inclinamos a considerar que la crisis psicológica que acompañaba al despertar de esos mundos se parecía al difícil paso de la adolescencia a la madurez; era realmente, en esencia, una aparición de intereses juveniles, un dejar atrás los juegos de niños, y el descubrimiento de los intereses de la vida adulta. El prestigio de la tribu, el poder individual, la gloria militar, los triunfos industriales perdían su encanto obsesivo, y en cambio las felices criaturas se deleitaban en las relaciones sociales civilizadas, en actividades culturales, y en la empresa común de la edificación del mundo.

Durante la fase histórica que seguía a la superación de la crisis espiritual lo que más preocupaba a la raza era, por supuesto, la reconstrucción de la sociedad. Había que llevar adelante heroicas tareas. No sólo se necesitaba un nuevo sistema económico, sino nuevos sistemas de organización política, de leyes mundiales, de educación. En muchos casos este período de reconstrucción bajo la guía de nuevas mentalidades era en sí mismo un tiempo de serios conflictos. Pues aun aquellos que están sinceramente de acuerdo acerca de los fines de la actividad social, pueden disentir violentamente acerca de los medios. Pero cuando asomaban estos conflictos, aunque vehementes, se parecían muy poco a los antiguos conflictos, inspirados por un obsesivo individualismo y obsesivos odios de grupo.

Advertimos que los mundos se reordenaban de modos muy diversos. Esto, claro está, no nos sorprendió, pues había notables diferencias en la estructura biológica, psicológica y cultural de esos mundos. El orden mundial perfeccionado de la raza de los equinodermos poco podía parecerse por supuesto al de los ictioideos y aracnoides simbióticos, y este tenía que ser muy distinto del mundo de los nautiloides, y así sucesivamente. Pero notamos también entre todos estos mundos victoriosos una notable identidad. Por ejemplo, en todos había un cierto comunismo, muy libre, pues en todos ellos los medios de producción eran de propiedad común, y ningún individuo podía aprovechar el trabajo de otros en beneficio propio. Pero

Librodot

también en cierto sentido todos estos mundos eran democráticos, ya que la sanción final a una cierta política dependía de la opinión mundial. Pero en muchos casos no había maquinaria democrática, ningún canal legal que sirviera de medio de expresión a esa opinión. No era raro encontrar en cambio una burocracia altamente especializada, y hasta un dictador, encargado de organizar la actividad del mundo con un poder legalmente absoluto, bajo la constante supervisión popular expresada por la radio. Nos asombró descubrir que en un mundo realmente despierto hasta una dictadura podía ser esencialmente democrática. Observamos con incredulidad situaciones en que el gobierno «absolutista» del mundo, enfrentado con un asunto excepcionalmente urgente y difícil, solicitaba una y otra vez una formal decisión democrática, y sólo recibía esta respuesta: «No podemos dar nuestra opinión. Debéis decidir vosotros de acuerdo con vuestra experiencia profesional. Respetaremos vuestra decisión».

En estos mundos la sanción legal era de una especie muy notable, y no hubiera sido concebible en la Tierra. Nunca se intentaba aplicar por fuerza la ley, salvo contra lunáticos peligrosos, que aparecían a veces como sobrevivientes de otras edades. En algunos mundos había todo un complejo sistema de «leyes» que regulaban la economía y la vida social de los grupos, y hasta los asuntos privados de los individuos. Nos pareció al principio que la libertad había desaparecido en esos planetas. Pero más tarde descubrimos que ese intrincado sistema era para ellos algo así como las reglas de un juego o los cánones de un arte para nosotros, o las innumerables costumbres que no conciernen a la ley de cualquier sociedad establecida desde hace tiempo. En líneas principales, todos respetaban la ley porque confiaban en su valor social como guía de conducta. Pero si la ley le parecía a alguien inadecuada la quebrantaba sin titubeos. Su conducta podía ofender o molestar o aun causar algún serio inconveniente al prójimo. Este no dejaba de protestar vigorosamente. Pero nunca se obligaba a nadie. Si los interesados no lograban persuadir al presunto culpable de que su conducta era socialmente perjudicial, el caso podía ser tratado por un tribunal de arbitraje, apoyado éste por el prestigio del gobierno mundial. Si la decisión condenaba al acusado, y éste persistía aun en su conducta ilegal, nadie se lo impedía. Pero era tal la fuerza de la censura pública y del ostracismo social que era raro que alguien no acatara la decisión de la corte. La terrible impresión de aislamiento era tan eficaz como la prueba del fuego para quien había quebrado la ley. Sí sus motivos tenían una base ruin el proscrito tarde o temprano se derrumbaba. Pero si su caso no había sido bien interpretado, o si su conducta nacía de una intuición de los valores que sus semejantes no eran capaces de alcanzar, la criatura insistía hasta ganar el favor del público.

Menciono estas curiosidades sociales sólo para ilustrar de algún modo la enorme diferencia que separa al espíritu de estos mundos de utopías y el que conocen los lectores de éste libro. Puede imaginarse fácilmente que encontramos en nuestros viajes una maravillosa diversidad de costumbres e instituciones, pero no debo detenerme a describir ni aun las más notables. Me contentaré con esbozar las actividades de los mundos despiertos típicos, de modo que pueda continuar mi historia no refiriéndome a mundos particulares sino a la Galaxia como un todo.

Cuando un mundo despierto, luego de pasar por una fase de reconstrucción social radical, llega a un nuevo equilibrio, entra también en un período de firme adelanto económico y cultural. La máquina, antes un tirano del cuerpo y el alma, y ahora un sirviente fiel, le asegura entonces a todo individuo una vida de una plenitud y una diversidad que nunca pudo imaginarse en la Tierra. Las radiocomunicaciones y los viajes en cohete permitían que cualquiera conociese íntimamente a todo el mundo. Las máquinas que ahorraban trabajo hacían más fácil la tarea de mantener la civilización; no había más labores que embrutecieran la mente, y todos los ciudadanos podían dedicar sus mejores energías a los servicios sociales que merecían la colaboración de una inteligencia adulta. Y los «servicios sociales» abarcaban un campo muy extenso. Hasta hacían posible que muchas vidas se dedicaran a actos estériles

Librodot

e irresponsables de autoexpresión. La comunidad podía permitirse éste derroche, ya que en él aparecían a veces unas pocas y valiosas joyas de originalidad.

La fase estable y próspera de los mundos despiertos, que llamaremos la fase utópica, era probablemente la más feliz de todas las épocas en la vida de cualquier mundo. Podía sobrevenir entonces alguna tragedia, de una especie u otra, pero no había nunca desesperaciones fútiles que infectaran a todo un pueblo. Notamos, además, que si en las primeras épocas la tragedia había sido concebida en términos de dolor físico y muerte prematura, ahora se la consideraba como resultado de los anhelos mutuos y las incompatibilidades mutuas de distintas personalidades; en verdad, los desastres en su forma más cruda eran muy raros, y en cambio los contactos entre las personas eran mucho más sutiles y delicados. Una tragedia física generalizada, el sufrimiento y la aniquilación de poblaciones enteras, era algo totalmente desconocido, salvo en esos raros casos en que algún accidente astronómico, la pérdida de la atmósfera, la explosión de un planeta o la entrada del Sistema Solar en una nube de gas o polvo destruían toda una raza.

En esta fase feliz, que podía durar unos pocos siglos o muchos miles de años, el planeta dedicaba toda su energía a perfeccionar la comunidad mundial y elevar el nivel de la raza por medio de la cultura y la eugenesia.

De las tareas eugenésicas en estos mundos diré muy poco, pues mis explicaciones parecerían ininteligibles a quien no tuviera un minucioso conocimiento de la naturaleza biológica y bioquímica de cada uno de estos pueblos no humanos. Baste decir que la primera tarea de la eugenesia era prevenir la perpetuación de las enfermedades hereditarias y las malas conformaciones del cuerpo y de la mente. En los días anteriores al gran cambio psicológico aun esta modesta empresa había llevado a abusos serios. Los gobiernos intentaban destruir toda particularidad que les pareciera desagradable, como la independencia de carácter. Entusiastas ignorantes aconsejaban una interferencia torpe y errónea en la elección del compañero, o compañera. Pero en las épocas más ilustradas se reconocían pronto estos peligros y se los evitaba fácilmente. Aun así la labor de la eugenesia llevaba a veces al desastre. Vimos así cómo el intento de eliminar la susceptibilidad a una violenta enfermedad mental hacía descender a una espléndida raza de aves inteligentes hasta un nivel subhumano. La propensión a sufrir esta enfermedad estaba ligada genéticamente, de modo indirecto, con la posibilidad del desarrollo normal del cerebro en la quinta generación.

De las empresas eugenésicas positivas sólo necesito mencionar el mejoramiento del alcance y la finura de los sentidos (principalmente los de la vista y el tacto), la invención de sentidos nuevos, un mayor desarrollo de la memoria, de la inteligencia, y de la discriminación temporal. Estas razas llegaron a distinguir espacios de tiempo muy pequeños, y a la vez a extender la aprehensión temporal, de modo que eran capaces de vivir largos períodos como un «ahora».

Numerosos mundos dedicaron al principio mucha energía a esta especie particular de tareas eugenésicas, pero más tarde decidieron que aunque podían obtener así experiencias cada vez más ricas, había asuntos de mayor importancia. A medida que la vida se hacía más compleja se advirtió, por ejemplo, que era necesario retardar la madurez de la vida individual, y permitir así que las primeras experiencias se asimilaran de un modo más completo. «Antes que empiece la vida -decían-, debe haber toda una vida de infancia». Al mismo tiempo se trató de alargar el período de madurez tres o cuatro veces, y reducir la senilidad. En todos los mundos donde la ciencia de la eugenesia había alcanzado un notable desarrollo, tarde o temprano se discutía públicamente acerca de la duración ideal de la vida individual. Todos convenían en que la vida debía ser larga, pero mientras unos deseaban multiplicar su duración sólo tres o cuatro veces, otros insistían que sólo una vida que fuese cien veces más larga que lo normal podía permitir a la raza esa continuidad y profundidad de experiencia que todos consideraban deseables. Otros grupos preconizaban la inmortalidad, y una raza permanente de criaturas que no conociera la vejez. Se argüía que el obvio peligro de la rigidez mental y el de

Librodot

la interrupción de todo desarrollo podían evitarse manteniendo a la población inmortal en un estado fisiológico de permanente primera madurez.

Los diferentes mundos encontraron diferentes soluciones a este problema. Algunas razas asignaron al individuo un período que no superaba los trescientos años de nuestra Tierra. Otras le permitieron una vida de cincuenta mil años. Una raza de equinodermos decidió vivir en una inmortalidad potencial, pero dotándose a la vez de un ingenioso mecanismo psicológico. Si una criatura de muchos años empezaba a perder contacto con las cambiantes condiciones del mundo, no podía dejar de reconocerlo, y sentía la necesidad de practicar en sí mismo la eutanasia, cediendo alegremente su puesto a un sucesor de tipo más moderno.

Muchos otros triunfos de la experiencia eugenésica observamos a lo largo de estos mundos. El nivel general de la inteligencia se alzó por supuesto muy por encima del alcance del *Homo Sapiens*. Pero esa inteligencia que sólo puede alcanzarse en una comunidad psíquicamente unificada se desarrolló también en el plano más alto posible: la individualidad consciente de la totalidad de un mundo. Esto, por supuesto, sólo se lograba cuando la cohesión social de los individuos en el seno de la comunidad mundial era similar a la de los elementos del sistema nervioso, y si la telepatía había alcanzado, además, un desarrolló notable. Se requería, por otra parte, que la gran mayoría de los individuos tuviera una amplitud de conocimientos desconocida en la Tierra. Entre los poderes que podían adquirir estos mundos en el curso de la fase utópica el último y más difícil era el de la liberación física del tiempo y del espacio, el poder de observar directamente acontecimientos alejados de la ubicación espacio-temporal del observador, y aun intervenir en ellos. A través de nuestras exploraciones nos había sorprendido a menudo el hecho de que nosotros, en gran parte seres de muy humilde orden, fuéramos capaces de alcanzar esta libertad que tantos esfuerzos costaba a estos mundos desarrollados. Al fin conocimos la explicación. Nosotros solos nunca hubiéramos podido llevar a cabo semejante aventura. En nuestras exploraciones habíamos caído involuntariamente bajo la influencia de un sistema de mundos que habían aprendido a dominar esta libertad luego de eones de investigación. No hubiéramos podido dar un sólo paso sin el constante auxilio de aquellos brillantes ictioideos y aracnoides simbióticos que desempeñaban un papel tan importante en la historia de la Galaxia. Ellos habían dirigido toda nuestra aventura, para que nosotros pudiéramos relatar nuestras experiencias en nuestros primitivos mundos natales.

La liberación del espacio y del tiempo, el poder de emprender exploraciones cósmicas y de influir en otros seres por medio del contacto telepático, era a la vez la herramienta más potente y la más peligrosa de que disponían los mundos totalmente despiertos. El empleo insensato de esta herramienta había llevado a muchas gloriosas razas de mente única a un terrible desastre. A veces la mente mundial lanzada a la aventura era incapaz de mantener su equilibrio ante la miseria y la desesperación que la invadía telepáticamente desde todas las regiones de la Galaxia. A veces la mera dificultad de comprender las sutilezas que le eran reveladas provocaba una parálisis de la que no podía recobrarse. En otras ocasiones las aventuras telepáticas la fascinaban de tal modo que la mente perdía contacto con su planeta natal, y la comunidad mundial, privada de la mente comunal que le servía de guía era presa del desorden, iniciaba su decadencia, y la muerte alcanzaba a la misma mente exploradora.

2. Lucha intermundana

De las ocupadas utopías que acabo de describir, unas pocas estaban ya establecidas aun antes que naciera la Otra Tierra, y algunas más florecieron antes que se formara nuestro planeta; pero muchos de estos mundos, entre los más importantes, pertenecen a un futuro para nosotros muy lejano, una edad muy posterior a la destrucción de la última raza humana. Las catástrofes entre estos mundos despiertos eran, por supuesto, más raras que entre los mundos inferiores menos competentes. En consecuencia, aunque ocurrían accidentes fatales en todas

Librodot

las épocas, el número de mundos despiertos de nuestra Galaxia era cada vez mayor a medida que pasaba el tiempo. Los nacimientos de planetas, debido al encuentro casual de astros maduros, no envejecidos aún, alcanzaron (o alcanzarán) un máximo nivel de frecuencia en épocas bastante tardías de la historia de nuestra Galaxia, y luego declinaron. Pero como el fluctuante progreso de un mundo que pasa de la mera animalidad a la madurez espiritual dura casi siempre varios miles de millones de años, el número máximo de habitantes en estos planetas utópicos y plenamente despiertos se presentaba muy tarde, cuando la Galaxia ya había dejado atrás físicamente la edad madura. Aunque ya en los primeros tiempos los pocos mundos despiertos lograron a veces ponerse en contacto unos con otros, ya fuese por viajes interestelares o por telepatía, las relaciones intermundanas llegaron a ocupar realmente la atención de esos mundos sólo en épocas tardías de la historia galáctica.

En el progreso de un mundo despierto aparecía a veces un peligro grave, sutil, que se olvidaba fácilmente. El interés se «fijaba» en cierto plano de conducta, de modo que no eran posibles ulteriores avances. Puede parecer raro que seres de conocimientos psicológicos tan superiores a los del hombre cayeran en una trampa semejante. En apariencia, en todas las etapas del desarrollo mental, excepto las más altas, la mente en crecimiento se desorienta fácilmente. Es un hecho, por ejemplo, que unos pocos mundos altamente desarrollados, con una mentalidad comunal, se pervirtieron de un modo raro, difícil de entender, y que los llevó al desastre. Sólo puedo sugerir que en ellos, aparentemente, el ansia de una verdadera comunidad y una verdadera lucidez mental llegó a ser obsesiva y perversa, de modo que la conducta de estos exaltados se deterioraba de tal modo que podía confundirse con el fanatismo religioso y tribal. La enfermedad conducía pronto a la sofocación de todos los elementos que parecían negarse a aceptar la cultura generalmente aceptada de la sociedad mundial. Cuando tales mundos dominaban el viaje interestelar, podían llegar a concebir el fanático deseo de imponer su cultura a toda la Galaxia. A veces este celo llegaba a tal violencia que se lanzaban en terribles guerras religiosas contra todos los que se les resistían.

Las obsesiones nacidas en una u otra etapa del camino hacia la utopía y la conciencia lúcida, aunque no llevaban a veces a un violento desastre, podían desviar al mundo despierto y estancarlo en la trivialidad. La inteligencia, el coraje y la constancia sobrehumanas de estos devotos individuos podían ser consagradas a propósitos falsos y sin valor. Así ocurría, en algunos casos extremos, que un mundo socialmente utópico y de mente superindividual, traspasaba a veces las fronteras de la cordura. Con un cuerpo gloriosamente sano y una mente enferma era capaz de causar daños terribles a sus vecinos.

Esta tragedia no fue posible hasta que se organizaron los viajes interplanetarios e interestelares. Tiempo atrás, en una fase temprana de la Galaxia, el número de sistemas planetarios había sido muy pequeño, y sólo una media docena de mundos había alcanzado la etapa de la utopía. Los distintos planetas estaban desparramados arriba y abajo por la Galaxia, y las distancias que los separaban eran inmensas. Cada uno vivía su vida en un aislamiento casi completo, aliviado sólo por algún precario intercambio telepático. Algo más tarde, pero en un período aún primitivo, estos niños primogénitos de la Galaxia habiendo perfeccionado su organización social y su naturaleza biológica, y encontrándose en el umbral de la superindividualidad, volvieron su atención a los viajes interplanetarios. Primero uno y luego los otros llevaron sus cohetes al espacio, y lograron desarrollar poblaciones especiales para la colonización de los planetas vecinos.

En una época aún posterior (el período medio de la historia galáctica) habían aparecido ya otros sistemas planetarios, y un número cada vez mayor de mundos inteligentes salía con éxito de esa crisis psicológica que tantos otros no habían podido superar. Mientras, entre los mundos despiertos, los de la «generación» más vieja enfrentaban los problemas inmensamente difíciles de los viajes en escala interestelar, ya no meramente interplanetaria. Este nuevo poder cambió inevitablemente todo el carácter de la historia galáctica. De aquí en

adelante, y a pesar de los intentos de exploración telepática que se hacían en algunos de los mundos más despiertos, la vida en la Galaxia se había desarrollado principalmente en numerosos mundos aislados que no se influían mutuamente. Con el advenimiento de los viajes interestelares, los temas de las biografías de los distintos mundos se fundieron gradualmente en un único drama.

Los viajes en el interior de los sistemas planetarios fueron realizados en un principio por naves cohete, con combustibles normales. En los primeros intentos el peligro de una colisión con los meteoros había aparecido como una grave dificultad. Aun las naves más eficientes, hábilmente dirigidas y en viajes por regiones relativamente libres de estos invisibles y letales proyectiles, podían chocar y estallar en cualquier momento. El inconveniente no fue superado hasta que se descubrieron los medios de liberar la energía subatómica. Fue entonces posible proteger a las naves con una amplia coraza de energía que desviaba o destruía los meteoros. Un método similar logró desarrollarse, dificultosamente, para proteger a las naves y sus tripulaciones de la constante y mortal granizada de las radiaciones cósmicas.

Los viajes interestelares, como opuestos a los interplanetarios, no fueron posibles hasta el advenimiento de la energía subatómica. Afortunadamente, no se tuvo acceso casi nunca a esta fuente de poder sino en una etapa muy adelantada del desarrollo, cuando la mentalidad era ya suficientemente madura para esgrimir el más peligroso de los instrumentos físicos sin un inevitable desastre. No obstante, los desastres ocurrieron. Muchos mundos estallaron accidentalmente en pedazos. En otros la civilización quedó temporalmente destruida. Tarde o temprano, sin embargo, la mayoría de los mundos inteligentes domó esta fuerza formidable, y la puso a trabajar en una escala titánica, no solo en la industria, sino en empresas tales como la alteración de órbitas planetarias para el mejoramiento del clima. El peligroso y delicado proceso consistía en disparar unos gigantescos cohetes subatómicos en momentos y lugares tales que los efectos fueran acumulándose gradualmente hasta desviar el curso del planeta en la dirección deseada.

Los viajes interestelares se hicieron en un principio sacando a un planeta de su órbita natural mediante una serie de descargas de cohetería, lanzadas en el momento y el lugar adecuados, proyectando así el cuerpo celeste al espacio exterior a una velocidad muy superior a la de los planetas y estrellas comunes. Esto sólo no bastaba, indudablemente, pues la vida en un planeta sin sol hubiese sido imposible. En los viajes interestelares cortos se resolvía la dificultad recurriendo a la energía subatómica que generaba la misma sustancia del planeta; pero para los viajes más largos, de miles de años, se fabricaba un pequeño sol artificial y se lo proyectaba en el espacio como brillante satélite del mundo viviente. Un planeta deshabitado era acercado a veces al planeta natal para que juntos formasen un sistema binario. Mediante un mecanismo que desintegraba gradualmente los átomos del mundo sin vida se obtenía una fuente constante de luz y calor. Los dos cuerpos, girando uno alrededor del otro, eran disparados luego entre las estrellas.

Esta delicada operación puede parecer imposible. Si yo tuviera aquí espacio para describir los experimentos que se prolongaron durante siglos y los catastróficos accidentes que precedieron al éxito, quizá la incredulidad del lector se desvanecería. Pero he de resumir en unas pocas frases prolongadas epopeyas de aventuras científicas y coraje personal. Baste decir que antes de perfeccionarse el proceso muchos mundos populosos flotaron a la ventura helándose en el espacio, o murieron quemados por sus soles artificiales.

Las estrellas están tan separadas unas de otras que medimos sus distancias en años luz. Si los mundos viajeros se hubiesen movido a velocidades parecidas a la de las estrellas mismas aun el más corto de los viajes interestelares hubiese durado millones de años. Pero como el espacio interestelar apenas ofrece resistencia a un cuerpo móvil, y por lo tanto no se pierde impulso, era posible para el mundo viajero -prolongando la potencia de empuje original del cohete durante muchos años- alcanzar una velocidad muy superior a la de la estrella más rápida. Los primeros viajes, de planetas naturales pesados, eran en verdad espectaculares, de acuerdo con nuestro criterio terrestre, pero en una etapa posterior pequeños planetas

Librodot

artificiales se trasladaron casi a la mitad de la velocidad de la luz. Debido a ciertos «efectos de relatividad» era imposible acelerar la velocidad más allá de este punto. Pero aun a este promedio valía la pena viajar a las estrellas más próximas, si había allí algún otro sistema planetario. Recuérdese que un mundo totalmente despierto no necesita pensar en términos de tiempo tan breves como una vida humana. Aunque sus individuos podían morir, el mundo despierto era, en un sentido muy importante, inmortal. No sorprendía, pues, que se trazaran planes que cubrían muchos millones de años.

En las primeras épocas de la Galaxia, las expediciones de estrella a estrella eran difíciles y raramente tenían éxito. Pero en etapas posteriores, cuando había ya muchos miles de mundos habitados por razas inteligentes, y cientos que habían superado la fase utópica, surgió una situación muy seria. El viaje interestelar era ya extremadamente eficiente. Se construían inmensos navíos de exploración con materiales artificiales de extrema rigidez y liviandad. Impulsados por cohetes y con una aceleración acumulativa alcanzaban pronto casi la mitad de la velocidad de la luz. Aun así el viaje de un extremo a otro de la Galaxia no podía ser completado en menos de doscientos mil años. Sin embargo, no había motivos para emprender viajes tan largos. Los viajes en busca de sistemas convenientes no duraban comúnmente más que una décima parte de ese tiempo. Muchos eran aun más breves. Las razas que habían alcanzado una verdadera conciencia comunal no titubeaban en lanzarse a tales expediciones. Al fin arrojaban el planeta mismo al océano del espacio para llevarlo a algún remoto sistema recomendado por los pioneros.

El problema del viaje interestelar era tan dominante que a veces se convertía en una obsesión aun en los mundos utópicos muy desarrollados. Esto sólo ocurría cuando en la naturaleza del mundo había algún anhelo secreto y no satisfecho. La raza desarrollaba la locura del viaje.

La organización social era entonces remodelada y orientada con estrictez espartana de acuerdo con las necesidades de la nueva tarea comunal. Todos los miembros de la raza, hipnotizados por la común obsesión, olvidaban gradualmente la vida de intensa intercomunicación personal y de actividad mental creadora que tanto los había preocupado hasta entonces. El movimiento mismo del espíritu que había explorado el Universo con inteligencia crítica y delicada sensibilidad, se iba deteniendo gradualmente. Las raíces más hondas de la emoción y la voluntad, que en los mundos sanos y totalmente despiertos estaban al alcance de la introspección, se oscurecían poco a poco. En tales mundos la desgraciada mente comunal se entendía cada vez menos a sí misma, y la meta fantasmal crecía y crecía en importancia. Se abandonaba todo intento de explorar la Galaxia telepáticamente. La pasión de la exploración física se convertía en una especie de religión. La mente comunal se convencía a sí misma de que debía difundir el evangelio de su propia cultura por toda la Galaxia. Aunque la cultura misma estaba desvaneciéndose, esta vaga idea era apreciada como justificación de la política del mundo.

Aquí he de volver sobre mis pasos, si no quiero dar una falsa impresión. Es necesario distinguir claramente entre los mundos enloquecidos de desarrollo mental comparativamente bajo y aquellos que casi habían alcanzado el más alto orden. Las especies más humildes podían ser dominadas por la obsesión de los viajes mismos, como pruebas de coraje y disciplina. Más trágico era el caso de los pocos mundos mucho más despiertos donde la obsesión tenía como tema la comunidad misma y la lucidez mental, y la propagación de la organización comunal y el especial modo de lucidez que ellos más admiraban. Para ellos el viaje interestelar era el medio de establecer un imperio cultural y religioso.

He hablado como sí yo creyese que estos mundos formidables estaban realmente locos, alejados de todo posible crecimiento mental y espiritual. Pero en esta tragedia había otro elemento. Aunque según un punto de vista ajeno las gentes de estos mundos estuviesen locas o tuviesen un corazón malvado, ellas mismas se creían soberbiamente sanas, prácticas y virtuosas. Había veces en que nosotros mismos, los confundidos exploradores, estábamos casi persuadidos de que ésta era la verdad. Nuestro intimo contacto con ellos nos permitía

penetrar, por decirlo así, en la cordura interior de la locura, en el núcleo de rectitud de la maldad. He descrito esa locura o maldad en términos simplemente humanos; pero eran en verdad sobrehumanas, pues incluían la perversión de facultades que estaban más allá de toda cordura y virtud humanas.

Cuando uno de estos mundos enloquecidos se encontraba con un mundo cuerdo, expresaba sinceramente la más razonable y amable de las intenciones: organizar un intercambio cultural y quizá cierta cooperación económica. Poco a poco se iba así ganando el respeto del otro por su simpatía, su espléndido orden social, y sus dinámicos impulsos. Para cada uno de los mundos el otro era un noble instrumento del espíritu, aunque quizá algo extraño y en parte incomprensible. Pero poco a poco el mundo normal empezaba a entender que en la cultura del mundo enloquecido había ciertas intuiciones en apariencia profundas y sutiles, pero en verdad completamente falsas, y crueles; agresivas y hostiles para la vida del espíritu, y que eran a la vez los principios dominantes en las relaciones internacionales de ese mundo. El mundo enloquecido, por su parte, llegaba penosamente a la conclusión que, al fin y al cabo, en el otro había una grave carencia, que no era sensible a los más altos valores y a las virtudes más heroicas, y que en verdad la corrupción había atacado allí la raíz misma de la vida, y que para bien del mismo mundo esa vida tenía que ser cambiada, o si no destruida. Así cada uno de los mundos, aunque movidos por el respeto y el afecto, condenaba tristemente al otro. Pero el mundo enloquecido no se contentaba con dejar así las cosas. Al fin se decidía a atacar y lo hacía con un fervor sagrado, ansioso por destruir la perniciosa cultura del otro y aun exterminar su población.

Es fácil para mí ahora, juego de los hechos, luego de la definitiva caída espiritual de esos mundos insanos, condenarlos como pervertidos; pero en las primeras fases del drama no sabíamos como orientarnos para decidir que lado estaba la cordura.

Muchos de los mundos enloquecidos sucumbían a la temeridad con que se lanzaban a navegar por el espacio. Otros, sometidos a la tensión de interminables búsquedas, caían en la neurosis social y la lucha civil. Unos pocos, sin embargo, lograban alcanzar la meta, y luego de un viaje que duraba unos cuantos miles de años lograban llegar a algún sistema planetario vecino. Los invasores se encontraban a menudo en un aprieto desesperado. Generalmente habían consumido la mayor parte de la materia de su pequeño sol artificial. Necesidades de economía los habían obligado a reducir la ración de calor y luz hasta tal extremo que cuando al fin descubrían un sistema planetario adecuado, el mundo nativo era casi completamente ártico. Luego de la llegada tenían que poner al mundo en una órbita conveniente y a veces emplear algunos siglos en tareas de recuperación. Después exploraban los mundos vecinos, buscaban el más hospitalario, y comenzaban a adaptarse a sí mismos y a adaptar a sus descendientes a las nuevas condiciones de vida. Si, como ocurría a veces, alguno de esos mundos ya estaba habitado por seres inteligentes, tarde o temprano los invasores entraban en conflicto con ellos ya en nombre del derecho a explotar los recursos de un planeta, o más probablemente a causa de la obsesión que impulsaba a los invasores a propagar la propia cultura. Pues la misión civilizadora -motivo ostensible de todas aquellas aventuras heroicas- se convertía siempre al fin en una obsesión rígida. Eran incapaces de entender que una civilización menos desarrollada podía ser más adecuada para los nativos. Ni podían entender que su propia cultura, antes la expresión de un mundo gloriosamente despierto, ahora era quizá inferior, a pesar del desarrollo mecánico y el desordenado fervor religioso, a la más simple cultura nativa en todos los aspectos esenciales de la vida mental.

Fuimos testigos de muchas defensas desesperadas; mundos que se encontraban aún en el nivel más bajo del *Homo Sapiens* y que luchaban contra una raza de enloquecidos superhombres, armados no sólo con el invencible poder de la energía subatómica sino también con una inteligencia, un conocimiento y una devoción abrumadoramente superiores y, además, con la inmensa ventaja de contar con una mente unificada de la que participaban

todos los individuos. Aunque habíamos llegado a apreciar sobre todas las cosas el progreso de la mentalidad, y nuestros prejuicios nos inclinaban a favorecer a los invasores, más despiertos aunque pervertidos, nuestras simpatías pronto se dividieron. Al fin nos pusimos decididamente del lado de los nativos, con toda su bárbara cultura. Pues a pesar de su estupidez, su ignorancia y superstición, sus interminables conflictos internos, su embotamiento y su tosquedad espirituales, reconocíamos en ellos un poder que los otros habían olvidado, una sabiduría ingenua pero equilibrada, una astucia animal, una fecundidad espiritual. Los invasores, por otra parte, aunque brillantes eran realmente pervertidos. Poco a poco el conflicto se nos apareció como una lucha entre una criatura indómita y un maniaco religioso armado.

Cuando los invasores concluían la explotación de todos los mundos de un sistema planetario, resucitaba en ellos la necesidad de hacer nuevos prosélitos. Persuadiéndose a sí mismos de que tenían el deber de llevar su imperio religioso a toda la Galaxia, separaban un par de planetas y los lanzaban al espacio con una tripulación de pioneros. O desarticulaban la totalidad del sistema planetario y lo desparramaban alrededor con celo mesiánico. Ocasionalmente el viaje los ponía en contacto con otra raza de locos superiores. Seguía entonces una guerra donde era exterminado uno de los bandos, posiblemente los dos.

A veces los aventureros llegaban a mundos de su mismo nivel que no habían sucumbido a la manía del imperio religioso. Los nativos, que en un principio habían recibido cortésmente a los invasores, comprendían al fin que estaban tratando con una banda de lunáticos. Ellos mismos preparaban rápidamente su civilización para la guerra. El resultado dependía de la superioridad de las armas y la habilidad militar; pero si el conflicto era largo y duro, los nativos, aun victoriosos, quedaban tan estropeados mentalmente que nunca recobraban la razón.

Los mundos que sufrían la manía del imperialismo religioso emprendían los viajes interestelares mucho antes de que fuesen para ellos una necesidad económica. Los mundos espirituales más sanos, por otra parte, descubrían a menudo que el mayor desarrollo material y el crecimiento de la población eran innecesarios para el ejercicio de las más sutiles de sus capacidades. Se contentaban así con permanecer en sus sistemas planetarios nativos, en una fase de estabilidad social y económicas, dedicando lo mejor de su inteligencia práctica a la exploración telepática del Universo. Las comunicaciones telepáticas entre los mundos se estaban haciendo más precisas y seguras. La Galaxia había salido del estado primitivo donde cualquier mundo podía vivir en soledad desarrollándose en un espléndido aislamiento. En verdad, así como en la experiencia del *Homo Sapiens* la Tierra está ahora «reduciéndose» a las dimensiones de un país, así en este crítico período de la vida de nuestra Galaxia, toda la Galaxia estaba «reduciéndose» a las dimensiones de un mundo. Los mundos del espíritu que habían tenido más éxito en la exploración telepática habían levantado ya por este entonces un «mapa mental» de toda la Galaxia, aunque había aún un cierto número de mundos excéntricos con los que no había podido establecerse un contacto permanente. Había asimismo algunos mundos adelantados que misteriosamente se habían «ido» de las comunicaciones telepáticas. De éstos hablaré más adelante.

La habilidad telepática de los mundos y sistemas enloquecidos se había reducido ya mucho por este entonces. Aunque a menudo los mundos superiores del espíritu los observaban telepáticamente, ellos por su parte se sentían tan satisfechos consigo mismos que no se interesaban en explorar la vida mental de la Galaxia. Los viajes físicos y el sagrado poder imperial eran para ellos medios suficientes de comunicación con el universo de alrededor.

Pasó el tiempo y aparecieron grandes imperios rivales de los mundos enloquecidos; todos proclamaban ser los mensajeros de una divina misión: unificar y despertar la totalidad de la Galaxia. Poco había que elegir entre las ideologías de estos imperios; sin embargo, cada uno

de ellos se oponía al otro con un fervor religioso. Los imperios germinaban en regiones muy apartadas y poco les costaba dominar los mundos subutópicos cercanos. Así iban extendiéndose de un sistema planetario a otro, hasta que al fin un imperio se ponía en contacto con otro imperio.

Seguían entonces guerras como no habían ocurrido nunca en nuestra Galaxia. Flotas de mundos, naturales y artificiales, maniobraban entre las estrellas para sorprenderse mutuamente, y se destruían unas a otras con ondas de energía subatómica de largo alcance. El huracán de la guerra barría un extremo y otro del espacio, aniquilando sistemas planetarios enteros. Muchos mundos del espíritu encontraron también un fin repentino. Muchos mundos inferiores que no participaban de la lucha cayeron en la guerra celestial que bramaba alrededor.

Sin embargo, tan vasta es la Galaxia, que estas guerras intermundanas, terribles como eran, no pudieron ser consideradas en un principio sino como raros incidentes, meros episodios desafortunados en la marcha triunfal de la civilización. Pero la enfermedad se extendió. Un número cada vez mayor de mundos cuerdos, atacados por los imperios enloquecidos, se reorganizó para defenderse. Pensaban justamente que una situación semejante no podía ser enfrentada sólo con la no violencia; pues el enemigo, muy poco semejante a cualquier grupo de seres humanos, estaba tan desprovisto de toda «humanidad» que no era capaz de ninguna simpatía. Pero esos mundos se equivocaban al suponer que podían salvarse con las armas. Aunque en la guerra que seguían triunfasen al fin los defensores, la lucha era generalmente tan larga y devastadora que el espíritu de los mundos victoriosos quedaba irreparablemente dañado.

En una fase posterior y quizá más terrible de la vida de la Galaxia tuve que recordar obligadamente el estado de aturdimiento y de ansiedad que yo había conocido en la Tierra. Poco a poco toda la Galaxia, de noventa mil años luz de diámetro, con más de treinta mil millones de estrellas, y (en esta época) con más de cien mil sistemas planetarios y miles de razas inteligentes, fue paralizada por el miedo a la guerra, y torturada periódicamente por nuevos conflictos.

En un aspecto, sin embargo, el estado de la Galaxia era mucho más desesperado que el estado actual de nuestro pequeño mundo. Ninguna de nuestras naciones es un superindividuo despierto. Aun esos pueblos que sufren la manía del glorioso rebaño están compuestos por individuos cuerdos en su vida privada. Un cambio de fortuna quizá lleve a esas gentes a un estado de ánimo más razonable. O una propaganda hábil en favor de la unidad de los hombres puede devolverlos a la razón. Pero en esta sórdida edad de nuestra Galaxia la locura que dominaba a algunos mundos alcanzaba a las raíces mismas del ser. Cada uno de ellos era un superindividuo con una constitución física y mental, incluyendo las unidades corporales y mentales de sus miembros, totalmente organizada para un insano propósito. No parecía haber más posibilidad de convencer a las tercas criaturas de que se rebelaran contra la sagrada y maniaca misión de la raza que de persuadir a las células cerebrales de un demente acerca de la conveniencia de una actitud razonable.

Quien vivía en aquellos días en uno de los mundos cuerdos y despiertos -aunque no del orden más alto, de más elevado conocimiento- sentía (o sentiría) necesariamente que la situación de la Galaxia era desesperada. Estos mundos cuerdos comunes se habían organizado en una liga para resistirse a la agresión; pero menos desarrollados militarmente que los mundos enloquecidos, y menos inclinados a someter a los individuos al despotismo militar, se encontraban en una situación desventajosa.

Además, el enemigo estaba ahora unido, pues un imperio había dominado completamente a los otros, y había comunicado a los mundos enloquecidos una idéntica pasión por el imperialismo religioso. Aunque estos «Imperios unidos» incluían sólo una minoría de los mundos de la Galaxia, los mundos cuerdos no podían esperar una rápida victoria, pues estaban desunidos y no conocían las técnicas de la guerra. Mientras tanto el conflicto minaba la vida mental de los miembros de la Liga. Las urgencias y horrores estaban

borrando de sus mentes las capacidades más delicadas, más desarrolladas. Los mundos cuerdos eran cada vez menos capaces de intercambios personales y aventuras culturales, todas esas actividades que hasta entonces habían sido para ellos la verdadera vida.

La gran mayoría de los mundos de la Liga, atrapados, y aparentemente sin esperanzas de escapar, llegaron a la desesperada creencia de que el espíritu que ellos habían concebido como divino, el espíritu que anhela comunidad verdadera y despertar verdadero, no estaba al fin y al cabo destinado a triunfar, y no era por lo tanto el espíritu esencial del cosmos. El ciego azar, se dijo, gobernaba todas las cosas; o quizá una inteligencia diabólica. Algunos llegaron a imaginar que el Hacedor de Estrellas había creado para satisfacer el placer de destruir. Abrumados por esta terrible suposición, ellos mismos iniciaron el camino a la locura. Imaginaron con horror que el enemigo era ciertamente, como él proclamaba, el instrumento de la cólera divina, un instrumento que venía a castigar el impío deseo de transformar toda la Galaxia, todo el cosmos, en un paraíso de seres generosos y totalmente despiertos. Influidos por esta impresión creciente de poder satánico definitivo, y por la duda aún más devastadora de la rectitud de sus propios ideales, los miembros de la Liga cayeron en la desesperación. Algunos se rindieron al enemigo. Otros sucumbieron a las luchas internas, perdiendo la unidad mental. Parecería que la guerra de los mundos concluiría realmente con la victoria de los locos. Y así hubiera ocurrido sin duda si no hubiese intervenido aquel brillante y remoto sistema de mundos que, como dijimos antes, se había retirado de la comunicación telepática con el resto de la Galaxia. Era éste el sistema de mundos que había sido fundado en la primavera de la Galaxia por los ictioideos y aracnoides simbióticos.

3. Crisis en la historia de la Galaxia

Durante este período de expansión imperial unos pocos sistemas mundiales de muy alto orden, aunque menos despiertos que los simbióticos de la subgalaxia, habían observado telepáticamente los acontecimientos. Habían visto cómo las fronteras imperiales se acercaban inexorablemente, y sabían que ellos mismos serían alcanzados muy pronto. Tenían conocimientos y fuerzas suficientes para derrotar al enemigo en una guerra; recibían desesperados pedidos de auxilio; sin embargo, no hacían nada. Eran mundos que estaban organizados totalmente para la paz y las actividades propias de colectividades despiertas. Sabían que si se decidían a transformar su propia estructura social y a reorientar sus mentes podían asegurarse la victoria militar. Sabían también que de este modo salvarían a muchos mundos de la conquista, la opresión y la posible destrucción de todo lo que en ellos había de bueno. Pero sabían también que si se organizaban a sí mismos para librar una guerra desesperada, si abandonaban durante toda una edad de luchas las actividades que les eran propias, destruirían lo mejor de ellos mismos, más seguramente que la opresión del enemigo, y que con esa destrucción matarían lo que según ellos era el germen más vital de la Galaxia. Evitaron por lo tanto toda acción militar.

Cuando al fin una horda de fanáticos religiosos llegó a uno de estos desarrollados sistemas de mundos, los nativos dieron la bienvenida a los invasores, reajustaron todas sus órbitas planetarias para acomodarlas a los nuevos planetas, invitaron a la potencia extranjera a instalar parte de su población en los planetas del sistema de clima más adecuado, y secretamente, gradualmente, sometieron a toda la raza enloquecida a un tratamiento de hipnotismo telepático tan potente que desintegró aquella mente comunal. Los invasores se convirtieron en meros individuos incoordinados, como los que conocemos en la Tierra. De ahí en adelante fueron criaturas perplejas, ciegas, atormentadas por conflictos, nunca regidas por propósitos supremos, obsesionadas más por sí mismas que por la comunidad. Se había esperado que cuando la mente comunal hubiese sido abolida, los individuos de la raza invasora podrían ser pronto inducidos a abrir los ojos y el corazón a más nobles ideales. Lamentablemente, la habilidad telepática de la raza superior no era suficiente para alcanzar

las muy sumergidas crisálidas del espíritu de aquellos seres, y proporcionarles aire, calor y luz. La naturaleza individual de estos desamparados individuos era en sí misma producto de un mundo loco, e incapaz por lo tanto de salvación, incapaz de una sana comunidad. Fueron entonces segregados para que cumplieran su propio miserable destino en eras de conflictos tribales y declinación cultural, un destino que concluía inevitablemente en la extinción que espera a las criaturas incapaces de adaptarse a nuevas circunstancias.

Muchas expediciones invasoras cayeron en este lazo, y en los mundos de los enloquecidos Imperios Unidos nació entonces la tradición de que ciertos mundos aparentemente pacíficos eran en verdad más peligrosos que todos los otros enemigos, pues evidentemente tenían el raro poder de «envenenar el alma». Los imperialistas decidieron aniquilar a estos terribles oponentes. Se ordenó a las fuerzas atacantes evitar todo parlamento telepático y que destruyeran al enemigo desde lejos. El método más conveniente, se descubrió, era el de hacer estallar el sol del sistema condenado. Estimulados por un rayo poderoso, los átomos de la fotosfera empezaban a desintegrarse, y la furia creciente pronto llevaba la estrella al estado de «nova», incendiando todos los planetas.

Nos tocó ser testigos de la calma extraordinaria, y hasta de la exaltación y la alegría con que estos mundos aceptaron la posibilidad de ser aniquilados. Más tarde asistiríamos a los raros acontecimientos que salvarían a esta Galaxia nuestra del desastre. Pero primero fue la tragedia.

Desde nuestros puntos de observación en las mentes de los atacantes y de los atacados, observamos no una sino tres veces cómo razas pervertidas de muy alto nivel mental destruían a las razas más nobles que hubiésemos conocido hasta entonces. Tres mundos, o sistemas de mundos formados por muy distintas razas especializadas, desaparecieron totalmente. Desde estos sentenciados planetas vimos cómo el Sol crecía en una gradual erupción tumultuosa. Sentimos en los cuerpos de nuestros huéspedes cómo subía rápidamente la temperatura, y vimos por sus ojos la luz enceguecedora, la vegetación que se marchitaba, los mares humeantes. Sentimos y oímos los furiosos huracanes que derribaban todas las construcciones y arrastraban con ellos las ruinas. Con angustia y asombro experimentamos algo de aquella exaltación y paz interior con que las sentenciadas poblaciones angélicas recibían el fin. En verdad fue esta angélica exaltación, experimentada en una hora de tragedia, lo que nos dio la primera visión interior de la actitud más espiritual ante el destino. La pura agonía corporal del desastre pronto se nos hizo intolerable, de modo que tuvimos que retirarnos de esos mundos martirizados. Dejamos así aquellas poblaciones condenadas, esos mundos que aceptaban no sólo esa tortura física sino también la aniquilación de todas las gloriosas comunidades y sus infinitas esperanzas, que aceptaban esta amargura como si no fuese letal sino un elixir de inmortalidad. Sólo cerca del fin de nuestra propia aventura alcanzamos a vislumbrar todo el significado de este éxtasis.

Nos pareció muy extraño que ninguna de estas tres víctimas intentase resistir el ataque. En verdad, ningún habitante de ninguno de estos tres mundos consideró un momento la posibilidad de resistirse. En todos los casos la actitud ante el desastre parecía expresarse en términos cómo estos: «Tomar represalias sería herir para siempre el espíritu de la comunidad. Antes preferimos morir. El tema espiritual que es nuestra obra tiene que morir inevitablemente, o en manos del invasor o en el momento en que tomemos las armas. Es mejor ser destruidos que triunfar matando el espíritu. El espíritu es en sí inmarcesible, parte indisoluble de la trama del cosmos. Morimos alabando el Universo, donde es posible por lo menos, una realización como la nuestra. Morimos sabiendo que la promesa de una gloria mayor nos sobrevivirá en otras Galaxias. Morimos alabando al Hacedor de Estrellas, al Destructor de Estrellas».

Librodot

4. Triunfo en una subgalaxia

En ese entonces, luego de la destrucción del tercer mundo, cuando un cuarto estaba preparándose para el fin, sobrevino de pronto un milagro, o un aparente milagro, que alteró todo el curso de los acontecimientos en la Galaxia. Antes de describir esta vuelta de la fortuna he de recoger el hilo de la narración y esbozar la historia de los sistemas del mundo que iban a tener parte muy principal en los sucesos galácticos.

Se recordará que en una «isla» alejada del «continente» galáctico vivía la curiosa raza simbiótica de los ictioideos y los aracnoides. La civilización de estos seres era casi la más antigua de la Galaxia. Habían alcanzado el plano «humano» de desarrollo mental aun antes que los Otros Hombres; y, a pesar de muchas vicisitudes habían vivido miles de millones de años y habían progresado notablemente. Cuando me referí a ellos por última vez ocupaban todos los planetas del sistema con especializadas razas de aracnoides, que estaban en permanente unión telepática con la población ictioidea de los océanos del planeta natal. Pasaron las edades, y estas razas corrieron varias veces el peligro de desaparecer totalmente, a causa de experimentos físicos demasiado osados, o de exploraciones telepáticas demasiado ambiciosas, pero con el tiempo alcanzaron un desarrollo mental insólito en nuestra Galaxia.

La raza simbiótica llegó a dominar totalmente el reducido universo-isla, el alejado grupo de estrellas. Había allí muchos sistemas planetarios naturales, habitados algunos por razas nativas de nivel preutópico que habían sido descubiertas en visitas telepáticas por los primeros exploradores aracnoides. No se interfirió en el destino de estas razas, aunque en ciertas crisis históricas los simbióticos trataban de ayudarlos telepáticamente para que afrontasen las dificultades con creciente vigor. Así cuando uno de estos mundos llegaba a la crisis en que se encuentra hoy el *Homo Sapiens*, pasaba enseguida con una facilidad aparentemente natural a la fase de unidad mundial y a la edificación del estado utópico. La raza simbiótica ocultó cuidadosamente su existencia a los primitivos, para que no perdiesen su independencia mental. Por lo tanto, aun mientras los simbióticos estaban viajando entre estos mundos en naves cohete, y utilizando los recursos minerales de los planetas vecinos deshabitados, nunca descendieron en los mundos inteligentes de nivel preutópico. Sólo cuando estos mundos entraron en plena fase utópica y comenzaron a explorar los planetas próximos se les permitió que descubrieran la verdad. Pero entonces estaban ya preparados para recibirla con alegría antes que con descorazonamiento y miedo.

De ahí en adelante, por medio de intercambios físicos telepáticos la joven utopía alcanzó rápidamente el nivel espiritual de los mismos simbióticos, y cooperó en un pie de igualdad con una simbiosis de mundos.

Algunos de estos mundos preutópicos, no malignos, pero incapaces de un mayor progreso, fueron dejados en paz, y preservados, como preservamos nosotros la vida de los animales salvajes en parques nacionales, en nombre de un interés científico. Eón tras eón, estos seres, impedidos por su propia futilidad, lucharon en vano para vencer esa crisis que la Europa moderna conoce tan bien. En ciclo tras ciclo la civilización emergía del barbarismo, la mecanización ponía a los pueblos en incómodo contacto, las guerras nacionales y las guerras de clases alimentaban los anhelos de un mundo mejor; pero en vano. Un desastre tras otro socavaban la fábrica de la civilización. El barbarismo retornaba gradualmente. Eón tras eón el proceso se repetía a sí mismo bajo la serena observación telepática de los simbióticos, cuya existencia nunca fue sospechada por las criaturas primitivas. Así podríamos nosotros observar el espectáculo de un charco donde unas criaturas inferiores repiten con ingenuo celo dramas aprendidos por sus antecesores eones atrás.

Los simbióticos podían permitirse muy bien dejar intactas estas piezas de museo, pues tenían a su disposición docenas de sistemas planetarios. Además, mediante las armas de las ciencias físicas altamente desarrolladas, y la energía subatómica, eran capaces de construir

Librodot

planetas artificiales que podían servir de habitación permanente. Estos grandes globos huecos de supermetales artificiales, y de diamante artificial transparente, variaban en tamaño desde pequeñas estructuras no mayores que un diminuto asteroide hasta esferas considerablemente más grandes que la Tierra. Carecían de atmósfera exterior ya que generalmente la masa planetaria era demasiado pequeña para retener los gases. Una manta de fuerza repelente los protegía de los meteoros y los rayos cósmicos, y la superficie exterior del planeta, enteramente transparente, guardaba la atmósfera. Inmediatamente debajo colgaban las estaciones de fotosíntesis y la maquinaria para transformar en energía la radiación solar. Parte de esta cubierta exterior estaba ocupada por observatorios astronómicos, maquinarias para controlar la órbita del planeta y grandes «muelles» para naves interplanetarias. El interior de estos mundos era un sistema de esferas concéntricas sostenidas por vigas y arcos gigantescos. Diseminadas entre estas esferas estaban las máquinas que regulaban la atmósfera, los grandes depósitos de agua, las fábricas de bienes de consumo, los talleres, las áreas de transformación de desperdicios, y los numerosos laboratorios de investigación, bibliotecas y centros culturales. Como la raza simbiótica era de origen marino, había un océano central donde descendientes de los ictioideos originales -profundamente modificados, físicamente indolentes, y mentalmente atléticos- constituían las «zonas cerebrales más altas» del mundo inteligente. Allí, como en el océano primitivo del planeta natal, se unían las parejas simbióticas, y se criaban los jóvenes de ambas especies. Las razas de la subgalaxia que no eran de origen marino construían, por supuesto, planetas artificiales, que aunque del mismo tipo general, estaban adaptados a su especial naturaleza. Pero todas las razas descubrieron también que necesitaban moldear drásticamente su propia naturaleza para acomodarla a las nuevas condiciones.

A medida que pasaban los eones, se construían miles de mundos de este mismo tipo, pero de un tamaño y de una complejidad crecientes. Muchas estrellas sin planetas naturales se rodearon así de anillos concéntricos de mundos. En algunos casos los anillos interiores contenían docenas de mundos artificiales, y los anillos exteriores muchos miles, adaptados para vivir a una determinada distancia del sol. Gran diversidad de caracteres, tanto físicos como mentales, distinguían a esos mundos, aun los de un mismo anillo. A veces un mundo comparativamente viejo, y a veces hasta todo un anillo de mundos, eran superados en excelencia mental por mundos más jóvenes y razas cuya estructura, física y biológica, se perfeccionaba constantemente. Los mundos más viejos continuaban entonces simplemente su vida en una especie de brazo de mar de la civilización, tolerados, amados, estudiados por los mundos más jóvenes; o elegían morir y entregar el material de sus planetas a nuevos intentos.

Un tipo de mundo artificial, pequeño y raro, estaba formado casi enteramente por agua. Era como una titánica pecera. Bajo la cubierta transparente, tachonada de máquinas cohetes y muelles interplanetarios, se extendía un océano esférico, cruzado por vigas estructurales e impregnado constantemente con oxígeno. Un pequeño núcleo central representaba el fondo del mar. La población de ictioideos y la visitante población de aracnoides pululaban en esta vasta gota acorazada. Cada ictioideo era visitado en veces sucesivas por acaso una docena de compañeros que vivían habitualmente en otros mundos. La existencia de los ictioideos era en verdad extraña, pues vivían a la vez prisioneros y libres. Un ictioideo nunca dejaba su océano nativo, pero mantenía relación telepática con la totalidad de la raza simbiótica de la subgalaxia. Además, la única forma de actividad práctica que llevaban a cabo los ictioideos era la astronomía. Inmediatamente debajo de la vítrea corteza colgaban observatorios donde los astrónomos nadadores estudiaban la constitución de las estrellas y la distribución de las Galaxias.

Los mundos «pecera» fueron de transición. Poco ante de la época de los imperios enloquecidos los simbióticos iniciaron nuevas investigaciones tratando de producir un mundo que fuese un organismo físico. Luego de edades de experimentos crearon un mundo «pecera» donde todo el océano estaba cruzado por una red fija de ictioideos en mutua y directa conexión neural. Este tejido viviente, similar al tejido de los pólipos, estaba unido

Librodot

permanentemente a la maquinaria y los observatorios del mundo. Era así un verdadero mundo-organismo, y como la coherente población ictioidea tenía una mentalidad perfectamente unificada, cada uno de estos mundos era en verdad un organismo inteligente, como un hombre. El esencial eslabón con el pasado se preservaba de este modo: aracnoides especialmente adaptados a la nueva simbiosis venían desde sus planetas remotos y nadaban a lo largo de las galenas submarinas para unirse con sus inmóviles compañeros.

Anillos de mundos rodearon un número cada vez mayor de estrellas de la constelación exterior o subgalaxia, y un número creciente de esos mundos fue de la nueva clase orgánica. De las poblaciones de la subgalaxia la mayoría descendía de los originales ictioideos y aracnoides, pero había también muchos con antecesores naturales de tipo humano, y no pocos que habían nacido de los avianos, los insectoides y los hombres-plantas. Entre los mundos, entre los anillos de mundos, y entre los sistemas solares había un intercambio constante, tanto telepático como físico. Pequeñas naves propulsadas por cohetes viajaban regularmente entre los sistemas de planetas. Naves más grandes o mundos pequeños capaces de grandes velocidades iban de sistema en sistema, exploraban toda la subgalaxia, y hasta se aventuraban a cruzar un océano de vacío y llegar al cuerpo mayor de la Galaxia donde miles y miles de estrellas sin planetas esperaban su anillo de mundos.

Curiosamente, el triunfal avance de la civilización material y la colonización fue haciéndose más lento y al fin llegó a un punto muerto. El intercambio físico entre los mundos de la subgalaxia se mantuvo, pero no aumentó. Se abandonó la exploración física de las costas del continente galáctico. En la subgalaxia misma no se fundaron nuevos mundos. Las actividades industriales continuaron, de modo reducido, y no hubo progresos en el nivel de las comodidades materiales. En verdad hábitos y costumbres empezaron a depender cada vez más de los auxilios mecánicos. En los mundos simbióticos disminuyó el número de poblaciones aracnoides; en sus celdas oceánicas los ictioideos vivían en un permanente estado de fervor y concentración mental, que sus compañeros impartían telepáticamente.

Fue en esta época cuando la comunicación telepática entre la adelantada subgalaxia y los pocos mundos despiertos del «continente» quedó enteramente abolida. En los últimos años el intercambio mental había sido muy fragmentario. Aparentemente los subgalácticos se habían adelantado tanto que su interés por aquellas criaturas primitivas era ahora meramente arqueológico, y estaba siendo eclipsado gradualmente por la dominante vida de la propia comunidad y por la exploración telepática de las galaxias remotas.

Para nosotros, banda de exploradores que luchaba desesperadamente por mantener algún contacto entre nuestra mente comunal y las mentes incomparablemente más desarrolladas de estos mundos, las sutiles actividades de los subgalácticos eran por ahora inaccesibles. Notábamos sólo un estancamiento de las actividades físicas y mentales más obvias en esos sistemas de mundos. Nos pareció al principio que la causa de este estancamiento podía ser alguna falla natural. ¿Era quizá la primera etapa de una decadencia irrevocable?

Más tarde, sin embargo, comenzamos a advertir que este aparente estancamiento no era un síntoma de muerte sino de una vida más vigorosa. No se atendía al progreso material sólo porque se habían abierto nuevas esferas de crecimiento y descubrimiento mentales. En realidad la gran comunidad de mundos, que unía a algunos miles de mundos-espíritus, digería trabajosamente los frutos de una prolongada fase de progreso físico y estaba descubriendo que era capaz de nuevas e inesperadas actividades físicas. Al principio, la naturaleza de estas actividades se nos ocultó totalmente. Pero con el tiempo aprendimos a dejarnos absorber por estos seres sobrehumanos y vislumbrar así, al menos oscuramente, el significado de esas actividades. Estaban relacionadas, parecía, en parte con la exploración telepática de diez millones de galaxias, en parte con una técnica de disciplina espiritual gracias a la cual esperaban poder comprender más hondamente la naturaleza del cosmos y alcanzar una más fina creatividad. Esto, entendimos, era posible porque aquella perfecta comunidad de mundos

Librodot

estaba despertando a un plano más elevado de existencia, como una simple mente comunal con un cuerpo que era toda la subgalaxia. Aunque no podíamos participar en la vida de este elevado ser, sospechamos que aquella pasión absorbente no era muy distinta de ese deseo que alienta en lo más noble de nuestra especie humana: «llegar al conocimiento directo de Dios». Este nuevo ser deseaba tener sabiduría y temeridad suficientes para soportar la visión directa de la fuente de toda luz, vida y amor. En fin, esta población de mundos estaba entregada a una prolongada y mística aventura.

5. La tragedia de los pervertidos

Tal era la situación en el principal «continente» galáctico cuando los enloquecidos Imperios Unidos concentraron todo su poder sobre los pocos mundos que no sólo eran cuerdos sino también de un nivel mental superior. Los simbióticos y sus colegas de la subgalaxia supremamente civilizada no prestaban atención desde hacía tiempo a los menudos asuntos del «continente». Motivos principales de preocupación eran, en cambio, el cosmos como totalidad y la disciplina interior del espíritu. Pero el primero de los tres crímenes perpetrados por los Imperios Unidos sobre una población mucho más desarrollada que ellos mismos fue como la penetrante reverberación de un eco, por así decirlo, que llegó a las más elevadas esferas de existencia. Los subgalácticos se volvieron telepáticamente, una vez más, al vecino continente de astros.

Se estudiaba aún la situación cuando ocurrió el segundo crimen. Los subgalácticos sabían que tenían bastante poder para impedir otro desastre. Sin embargo, ante nuestra sorpresa, horror e incomprensión, esperaron serenamente el tercer crimen. Y lo que fue más raro, de los mismos mundos condenados, aunque en comunicación telepática con la subgalaxia, no brotó ningún llamado de auxilio. Tanto víctimas como espectadores estudiaron la situación con sereno interés, y aun con una suerte de lúcida impresión de triunfo, algo parecida a la diversión. Desde nuestro plano más bajo, este desinterés, esta aparente levedad, nos pareció al principio menos angélica que inhumana. Había allí todo un mundo de seres sensitivos e inteligentes en la cima de una actividad comunal y una vida intensa. Ahí estaban amantes recientemente unidos, hombres de ciencia entregados a profundas investigaciones, artistas que intentaban expresar nuevas sutilezas, trabajadores en miles de prácticas tareas sociales de las que el hombre no tiene idea. Ahí estaba en verdad toda la rica diversidad de vidas personales animando un mundo altamente desarrollado. Y cada una de estas mentes individuales participaba de la mente comunal de todos; las experiencias de cada uno de ellos no eran sólo las de un individuo privado sino las del espíritu mismo de la raza. Sin embargo, estos seres serenos enfrentaban la destrucción de su mundo con una inquietud no superior a la que pudiéramos sentir nosotros ante la perspectiva de tener que abandonar un juego interesante. Y en las mentes de los espectadores de esta próxima tragedia no había agonía de compasión, sino sólo esa conmiseración, con algo de humor, que podríamos sentir por un jugador de tenis que pierde todas sus posibilidades en la primera vuelta de un torneo, y a causa de un accidente tan trivial como la torcedura de un tobillo.

Nos costó entender la fuente de esta rara ecuanimidad. Tanto espectadores como víctimas estaban tan absorbidos en investigaciones cosmológicas, eran tan conscientes de la riqueza y potencialidad del cosmos, y estaban tan poseídos sobre todo por la contemplación espiritual, que la perspectiva de la destrucción era juzgada, aun por las mismas víctimas, desde un punto de vista que los hombres llamarían divino. Aquella alegre exaltación y aquella aparente frivolidad tenían sus raíces en el hecho de que para ellos la vida personal y aun la vida y la muerte de mundos individuales eran temas vitales que contribuían a la vida del cosmos. Desde el punto de vista cósmico, el desastre no era, al fin y al cabo, más que un asunto muy pequeño, aunque amargo. Además, si por el sacrificio de otro grupo de mundos, aun de

Librodot

mundos espléndidamente despiertos, se alcanzaba una más alta comprensión de la demencia de los imperios enloquecidos, el sacrificio valía la pena.

De modo que se cometió el tercer crimen. Luego siguió el milagro. La capacidad telepática de la subgalaxia estaba mucho más desarrollada que la de los pocos mundos superiores del «continente» galáctico. Podía prescindir del auxilio del intercambio normal, y vencer también toda resistencia. Era capaz de alcanzar la enterrada crisálida del espíritu aun en los individuos más pervertidos. No era un poder meramente destructivo, que oscurecía la mente hipnóticamente, sino un poder bondadoso, capaz de actuar en el núcleo sano aunque dormido de cualquier individuo. Esta capacidad fue empleada ahora en el continente galáctico con un efecto triunfal y a la vez trágico. Pues aun este poder no era omnipotente. Aquí y allí entre los mundos enloquecidos apareció una rara y cada vez más extendida «enfermedad» de la mente. Para los imperialistas ortodoxos de esos mundos era una locura, pero se trataba en verdad de un tardío e ineficaz despertar a la cordura en seres cuya naturaleza había sido moldeada enteramente por la demencia en un ambiente demente.

El curso de la «enfermedad» en estos mundos era aproximadamente siempre el mismo. Ciertos individuos, cumpliendo aun su papel en la acción disciplinada y el pensamiento comunal, se descubrían de pronto dominados por disgustos y obsesiones privadas que se oponían a los más venerados ideales del mundo en que vivían, dudas acerca del valor de aquellos viajes cada vez más acelerados y del imperio cada vez más extenso, y disgusto por el culto del triunfo mecánico y el servilismo intelectual y la divinización de la raza. Cuando estos perturbadores pensamientos se hacían más comunes, los confusos individuos empezaban a dudar de mi propia «cordura». Al principio sondeaban cuidadosamente a sus vecinos. Poco a poco las dudas se ampliaban y se hacían menos tácitas, hasta que al fin minorías considerables de cada mundo, aunque todavía desempeñando su parte oficial, perdían contacto con la mente común y pasaban a ser meros individuos aislados; pero individuos más sanos interiormente que la vasta mente comunal de la que se habían desprendido. La mayoría ortodoxa, horrorizada por esta desintegración mental, recurría entonces a los familiares e implacables métodos que tanto éxito habían tenido en los puestos incivilizados del imperio. Los disidentes eran arrestados y cuando no se los destruía enseguida se los concentraba en algún planeta inhóspito, con la esperanza de que esta tortura sirviese a los demás de efectiva advertencia.

Esta política fracasó. La extraña enfermedad mental se extendió cada vez con mayor rapidez, hasta que los «lunáticos» fueron más numerosos que los «cuerdos». Siguieron guerras civiles, martirios en masa de devotos pacifistas, disensiones entre los imperialistas, y un aumento de la «locura» en todos los mundos del imperio. La organización imperial se hizo pedazos; y como los mundos aristocráticos que formaban el esqueleto del imperio no eran capaces -como verdaderos soldados hormigas- de mantenerse a sí mismos sin el auxilio y tributo de los mundos esclavos, la pérdida del imperio significó para ellos la muerte. Cuando en un mundo aristocrático la mayoría de la población se volvía cuerda, se hacían grandes esfuerzos para adaptar la vida a un orden de autonomía y paz. Podía haberse esperado que una población de seres cuya inteligencia y cuya lealtad social eran incomparablemente más grandes que todo lo conocido en la Tierra no sería derrotada en esta tarea. Pero aparecieron dificultades inesperadas, no económicas, sino psicológicas. Estos seres habían sido preparados para la guerra, la tiranía y el imperio. Aunque el estímulo telepático de criaturas superiores podía animar el germen que dormitaba en sus espíritus, y ayudarlos a comprender la trivialidad de todos los antiguos propósitos, esa influencia no era suficiente para remodelar sus naturalezas hasta el punto de hacerlos vivir realmente en el mundo del espíritu. A pesar de una heroica autodisciplina, estos seres tendían a caer en la inercia, como bestias salvajes domesticadas, o en un nuevo desorden mental, ejerciendo contra ellos mismos los poderes que

en otro tiempo habían dirigido contra los mundos vasallos. Y todo esto era acompañado por una profunda conciencia de culpa.

Para nosotros era conmovedor asistir a la agonía de estos mundos. Aquellos seres recién iluminados no dejaban de tener ante sus ojos la visión de una verdadera comunidad y de una vida espiritual; pero aunque esa visión los obsesionase habían perdido la capacidad de actuar y no podían llevarla a la práctica. Además, en ciertas ocasiones, el cambio que habían sufrido en sus corazones parecía ser causa de mayores males. Anteriormente todos los individuos habían estado sujetos en perfecta disciplina a la voluntad común, y habían sido felices pudiendo ejecutar esa voluntad sin las interrogaciones y dudas de la responsabilidad individual pero ahora los individuos eran simples individuos, y vivían atormentados por mutuas sospechas y una violenta propensión a la introspección.

El fin de esta tremenda lucha en las mentes de los ex imperialistas dependía de como los hubiera afectado la especialización para el imperio. En unos pocos mundos, jóvenes, donde la especialización no había alcanzado niveles muy profundos, un período de caos era seguido por un período de reorientación y planeamiento, y luego por una cuerda utopía. Pero en la mayoría de estos mundos esa salida no era posible. O persistía el caos hasta que se llegaba a la decadencia de la raza, y el mundo descendía a estados humanos, subhumanos y meramente animales; o, sólo en unos pocos casos, la discrepancia entre los ideales y la realidad era tan perturbadora que la raza entera se suicidaba.

No pudimos seguir soportando el espectáculo de docenas de mundos destruidos por una ruina psicológica. Sin embargo, los subgalácticos que habían sido la causa de estos raros acontecimientos, y continuaban empleando sus poderes para iluminar -y destruir- estos mundos, contemplaban imperturbables su obra. Sentían piedad, la piedad que podemos sentir por un niño al que se le ha roto su juguete; pero no se indignaban contra el destino.

En pocos miles de años todos los mundos imperiales se habían transformado a sí mismos, o habían caído en el barbarismo, o se habían suicidado.

6. Una utopía galáctica

Los acontecimientos que he descrito ocurrieron (o ocurrirán, desde el punto de vista humano) en una fecha tan alejada de nosotros como el día de hoy de la condensación de las primeras estrellas. El próximo período de la historia galáctica se inicia con la caída de los imperios enloquecidos y llega hasta el momento de la realización de la utopía en toda la comunidad galáctica de mundos. Este período de transición fue en sí mismo y en cierto modo utópico, una época de triunfal progreso vivida por seres de naturaleza rica y armoniosa en un ambiente enteramente favorable, y en el seno de una creciente comunidad galáctica donde la lealtad era una actividad totalmente satisfactoria. Sin embargo, fue a la vez un tiempo no utópico, pues la sociedad galáctica se expandía y cambiaba constantemente de estructura para poder satisfacer nuevas necesidades, espirituales y económicas. Cerca del final de esta fase sobrevino un período de completa utopía en el que la atención de la perfeccionada comunidad galáctica apuntó hacia otras galaxias. Hablaré de esto a su debido tiempo, así como también de los imprevisibles y tormentosos acontecimientos que destruyeron esta beatitud.

Entre tanto, examinaremos brevemente la edad de la expansión. Los mundos de la subgalaxia, reconociendo que no era posible un mayor progreso cultural si la población de los mundos despiertos no crecía y se diversificaba inmensamente, comenzó a dedicarse de modo activo a la tarea de reorganizar todo el continente galáctico. Por medio de la comunicación telepática hicieron que todos los mundos despiertos de la Galaxia conociesen la sociedad que ellos, los mundos de la subgalaxia, habían creado, y los invitaron a unirse en la tarea de fundar la utopía galáctica. Todos los mundos de la Galaxia, dijeron, tienen que ser individuos intensamente conscientes, y cada uno de ellos tiene que contribuir con su particular idiosincrasia y todo el peso de su experiencia a la experiencia común. De ese modo, cuando al

Librodot

fin la comunidad se completase podría pensar en cumplir su función en la comunidad inmensamente más vasta de todas las galaxias, y participar entonces en actividades espirituales hasta ahora oscuramente sospechadas.

En la época primera de meditación, los mundos subgalácticos, es decir, la mente intermitentemente despierta de la subgalaxia, había hecho sin duda descubrimientos acerca de los necesarios fundamentos de la sociedad galáctica, pues ahora creían indispensable que el número de los mundos inteligentes de la Galaxia creciese por lo menos diez mil veces. Para poder realizar todas las potencialidades del espíritu, la diversidad de tipos de mundos tenía que comprender miles de mundos. Ellos mismos, en la reducida comunidad subgaláctica, habían aprendido bastante como para entender que sólo una comunidad mucho mayor podría explorar todas las regiones del ser, de las que ellos habían vislumbrado unas pocas, pero muy borrosamente.

La magnitud de este esquema confundió y alarmó a los mundos naturales del continente galáctico. La escala de vida que habían alcanzado les parecía satisfactoria. La magnitud y la multiplicidad, afirmaron, no conciernen al espíritu. A esto se replicó que tal protesta no podía aceptarse en mundos cuyas propias realizaciones dependían de la espléndida diversidad de sus miembros. La diversidad y multiplicidad de los mundos eran tan necesarias en el plano galáctico como la diversidad y multiplicidad de los individuos en el plano del mundo y la diversidad y multiplicidad de las células nerviosas en el plano individual.

Luego de esto, los mundos naturales del continente desempeñaron un papel decreciente en el progreso de la Galaxia. Algunos se quedaron en el nivel de sus propias y solitarias realizaciones. Otros se unieron a la gran tarea cooperativa, pero sin fervor y sin genio. Unos pocos participaron en la empresa de modo entusiasta y útil. La contribución de uno de ellos fue en verdad muy importante. En este mundo habitaba una raza simbiótica, pero muy distinta de la que había fundado la comunidad de la subgalaxia. La simbiosis estaba formada por dos razas que originalmente habían habitado planetas separados del mismo sistema. Una inteligente especie aviana, llevada a la desaparición por el desecamiento del planeta natal, se había visto obligada a invadir un mundo habitado por humanoides. No es ésta la ocasión apropiada para explicar cómo, luego de años de lucha y cooperación alternadas, se logró una total simbiosis económica y psicológica.

La edificación de la comunidad galáctica de mundos escapa a la comprensión del autor de este libro. No puedo recordar ahora claramente lo que yo experimenté de estos oscuros asuntos en el estado de elevada lucidez a que llegue mientras era parte de la mente comunal de los exploradores. Y aun en ese estado costaba entender los propósitos de la entretejida comunidad de mundos.

Si se puede confiar de algún modo en mi memoria, en esta fase de la historia galáctica los mundos inteligentes estaban ocupados en tres clases de actividades. La principal tarea práctica era enriquecer y armonizar la vida misma de la Galaxia, acrecentar el número, la diversidad y la unidad mental de los mundos totalmente despiertos hasta poder satisfacer la emergencia de una modalidad de experiencia mucho más despierta aún. La segunda actividad era la de buscar un contacto más íntimo con las otras galaxias por medio de la exploración física y telepática. La tercera era un ejercicio espiritual apropiado para los seres del nivel de los mundos-mentes. Este último estuvo (o estará) de algún modo en relación con el ahondamiento de la propia conciencia en cada uno de los mundos-espíritus y el voluntario apartamiento de las realizaciones meramente privadas. Pero esto no fue todo. Pues en este nivel relativamente alto en el ascenso del espíritu, como en nuestro más bajo plano espiritual, hay que desprenderse de un modo más radical aún de la aventura de la vida y la mente personal en el cosmos. Pues a medida que el espíritu despierta anhela también más y más contemplar toda la existencia no meramente con los ojos de una criatura sino desde un punto de vista universal, como a través de los ojos del creador.

Al principio la tarea de establecer la utopía galáctica consumió casi todas las energías de los mundos despiertos. Las estrellas, en un número cada vez mayor, se rodearon de círculos concéntricos de perlas, perfectas aunque artificiales. Y cada perla era un mundo único, ocupado por una raza única. De aquí en adelante el más alto nivel de persistente individualidad no fue un mundo sino un sistema de decenas o cientos de mundos. Y entre los sistemas había una fácil y deleitada conversación, como entre individuos humanos.

En estas condiciones, ser un individuo consciente era disfrutar inmediatamente de las impresiones sensorias unidas de todas las razas que habitaban un sistema de mundos. Y como los órganos sensoriales de esos mundos aprehendían no sólo «desnudamente» sino también a través de instrumentos artificiales de gran alcance y sutileza, el individuo consciente no sólo percibía la estructura de cientos de planetas sino también la configuración de todo el sistema de planetas de un sol. Percibía incluso otros sistemas, como un hombre percibe a otro hombre, pues en la distancia giraban y flotaban los cuerpos resplandecientes de otras personas «multi-mundanas».

Entre los sistemas planetarios inteligentes había infinitas variaciones de intercambio personal. Como entre los individuos humanos había amores y odios, simpatías temperamentales y antipatías, intimidades alegres y desagradables, sentimientos de cooperación y frustración en las empresas personales y en la vasta empresa común: la construcción de la utopía galáctica.

Entre los sistemas individuales de mundos, como entre los compañeros simbióticos, las relaciones tenían a veces casi un significado sexual, aunque el sexo no tuviese realmente ninguna participación. Sistemas vecinos proyectaban pequeños mundos viajeros, o mundos mayores, o trenes de mundos a través del océano del espacio para que entrasen en órbita alrededor de otros soles e intervinieran íntimamente en la vida privada de otros mundos mediante una relación simbiótica, o mejor «simpsíquica». Ocasionalmente todo un sistema emigraba a otro sistema, y colocaba sus anillos de mundos entre los anillos del otro sistema.

El intercambio telepático unía toda la Galaxia; pero la telepatía, aunque tenía la importante ventaja de no ser afectada por la distancia, era algo imperfecto en ciertos sentidos. Mientras fuese posible se la completaba con viajes físicos. Una constante corriente de mundos turistas viajaba en todas direcciones por la Galaxia.

La tarea de fundar la utopía en la Galaxia no se cumplía sin dificultades. Las diferentes especies de razas solían propugnar políticas diferentes para la Galaxia. Aunque la guerra fuese ahora inconcebible, era común en cambio esa suerte de lucha que conocemos en la Tierra entre individuos o asociaciones dentro del mismo país. Había, por ejemplo, un conflicto constante entre los sistemas planetarios interesados principalmente en la creación de la utopía y aquellos a quienes preocupaba más el contacto con otras galaxias, o aquellos movidos sólo por temas espirituales. Además de estos grandes bandos había grupos de sistemas planetarios decididos a poner el bienestar de los mundos individuales por encima del progreso del imperio galáctico. Les atraía más el drama de la relación personal, y la realización de la capacidad personal de mundos y sistemas, que la organización o la exploración o la purificación espiritual. Aunque la presencia de estos grupos exasperaba a menudo a los entusiastas, era también saludable, pues servía de barrera contra la tiranía y las extravagancias.

Durante la edad de la utopía galáctica otra saludable influencia comenzó a actuar entre estos mundos emprendedores. La investigación telepática había descubierto a los hombres-plantas, raza que había desaparecido hacía mucho tiempo consumida en la extravagancia de su quietismo místico. Los mundos utópicos aprendieron muchas cosas de esos seres arcaicos, pero de una sensibilidad insólita. Así el modo vegetal de experiencia se incorporó sin peligro a la textura de la mente galáctica.

X - Una visión de la Galaxia

Nos pareció a nosotros entonces que las dificultades de muchos de los mundos de la Galaxia habían terminado al fin, que el deseo de mantener viva la utopía galáctica era ahora universal, y que el futuro traería una gloria tras otra. Estábamos seguros de que las demás galaxias progresaban del mismo modo. En nuestra simplicidad esperábamos ver el triunfo rápido, completo y final del espíritu en la totalidad del cosmos. Hasta habíamos concebido que el Hacedor de Estrellas se regocijaba de la perfección de su obra.

Recurriendo a símbolos para expresar lo inexpresable, imaginábamos que, antes del comienzo, el Hacedor de Estrellas estaba solo, y que por amor y espíritu de comunidad había resuelto crear una criatura perfecta, su compañía. Imaginábamos que la había creado de su deseo de belleza y de su voluntad de amor; pero que la había probado también en la creación y la había atormentado, de modo que al fin fuese capaz de triunfar sobre toda adversidad, y alcanzar así tal perfección como él mismo en toda su excelsitud no podría alcanzar nunca. Pensábamos que el cosmos mismo era esa criatura. Y nos parecía en nuestra simplicidad que habíamos asistido a la mayor parte del crecimiento cósmico, y que sólo faltaba el clímax de ese crecimiento, la unión telepática de todas las galaxias, es decir, el espíritu uno, totalmente despierto del cosmos, perfecto, destinado a ser eternamente contemplado y gozado por el Hacedor de Estrellas.

Todo esto nos parecía majestuosamente cierto. Sin embargo, no nos hacía felices. Nos habíamos saciado con el espectáculo del continuo y triunfante progreso en la última época de nuestra Galaxia, y los posibles habitantes de otras galaxias no despertaban nuestra curiosidad. No cabía duda que eran muy similares a nosotros. Nos sentíamos en verdad abrumadoramente fatigados y desilusionados. Habíamos seguido durante tantos eones la fortuna de tantos mundos. Habíamos vivido tan a menudo sus pasiones, nuevas para ellos, pero para nosotros casi siempre repetidas. Habíamos compartido toda suerte de sufrimientos, toda suerte de glorias y vergüenzas. Y ahora que el ideal cósmico, el total despertar del espíritu, parecía a punto de ser alcanzado, nos descubríamos dominados por la fatiga. ¿Importaba acaso que todo el vasto drama de la existencia fuese o no conocido y gozado intrincadamente por el espíritu perfecto? ¿Importaba acaso que nosotros completásemos o no nuestro peregrinaje?

Nuestro grupo, distribuido por toda la Galaxia durante tantos eones, había mantenido dificultosamente la unidad de su mente comunitaria. En todo tiempo «nosotros», a pesar de nuestra pluralidad, habíamos sido en verdad «yo», el simple observador de muchos mundos; pero el mantenimiento de esta identidad se estaba convirtiendo ella misma en un duro trabajo. El «yo» estaba abrumado por la falta de sueño; el múltiple «nosotros» anhelaba los pequeños mundos natales, las madrigueras, y ese embotamiento animal que nos había separado de todas las inmensidades. Yo en particular, el inglés, anhelaba dormir sano y salvo en aquel cuarto donde ella y yo habíamos dormido juntos, olvidadas las urgencias del día, sin nada más que el sueño y la oscura, la pacifica conciencia de la existencia del otro.

Pero aunque la fatiga había vencido en mí toda resistencia, el sueño no venía. Yo seguía allí atado a mis compañeros, entre los numerosas mundos triunfantes.

Un descubrimiento acabó lentamente con nuestra somnolencia. Poco a poco fuimos comprendiendo que el sentimiento prevaleciente en los innumerables sistemas de mundos utópicos no era en verdad de triunfo. En todos los mundos encontramos una convicción muy profunda: la de la pequeñez e impotencia de los seres finitos, cualquiera fuese su nivel. En cierto mundo había una criatura que podríamos llamar un poeta. Le hablamos de nuestra concepción de la meta cósmica, y él nos dijo:

-Cuando el cosmos despierte, si despierta, descubrirá que no es la criatura amada de su creador, sino una mera burbuja que flota a la deriva en el ilimitado e insondable océano del ser.

Lo que nos había parecido al principio la irresistible marcha de unos mundos espirituales, semejantes a dioses, con todos los recursos del Universo a su disposición y la eternidad ante ellos, se nos revelaba ahora gradualmente como algo muy distinto. El gran adelanto de la capacidad mental, y la realización de la comunidad mental en el cosmos, había provocado un cambio en la experiencia del tiempo. El alcance temporal de la mente era ahora mucho más extenso. Los mundos despiertos vivían un eón como un simple día agitado. Tenían conciencia del paso del tiempo como un hombre en una canoa tiene conciencia de un río que nace perezosamente y luego se quiebra en rápidos y corre cada vez más hasta que -no muy lejos- se precipita al mar en una catarata; al mar, es decir, al fin eterno de la vida, la extinción de las estrellas. Comparando el breve plazo de que disponían con la gran obra que tanto los apasionaba -el despertar total del espíritu cósmico- comprendían que no tenían tiempo que perder, y que, probablemente, era ya demasiado tarde. Tenían el raro presentimiento de que un inesperado desastre caería sobre ellos. Decían a menudo: «No sabemos que nos tienen preparado las estrellas, y menos aún el Hacedor de Estrellas». Y otras veces decían: «No hemos de considerar ni por un instante que nuestro mejor fundado conocimiento de la existencia sea realmente la verdad. Sólo vemos los colores que nuestros propios ojos pintan en la película de una burbuja en la espuma del océano del ser».

Esta creencia de que ninguna criatura cumple totalmente su destino daba a la sociedad galáctica de mundos el encanto y la pureza de una flor perecedera y delicada. Y ahora nosotros mismos estábamos aprendiendo a mirar aquella vasta utopía como si fuese una criatura de precaria belleza. En ese estado de ánimo tuvimos de pronto una experiencia notable.

Habíamos decidido tomarnos algo así como un día de fiesta en nuestras exploraciones y disfrutar del vuelo incorpóreo en el espacio. Reunimos a todos los del grupo, desde mundos muy distantes, nos unimos en un único y móvil punto de vista, y luego, como un solo ser, nos deslizamos y giramos entre las estrellas y nebulosas. Al fin se nos ocurrió sumergirnos en el espacio exterior. Nuestra velocidad aumentó hasta que las estrellas de adelante parecieron violetas, y las de atrás rojas; y luego las de adelante y las de atrás se desvanecieron, y nuestra desenfrenada velocidad borró todo lo visible. Hundidos en aquella absoluta oscuridad meditamos en el origen y el destino de las galaxias, y en la imagen del cosmos, que contrastaban de modo tan tremendo con los diminutos hogares a los que tanto deseábamos regresar.

Al fin nos detuvimos, descubriendo que no nos encontrábamos donde creíamos. La Galaxia de la que habíamos partido estaba muy lejos, a nuestras espaldas, no mayor que una nube. Pero no era la nítida espiral que debiera haber sido. Luego de cierta confusión mental descubrimos que estábamos viendo a la Galaxia tal como era en una de las primeras etapas de su existencia, en realidad en un tiempo en que no era aún una galaxia. Pues la nube no era una nube de estrellas sino una niebla luminosa. En el centro había un vago resplandor, de bordes pálidos que se confundía gradualmente con el cielo negro. Hasta el cielo mismo era muy extraño. Aunque sin estrellas, estaba densamente poblado por gran número de nubes claras. Todas parecían más alejadas de nosotros que el lugar de donde habíamos venido, pero algunas

eran tan grandes como Orión en el cielo terrestre. Tan ocupado estaba el cielo que los extremos filamentosos de las nubes se tocaban a veces, o estaban separados por estrechas grietas de vacío que dejaban ver otras nebulosas más remotas, algunas tan distantes que eran meros puntos de luz.

Habíamos retrocedido en el tiempo, evidentemente, hasta una época en que todas las grandes nebulosas eran vecinas, antes que la explosiva naturaleza del cosmos las hubiera alejado unas de otras, luego de separarlas de la densa y uniforme sustancia primera.

Mientras mirábamos, advertimos que los acontecimientos del Universo estaban sucediéndose ante nosotros con fantástica velocidad. Todas las nubes se encogieron visiblemente, retirándose, y cambiando de forma. Todos los orbes parecieron achatarse y se hicieron más definidos. Retrocediendo aún más, y disminuyendo de tamaño, las nebulosas parecieron luego discos de niebla. Pero mirábamos aún cuando se hundieron tanto en los abismos del espacio que nos fue difícil observar otros cambios. Sólo nuestra Nebulosa natal estaba aún cerca, como una forma oval que ocupaba la mitad del cielo. En ella fijamos entonces nuestra atención.

Aparecieron diferencias: regiones de nieblas más brillantes y menos brillantes, de brazos y remolinos débiles, como espuma en las olas del mar. Estas formas oscuras se movían lentamente, como jirones de nubes sobre unas lomas. Al fin se hizo evidente que las corrientes internas de la nebulosa fluían en un cierto orden. Aquel gran mundo de gas giraba en verdad lentamente, casi como un tornado, y al girar se achataba. Era ahora la imagen borrosa de un pedrusco achatado y veteado, y que no veíamos claramente porque estaba demasiado cerca.

Al fin advertimos, con nuestra nueva y milagrosa visión, que aquí y allá, principalmente en las zonas exteriores, aparecían puntos microscópicos de luz más intensa. Mientras mirábamos, el número de estos puntos aumentaba, y el espacio que los separaba se hacía más negro. Nacían las estrellas.

La gran nube continuaba creciendo y achatándose. Pronto fue un disco de corrientes giratorias de estrellas y ovillos de gas aún no condensado: desintegración de los últimos tejidos de la nebulosa. Estos gases continuaron moviéndose de modo casi independiente, cambiando de formas, arrastrándose como criaturas vivas, extendiendo pseudópodos, y desvaneciéndose como se desvanecen las nubes, aunque engendrando nuevas generaciones de estrellas. El corazón de la nebulosa se había condensado ahora, y era más pequeño y de contornos más definidos, como un congestionado globo brillante. Aquí y allá a través del disco había nudos y protuberancias de luz: las futuras constelaciones. En toda la nebulosa se acumulaban estas redondas flores de cardo, estos adornos plumosos, chispeantes, mágicos, donde germinaban pequeños universos de estrellas.

La Galaxia, porque ahora podía tener este nombre, continuaba girando visiblemente con una continuidad hipnótica, extendiendo en la oscuridad enmarañadas trenzas de corrientes de astros. Ahora era como un enorme sombrero blanco, de copa resplandeciente y de ala ancha de débiles estrellas. Parecía un sombrero de cardenal, giratorio. Las dos borlas eran dos largas espirales de estrellas. Los bordes deshilachados se habían desprendido y se habían convertido en subgalaxias que giraban alrededor de la galaxia mayor. Todo el sistema se balanceaba como un trompo, y al fin el ala pareció una elipse todavía más estrecha, de bordes afilados que terminaban en una materia no luminosa, como una línea delgada, oscura y nudosa trazada sobre la brillante sustancia interior de nébulas y estrellas.

Mientras nos esforzábamos por ver más claramente la textura de esta luminosa y nacarada maravilla, descubrimos que nuestra nueva visión, aun cuando abarcaba toda la Galaxia y otras galaxias distantes, percibía cada una de las estrellas como un disco diminuto independiente, tan separado de su vecino más próximo como un corcho que flota en el océano Antártico puede estar separado de un corcho que flota en el océano Ártico. Así, a pesar de la nublada y opalescente belleza de su forma total, la galaxia se nos aparecía como un vacío tachonado de muy apartados centelleos.

Observando las estrellas desde más cerca, vimos que mientras fluían en grupos como cardúmenes de peces, a veces sus corrientes se interpenetraban. Nos pareció que las estrellas de las diferentes corrientes, entrecruzando sus caminos, se impulsaban unas a otras, moviéndose en largas parábolas mientras atravesaban distintas esferas de influencia. Así, a pesar de la distancia que las separaba, las estrellas parecían a menudo diminutas criaturas vivientes que tenían conciencia unas de otras. A veces sus caminos se cruzaban en curvas hiperbólicas, o, más raramente, se unían y formaban estrellas binarias.

Tan rápidamente pasaba el tiempo ante nosotros que los eones eran momentos. Habíamos visto como el tejido nebuloso se condensaba en las primeras estrellas, unas gigantes rojas, aunque desde nuestro punto de observación parecían inconcebiblemente diminutas. Un sorprendente número de estrellas, a causa quizá de la fuerza centrífuga de sus movimientos de rotación, estallaban formando binarias, de modo que, cada vez más, el cielo se poblaba con estos pares danzantes. Mientras tanto las estrellas gigantes disminuían de tamaño y se hacían más luminosas. Pasaban del rojo al amarillo, y luego a un blanco y a un azul resplandecientes. Mientras otras jóvenes gigantes se condensaban a su alrededor, se encogían todavía más, y tomaban de nuevo un color amarillo y rojo de brasa. Al fin las estrellas más viejas se extinguieron una a una como chispas de un incendio. La incidencia de esta mortalidad fue aumentando, lenta pero regularmente. A veces una nova ardía con un brillo muy superior al de sus miríadas de vecinas, y se apagaba. Aquí y allá alguna estrella variable latía con inconcebible rapidez. De cuando en cuando veíamos que una binaria y una tercera estrella se acercaban tanto que una u otra del grupo extendía un filamento hacia su compañera. Con un esfuerzo de nuestra visión sobrenatural veíamos cómo estos filamentos se quebraban y se condensaban en planetas. Y el tamaño infinitesimal y la rareza de estas semillas de vida nos sobrecogía.

Pero las estrellas mismas daban una irresistible impresión de vitalidad. Era raro que los movimientos de estas cosas meramente físicas, estas simples bolas de fuego, que giraban y viajaban de acuerdo con las leyes de sus minúsculas partículas, pareciesen tan vitales, tan indagatorias. Pero toda la Galaxia en realidad parecía tan vital, tan semejante a un organismo, con sus delicadas líneas de corrientes de estrellas, contó las líneas del interior de una célula viva, y de brazos extendidos, casi como órganos del tacto, y con un núcleo de luz. Esta vasta y hermosa criatura estaba seguramente viva, debía de tener una experiencia inteligente de sí misma y de otros seres.

Sentimos que estos desordenados pensamientos nos arrastraban y dominamos nuestra fantasía, recordando que sólo en esas raras semillas llamadas planetas podía engendrarse la vida, y que todas aquellas joyas en movimiento no eran sino un fuego que se consumía a sí mismo.

Con creciente afecto y nostalgia volvimos nuestra atención más cuidadosamente hacia los sutiles remolinos de llamas que se condensaban en los primeros gérmenes de planetas: gotas fundidas al principio que giraban y latían, sobre las que crecía luego una costra pétrea, y una película de agua, y una envoltura de aire. Nuestra vista penetrante observó que en sus aguas profundas fermentaba la vida, que pronto invadió los océanos y continentes. Unos pocos de estos mundos tempranos despertaron a una inteligencia de nivel humano, y muy pronto sus criaturas pisaban el umbral de la lucha por el espíritu, de la que pocos salían victoriosos.

Mientras tanto, nuevos nacimientos planetarios, raros entre las estrellas, y que sumaban sin embargo miles y miles, engendraban nuevos mundos y nuevas biografías. Vimos la Otra Tierra, con sus glorias y miserias recurrentes, y su fracaso final. Vimos los otros mundos humanoides, los equinodermos, los centaurianos, y los otros. Vimos al hombre en su pequeña tierra que pasaba por muchas fases alternadas de torpeza y lucidez y caía de nuevo en la abyección. De época en época su forma corporal cambiaba como una nube. Observamos su desesperada lucha con los invasores marcianos, y luego, tras un momento que incluía otras edades de oscuridad y de luz, vimos que el temor a la caída de la luna lo llevaba al

inhospitalario planeta Venus. Más tarde, luego de un eón que era sólo un suspiro en la vida del cosmos, huyó a Neptuno perseguido por la explosión del Sol, y allí se hundió otra vez en la mera animalidad durante muchos eones. Pero al fin ascendió una vez más y alcanzó su más fina inteligencia, sólo para ser quemado por una irresistible catástrofe como una polilla en una llama.

Toda esta historia humana, apasionada y trágica para sus criaturas, no parecía en la vida de la Galaxia sino un esfuerzo minúsculo, estéril e insignificante, que duraba sólo unos momentos. Cuando se desvaneció del todo, la multitud de sistemas planetarios seguía viviendo, con algunas víctimas ocasionales, y algún nuevo nacimiento planetario, aquí y allá entre las estrellas, y algún desastre nuevo.

Antes y después de la perturbada vida del hombre vimos otras razas humanoides que se alzaban en veintenas y centenares, y de las que sólo unas pocas estaban destinadas a superar el más alto nivel espiritual del hombre, a desempeñar un papel en la comunidad galáctica de mundos. Así vimos pequeños planetas semejantes a la Tierra, diseminados en la vasta corriente de astros, y que trataban de dominar esos problemas sociales y espirituales que está confrontando por vez primera el hombre de nuestra era. De modo similar vimos de nuevo muchas otras razas, nautiloides, submarinas, avianas, compuestas, y aun simbióticas, y otras más raras como los seres plantas. Y de cada clase sólo unos pocos, o ninguno, lograban alcanzar el estado de utopía y tomar parte en la gran empresa comunal de mundos. El resto quedaba en el camino.

Desde nuestra remota mira vimos en una de las aisladas subgalaxias el triunfo de los simbióticos. Aquí al fin había un verdadero germen de comunidad de mundos. Las estrellas de islas universos se fueron rodeando de guirnaldas de perlas vivientes, hasta que toda la Galaxia estuvo animada por mundos. Entre tanto, en el sistema principal apareció la contagiosa y flagrante demencia del imperio que ya habíamos observado en detalle. Pero lo que nos había parecido antes una guerra de titanes, donde grandes mundos maniobraban en el espacio con inconcebible rapidez, destruyéndose mutuamente en sucesivos holocaustos, era ahora los bruscos movimientos de unas pocas chispas microscópicas, unos pocos animálculos luminosos, rodeados por indiferentes miríadas de estrellas.

Al fin, sin embargo, vimos que una estrella ardía y destruía sus planetas. Los imperios habían destruido algo más noble que ellos mismos. Hubo un segundo crimen, y un tercero. Luego, bajo la influencia de la subgalaxia, la locura imperial cedió, y el imperio se deshizo. Y pronto nuestra fatigada atención fue arrastrada por el irresistible advenimiento de la utopía, que invadió la Galaxia. Esto se nos hizo visible principalmente como un creciente aumento de los planetas artificiales. Las estrellas florecieron una tras otra con apretadas órbitas de estas joyas vitales, estos capullos preñados de espíritu. Constelación tras constelación, toda la Galaxia vivió con miríadas de mundos. Cada uno de estos mundos, poblado con su única y multitudinaria raza de sensibles inteligencias individuales, era en sí mismo algo vivo, poseído por un espíritu común. Y cada uno de los sistemas de muchas órbitas populosas era en sí mismo un ser comunal. Y toda la Galaxia, unida por una red telepática era un solo ser ardiente, una inteligencia única, el espíritu común, el «yo» de todos sus innumerables, diversos y efímeros individuos.

Toda esta vasta comunidad miraba ahora más allá de sí misma, hacia las otras galaxias. Resuelta a proseguir la aventura de la vida y del espíritu en la más amplia de todas las esferas, la esfera cósmica, estaba en constante comunicación telepática con sus semejantes, y al mismo tiempo concebía toda suerte de raras ambiciones prácticas, comenzando a aprovechar la energía de sus propias estrellas en una escala hasta entonces inimaginada. No sólo cada Sistema Solar estaba ahora rodeado por un cendal de trampas de luz que concentraban la dispersa energía solar para algún fin práctico, de modo que la luz de la Galaxia parecía

velada, sino que también muchos astros, poco adecuados para ser soles, eran desintegrados y utilizados como prodigiosos almacenes de energía subatómica.

De pronto nuestra atención fue atraída por un acontecimiento que aun a esta distancia era visiblemente incompatible con el estado utópico. Una estrella rodeada de planetas estalló destruyendo todos sus anillos de mundos, y se hundió luego en las sombras. Luego en otra región de la Galaxia, y en otra y en otra, ocurrió lo mismo.

Para averiguar la causa de estos sorprendentes desastres, nos dispersamos otra vez, por un acto de la voluntad, y volvimos a nuestros puestos de los distintos mundos.

Librodot

XI - Estrellas y gusanos

1. Las numerosas galaxias

La Sociedad Galáctica de los Mundos había perfeccionado su comunicación con otras galaxias. El medio más simple de contacto era telepático; pero parecía también deseable cruzar físicamente el vasto vacío que separaba esta Galaxia de la próxima. En la tentativa de emprender estos viajes la sociedad de mundos provocó la epidemia de la explosión de estrellas.

Antes de describir esta serie de desastres diré algo de la condición de las otras galaxias tal como las conocimos a través de la experiencia de nuestra propia Galaxia.

La exploración telepática había revelado hacía tiempo que por lo menos en algunas de las otras galaxias había mundos inteligentes. Y ahora, luego de prolongados experimentos, los mundos de nuestra Galaxia, que habían trabajado para tal fin como una sola mente galáctica, tenían un conocimiento mucho más minucioso del cosmos como totalidad. Esto había sido difícil a causa de un imprevisible espíritu de parroquia que se había descubierto en la actitud mental de las otras galaxias. En la constitución biológica y física básica de las galaxias las diferencias no eran notables. En cada una había una diversidad de razas del mismo tipo general que las nuestras. Pero en el plano cultural las distintas tendencias de desarrollo en cada una de las sociedades galácticas habían producido importantes idiosincrasias mentales, a menudo tan hondas como poco deseables. De modo que al principio los contactos entre las galaxias desarrolladas fueron muy dificultosos. Nuestra propia cultura galáctica había sido dominada por la cultura de los simbióticos, que se había desarrollado en una subgalaxia excepcionalmente feliz. A pesar de los horrores de la edad imperial, la nuestra era una cultura que tenía un cierto carácter amable que dificultaba el intercambio telepático con galaxias de historia más trágica. Además, los conceptos y valores básicos aceptados por nuestra propia sociedad galáctica eran principalmente un desarrollo de la cultura marina que había dominado la subgalaxia. Aunque la población de los mundos «continentales» había sido sobre todo humanoide, las culturas nativas fueron profundamente influidas por la mentalidad oceánica. Y como esta textura mental oceánica era rara entre las sociedades galácticas, nuestra Galaxia estaba también más aislada que la mayoría.

Luego de un largo y paciente trabajo, sin embargo, nuestra sociedad logró tener un panorama bastante completo de la población cósmica de galaxias. Se descubrió que por este tiempo las distintas galaxias estaban en distintas etapas de desarrollo mental, o físico. Muchos sistemas muy jóvenes, donde la materia nebulosa predominaba todavía sobre los soles, no tenían aún planetas. En otros, aunque ya había unos pocos gérmenes vitales, la vida no había alcanzado aún el nivel humano. Algunas galaxias eran físicamente maduras, pero carecían de sistemas planetarios, ya fuese por simple accidente o por alguna excepcional distribución de sus estrellas. En muchos de los millones de galaxias algún mundo inteligente había logrado extender a toda la galaxia su raza y su cultura, organizando la totalidad como el germen del huevo organiza en sí mismo toda la sustancia del huevo. En estas galaxias, muy naturalmente, la cultura estaba basada en la presunción de que toda la población del cosmos se derivaría de

un único germen. Cuando se estableció el intercambio telepático con otras galaxias la reacción fue al principio de total estupefacción. No había pocas galaxias donde dos o más de esos gérmenes se habían desarrollado independientemente, poniéndose al fin en contacto. A veces el resultado era una simbiosis, otras una lucha interminable y aún la destrucción mutua. El tipo más común de sociedad galáctica era indudablemente aquel en que muchos sistemas de mundos se habían desarrollado independientemente, habían entrado en conflicto, se habían destrozado unos a otros, habían creado vastas federaciones e imperios, se habían hundido una y otra vez en el caos social, sin dejar de luchar entre tanto por el advenimiento de la utopía galáctica. Unos pocos habían alcanzado ya esa meta, aunque endurecidos por la amargura. Muchos más tanteaban aún el camino. Algunos estaban tan destruidos por las guerras que había pocas esperanzas de recuperación. Nuestra Galaxia hubiese pertenecido en verdad a ese tipo si no hubiera sido por la feliz intervención de los simbióticos.

A este resumen de la situación galáctica hay que añadir dos puntos. Primero, había ciertas sociedades galácticas muy adelantadas que habían sido espectadoras telepáticas de toda la historia de nuestra propia Galaxia y de las otras. Segundo, en no pocas galaxias las estrellas habían comenzado a estallar inesperadamente destruyendo sus guirnaldas de mundos.

2. Desastre en nuestra Galaxia

Mientras nuestra sociedad galáctica de mundos perfeccionaba su visión telepática, y, a la vez, su estructura social y material, los inesperados desastres que nosotros ya habíamos observado desde lejos la obligaron a atender estrictamente a la tarea de preservar las vidas de sus mundos.

La causa del primer accidente fue la tentativa de separar una estrella de su curso natural y enviarla en un viaje intergaláctico. El intercambio telepático con la más cercana de las otras galaxias era bastante accesible, pero, como ya he dicho, se decidió que el intercambio físico de mundos podía favorecer extraordinariamente la cooperación y el entendimiento mutuos. Se hicieron planes por lo tanto para proyectar varias estrellas con sus correspondientes sistemas de mundos a través del vasto océano de espacio que separaba dos flotantes islas de civilización. El viaje, por supuesto, sería miles de veces más largo que todo lo intentado hasta entonces. Cuando llegara a su fin, muchas estrellas de las dos galaxias, habrían dejado de brillar, y ya se advertirían signos del fin de la vida cósmica. Sin embargo, se pensó que la empresa de unir galaxias en todo el cosmos estaba perfectamente justificada por el acrecentamiento de mutuos conocimientos que se produciría en las galaxias en la fase última y más difícil de la vida cósmica.

Luego de experimentos y cálculos prodigiosos se hizo el primer ensayo de viaje intergaláctico. Cierta estrella, desprovista de planetas, fue empleada como receptáculo de energía, normal y subatómica. Por medio de ingeniosos dispositivos, que mi mente no alcanzó a comprender, esta acumulación de energía fue dirigida a una estrella con planetas, con el propósito de ir desviando poco a poco su curso, orientándola hacia la otra galaxia. La tarea de asegurar que los planetas conservasen sus órbitas durante esta operación, y durante la subsiguiente aceleración del sol, fue muy delicada, pero se llevó a cabo sin destruir más de una docena de mundos. Lamentablemente, cuando la estrella ya apuntaba a su meta, y comenzaba a ganar velocidad, estalló transformándose en una esfera de material incandescente que se expandió con increíble velocidad destruyendo todos los planetas. Luego se apagó lentamente.

En la historia de la galaxia el repentino estallido de una estrella había sido un acontecimiento bastante común. Se sabía que el impacto de un cuerpo errante, o algún factor en la evolución propia de la estrella, podía provocar una explosión subatómica en las capas superiores del astro. En ambos casos la sociedad galáctica podía predecir el acontecimiento con notable precisión, y tomar las medidas necesarias para apartar al cuerpo intruso o alejar

del peligro al amenazado sistema de mundos. Pero este desastre particular fue totalmente imprevisible. No se le encontraba ninguna causa. Infringía las leyes físicas establecidas.

Mientras la sociedad de mundos trataba de entender que había ocurrido, estalló otra estrella, el sol de uno de los principales sistemas de mundos. Se había intentado recientemente aumentar el poder de sus radiaciones, y se atribuyó el desastre a estos experimentos. Al cabo de un tiempo estallaron sucesivamente otras varias estrellas, que destruyeron todos sus mundos. En varios casos se había intentado hacía poco alterar el curso de la estrella o aprovechar su almacenada energía.

El fenómeno se hizo más frecuente. Sistemas tras sistemas de mundos fueron siendo destruidos. Se había abandonado ya toda tentativa de alterar la vida de las estrellas, en cualquier aspecto, sin embargo, la epidemia de «novas» continuaba, y aumentaba. En todos los casos la estrella era un sol con un sistema planetario.

La fase «nova» normal, la explosión causada no por un choque sino por fuerzas internas ocurría solamente en la juventud o en la temprana madurez del astro, y casi nunca más de una vez. En esta última etapa de la galaxia la mayor parte de las estrellas ya habían dejado atrás la edad de la «nova» natural. Parecía posible por lo tanto alejar sistemas completos de mundos de las peligrosas estrellas jóvenes y ponerlos en órbita alrededor de las luminarias más viejas. Esta operación se llevó a cabo varias veces, aunque consumiendo enormes cantidades de energía. Se elaboraron planes emigratorios verdaderamente heroicos para transformar toda la sociedad galáctica, y hasta se decidió recurrir a la eutanasia del exceso de población destruyendo los mundos que no pudieran acomodarse a estos planes.

Mientras se realizaban tales operaciones comenzaron a ocurrir nuevos desastres. Estrellas que ya habían estallado, estallaron de nuevo, y al mismo tiempo sobrevinieron catástrofes de un nuevo tipo. En estrellas muy viejas, que ya habían dejado atrás hacía tiempo el período de posibles explosiones, hubo fenómenos muy raros. Un hilo de sustancia incandescente brotaba de pronto de la fotosfera, y de este modo, a medida que la estrella giraba, el hilo barría el espacio como una cola. A veces este ardiente tentáculo calcinaba la superficie de los planetas, destruyendo toda vida. Otras, cuando el tentáculo no giraba en el plano de las órbitas planetarias, se salvaban algunos planetas. Pero en muchos casos en que la destrucción no era inmediata el tentáculo parecía buscar el plano planetario y destruía el resto de los mundos.

Pronto fue evidente que si no se dominaba esta actividad estelar, la civilización sería diezmada y en toda la galaxia no quedaría un solo ser vivo. Los conocimientos astronómicos no daban ninguna solución. La teoría de la evolución estelar había parecido perfecta hasta entonces, pero no podía explicar estos raros acontecimientos.

Mientras tanto la sociedad de los mundos emprendió la tarea de hacer estallar artificialmente todas las estrellas que no habían pasado espontáneamente por la fase «nova». Se esperaba, de este modo, darles una cierta estabilidad, y utilizarlas luego otra vez como soles. Pero cuando se descubrió que todas las estrellas eran igualmente peligrosas, se abandonaron estos experimentos. En cambio se procuró que las estrellas apagadas proporcionaran de algún modo la radiación necesaria a la vida. Una controlada desintegración atómica las transformaría en soles adecuados, al menos por un tiempo. Lamentablemente, la epidemia de las protuberancias ardientes crecía con rapidez. Sistema a sistema los mundos vivientes fueron desapareciendo. Se investigo desesperadamente y al fin se descubrió un método para alejar el ardiente tentáculo del plano de la eclíptica. Esta técnica no era muy segura. Además, cuando tenía éxito, el sol proyectaba tarde o temprano otro filamento.

El estado de la galaxia cambió así muy rápidamente. Hasta entonces la energía estelar había llegado a los mundos en cantidades incalculables; ahora esta energía era como la lluvia de una nube de tormenta. Aunque unas pocas explosiones no afectaban seriamente el vigor del astro, la repetición de las mismas era cada vez más debilitante. Muchas estrellas jóvenes llegaban muy pronto a un estado de decrepitud. La gran mayoría de la población estelar había superado ya su madurez; muchos astros no eran más que carbones ardientes o cenizas apagadas. El número de mundos inteligentes se había reducido también de modo notable, pues

Librodot

a pesar de todos los ingeniosos métodos de defensa había aún muchas víctimas. Esta reducción de la población de los mundos era más grave a causa de la elevada organización que había alcanzado la sociedad galáctica. En muchos sentidos más que una sociedad era un cerebro. El desastre había destruido casi totalmente ciertos importantes «centros cerebrales», reduciendo visiblemente la vitalidad general. Incluso había afectado al intercambio telepático entre los distintos sistemas de mundos, que estaban obligados a concentrarse en sus urgentes problemas físicos, tratando de defenderse de algún modo de los ataques de su propio sol. La mente comunal de la sociedad de los mundos había dejado de operar.

La actitud emocional de estos mundos había cambiado también. El fervor por establecer la utopía cósmica había desaparecido, y con él el fervor por contemplar la aventura del espíritu mediante un mayor conocimiento y una mayor capacidad creadora. Ahora la exterminación parecía inevitable en un tiempo más o menos breve, y crecía la voluntad de ir al encuentro del destino con una paz religiosa. El deseo de alcanzar la lejana meta cósmica, que había sido al principio el motivo supremo de todos los mundos despiertos, parecía ahora extravagante, y aun impía. No se entendía cómo aquellas pequeñas criaturas, los mundos despiertos, podían llegar a tener conocimiento de la totalidad del cosmos, y menos de lo divino. Se contentarían con desempeñar su papel en el drama, y apreciar su propio y trágico fin con un desprendimiento y un contentamiento supremos.

Este ánimo de exaltada resignación, apropiado para enfrentar el inevitable desastre, pronto cambió bajo la influencia de un nuevo descubrimiento. En algunos mundos se sospechaba desde hacía tiempo que la irregular actividad de las estrellas no era meramente automática, y que tenía un propósito. Se decía, en fin, que las estrellas eran seres vivos, y estaban tratando de librarse a sí mismas de la peste de los planetas. Esta teoría había parecido al principio demasiado fantástica, pero se hizo cada vez más evidente que la destrucción del sistema planetario de la estrella era el fin que determinaba la duración de aquella irregular actividad. Por supuesto, era también posible que de algún modo inexplicable, pero meramente mecánico, la presencia de muchas órbitas planetarias provocara la explosión, o el nacimiento del miembro ardiente. La astrofísica no entendía, sin embargo, que mecanismo podía provocar ese resultado.

La investigación telepática fue reiniciada entonces, para probar la teoría de la conciencia estelar, y para ponerse en comunicación -si era posible- con las estrellas inteligentes. Esta tentativa fue al principio completamente estéril. Los mundos no podían saber que método era el más apropiado para acercarse a mentes que, si realmente existían, tenían que ser inconcebiblemente extrañas. Parecía demasiado probable que ningún factor en la mentalidad de los mundos inteligentes fuese suficientemente similar a la mentalidad estelar como para servir de medio de contacto. Aunque los mundos recurrían a todo el poder de su imaginación, aunque exploraron, por así decirlo, todas las galerías y pasajes subterráneos de su propia mentalidad, llamando esperanzadamente, no recibieron ninguna respuesta. La teoría de la conciencia estelar comenzó a parecer increíble. Una vez más los mundos buscaron el consuelo, si no la alegría, de la aceptación.

Sin embargo, unos pocos mundos que se habían especializado en técnicas psicológicas persistieron en sus investigaciones, pensando que aunque sólo ellos pudieran comunicarse con las estrellas, se alcanzaría algún grado de mutuo entendimiento y concordia entre los dos órdenes de mentes galácticas.

Al fin el deseado contacto con las mentes estelares se efectuó un día, en parte gracias a la mediación de otra galaxia donde los mundos y las estrellas estaban ya reconociéndose mutuamente.

Aun para las mentes de los mundos totalmente despiertos la mentalidad estelar era demasiado extraña, inconcebible. Yo, individuo humano, no alcanzo a comprender ahora ninguna de sus características más distintivas. Sin embargo, trataré de resumir sus más

Librodot

simples aspectos, esenciales para mi historia. Los mundos inteligentes establecieron el primer contacto con las estrellas en los planos más altos de la experiencia estelar, pero no seguiré el orden cronológico de estos descubrimientos. En cambió, comenzaré describiendo aspectos de la naturaleza estelar que fueron descubiertos sólo después de haberse logrado una intercomunicación estable. El lector podrá concebir más fácilmente la vida mental de las estrellas luego de haberse familiarizado con los conceptos de la biología y la fisiología estelares.

3. Estrellas

Las estrellas pueden considerarse en verdad organismos vivos, pero -fisiológica y psicológicamente- de una especie muy peculiar. Las capas superiores y medias de una estrella madura están formadas, en apariencia, por corrientes entretejidas de gases incandescentes. Estos «tejidos» gaseosos viven y mantienen la conciencia estelar interceptando parte de la inmensa energía que brota del centro congestionado y furiosamente activo de la estrella. Las capas vitales interiores son en cambio algo así como un aparato digestivo que transmuta la radiación en materias necesarias a la vida de la estrella. La capa coordinadora que envuelve esta área digestiva podría ser considerada el cerebro del astro. Las capas más exteriores, incluso la corona, responden a los más débiles estímulos del ambiente cósmico de la estrella, a la luz de las estrellas vecinas, a los rayos cósmicos, al impacto de los meteoros, a las tensiones creadas por la influencia gravitatoria de los planetas y los otros astros. Estas influencias no podrían, por supuesto, producir ninguna impresión clara si no interviniese un raro tejido de órganos sensorios gaseosos que miden la cualidad y dirección de las influencias transmitiendo la información a la capa «cerebral».

La experiencia sensible de una estrella, aunque extraña a nosotros, nos pareció bastante inteligible. No nos fue extremadamente difícil compartir telepáticamente la percepción estelar de las nuevas titilaciones, los roces, las atracciones y las luces del ambiente galáctico. Era raro que aunque el propio cuerpo de la estrella resplandeciese extremadamente, esto no afectaba en absoluto sus propios órganos. La estrella sólo veía la luz débil de las otras estrellas. De este modo percibía las luminosas constelaciones del cielo, que no se aparecía como oscuridad absoluta, sino inundada por el color de los rayos cósmicos, inconcebible para nosotros los humanos. Los colores con que eran vistas las estrellas mismas dependían de la especie y la edad.

Pero aunque la percepción de las estrellas fuese para nosotros bastante inteligible, nada entendimos en un principio de los móviles de la vida estelar. Tuvimos que acostumbrarnos a un modo enteramente nuevo de considerar los acontecimientos físicos. Pues la actividad motora normal de las estrellas no parecía ser otra cosa que los movimientos físicos *normales* estudiados por nuestros hombres de ciencia, movimientos que estaban relacionados con otras estrellas y con la totalidad de la Galaxia. Las estrellas han de tener en verdad una conciencia vaga de la influencia gravitatoria de toda la Galaxia, y más precisamente de la «atracción» de los astros vecinos, aunque estas influencias, por supuesto, son demasiado pequeñas para que puedan ser detectadas por instrumentos humanos. La estrella responde con movimientos voluntarios, que para los astrónomos de los minúsculos mundos inteligentes son puramente mecánicos, y siente, indiscutible y justamente, que este movimiento es la libre expresión de su propia naturaleza psicológica. Tal fue al menos la casi increíble conclusión a que nos llevaron las investigaciones realizadas por la sociedad galáctica.

De modo que la experiencia normal de una estrella comprende la percepción de su ambiente cósmico junto con continuos cambios voluntarios en el interior de su propio cuerpo y en su posición cósmica en relación con otras estrellas. Estos cambios de posición son, por supuesto, movimientos de rotación y traslación. La vida motora de una estrella puede interpretarse, pues, como una sucesión de pasos de danza o una figura de patinaje, ejecutados

Librodot

con perfecta habilidad de acuerdo con el principio ideal que emerge en la conciencia de la estrella desde las profundidades de su naturaleza, y que se hace más claro a medida que el astro madura.

Este principio ideal no puede ser concebido por el hombre, salvo cuando se manifiesta prácticamente en el conocido principio físico «del menor esfuerzo», o en el recorrido de una trayectoria que -dentro de las condiciones gravitatorias y otras parecidas- es la menos extravagante. La estrella misma aparentemente decide y ejecuta esta trayectoria ideal, en el campo electromagnético del cosmos, con la misma atención y delicadeza con que un motociclista se abre paso a través del tránsito en un camino serpeante, o con la misma economía de esfuerzos con que una intérprete de ballet realiza los más intrincados movimientos. Parece evidente que toda la existencia física de una estrella es experimentada por ella misma como una suprema felicidad, un estado de éxtasis, una persecución siempre triunfante de la belleza formal. Los mundos inteligentes sacaron estas conclusiones guiados por sus propias experiencias estéticas formales. En verdad, gracias a estas experiencias lograron establecer contactos por vez primera con las mentes de las estrellas. Pero la percepción de la verdad estética (¿o religiosa?) de ese misterioso canon, que las estrellas aceptaban tan seriamente, superaba la capacidad mental de los mundos inteligentes. Podría decirse que lo aceptaban como prueba de confianza. Indudablemente este canon estético simbolizaba de algún modo cierta intuición espiritual vedada a los mundos inteligentes.

La vida de una estrella individual es no sólo una vida de movimiento físico. Es también indudablemente, en muchos sentidos, una vida cultural y espiritual. De alguna manera cada estrella descubre en la presencia de las otras estrellas seres conscientes. Este mutuo conocimiento es probablemente intuitivo y telepático, aunque debe de fundarse también en inferencias y observaciones. De la relación psicológica de unas estrellas con otras emerge todo un orden de experiencias sociales tan ajenas a los mundos inteligentes que casi nada puede decirse de él.

Hay quizá alguna razón para creer que la libre conducta de una estrella está determinada no sólo por los austeros cánones de la danza sino también por un impulso social de cooperación. No hay duda de que la relación entre las estrellas es perfectamente social. Me recordaba la relación que une a los ejecutantes de una orquesta, pero una orquesta donde todos sus miembros están dedicados enteramente a la tarea común. Posiblemente, aunque no con certeza, cada estrella, al ejecutar su tema particular, es guiada no sólo por motivos estéticos o religiosos sino también por la voluntad de permitir que sus compañeras tengan todas las oportunidades legítimas de expresarse. De este modo la vida de cada estrella es experimentada no sólo como una perfecta ejecución de la belleza formal sino también como una perfecta expresión de amor. Sería, sin embargo, un error atribuir a las estrellas sentimientos de afecto y camaradería en un sentido humano. Quizá habría que limitarse a decir que sería probablemente más falso negar un afecto mutuo entre ellas que atribuirles realmente capacidad de amor. La investigación telepática vislumbró que la experiencia de las estrellas era en su totalidad de una textura muy distinta a la de los mundos inteligentes. Aun atribuirles pensamientos o deseos de cualquier especie sería quizá algo groseramente antropomórfico, pero es imposible hablar de sus experiencias en otros términos.

La vida mental de una estrella es casi ciertamente un progreso que se inicia con una oscura mentalidad infantil y alcanza la discriminatoria conciencia de la madurez. Todas las estrellas, jóvenes o viejas, son mentalmente «angélicas», pues todas aspiran libre y gozosamente a la «buena voluntad», a la vía recta tal como a ellas se les revela. Pero las jóvenes estrellas tenues, aunque ejecuten perfectamente su parte en la danza galáctica, parecen de algún modo espiritualmente ingenuas o infantiles, en comparación con las más experimentadas. De modo que aunque no hay tal cosa como el pecado entre las estrellas (ninguna elección deliberada de una trayectoria conocida como errónea y que lleve a un fin

Librodot

conocido como impertinente) hay, sin embargo, ignorancia y, por consiguiente, desviación del camino que a las estrellas más maduras se les ha revelado como ideal. Pero estas aberraciones de las estrellas jóvenes son aparentemente aceptadas por las estrellas más despiertas como factor deseable en el desenvolvimiento de la danza galáctica. Desde el punto de vista de la ciencia natural, tal como es conocida en los mundos inteligentes, la conducta de una estrella joven es, por supuesto, la exacta expresión de su joven naturaleza, y la conducta de las estrellas mayores expresión a su vez de su naturaleza madura. Pero, sorprendentemente, la naturaleza física de una estrella en cualquier etapa de su desarrollo es en parte expresión de la influencia telepática de otras estrellas. Por supuesto, la ciencia física, de cualquier época, no puede detectar nunca este hecho. Los hombres de ciencia deducen las leyes físicas de la evolución estelar, de fenómenos que son en sí mismos expresión no sólo de influencias físicas normales sino también de insospechadas influencias psíquicas.

En las edades más antiguas del cosmos la primera «generación» de estrellas tuvo que encontrar el camino que lleva de la infancia a la madurez sin ayuda exterior; pero las «generaciones» posteriores fueron guiadas de algún modo por la experiencia de sus mayores, de modo que pasaron más rápida y plenamente de la oscuridad a una lúcida conciencia de ellas mismas como espíritus, y así mismo al conocimiento del universo espiritual en que vivían.

Casi con certeza, las últimas estrellas nacidas de la condensación de la nébula primera se desarrollaban (o desarrollarán) más rápidamente que sus predecesoras, y en las huestes estelares se creía que a su debido tiempo las estrellas más jóvenes superarían con creces, al llegar a la madurez, el alto nivel espiritual de las estrellas mayores.

Hay buenas razones para suponer que los dos deseos supremos de toda estrella son el de ejecutar perfectamente su parte en la danza comunitaria, y el de alcanzar una verdadera comprensión de la naturaleza del cosmos. Este último deseo era el factor de la mentalidad estelar que mejor comprendían los mundos inteligentes.

El clímax de la vida de una estrella ocurría luego de haber dejado atrás el largo período de juventud que los astrónomos humanos llaman «gigante roja». Al cerrarse este período se reduce rápidamente y pasa al estado enano en que se encuentra hoy nuestro sol. Este cataclismo físico parece estar acompañado por cambios mentales de largo alcance. Por lo tanto, aunque la estrella desempeña un papel menos evidente en los ritmos de danza de la Galaxia, tiene también quizá una conciencia más clara y penetrante. Se interesa menos en el ritual de la danza estelar que en su supuesta significación espiritual. Luego de esta larga fase de madurez física sobreviene otra crisis. La estrella se contrae otra vez y alcanza esa condición inconcebiblemente densa que nuestros astrónomos llaman «enana blanca». Su mentalidad en la crisis de que hemos hablado era casi impenetrable a la investigación de los mundos inteligentes. Pasaba, en apariencia, por una crisis de desesperación y de creación de nuevas esperanzas. De aquí en adelante la mente estelar parecía dominada por una creciente tensión de desconcertante y aun terrorífica negatividad, una lejanía helada, casi cínica, que, sospechábamos, no era más que el anverso de algún temible y oculto enajenamiento. Entre tanto la estrella continuaba desempeñando su parte en la danza, meticulosamente, aunque con otro ánimo. Los fervores estéticos de la juventud, la más serena, pero activa voluntad de la madurez, la devoción a la sabiduría había desaparecido. Quizá la estrella estuviese satisfecha entonces con la comprensión y serenidad que había alcanzado, y se complaciera simplemente en gozar de la contemplación del Universo. Quizá; pero los mundos inteligentes nunca pudieron saber si la madura mente estelar parecía incomprensible a causa de la superioridad de su desarrollo o por algún oscuro desorden del espíritu. Las estrellas permanecían en este estado de vejez durante un período muy largo, perdiendo gradualmente energía, y retirándose mentalmente a sí mismas hasta sumergirse en una suerte de impenetrable trance de senilidad. Al fin su luz se extinguía y sus tejidos se desintegraban. De aquí en adelante continuaban sus viajes por el espacio en un estado de inconsciencia que repugnaba a los astros todavía conscientes.

Librodot

Esta, de modo aproximado, es la vida normal de una estrella común. Pero hay muchas variedades dentro del tipo general. Pues no todas las estrellas tienen el mismo tamaño, ni la misma composición, y probablemente se distinguen también por el impacto psicológico con que se manifiestan a las otras estrellas. Una de las más comunes, entre los tipos excéntricos, es la estrella doble, dos poderosos globos de fuego que avanzan en círculos por el espacio, en algunos casos tocándose casi. Como todas las relaciones estelares, esta es también perfecta, angélica. Sin embargo, es imposible asegurar que la pareja experimente algo que pueda ser llamado un sentimiento de amor personal, o que se consideren más que compañeros dedicados a una tarea común. La investigación sugería evidentemente que los dos seres recorrían sus serpeantes caminos con algo así como mutua satisfacción, una satisfacción que nacía asimismo de una íntima colaboración con la Galaxia. ¿Pero amor? Es imposible decirlo. A su debido tiempo, con la pérdida del *momentum*, las dos estrellas se ponían realmente en contacto. Entonces, en algo que parecía una agonizante llamarada de alegría y dolor, se unían confundiéndose. Luego de un período de inconsciencia, la gran nueva estrella generaba nuevos tejidos, y ocupaba su puesto en la compañía angélica.

Las raras cefeidas variables eran la especie estelar más desconcertante. Parecía que éstas y otras variables de vida mucho más larga pasaban alternadamente del quietismo al fervor, en armonía con su propio ritmo físico. No es posible decir más.

Un acontecimiento que tiene en apariencia gran importancia psicológica, y que ocurre muy raramente, es el acercamiento mutuo de dos o tres estrellas, y la proyección consiguiente de filamentos estelares. En el momento mismo en que un filamento roza una estrella, y poco antes que se desintegre dando nacimiento a planetas, el astro experimenta probablemente un éxtasis físico intenso, pero humanamente ininteligible. Aparentemente las estrellas que han pasado por esta experiencia han alcanzado una comprensión particularmente vívida de la unidad del cuerpo y del espíritu. Las estrellas «vírgenes» sin embargo, aunque no han pasado por esta maravillosa ventura, parecen no tener deseos de infringir los sagrados cánones de la danza en busca de oportunidades para tales encuentros. Cada una de ellas está satisfecha con desempeñar su parte y observar el éxtasis de aquéllas a quienes el destino ha favorecido.

Describir la mentalidad de las estrellas es, por supuesto, describir lo ininteligible por medio de metáforas humanas, inteligibles, pero falsas. Esta distorsión aparece como particularmente grave en la descripción de las dramáticas relaciones entre las estrellas y los mundos inteligentes, pues bajo la presión de estas relaciones las estrellas parecen haber experimentado por vez primera emociones que superficialmente al menos podrían llamarse emociones humanas. Mientras la comunidad estelar fue inmune a las interferencias de los mundos inteligentes, cada uno de sus miembros mostró una perfecta rectitud y expresó perfectamente su propia naturaleza y el espíritu común. Aun la senilidad y la muerte se aceptaban con calma, pues eran -universalmente- parte del tejido de la existencia, y lo que toda estrella deseaba no era la inmortalidad, ya para sí misma o la comunidad, sino el goce perfecto de su propia naturaleza. Pero cuando al fin los mundos inteligentes, los planetas, empezaron a interferir apreciablemente en el movimiento y en la energía estelares, algo nuevo e incomprensible entró presumiblemente en la experiencia de las estrellas. Las más afectadas se encontraron de pronto en un verdadero conflicto mental. Por alguna causa que ellas mismas no alcanzaban a percibir, no solamente erraban sino que también parecían desear el error. Aunque todavía veneraban la verdad, elegían el extravío.

Dije que esta perturbación no tenía precedentes. Esto no es estrictamente cierto. Parecía que casi todas las estrellas habían experimentado alguna vez en sus vidas privadas una desviación no muy distinta. Sin embargo, y casi siempre, habían conseguido mantenerla en secreto, hasta que al fin se había hecho tan familiar que era ya tolerable, o la estrella lograba ahogar la fuente misma de la desviación. Era en realidad sorprendente que seres de naturaleza

Librodot

ajena e ininteligible -en tantos sentidos- pudieran ser en este aspecto sorprendentemente «humanos».

En las capas exteriores de las estrellas jóvenes había casi siempre vida, no sólo vida normal, sino también vida parásita, organismos de fuego minúsculos e independientes, a veces no mayores que una nube en el aire terrestre, y otros tan grandes como la Tierra misma. Estas «salamandras» se alimentaban de la radiante energía de la estrella del mismo modo que los propios tejidos orgánicos del astro, o simplemente de los tejidos mismos. Aquí como en todas partes operaban las leyes de la evolución biológica, y con el tiempo aparecían razas de seres inteligentes parecidos a llamas. Aun cuando la vida salamandriana no alcanzaba este nivel, su efecto en los tejidos de la estrella se le aparecía a ésta como una enfermedad de la piel o de los órganos de los sentidos, o aun de los tejidos más profundos. La estrella experimentaba entonces emociones no muy distintas de las humanas, como miedo y vergüenza, y ansiosamente, y humanamente, ocultaba su secreto a las sondas telepáticas de sus semejantes.

Las razas de las salamandras nunca lograron dominar sus mundos ardientes. Muchas de ellas sucumbieron, tarde o temprano, a algún desastre natural o a las actividades de eliminación o limpieza del poderoso huésped. Muchas otras sobrevivieron, pero en un estado relativamente inofensivo, perturbando a sus estrellas sólo como una débil irritación, y un leve matiz, de insinceridad en sus relaciones con los otros astros.

En la cultura pública de las estrellas la peste de las salamandras era completamente ignorada. Cada estrella creía ser la única enferma de toda la Galaxia. La peste tuvo, sin embargo, un efecto indirecto e importante en el pensamiento estelar introdujo la idea de pureza. Todas las estrellas apreciaban aun más la perfección de la comunidad estelar a causa de su propia y secreta imperfección.

Cuando los planetas inteligentes empezaron a trabajar seriamente en la energía estelar y en las órbitas estelares, el efecto en las estrellas no fue de vergüenza íntima sino algo así como un escándalo público. Era indudable para todos los observadores que la culpable había violado los cánones. Las primeras aberraciones fueron recibidas con asombro y horror. Entre las huestes de las estrellas vírgenes se murmuró que si el resultado de los tan apreciados contactos interestelares, de los que habían nacido los planetas naturales, era en última instancia esta vergonzosa irregularidad, entonces acaso la misma experiencia original había sido pecaminosa. Las otras estrellas protestaron diciendo que no eran ellas las culpables sino aquellas motículas que giraban alrededor. Sin embargo, secretamente, dudaban de sí mismas. ¿No habrían al fin y al cabo infringido el canon de la danza en aquel extático ir de estrella a estrella? Sospechaban, además, que en cuanto a las irregularidades que eran ahora motivo de escándalo, hubieran podido resistirse preservando sus verdaderas trayectorias.

Mientras tanto el poder de los mundos inteligentes se acrecentaba. Los soles eran llevados de un lado a otro para que cumplieran los propósitos de sus parásitos. Desde el punto de vista de la población estelar estos astros no eran, por supuesto, otra cosa que peligrosos lunáticos. La crisis sobrevino, como ya he dicho, cuando los mundos proyectaron su primer mensajero hacia la galaxia más próxima. La inocente estrella, aterrorizada ante la locura de su propia conducta, tomó la única represalia que conocía. Paso al estado de nova y estalló destruyendo exitosamente a sus planetas. De acuerdo con la ortodoxia estelar este acto era en si un verdadero crimen, pues interfería impíamente con el orden divinamente señalado de la vida de una estrella. Pero cumplía con el fin deseado, y pronto fue imitado por otras estrellas desesperadas.

Siguió entonces la edad de horror que ya he descrito desde el punto de vista de la sociedad de los mundos. No fue sin duda menos terrible para las estrellas, pues la situación de la sociedad estelar pronto se hizo desesperada. La perfección y beatitud de los antiguos días habían desaparecido. «La ciudad de Dios» era ahora una morada de odio, recriminaciones y desesperación. Multitudes de estrellas jóvenes se habían convertido en prematuras y amargadas enanas, y las maduras habían caído casi en la senilidad. Las formas de la danza eran un caos. Aunque la antigua pasión por los cánones de la danza continuaba viva, la

concepción misma de los cánones se había oscurecido. La vida espiritual había sucumbido a la necesidad de la acción urgente. Se anhelaba aun el progreso del conocimiento interior, pero nadie veía ya claramente en sí mismo. Además, la primera e ingenua confianza, que compartían tanto las estrellas jóvenes como las maduras, la certidumbre de la perfección del cosmos y la rectitud del poder sustentador, había sido reemplazada por una desesperación estéril.

4. Simbiosis galáctica

Tal era la situación cuando los mundos inteligentes intentaron por vez primera ponerse en contacto telepático con las estrellas inteligentes. No necesito hablar de las etapas por las que el mero contacto fue convirtiéndose en una especie de torpe y precaria especie de comunicación. Con el tiempo las estrellas empezaron a entender que no se enfrentaban con meras fuerzas físicas, ni con demonios, sino con seres cuya naturaleza era en el fondo idéntica a la de ellas. Nuestra investigación telepática percibió oscuramente el asombro que se extendió por toda la población estelar. Dos opiniones, dos políticas, dos bandos parecen haber emergido entonces gradualmente.

Uno de estos bandos sostenía que las pretensiones de los planetas inteligentes debían de ser falsas, pues estos seres que habían vivido en una sucesión de errores y luchas y crímenes eran sin duda esencialmente diabólicos; relacionarse con ellos equivalía a cortejar el desastre. Este bando, al principio en mayoría, opinó que la guerra debiera continuar hasta la destrucción de todos los planetas.

El Partido de la Minoría reclamó paz. Los planetas, afirmaron, buscaban a su modo los mismos fines que las estrellas. Hasta se sugirió que estos seres minúsculos, con su más variada experiencia y su larga relación con el mal, podían haber alcanzado ciertos grados de discernimiento que las estrellas, esos ángeles caídos, no habían conocido. ¿No podían aquellas dos especies fundar juntas una gloriosa sociedad simbiótica, y realizar así el deseado ideal, el pleno despertar del espíritu?

Paso mucho tiempo antes que la mayoría escuchase este consejo. La destrucción continuó, junto con el despilfarro de las preciosas energías de la Galaxia. Muchos sistemas de mundos fueron desapareciendo, uno tras otro. Muchas estrellas cayeron en el agotamiento y el estupor, una tras otra.

Mientras tanto la sociedad de los mundos mantuvo una actitud pacífica. No hubo más intentos de aprovechar directamente la energía de los soles. No se alteraron más órbitas estelares. No se hizo estallar artificialmente ninguna otra estrella.

La opinión estelar empezó a cambiar. La cruzada de exterminación decreció y fue abandonada. Siguió entonces un período de aislacionismo en el que las estrellas, dedicadas a la reconstrucción de su sociedad, no prestaron atención a quienes habían sido sus enemigos. Gradualmente nació entre los planetas y los soles un intento de fraternización. Las dos especies de seres, aunque no pudiesen entender totalmente las idiosincrasias de la otra, eran demasiado lúcidas para entregarse a meras pasiones tribales. Resolvieron por lo tanto superar los obstáculos y establecer alguna suerte de comunidad. Pronto todas las estrellas desearon tener sus guirnaldas de planetas artificiales y llegar a alguna relación «simpsíquica» con sus acompañantes. Pues era evidente ahora para las estrellas que los *animacula* tenían mucho que dar. Las experiencias de los dos órdenes de seres eran de algún modo complementarias. Las estrellas conservaban aún la sustancia de la sabiduría angélica de la edad dorada. Los planetas las superaban en lo analítico, lo microscópico, y en esa caridad que había nacido en ellos junto con una indulgente aceptación de las propias debilidades. Para las estrellas, además, era asombroso que sus minúsculos compañeros pudiesen aceptar no sólo con resignación sino también con alegría un cosmos donde las huellas del mal eran evidentes.

Librodot

Paso el tiempo, y una sociedad simbiótica de estrellas y sistemas planetarios abrazó toda la Galaxia. Pero era al principio una sociedad enferma, y fue hasta el fin una Galaxia empobrecida. De su billón de estrellas sólo unas pocas estaban aún en la plenitud de la vida. No había sol sin planetas. En muchas estrellas muertas se provocó la desintegración atómica para proveer soles artificiales. Otras fueron utilizadas de un modo más económico. Se criaron o sintetizaron razas especiales de organismos inteligentes para que habitasen en esos grandes mundos. Muy pronto densas poblaciones de innumerables tipos edificaban una austera civilización en mil estrellas que habían ardido en otro tiempo, y donde subsistía una energía volcánica que ahora aprovechaban los pobladores. Criaturas minúsculas, similares a gusanos, artificialmente creadas, se arrastraban trabajosamente por unas llanuras donde la gravitación opresiva no permitía que se alzase una piedra sobre el nivel del suelo. Tan violenta era esa gravitación que una caída desde un centímetro de altura hacía pedazos los cuerpos menudos de estos gusanos. Los habitantes de los mundos estelares cuando no contaban con luz artificial vivían en una oscuridad permanente, mitigada sólo por la luz de las estrellas, el resplandor de las erupciones volcánicas, y la fosforescencia de sus propios cuerpos. Sus túneles subterráneos llevaban a vastas estaciones de fotosíntesis donde la energía almacenada de la estrella era aprovechada para la vida mental y física. La inteligencia en estos mundos gigantes no era, por supuesto, una función del individuo sino de la colonia. Como los insectoideos estas pequeñas criaturas eran meros animales cuando se separaban del grupo, guiados sólo por el instinto de reincorporarse a la vida común.

La necesidad de poblar las estrellas muertas no habría aparecido sí la guerra no hubiese reducido canto el número de planetas inteligentes y de soles capaces de recibir nuevos sistemas planetarios. Había que crear otras poblaciones para que la vida comunal pudiese mantener sin peligro su diversidad. La sociedad de los mundos había sido una unidad delicadamente organizada donde cada elemento tenía una función especial. Los miembros perdidos no podían ser recuperados, y era necesario producir nuevos mundos que reemplazasen a aquellos, por lo menos aproximadamente.

La sociedad simbiótica superó gradualmente las inmensas dificultades de organización, y empezó a preocuparse por esa meta que es la aspiración última de todas las mentes completamente despiertas, una meta a la que aspiran inevitable y gozosamente, pues corresponde a las necesidades de sus naturalezas más intimas. La sociedad simbiótica buscó, pues, el despertar del espíritu.

Pero este propósito, que anteriormente la compañía angélica de las estrellas y la ambiciosa sociedad de los mundos habían esperado poder alcanzar no sólo en los límites de la Galaxia sino en todo el cosmos, era ahora considerado con más humildad. Tanto las estrellas como los mundos reconocían que la Galaxia natal y la totalidad cósmica de las galaxias estaban cerca del fin. La energía física, que había parecido en un tiempo inagotable, era cada vez más escasa y alcanzaba apenas para mantener la vida. Estaba extendiéndose de un modo cada vez más uniforme por todo el Universo. Los organismos inteligentes sólo podían interceptarla aquí y allí, y con dificultad, antes que su potencial descendiese. Muy pronto el Universo sería físicamente senil.

Todos los planes ambiciosos fueron abandonados. Ya no se discutió la posibilidad de viajar entre las galaxias. Tales empresas consumirían lo poco que había sobrevivido a la extravagancia de pasados eones. Hasta se interrumpieron las innecesarias idas y venidas dentro de los límites de la propia Galaxia. Los mundos permanecieron atados a sus soles. Los soles se enfriaban progresivamente. Y entre tanto, los mundos contraían sus órbitas en busca de calor.

Pero aunque la Galaxia estaba físicamente empobrecida, era en muchos aspectos una utopía. La sociedad simbiótica de estrellas y mundos había alcanzado una armonía perfecta. La lucha entre las dos especies era un recuerdo del pasado remoto, y ambas se mantenían

ahora leales al propósito común. Vivian sus vidas personales en celosa cooperación, amistoso conflicto, e interés mutuo. Cada una tomaba parte de acuerdo con su capacidad en la tarea común de exploración y apreciación cósmicas. Las estrellas estaban muriendo ahora más rápidamente que antes, y la hueste de estrellas maduras se había convertido en una hueste de envejecidas estrellas blancas. A medida que morían dejaban sus cuerpos a disposición de la sociedad, para que fuesen usados como reservas de energía subatómica, o como soles artificiales, o como mundos habitados por poblaciones inteligentes. Muchos sistemas planetarios giraban ahora alrededor de un sol artificial. Físicamente la sustitución era tolerable, pero para seres que habían dependido de una relación mental con una estrella viva aquel mero horno tenía un valor ínfimo. Previendo la inevitable disolución de la simbiosis en toda la Galaxia, los planetas trataban de absorber rápidamente la visión angélica de las estrellas. Pero luego de unos pocos eones los planetas mismos tuvieron que reducir su número. Alrededor de aquellos soles cada vez más fríos ya no podían apretarse miríadas de planetas. Pronto el poder mental de la Galaxia, que hasta entonces había sido mantenido con dificultad en su más alto nivel, comenzó a desvanecerse inevitablemente.

Sin embargo, la Galaxia no perdía su ánimo. La simbiosis había perfeccionado de un modo notable el arte de la comunión telepática; y las muchas especies de espíritu que componían aquella sociedad se habían unido y comprendido de un modo tan íntimo que de esa armoniosa diversidad había emergido una verdadera mente galáctica, de un alcance que sobrepasaba al de las estrellas y al de los mundos, tanto como éstos sobrepasaban el de sus propios individuos.

La mente galáctica, que no era sino las mentes de las estrellas y mundos y organismos diminutos individuales enriquecidas por todas las otras mentes, sabía que le quedaba poco tiempo de vida. Recordando las edades pasadas de la historia galáctica, examinando panoramas temporales donde se apretaban poblaciones diversas, la mente de nuestra Galaxia se veía a sí misma como la consecuencia de una lucha, una pena y una esperanza frustrada y tácita. Todos los torturados espíritus del pasado no eran motivo de piedad o pena sino de sonriente satisfacción, tal como la que un hombre puede sentir cuando piensa en las tribulaciones de su propia infancia. Y la mente decía, con la mente de cada uno de sus miembros: «El sufrimiento del pasado, que a las criaturas de ese entonces les parecía un mal estéril, era el bajo precio que exigía mi advenimiento futuro. La totalidad en que estas cosas ocurren es justa, fértil y hermosa. Pues yo soy el cielo en que todas mis criaturas encontrarán recompensa, satisfaciendo los deseos de sus corazones. Y en el poco tiempo que me queda he de apresurarme, con todos mis pares, a completar el cosmos con nuestro perfecto y gozoso conocimiento, y a saludar al Hacedor de Galaxias y de Estrellas y de Mundos con nuestras justas alabanzas».

XII - Un espíritu cósmico incompleto

Cuando al fin nuestra Galaxia fue capaz de explorar telepáticamente todas las galaxias descubrió entonces que la vida en el cosmos era bastante precaria. Muy pocas de las galaxias estaban aún en su juventud: la mayoría había pasado ya la edad madura. En la totalidad del cosmos las estrellas muertas y sin luz superaban en número a las estrellas vivas y luminosas. En muchas galaxias la lucha de estrellas y mundos había sido aún más desastrosa que en la nuestra. La paz había llegado sólo cuando ambos bandos habían caído en un estado de degeneración irremediable. Sin embargo, en la mayoría de las galaxias más jóvenes la lucha no había estallado aún, y los espíritus más despiertos de otras galaxias se esforzaban por iluminar a las estrellas y sociedades planetarias ignorantes, antes que se iniciase el conflicto.

El espíritu comunal de nuestra Galaxia pertenecía ahora al pequeño grupo de los seres más despiertos del cosmos, el desperdigado bando de los espíritus galácticos avanzados que tenían como meta la creación de una verdadera comunidad cósmica, con una sola mente: el espíritu comunal de miríadas de mundos distintos e inteligencias individuales. Se esperaba así alcanzar un conocimiento y una creatividad inconcebibles en el mero plano galáctico.

Con grave alegría nosotros, los exploradores cósmicos, que ya nos habíamos incorporado a la mente comunal de nuestra propia Galaxia, nos encontramos en íntimo contacto con decenas de otras mentes galácticas. Nosotros (aunque mejor podría decir «yo») experimentamos el lento movimiento de las galaxias como un hombre siente el movimiento de sus propios miembros. Desde mis múltiples puntos de vista observe la tormenta de nieve de muchos millones de galaxias, que fluían y giraban, apartándose cada vez más unas de otras junto con la incesante «expansión» del espacio. Pero aunque la vastedad del espacio aumentaba constantemente en relación con el tamaño de las galaxias, estrellas y mundos, para mí (con todos los seres que me acompañaban, en un cuerpo disperso) el espacio no era más grande que una gran sala terrestre abovedada.

Mi experiencia del tiempo cambió también, pues ahora, como en ocasiones anteriores, los eones eran tan breves como minutos. La vida entera del cosmos se me aparecía no como el paso pausado e inmensamente prolongado de una remota y oscura fuente a una eternidad aún más remota, sino como una breve carrera, precipitada y desesperada, contra la fugacidad del tiempo.

Ante las numerosas galaxias atrasadas, yo me veía a mí mismo como una inteligencia solitaria en un yermo de bárbaros y bestias. El misterio, la futileza, el horror de la existencia se me aparecían con su máxima crueldad. Pues para mí, para el espíritu de aquel pequeño grupo de galaxias despiertas rodeadas por hordas dormidas aún, y condenadas a muerte, no había esperanza de triunfo en ninguna otra parte. Se me había revelado ya -así creía yo- la totalidad de la existencia. No podía haber «otra parte». Yo conocía con exactitud la suma de la materia cósmica. Y aunque la «expansión» del espacio estaba apartando a casi todas las galaxias con una rapidez tal que la luz no alcanzaba a salvar el abismo, la exploración telepática me mantenía aún en contacto con la totalidad del cosmos. El espacio insuperable

creado por la incesante «expansión» había separado físicamente a muchos de mis propios miembros, que telepáticamente, sin embargo, continuaban unidos.

Yo, la mente comunal de decenas de galaxias, creía ser entonces la mente abortada y deforme del cosmos vivo. La miríada de comunidades unidas en mí tenía que haberse expandido seguramente para abarcar toda la existencia. En el clímax de la historia cósmica la mente totalmente despierta tenía seguramente que haber alcanzado la plenitud del conocimiento y la adoración. Pero no era así. Pues aún ahora, en la fase última del cosmos, cuando la energía física estaba casi totalmente agotada, yo no había llegado sino a un bajo nivel de crecimiento espiritual. Yo era, mentalmente, un adolescente aún, y, sin embargo, mi cuerpo cósmico conocía ya la decadencia. Yo era el embrión en desarrollo del huevo cósmico y, sin embargo, la yema estaba ya pudriéndose.

Mirando retrospectivamente el panorama de los eones, me impresionaba menos la extensión del viaje que me había traído a este estado que su rapidez, su confusión, y aún su brevedad. Asomándome a las edades más tempranas, antes que apareciesen las estrellas, antes que las nebulosas nacieran del caos, yo no alcanzaba a ver aún ninguna fuente clara, sino sólo un misterio tan oscuro como los que enfrentan los minúsculos habitantes de la Tierra.

Igualmente, cuando yo intentaba sondear las profundidades de mi propio ser, no encontraba tampoco sino un impenetrable misterio. Aunque la conciencia de mí mismo había alcanzado un plano tres veces superior al de la conciencia de los seres humanos -del simple individuo a la mente-mundo, de la mente-mundo a la mente galáctica, y de ésta a la abortada mente cósmica- sin embargo, yo solo encontraba oscuridad en las profundidades de mi ser.

Mi mente había acumulado toda la sabiduría de todos los mundos de todas las edades; la vida de mi cuerpo cósmico era en sí misma la vida de miríadas de mundos infinitamente diversos, de miríadas de individuos infinitamente diversos; la creatividad y la alegría animaban mi vida común. Sin embargo, todo esto no era nada. Pues alrededor se movían las galaxias que no habían realizado su destino, la muerte de mis estrellas había empobrecido gravemente mi propia carne, y los eones se alejaban hacia el pasado con fatal velocidad. Pronto mi cerebro cósmico se desintegraría. Y entonces, inevitablemente, yo iría perdiendo mi preciado aunque imperfecto estado de lucidez, y descendería, a través de todas las etapas de la segunda infancia de la mente, hacia la muerte cósmica.

Era muy extraño que yo, que conocía toda la extensión del espacio y del tiempo, y que había contado las estrellas como ovejas, sin olvidar ninguna, yo que era él más despierto de todos los seres, yo, la gloria a la que habían sacrificado sus vidas miríadas de seres de todas las épocas, la gloria que esas miríadas habían adorado, mirara ahora a mi alrededor con la misma angustia sobrecogedora, la misma adoración humilde y muda con que los viajeros humanos que cruzan el desierto miran las estrellas nocturnas.

XIII - El comienzo y el fin

1. Regreso a las nebulosas

Mientras las galaxias despiertas luchaban por utilizar plenamente la última fase de su conciencia lúcida, mientras yo, la mente cósmica imperfecta luchaba de ese modo, comencé a experimentar algo raro y nuevo. Era como si yo hubiese tropezado telepáticamente con un ser o seres de un orden que en un comienzo me pareció totalmente incomprensible.

Al principio supuse que yo había entrado inadvertidamente en contacto con criaturas subhumanas en las primeras edades de un planeta natural, quizá con algunos microorganismos ameboideos inferiores, que flotaban en un mar primigenio. Yo solo tenía conciencia de necesidades corporales, como la de asimilar energía física para el mantenimiento de la vida, la necesidad de movimiento y de contacto, la necesidad de luz y calor.

Impacientemente traté de dejar de lado este incidente trivial. Pero continuó acosándome, haciéndose cada vez más activo y más lúcido. Al fin alcanzó una intensidad de vigor físico y bienestar y una divina confianza que no se habían manifestado en ningún espíritu desde el principio de las estrellas.

No necesito hablar aquí de las etapas que me llevaron a entender el significado de esta experiencia. Descubrí gradualmente que no me había puesto en contacto con microorganismos, ni con mundos o estrellas o inteligencias galácticas sino con las mentes de la gran nébula antes que su sustancia se hubiese desintegrado en estrellas para formar las galaxias.

Al fin fui capaz de seguir la historia de estas mentes desde que habían despertado por vez primera, cuando sólo existían como discretas nubes de gas que se apartaban unas de otras luego del explosivo acto de la creación, hasta el tiempo en que luego de dar nacimiento a las huestes estelares, se hundieron en la senilidad y en la muerte.

En las fases primeras, cuando eran físicamente unas nubes tenues, tenían una mente que no era más que una informe necesidad de acción, y una percepción borrosa de esa congestión infinitamente débil en el interior de la propia y vacua sustancia.

Observé como se condensaban en globos de contornos más definidos, luego en discos lenticulares, con rayas brillantes y abismos oscuros, y se convertían en unidades más independientes, de una estructura más orgánica. La congestión interior, aunque muy leve, dio mayor animación a los átomos, no más apretados entonces, en relación con el tamaño de la nébula, que las estrellas en el espacio. Cada nébula era ahora un núcleo individual de débil radiación, un sistema aislado de ondas impenetrantes que iban de átomo a átomo.

Y luego estos inmensos megaterios, estos titanes ameboideos empezaron a despertar mentalmente a una vaga unidad de experiencia. De acuerdo con las normas humanas, y aun de acuerdo con las normas de los mundos y estrellas inteligentes, esta experiencia de las nebulosas era de una increíble lentitud. Pues para estas entidades -a causa de su mismo prodigioso tamaño y el lento movimiento de las ondas con las que estaba físicamente

relacionada la vida consciente- mil años no eran más que un instante imperceptible. Esos períodos que los hombres llaman geológicos, y donde aparecen y desaparecen una especie tras otra, eran vividos como nosotros vivimos una hora.

Cada una de las grandes nébulas era consciente de su cuerpo lenticular, como un volumen compacto de corrientes hormigueantes. Cada una de ellas anhelaba realizar su propia potencia orgánica, aliviar la presión de la energía física interior, y expresarse libremente en movimientos, pero anhelaban también algo más.

Pues aunque tanto física como mentalmente estos seres primordiales eran extrañamente parecidos a los microorganismos primeros de la vida planetaria, eran también notablemente distintos. Por lo menos tenían una característica que aun yo, la rudimentaria mente cósmica, no había advertido en los microorganismos: una voluntad o predilección que sólo puedo sugerir aquí con metáforas.

Aunque las más adelantadas de estas criaturas eran física e intelectualmente muy simples, había algo en ellas que me veo obligado a llamar conciencia religiosa, primitiva pero intensa. Parecían anhelar dos metas, y ambas eran en esencia religiosas. Tenían por una parte el deseo, o más bien la ciega urgencia, de unirse entre ellas, y tenían a la vez la ciega y apasionada urgencia de unirse de nuevo en la fuente donde habían nacido.

El Universo que habitaban las nébulas era, por supuesto, muy simple, un Universo en verdad pobre. Era también para ellas realmente pequeño. Para cada una de las nébulas el cosmos estaba compuesto por dos cosas: el propio cuerpo, casi informe, y el cuerpo de sus semejantes. En estas primeras edades las nébulas estaban muy cerca unas de otras, pues el volumen del cosmos era pequeño entonces en relación con sus partes, ya fuesen nébulas o electrones. En esa edad las nébulas -que en los días del hombre son como pájaros que vuelan en el cielo- vivían como confinadas en una estrecha jaula. De modo que cada una influía así notablemente sobre las otras. Y a medida que se organizaban más, que se transformaban en unidades físicas más coherentes, distinguían con mayor rapidez la estructura de las ondas natales de las irregularidades provocadas por la influencia de las entidades vecinas. Y como un recuerdo de la común nube ancestral, interpretaban esta influencia como signo de la presencia de otras nébulas inteligentes.

Así que ya en esta época las nébulas eran vaga pero intensamente conscientes de la presencia de las demás como seres distintos. La comunicación entre ellas era, sin embargo, débil y muy lenta. Así como unos prisioneros encerrados en celdas separadas se acompañan de algún modo con golpecitos en las paredes, y hasta pueden llegar con el tiempo a desarrollar todo un sistema rudimentario de señales, así las nébulas revelaban mutuamente su presencia con tensiones gravitatorias y largas pulsaciones de luz. No obstante, aun en esta fase de confinamiento, un mensaje tarda millones de años en llegar a destino. Cuando las nébulas llegaron a la edad madura, todo el cosmos reverberaba con sus transmisiones.

En la primera de las fases, cuando estas vastas criaturas se encontraban todavía muy cerca unas de otras, y aún en un estado de inmadurez, se preocupaban sobre todo en mostrarse mutuamente. Con animación infantil, se comunicaban trabajosamente la alegría que les inspiraba la vida, los apetitos y penas, los caprichos, las idiosincrasias, la pasión común por una vuelta a la unidad, y el anhelo de ser, como a veces han dicho los hombres, uno en Dios.

Pero aun en los primeros días, cuando pocas nebulosas habían alcanzado la madurez, y la mayoría vivía todavía en una cierta confusión mental, fue pronto evidente, para las mentes más despiertas, que estas criaturas estaban separándose cada vez más. A medida que las mutuas influencias físicas iban disminuyendo, cada una de las nebulosas observaba también que sus compañeras se alejaban y empequeñecían. Los mensajes tardaban cada vez más en despertar una respuesta.

Si las nebulosas hubiesen sido capaces de comunicarse telepáticamente, la «expresión» del Universo hubiese sido afrontada sin desesperación. Pero estos seres eran aparentemente

Librodot

demasiado simples para establecer un contacto mental directo y lúcido. De modo que se encontraron condenadas a la desesperación. Y como el tiempo vital era en ellas muy lento, les parecía que se habían separado cuando apenas acababan de encontrarse. Lamentaron amargamente la ceguera de la infancia. Pues tan pronto como llegaban a la madurez no sólo nacía en todas ellas la pasión por el mutuo deleite, que nosotros llamamos amor, sino también la convicción de que la unión mental era el camino que llevaba a las fuentes primeras.

Cuando se hizo evidente que la separación era inevitable, cuando las dificultades de comunicación comenzaron a desintegrar aquella comunidad tan difícilmente alcanzada, y las nebulosas más remotas estaban ya apartándose unas de otras a gran velocidad, cada una de ellas se preparó obligadamente a enfrentar el misterio de la existencia en absoluta soledad.

Siguió entonces un eón, o un breve instante para aquellas lentas criaturas, en el que buscaron, por medio de un dominio de la propia materia y por medio de la disciplina espiritual, la suprema iluminación que buscan naturalmente todos los seres despiertos.

Pero entonces apareció una nueva perturbación. Algunas de las nebulosas mayores se quejaron de una rara enfermedad que estorbaba sus meditaciones. Los bordes exteriores de la tenue materia comenzaban a concentrarse en pequeños nudos. Estos se convirtieron con el tiempo en semillas de fuego intenso y congestionado. En el vacío intermedio no quedaban más que unos pocos átomos sueltos. Al principio el mal no fue más serio que una erupción trivial en la piel de un hombre pero más tarde se extendió a los tejidos más profundos de la nébula, y fue acompañado por graves perturbaciones mentales. En vano intentaron las criaturas sacar ventaja de la plaga y considerarla una prueba espiritual enviada por el cielo. Aunque al principio les bastó para defenderse un heroico desprendimiento, pronto los estragos de la plaga doblegaron toda voluntad. Les parecía ahora que el cosmos era un lugar de inutilidad y horror.

Las nebulosas más jóvenes no tardaron en advertir que las mayores, una a una, caían en un estado de pesadez y confusión, y que ese estado concluía indefectiblemente en el sueño que los hombres llaman muerte. Pronto fue indiscutible, aun para él más animado de los espíritus, que esta enfermedad no era un accidente casual sino un destino inherente a la naturaleza de las nebulosas.

Los megaterios celestiales fueron aniquilados uno a uno para dar lugar a las estrellas.

Mirando esos acontecimientos desde mi puesto en el lejano futuro, yo, la mente cósmica rudimentaria, traté de que las nebulosas moribundas del pasado remoto supieran que esas muertes no eran el fin sino una de las primeras etapas de la vida cósmica. Esperaba yo poder consolarlas dándoles alguna idea del vasto e intrincado futuro, y de mi propio y final despertar. Pero resultó imposible comunicarse con ellas. Aunque dentro de la esfera de sus experiencias comunes, las nebulosas demostraban tener cierta inteligencia, más allá de esos límites parecían simplemente imbéciles. Era como sí un hombre intentase consolar a la célula germen desaparecida de la que él mismo ha nacido hablándole de su propia exitosa carrera en la sociedad humana.

Como esta tentativa de consuelo fue, pues, vana, hice a un lado la compasión, y seguí hasta el fin el colapso de la comunidad de nebulosas. De acuerdo con normas humanas, la agonía se prolongó inmensamente. Comenzó con la desintegración de las nebulosas más viejas, y la aparición de las primeras estrellas, y continuó (o continuará) hasta después de la destrucción de la raza humana en Neptuno. En verdad, la última de las nebulosas no se hundió en una inconsciencia incompleta hasta que muchos de los cadáveres de sus vecinos se transformaron en sociedades simbióticas de estrellas y mundos inteligentes. Pero para las nebulosas de vida lenta la plaga fue como una enfermedad galopante. Una tras otra, cada una de aquellas grandes bestias religiosas se encontró luchando con un sutil enemigo, hasta caer en un estado de estupor. Ninguna de ellas supo nunca que esa materia desintegrada era la semilla de estrellas rápidas y jóvenes, o que ya había aquí y allí unas criaturas

incomparablemente más rápidas e incomparablemente más ricas, criaturas que como los hombres vivían las comprimidas edades de su historia en los últimos, escasos y perturbados momentos de los monstruos primitivos.

2. El momento supremo se acerca

La incipiente mente cósmica en que yo me había transformado fue conmovida profundamente por el descubrimiento de la vida nebular. Pacientemente, yo estudié aquellos megaterios casi informes, absorbiendo en mi propio ser compuesto el fervor de una naturaleza simple, pero honda. Pues estas criaturas aspiraban a realizar sus deseos con una concentración y una pasión desconocidas en los mundos y estrellas. Cuando penetre en la historia de estos seres me encontré con una imaginación tan fervorosa, que yo mismo, la mente cósmica, me transformé de algún modo. Considerando desde el punto de vista nebular la vasta complejidad y sutileza de los mundos vivientes, comencé a preguntarme si las infinitas divagaciones de los mundos eran motivadas realmente por una sobreabundancia de ser y no por una debilidad de percepción espiritual, por una naturaleza de potencialidad inmensamente variada y no por la mera falta de una experiencia intensa y consciente. La aguja de una brújula débilmente magnetizada apunta una y otra vez al este y al oeste, y tarda en descubrir la dirección que le corresponde. Una aguja más sensible señala en cambio inmediatamente el norte. La misma complejidad de los mundos, con sus multitudes de seres minúsculos pero complejos, ¿no habría confundido el sentido de la dirección del espíritu? La simplicidad y el vigor espiritual de los seres primeros y más vastos, ¿no habrían alcanzado algo de muy alto valor, que la complejidad y la sutileza de los mundos nunca podrían alcanzar?

No. Aunque la mentalidad nebular era excelente, en sus propios y curiosos límites, las mentalidades planetarias y las estelares tenían también sus especiales virtudes. Y de las tres, la planetaria era la de más alto nivel, pues las contenía a todas.

Me permití entonces creer que yo, como al fin había incluido en mi propio ser no sólo un íntimo conocimiento de numerosas galaxias sino también de la primera vida cósmica, podía considerarme a mí mismo con alguna justicia la mente incipiente de la totalidad del cosmos.

Pero las galaxias despiertas que participaban de mi ser no eran sino una pequeña minoría en la población total de las galaxias. Por medio de la influencia telepática continué ayudando a las numerosas galaxias que estaban en el umbral de la madurez mental. Si yo incluía en esta comunidad cósmica, pensé, algunos centenares de galaxias despiertas en vez de unas pocas decenas, quizá yo mismo, la mente comunal, pudiera fortalecerme y llegar a salir de mi estado de impedida infancia mental hasta algo más similar a la madurez. Me parecía evidente que aún ahora, en mi estado embrionario, yo estaba ascendiendo a un nuevo plano de conocimiento. Si la fortuna me ayudaba, podría encontrarme aún en presencia de aquel que en el lenguaje humano de este libro ha sido llamado el Hacedor de Estrellas.

En este tiempo mi necesidad de esa presencia había llegado a ser una pasión dominadora. El velo que ocultaba aún el origen y la meta de las nebulosas, las estrellas y los mundos estaba abriéndose, o así parecía. Aquel que había inflamado sentimientos de adoración en miríadas de seres, y que, sin embargo, no se había revelado claramente a ninguno, aquel a quien todos se habían encaminado ciegamente, representándolo con las imágenes de miríadas de divinidades, estaba ahora, sentía yo (frustrado pero aún creciente espíritu del cosmos), a punto de revelárseme.

Yo que también había sido adorado por muchos de mis pequeños miembros, yo que me había alzado por encima de los sueños de mis criaturas, me sentía ahora oprimido, abrumado por mi propia pequeñez y mi propia imperfección. Pues la velada presencia del Hacedor de Estrellas ya estaba dominándome con su tremendo poder. Cuanto más ascendía a lo largo del espíritu, más inaccesibles me parecían las alturas que se alzaban ante mí. Pues lo que me había parecido una vez cima era ahora el pie de una montaña, abrupta, de paredes que caían a

pico, glacial, y que se perdía arriba en una niebla oscura. Nunca, nunca llegaría a triunfar en esa ascensión. Y, sin embargo, tenía que seguir adelante. Un anhelo irresistible superaba el temor.

Mientras tanto, y bajo mi influencia, las galaxias todavía jóvenes fueron alcanzando una por una el punto de lucidez que les permitió unirse a la comunidad cósmica y enriquecerme con alguna experiencia peculiar. Pero el debilitamiento físico del cosmos no se detenía. Cuando la mitad de la población total de las galaxias hubo llegado a la madurez, fue evidente que muy pocas de las otras tendrían éxito.

Pocas estrellas vivas quedaban en las galaxias. Algunos de los astros muertos, sometidos a la desintegración atómica, eran utilizados como soles artificiales, y estaban rodeados por muchos miles de planetas también artificiales. Pero la gran mayoría de las estrellas, pétreas ahora, estaban habitadas. Al cabo de un tiempo fue necesario evacuar todos los planetas, ya que los soles artificiales tenían una energía demasiado extravagante. Las razas que habitaban los planetas fueron así destruyéndose a sí mismas, una por una, transmitiendo el material de sus mundos y toda su sabiduría a los habitantes de las estrellas apagadas. Así fue que en el cosmos, en un tiempo un enjambre de galaxias ardientes, compuestas por galaxias de estrellas, no hubo más que cadáveres de astros. Estas motas oscuras flotaban en el oscuro vacío como un humo infinitamente tenue que se alza de un fuego extinguido. En estas motas, estos mundos gigantescos, las últimas poblaciones habían creado aquí y allí con sus luces artificiales un pálido resplandor, invisible aún para los más interiores de los planetas sin vida.

El tipo más común entre las criaturas que habitaban estos mundos estelares era el de los gusanos o insectoides minúsculos. Pero había muchas razas de individuos de mayor tamaño, adaptadas curiosamente a la prodigiosa gravitación de los mundos gigantes. Cada una de estas criaturas era algo así como una manta viviente. En la cara inferior se apretaban unas patitas que eran también bocas. Estos miembros sostenían un cuerpo de no más de tres centímetros de grosor aunque de un par de metros de ancho y diez de largo. En el extremo anterior unos «brazos» eran sostenidos también por batallones de patas. La parte superior del cuerpo era un tejido poroso, de alvéolos con una gran variedad de órganos sensorios. Entre las dos superficies se extendían los órganos del metabolismo y la vasta área del cerebro. Comparados con las colonias de gusanos y de insectos, estos seres parecidos a intestinos tenían la ventaja de una unidad mental más firme y una mayor especialización de los órganos; pero eran también de movimientos más torpes y menos adecuados a la vida subterránea, a la que debieron sujetarse más tarde todas las poblaciones.

Los grandes mundos oscuros, con atmósferas de inmenso peso y océanos increíbles donde las olas de las tormentas más furiosas no eran más que ondas en una superficie de mercurio terrestre, pronto fueron cubiertos por civilizaciones de gusanos, de insectoides, y de esas criaturas más precarias parecidas a mantas. La vida en estos mundos era casi una vida en dos dimensiones. Aun el más rígido de los elementos artificiales era demasiado débil para permitir la construcción de altas estructuras.

A medida que pasaba el tiempo, los habitantes de estas estrellas pétreas iban consumiendo el calor interior, y era necesario desintegrar atómicamente el núcleo rocoso de la estrella. De este modo las estrellas se convirtieron en esferas cada vez más huecas, sostenidas por un sistema interior de contrafuertes. Una a una las poblaciones, o mejor los descendientes especialmente adaptados de las civilizaciones anteriores, se retiraron al interior de las estrellas apagadas.

Prisioneras de sus mundos huecos, y aisladas del resto del cosmos, estas poblaciones fueron la armazón telepática de la mente cósmica. Fueron en verdad mi carne. En la inevitable «expansión» del Universo, las galaxias oscuras habían estado alejándose unas de otras tan rápidamente, y durante tantos eones, que ya ni la luz podía cubrir los abismos cósmicos. Pero esta desintegración prodigiosa importaba menos a las últimas poblaciones que el aislamiento físico de las estrellas en la época en que había cesado toda radiación estelar y todo viaje interestelar. Desde las galerías de numerosos mundos estas poblaciones se mantenían

telepáticamente unidas. Íntimamente se conocían unas a otras en toda su diversidad. Juntas sostenían la mente comunal, plenamente conscientes del pasado intrincado y vivido del cosmos, y que se esforzaban incansablemente por alcanzar su meta espiritual antes que un aumento de la entropía destruyera el tejido de las civilizaciones.

Tal era la situación del cosmos al acercarse al momento supremo de su carrera y a esa iluminación que habían buscado oscuramente todos los seres de todas las edades. Curiosamente, eran estas últimas poblaciones, impedidas y empobrecidas, y que consumían ya sus energías postreras, las que cumplirían la tarea en la que habían fracasado los brillantes mundos de épocas anteriores. Era en verdad el caso de la gallina que vence al águila. A pesar de las forzadas circunstancias estas criaturas mantenían intacta la estructura esencial de la comunidad cósmica, y de la mentalidad cósmica. Y recurrían al pasado para ahondar su sabiduría más allá de los límites de toda sabiduría pasada.

El momento supremo del cosmos no fue (o no será) un momento, de acuerdo con normas humanas; pero en el orden cósmico no duró sin duda más que un breve instante. Cuando poco más de la mitad de la población de muchos millones de galaxias participaban ya plenamente de la comunidad cósmica, y era evidente que ya no podía esperarse mucho, siguió entonces un período de universal meditación. Las poblaciones mantenían sus esforzadas civilizaciones utópicas, vivían sus vidas personales de trabajo e intercambio social, y al mismo tiempo, en el plano comunal, remodelaban toda la estructura de la cultura cósmica. No me detendré en esta fase. Baste decir que a cada galaxia y a cada mundo se le asignó una función mental especialmente creadora, y que todos asimilaban el trabajo de todos. Al cerrarse este período, yo, la mente comunal, emergí renovada, como de una crisálida; y durante un breve momento, que fue en verdad el momento supremo del cosmos, me encontré con el Hacedor de Estrellas.

Para el autor humano de este libro nada queda hoy de aquel largo momento, de aquel eterno momento que viví como parte de la mente cósmica, salvo la memoria de una amarga beatitud, junto con unos pocos e incoherentes recuerdos de la experiencia misma que provocó en mí esa beatitud.

Algo tengo que decir, de algún modo, de esa experiencia. Me enfrentó a la tarea, como es inevitable, con una impresión de incompetencia abismal. Las mejores mentes de la raza humana, a través de todas las edades de la historia, no han logrado describir sus momentos de más profunda intuición. ¿Cómo me atrevo entonces a emprender esta tarea? Y, sin embargo, tengo que hacerlo. Aunque caiga sobre mí un bien merecido ridículo, aunque me desprecien y me censuren moralmente tengo que intentar describir lo que vi. Si un marinero náufrago pasa en su balsa ante costas maravillosas, luego, cuando regresa a su hogar, no encuentra paz. Su rudo acento y dicción torpe disgustan al hombre culto. Otros se ríen de él porque no puede distinguir la realidad de la ilusión. Y, sin embargo, tiene que hablar.

3. El momento supremo y después

En el momento supremo del cosmos, yo, como mente cósmica, creí encontrarme con el origen y la meta de todas las cosas finitas.

En ese momento, por supuesto, no percibí el espíritu infinito como forma sensible. En verdad no percibí nada sino lo que había percibido antes, muchos populosos mundos estelares, y moribundos. Pero con auxilio de ese medio que en este libro he llamado telepático, alcancé una mayor percepción interior, y sentí inmediatamente la presencia del Hacedor de Estrellas. Anteriormente, como ya he dicho, me había sentido poderosamente dominado por la velada presencia de un ser ajeno, distinto de mi cuerpo cósmico y mi mente consciente, distinto de mis miembros vivos y de los enjambres de estrellas apagadas. Pero ahora el velo se estremeció, y fue para la visión mental casi transparente. La fuente y la meta de todas las cosas, el Hacedor de Estrellas, se me reveló oscuramente como un ser separado

de mí yo consciente, objetivo y, sin embargo, como enraizado en las profundidades de mi propia naturaleza, similar en fin a mí mismo, aunque infinitamente más que yo mismo.

Me pareció que yo veía al Hacedor de Estrellas en dos aspectos: como el particular modo creativo del espíritu del que había nacido yo, el cosmos; y también, lo que era más terrible, como algo incomparablemente superior a la creatividad: la perfección eternamente realizada del espíritu absoluto.

Estériles, estériles y triviales son estos mundos. Pero la experiencia no es estéril.

Enfrentado a esta infinitud, más honda que mis más hondas raíces, y más alta que la más alta de mis cimas, yo, la mente cósmica, la flor de todas las estrellas y mundos, me sentí sobrecogido, como se siente sobrecogido un salvaje con el rayo y el trueno. Y mientras yo caí en la abyección ante el Hacedor de Estrellas, una corriente de imágenes me inundaba la mente. Las deidades ficticias de todas las razas de todos los mundos se acumularon entonces en mí: símbolos de majestad y de ternura, de poder despiadado, de ciega creatividad, y penetrante sabiduría. Y aunque estas imágenes no eran sino fantasías de mentes creadas, me pareció que todas y cada una encerraban realmente alguna verdadera característica del poder del Hacedor de Estrellas.

Mientras yo contemplaba las huestes de deidades que se alzaban hacia mí como nubes de humo desde muchos mundos, una nueva imagen, un nuevo símbolo del espíritu infinito tomó forma en mi mente. Aunque nacido de mi propia imaginación cósmica, había sido engendrado por un ser superior a mí. Para el escritor humano de este libro poco queda de esa visión que me humilló y exaltó como mente cósmica. Pero he de recuperarla necesariamente como mejor pueda, en una débil red de palabras.

Me pareció ante todo que yo había retrocedido en el tiempo hasta el momento de la creación, y que yo asistía al nacimiento del cosmos.

El espíritu meditaba. Aunque infinito y eterno, se había limitado a sí mismo dándose un ser, finito y temporal, y meditaba en un pasado que no le satisfacía. Estaba descontento de alguna creación pasada, oculta para mí; y estaba descontento asimismo de su propia naturaleza pasajera. El descontento impulso el espíritu a una nueva creación.

Pero ahora, de acuerdo con la fantasía, concebida por mi mente cósmica, el espíritu absoluto, que se había limitado a sí mismo con la creatividad, se separó de sí mismo y objetivó un átomo de su potencialidad infinita.

Este microcosmos estaba fecundado con el germen de un tiempo y espacio propios, y toda clase de seres cósmicos.

En el interior de este cosmos puntual una miríada de centros físicos de energía, que los hombres conciben vagamente como electrones, protones, y otras partículas coincidían al principio unos con otros. Y estaban dormidos. La materia de diez, millones de galaxias dormía en un punto.

Luego el Hacedor de Estrellas dijo: «Que haya luz». Y hubo luz.

La luz brotó y ardió en todos los coincidentes y puntuales centros de energía. El cosmos estalló, actualizando su potencialidad de espacio y tiempo. Los centros de energía, como fragmentos de una bomba, se desparramaron. Pero todos retuvieron en sí mismos, como un recuerdo y una nostalgia, el espíritu único del todo, y todos reflejaban en sí mismos aspectos de los demás en la totalidad del espacio y el tiempo cósmicos.

Ya no un punto, el cosmos era ahora un volumen de materia inconcebiblemente densa y de radiación inconcebiblemente violenta, que se expandía sin cesar. Y era también un espíritu infinitamente disociado y dormido.

Pero decir que el cosmos se expandía es como decir que sus miembros se contraían. Los centros de energía primarios, coincidentes todos al principio con el cosmos puntual, generaban ellos mismos el espacio cósmico al separarse unos de otros. La expansión de la totalidad del cosmos no era sino la reducción de todas sus unidades físicas y de la longitud de onda de su luz.

Aunque el cosmos era de tamaño finito, en relación con sus minúsculas ondas de luz, era también ilimitado y sin centro. Así como la superficie de una creciente esfera carece de límites y de centro, así el creciente volumen del cosmos no tenía tampoco límites ni centro. Pero así también como la superficie esférica está centrada en un punto ajeno a ella misma, en una «tercera dimensión», así el volumen del cosmos estaba centrado en un punto ajeno a él, en una «cuarta dimensión».

La densa nube de fuego creció hasta que tuvo el tamaño de un planeta, el tamaño de una estrella, el tamaño de toda la galaxia, y el de diez millones de galaxias. Y al crecer así se hizo más tenue, menos brillante, menos turbulenta.

Al fin la nube cósmica fue desgarrada por la tensión de su expansión, en conflicto con la mutua unión de sus partes, rompiéndose en muchos millones de nubecillas: el enjambre de la gran nebulosa.

Durante un tiempo estas partes estuvieron tan cerca unas de otras como las vellosidades nubosas en un cielo cubierto. Pero los abismos se hicieron más anchos, hasta que las partes del cosmos fueron como flores en un material, como abejas en un enjambre en vuelo, como una bandada de pájaros migratorios, como navíos en el mar. Fueron apartándose más y más rápidamente, y al mismo tiempo cada una de las nubes se contrajo, convirtiéndose al principio en una pelota de lana, luego en una lente giratoria y luego en un torbellino de corrientes estelares.

El cosmos continuó expandiéndose hasta que las galaxias más remotas se apartaron tan rápidamente que la luz del cosmos ya no pudo salvar esos abismos.

Pero yo, con visión imaginativa, continué viendo a todas las galaxias. Era como si alguna otra luz, instantánea e hipercósmica, que no procedía de ningún punto del espacio cósmico, iluminara interiormente todas las cosas.

Una vez más, pero a los rayos de una luz penetrante, fría y nueva, yo observe todas las vidas de las estrellas y mundos, y de las comunidades galácticas, y de mí mismo, hasta ese momento en que me encontré con la infinitud que los hombres llaman Dios, y que conciben de acuerdo con sus apetitos humanos.

Yo también intentaba ahora encerrar el espíritu infinito, el Hacedor de Estrellas, en una imagen sacada de mi propia naturaleza, finita aunque cósmica. Pues me parecía que yo había superado de pronto la visión tridimensional común a todas las criaturas, y que yo veía físicamente al Hacedor de Estrellas. Veía, aunque en ninguna parte del espacio cósmico, la ardiente fuente de la luz hipercósmica, como si fuese un punto abrumadoramente brillante, una estrella, un sol más poderoso que todos los soles juntos. Me parecía que esta estrella refulgente era el centro de una esfera cuatridimensional cuya superficie curva era el cosmos tridimensional. Yo, criatura cósmica, percibí esta estrella de estrellas, esta estrella que era en verdad el Hacedor de Estrellas, sólo un momento, antes que su esplendor me cegara la vista. Y en ese momento supe que yo había visto realmente la fuente misma de la luz, la vida y la mente cósmicas, y de muchas otras cosas de las que yo hasta entonces no había tenido conocimiento.

Pero esta imagen, este símbolo concebido por mi mente cósmica, sometido a la tensión de una experiencia inconcebible, se quebró y transformó inmediatamente, tan inadecuada era la realidad de la experiencia. Recordando desde mi ceguera aquel momento de visión, pensé que la estrella, el Hacedor de Estrellas, centro inmanente de toda existencia, me había estado mirando a mí, su criatura, desde la cima misma de su infinitud, y que entonces yo había desplegado inmediatamente las pobres alas de mi espíritu para subir hacia él, y que en ese mismo momento yo había sido cegado, quemado y golpeado. Me había parecido en el momento de mi visión que todos los anhelos y esperanzas de los espíritus finitos que habían ansiado unirse con el espíritu infinito habían dado fuerza a mis alas. Me pareció que la Estrella, mi hacedor, se inclinaría hacia mí, y me alzaría, y me envolvería en su magnificencia. Pues me pareció que yo, el espíritu de muchos años, la flor de muchas edades, era la Iglesia Cósmica, preparada al fin para unirse con Dios. Pero en cambio la terrible luz

me cegó, quemó y golpeó. Sin embargo, no fue sólo el resplandor físico lo que me hizo caer en ese momento supremo de mi vida. En ese momento creí descubrir el ánimo con que el espíritu infinito había creado el cosmos, y lo había sostenido constantemente, observando su torturado crecimiento. Y fue ese descubrimiento lo que me golpeó.

Pues yo me había enfrentado no con un amor bondadoso y alentador, sino con un espíritu muy distinto. Y supe enseguida que el Hacedor de Estrellas no me había creado para que me uniese a él, ni como hijo bien amado, sino para otro destino.

Me pareció entonces que el Hacedor me miraba desde la cima de su divinidad con la atención distante aunque apasionada con que un artista juzga su obra acabada; regocijándose serenamente con su obra, pero reconociendo ya los efectos irrevocables de la concepción inicial y deseando iniciar una nueva creación.

Su mirada me diseccionó con tranquila habilidad, haciendo a un lado mis imperfecciones, y absorbiendo para su enriquecimiento propio la escasa excelencia que yo había obtenido en las luchas de los años.

En mi agonía yo grité contra mi implacable hacedor. Grité que al fin y al cabo la criatura es más noble que el creador, pues la criatura ama y desea el amor, aun el amor de esa estrella llamada el Hacedor de Estrellas; pero el creador, el Hacedor de Estrellas, ni amaba ni necesitaba amar.

Pero tan pronto como yo, míseramente ciego, di ese grito, me sentí consumido de vergüenza. Pero se me hizo evidente de pronto que la virtud del creador no es lo mismo que la virtud en la criatura. Pues el creador, si ama a su criatura, no ama en realidad más que una parte de sí mismo; pero la criatura, al alabar a su creador, alaba a una infinitud que está más allá de sí misma. Advertí que la virtud de la criatura era amar y adorar, y que la virtud del creador era crear y ser la meta incomprensible, inalcanzable e infinita de las criaturas.

Una vez más, pero con sentimientos de adoración y de vergüenza, le grité a mi hacedor, y dije: «Es suficiente, y más que suficiente, ser la criatura de un espíritu tan magnífico y temido, de potencia infinita, de una naturaleza que escapa a la comprensión de la misma mente cósmica. Es suficiente haber sido creado, haber encarnado un instante el espíritu infinito, tumultuosamente creador. Es infinitamente más que suficiente haber sido utilizado, haber sido un esbozo preliminar para una creación más perfecta».

Dije esto y sentí inmediatamente una rara paz y una rara alegría.

Mirando hacia el futuro vi sin pena, con un tranquilo interés, mi propia declinación y ruina. Vi que las poblaciones de los mundos estelares consumían más y más sus recursos para mantener sus frugales civilizaciones. Desintegraban tanta materia en el seno de las estrellas que estaban alterando el equilibrio de esos mundos. Algunos se hundieron realmente en sus centros huecos, destruyendo a los habitantes del interior. La mayoría era reconstruida antes que se alcanzara el punto crítico, en una escala menor. Una a una las estrellas fueron convirtiéndose en mundos de tamaño planetario. Muchos no eran mayores que la luna terrestre. Las poblaciones mismas quedaron reducidas a una millonésima parte del número original, manteniendo en el interior de esos granos huecos el mero esqueleto de la civilización y en condiciones crecientemente precarias.

Contemplando los futuros eones, luego del momento supremo del cosmos, vi los mundos, que conservaban aún todo lo posible los elementos esenciales de la antigua cultura, que vivían todavía sus vidas personales, afanosamente, en tareas incesantemente renovadas; que aún practicaban el intercambio telepático, que aún compartían telepáticamente todo lo que había de valor en los respectivos mundos-espíritus, que aún mantenían una verdadera comunidad cósmica con su mente única. Me vi a mí mismo que preservaba todavía, aunque con creciente dificultad, mi conciencia lúcida, en lucha con la senilidad y la somnolencia, ya sin esperanzas de alcanzar un estado más glorioso que aquel ya conocido, o de mostrarme al

Hacedor de Estrellas en un acto de adoración menos inadecuado, sólo impulsado por una mera necesidad de experiencia, y por lealtad al espíritu.

Pero la decadencia me alcanzó inevitablemente. Mundo tras mundo, dominados por crecientes dificultades económicas, se vieron obligados a reducir aún más sus poblaciones, que al fin no alcanzaron el nivel mínimo exigido por la mentalidad comunal. Luego, como centros cerebrales que degeneran rápidamente, ya no pudieron cumplir su parte en la experiencia cósmica.

Mirando hacia delante desde mi puesto en el momento supremo del cosmos, me vi a mí mismo, la mente cósmica, que caía poco a poco en la muerte. Pero en este mi último eón, cuando todos mis poderes estaban ya desvaneciéndose, y la carga de mi cuerpo en decadencia era una pesada carga para mi debilitado coraje, me consolaba todavía con un oscuro recuerdo de la pasada lucidez. Pues yo sabía confusamente que aún en mi última y más triste edad yo estaba ante la mirada celosa aunque remota del Hacedor de Estrellas.

Todavía sondeando el futuro, desde el momento de mi suprema madurez, una madurez todavía no marchita, vi mi muerte, la ruptura final de los lazos telepáticos de que dependía mi ser. A partir de entonces los pocos mundos sobrevivientes vivieron en un aislamiento absoluto, y en esa condición bárbara que los hombres llaman civilización. Entonces, y en un mundo tras otro, la civilización material comenzó a mostrar numerosas fallas, en particular en las técnicas de la desintegración atómica y la fotosíntesis. Los distintos mundos fueron estallando accidentalmente, uno tras otro, y la pequeña materia cuidadosamente almacenada se transformó en una esfera de ondas luminosas que se perdieron en la oscuridad inmensa, o murieron miserablemente de hambre y frío. Al fin nada quedó en todo el cosmos sino oscuridad, y unos restos de polvo que habían sido galaxias. Poco a poco esas vaharadas de polvo fueron acercándose unas a otras bajo la influencia gravitatoria de sus partes, hasta que al fin, no sin un ardiente choque entre las motas errantes, toda la materia de cada vaharada formó un simple cúmulo. La presión de las vastas regiones exteriores fue calentando el centro de cada cúmulo, hasta producir un fenómeno de incandescencia y aún una actividad explosiva. Pero poco a poco los últimos recursos del cosmos fueron alejándose de los cúmulos cada vez más fríos, y nada quedó sino roca desnuda y las ondas de radiación inconcebiblemente débiles que se extendían en todas direcciones por el cosmos, siempre en «expansión», aunque demasiado lentas para salvar los crecientes abismos entre las aisladas motas de piedra.

Mientras tanto, como las esferas rocosas que una vez habían sido galaxias no podían ya influir físicamente en sus compañeras, y no había mentes que mantuviesen un contacto telepático, cada una de ellas era en verdad un universo independiente. Y como había cesado todo cambio, había cesado también el tiempo propio de cada uno de estos universos estériles.

Como éste era aparentemente el fin, eterno, estático, volví una vez más mi fatigada atención al momento supremo que era en verdad mi presente, o también mi pasado inmediato. Y auxiliado por el maduro poder de mi mente traté de ver con más claridad lo que había estado presente en mi en aquel pasado inmediato. Pues en aquel instante en que yo había visto la estrella resplandeciente que era el Hacedor de Estrellas, yo había vislumbrado, en ese mismo esplendor, unos raros y vivientes panoramas, como si en las profundidades del pasado hipercósmico y también del futuro hipercósmico, y, sin embargo, coexistentes con la eternidad, se extendiesen infinitos cosmos sucesivos.

XIV - El mito de la creación

El caminante que se pasea por una región montañosa, envuelta en nieblas, y que avanza apoyándose en una roca y luego en otra, puede encontrarse de pronto, a la luz del sol y al borde mismo de un precipicio. Allá abajo hay valles y colinas, llanuras, ríos, intrincadas ciudades, el mar con todas sus islas; y allá arriba está el Sol. Del mismo modo, en el momento supremo de mi experiencia cósmica, salí de las nieblas de mi finitud para encontrarme con un cosmos y otro cosmos, y con la luz misma que no sólo ilumina sino que también es dadora de vida. Luego, inmediatamente, la niebla se cerró sobre mi otra vez.

Yo no podría describir exactamente esa rara visión, inconcebible para cualquier mente finita, aun de estatura cósmica. Yo, pequeño individuo humano, estoy ahora infinitamente alejado de ese instante, que desconcertó a la misma mente que yo era entonces. Sin embargo, sí no dijese nada de la culminación de mi aventura, traicionaría el espíritu del todo. El lenguaje humano y el pensamiento humano son por naturaleza incapaces de alcanzar la verdad metafísica, pero es indispensable que intente aquí expresar algo, aunque sólo sea por medio de metáforas.

Todo lo que puedo hacer es anotar, dentro de los límites de mis poderes humanos, algo del tumultuoso desorden que provocó en mi imaginación cósmica aquélla rara visión, cuando ya la intolerable lucidez me había cegado, y yo trataba de recordar a tientas lo que había ocurrido. Pues en mi ceguera la visión se me aparecía como un fantástico reflejo de mí mismo, un eco, un símbolo, un mito, un sueño sin razón, tosco y falso y, sin embargo, comprendía yo, no sin significado. Este pobre mito, esta mera parábola es lo que trataré de narrar aquí, tal como lo recuerdo en mi estado humano. Más no puedo hacer. Pero aun esto no podrá ser cumplido apropiadamente. No una vez sino muchas he escrito una descripción de mi sueño, y luego la he destruido, como totalmente inadecuada. Con una impresión de fracaso total balbucearé aquí sólo unas pocas de sus características más inteligibles. Mi mito reproduce sobre todo muy inadecuadamente uno de los aspectos de la visión real.

El momento supremo de mi experiencia como mente cósmica encerró en sí mismo la eternidad, y dentro de esa eternidad había múltiples secuencias temporales, distintas unas de otras. Pues aunque en la eternidad todo el tiempo está presente, y el espíritu infinito, siendo perfecto, ha de contener en sí mismo la realización plena de todas las posibles creaciones, esto sólo es posible cuando en su modo temporal, creador y finito, el espíritu infinito y absoluto concibe y lleva a cabo la totalidad de las vastas series de creaciones. En beneficio de la creación el espíritu eterno e infinito encierra al tiempo en su eternidad, contiene en sí mismo las prolongadas secuencias de las creaciones.

En mi sueño el mismo Hacedor de Estrellas, como espíritu eterno y absoluto, contemplaba intemporalmente todas sus obras; pero como modo creador y finito del espíritu absoluto corporizaba sus creaciones una tras otra en una secuencia temporal que correspondía a su propia aventura y a su propio crecimiento. Y cada una de sus obras, los cosmos, tenía, además, su tiempo peculiar de modo tal que el Hacedor de Estrellas podía ver toda la secuencia de acontecimientos de un cosmos no sólo desde dentro del tiempo cósmico sino

también externamente, desde el tiempo adecuado a su propia vida, un tiempo en el que coexistían todas las edades cósmicas.

De acuerdo con ese sueño raro o mito que se posesionó de mi mente, en su estado creador y finito el Hacedor de Estrellas era en verdad un espíritu que se desarrollaba y despertaba. Que ocurriera así, y que al mismo tiempo él fuese eternamente perfecto es inconcebible desde el punto de vista humano; pero mi mente, abrumada con una visión sobrehumana, no encontró otro modo de expresar el mito de la creación.

Eternamente, y así me dijo mi sueño, el Hacedor de Estrellas es perfecto y absoluto; sin embargo, en los comienzos del tiempo que corresponde a su modo creador era una deidad infantil, inquieta, ansiosa, poderosa, pero sin una voluntad clara. Era dueño de todo el poder creador. Podía crear universos con los más variados atributos físicos y mentales. Sólo la lógica lo limitaba. Podía ordenar, por ejemplo, las leyes naturales más sorprendentes, pero no podía hacer que dos más dos sumasen cinco. En su fase primera estaba limitado también por su inmadurez. Se encontraba todavía en la etapa infantil. Aunque la fuente inconstante de su mente creadora, exploradora y consciente no fuese sino su propia esencia eterna, el Hacedor de Estrellas no era al principio sino un vago anhelo de creatividad.

El Hacedor probó sus poderes desde un principio. Objetivó parte de su propia sustancia inconsciente, como materia para su creación, y la modeló con un propósito consciente. Así, una y otra vez, fue creando sus juguetes: los cosmos.

Pero la propia sustancia inconsciente del Hacedor de Estrellas creador no era sino el espíritu eterno, el Hacedor de Estrellas mismo en su aspecto eterno y perfecto. Así ocurrió que en estas fases primeras, cada vez que el Hacedor sacaba de sus propias profundidades la materia prima de un cosmos, esta materia no era nunca informe sino plena de determinadas potencialidades: lógicas, físicas, biológicas, psicológicas. A veces estas potencialidades se resistían a los propósitos conscientes del joven Hacedor de Estrellas. El Hacedor no podía en ciertas ocasiones acomodarlas a sus fines, y menos aún realizarlas plenamente. Se me ocurrió que esta idiosincrasia del medio lo obligaba a alterar a menudo sus planes, pero que también le sugería una y otra vez más fértiles concepciones. Una y otra vez, de acuerdo con mi mito, el Hacedor de Estrellas aprendía algo de su criatura, y así superaba a su criatura y anhelaba trabajar en un plan más amplio. Una y otra vez apartaba un cosmos terminado y evocaba en sí mismo una nueva creación.

Muchas veces, en la primera parte de mi sueño, me pregunté que pretendería alcanzar el Hacedor con sus creaciones. No pude dejar de pensar que este propósito no era al principio muy claro. Él mismo lo había ido descubriendo gradualmente, y muy a menudo, me pareció, su obra era una búsqueda, y su meta algo confuso. Pero ya en su madurez su voluntad era la de crear tan plenamente como fuese posible, realizar enteramente la potencialidad de su medio, idear obras de creciente sutileza, y de una creciente diversidad armónica. A medida que este propósito se hizo más claro, me pareció que incluía también la voluntad de crear universos que alcanzaran un nivel único de conciencia y expresión. Pues la percepción y la voluntad de las criaturas eran aparentemente el instrumento con que el Hacedor mismo, cosmos tras cosmos, despertaba a una mayor lucidez.

Fue así que, a través de sucesivas criaturas, el Hacedor de Estrellas avanzó de etapa en etapa desde el estado infantil de la divinidad a su madurez.

Fue así que en la eternidad el Hacedor de Estrellas llegó a ser lo que ya era en el principio, la raíz y coronamiento de todas las cosas.

En el modo típicamente irracional de los sueños, este sueño-mito representó el espíritu eterno como siendo a la vez causa y resultado de la multitud infinita de los existentes finitos. De algún modo ininteligible todas las cosas finitas, aunque fuesen en algún sentido imaginaciones del espíritu absoluto, eran también esenciales para la existencia misma de ese espíritu. Separado de ellas, no tenía ser. Pero no puedo decir si esta oscura relación representaba alguna verdad importante o era meramente un sueño trivial.

Librodot

15 - El Hacedor y sus obras

1. Creación inmatura

De acuerdo con el mito o sueño fantástico que evocó mi mente luego de aquel momento supremo de experiencia, el cosmos particular que llegue a confundir conmigo, no fue, en la vasta serie de creaciones, ni uno de los primeros ni uno de los últimos. Era, en cierto modo, la primera creación madura del Hacedor de Estrellas, pero comparada con creaciones posteriores parecía en muchos aspectos una obra de juventud.

Aunque las primeras creaciones expresaban la naturaleza del Hacedor de Estrellas en su fase inmatura, en su mayor parte se apartan totalmente de la dirección del pensamiento humano, y por lo tanto no puedo describirlas ahora. No me dejaron mucho más que una vaga impresión de la multiplicidad y diversidad de las obras del Hacedor de Estrellas. Sin embargo, aun en ellas hay unos pocos aspectos inteligibles para los hombres y que pueden ser recogidos aquí.

El primer cosmos apareció en mi sueño como algo sorprendentemente simple. El Hacedor de Estrellas niño, atormentado -así me pareció a mí- por su potencia inexpresada, concibió y objetivó en sí mismo dos cualidades. Con ellas creó el primer cosmos, un ritmo temporal, compuesto de sonido y silencio. De este primer ritmo sonoro, premonitorio de mil creaciones, desarrolló con un celo infantil pero divino, una música vacilante, de cambiante complejidad. Luego contemplando la forma simple de su criatura, concibió la posibilidad de una creación más sutil. Así la primera de todas las criaturas engendró en su creador una necesidad que ella misma no hubiese podido satisfacer. Por tanto, el Hacedor de Estrellas niño consideró que el primer cosmos era obra terminada. Contemplando desde afuera el tiempo que ese cosmos había engendrado, aprehendió todo su ciclo como presente, un presente, que fluía sin embargo. Y cuando hubo valorado serenamente su obra, dejó de prestarle atención y meditó en una segunda creación.

Desde entonces de la ferviente imaginación del Hacedor de Estrellas brotó un cosmos tras otro, cada uno más complejo y sutil que el anterior. En algunas de las primeras creaciones sólo se preocupó, aparentemente, por el aspecto físico de la sustancia que había objetivado en sí mismo. No advertía sus posibilidades psíquicas. Uno de esos cosmos primeros, sin embargo, era de una estructura física que podía interpretarse como vida e individualidad, características ajenas realmente a ese mundo. Pero quizá no. En una creación ulterior hubo, sí, verdadera vida, la que apareció de pronto del modo más extraño. Este era un cosmos que el Hacedor de Estrellas sentía físicamente, así como los hombres sienten a veces la música. Era en sí una compleja secuencia de diversos tonos e intensidades. El Hacedor de Estrellas niño jugaba complacido con este mundo, inventando infinitas melodías y contrapuntos. Pero antes que hubiera agotado todas las sutilezas de estructura de esta música matemática y fría; antes de haber creado más mundos sin vida, más criaturas musicales, fue evidente que algunas de las otras creaciones estaban manifestando signos de vida propios, que se resistían a los propósitos conscientes del Hacedor de Estrellas. Los temas musicales comenzaron a ordenarse de acuerdo con cánones ajenos a los dictados por el Hacedor. Me pareció que el Hacedor los

observaba con intenso interés, y que esos temas lo impulsaron a nuevas concepciones, que las criaturas eran incapaces de realizar. Decidió entonces dar por terminado este cosmos, pero de un modo nuevo, y dispuso que el último estado del cosmos fuera una fase que llevaba inmediatamente al primero. El final quedó así atado al comienzo de modo que el tiempo cósmico formaba ahora un circulo infinito. Luego de considerar esta obra desde afuera, desde su propio tiempo, la hizo a un lado y meditó en una nueva creación.

Para el cosmos siguiente el Hacedor proyectó conscientemente algo de su propio conocimiento y voluntad, ordenando que ciertas estructuras y ritmos fuesen los cuerpos visibles de mentes perceptivas. Aparentemente estas criaturas estaban destinadas a trabajar juntas produciendo así la armonía que el Hacedor había concebido para este cosmos. Pero cada una de ellas, en cambio, trató de modelar la totalidad del cosmos de acuerdo con su propia forma. Las criaturas lucharon desesperadamente, convencidas de la rectitud de sus propósitos. Y así conocieron el dolor. Esto, pareció, era algo que el Hacedor de Estrellas no había experimentado ni concebido jamás. Asombrado, con un sorprendido interés, y (creí) con una satisfacción casi diabólica, observó las penas y sufrimientos de las primeras criaturas vivientes, hasta que las guerras y los crímenes hicieron de este cosmos un caos.

Desde entonces el Hacedor de Estrellas no olvidó nunca que sus criaturas eran capaces de una vida propia. Me pareció, sin embargo, que algunas de sus primeras experiencias en el campo de la creación vital fueron curiosamente deformes, y que a veces, aparentemente disgustado con el mundo biológico, volvía durante un tiempo a las fantasías meramente físicas.

Sólo puedo describir brevemente las miríadas de primeras creaciones. Baste decir que brotaron una tras otra de la imaginación aún infantil, aunque divina, como burbujas brillantes pero triviales, de animado color, con toda clase de sutilezas físicas, amores y odios líricos y a menudo trágicos, y los anhelos, aspiraciones y empresas comunes de las primeras creaciones conscientes y experimentales del Hacedor de Estrellas.

Muchos de estos primeros universos no nacieron en el espacio, aunque no fueron por eso menos físicos. Y de estos, no pocos pertenecieron al tipo «musical». En ellos el espacio estaba curiosamente representado por una dimensión que correspondía al tono musical, con muy variadas diferencias tonales. Estas criaturas se aparecían unas a otras como figuras y ritmos complejos de caracteres de tono. Movían sus cuerpos en una dimensión musical y a veces en otras dimensiones inconcebibles para el hombre. El cuerpo de la criatura era una figura tonal aproximadamente constante, con grados de flexibilidad y capacidad de cambio similares de algún modo a los del cuerpo humano. Atravesaban también otros cuerpos vivientes en la dimensión del tono como se entrecruzan las ondas de un lago. Pero aunque estos cuerpos eran capaces de deslizarse a través de otros, podían alterar y aun dañar los tejidos tonales de los demás. Algunos en verdad vivían devorando a sus semejantes, pues los más complejos necesitaban integrar a sus propias estructuras vitales las estructuras más simples que fluían directamente del poder creador del Hacedor de Estrellas. Las criaturas inteligentes manejaban así para sus propios fines elementos arrancados al ambiente tonal fijo, construyendo artefactos de estructura tonal. Algunos de estos artefactos servían como herramientas para una más eficiente consecución de las actividades «agrícolas», que aumentaban los recursos de alimentos naturales. Estos universos fuera del espacio, aunque incomparablemente más simples y más reducidos que nuestro propio cosmos, eran bastante ricos como para producir sociedades capaces no sólo de desarrollar una «agricultura» sino también una «industria», y aun un arte puro que combinaba las características de la canción, la poesía y la danza. La filosofía, de un tipo que podríamos llamar pitagórico, apareció por vez primera en un cosmos de esta especie «musical».

En casi todas las obras del Hacedor de Estrellas, tal como se me aparecieron en aquel sueño, el tiempo era un atributo más fundamental que el espacio. Aunque en algunas de las

Librodot

primeras creaciones el Hacedor excluyó el tiempo, contentándose con corporizar una idea estática, pronto abandonó este plan, demasiado estrecho. Excluía, además, la posibilidad de vida física y mental, y sólo podía interesarle como una primera etapa.

El espacio, advertí en mi sueño, apareció al principio como desarrollo de una dimensión ajena en uno de los cosmos «musicales». Las criaturas tonales de este cosmos no sólo podían moverse hacia «arriba» y hacia «abajo» en la escala sino también hacia los «lados». En la música humana ciertos temas particulares parecen acercarse o retroceder de acuerdo con variaciones de altura y timbre. De un modo bastante similar las criaturas de este cosmos «musical» se acercaban unas a otras, o se alejaban unas de otras, hasta que al fin eran inaudibles. Cuando se movían a los «lados» atravesaban ambientes tonales que cambiaban incesantemente. En un cosmos ulterior este movimiento de las criaturas se transformó en una verdadera experiencia del espacio.

El espacio alcanzó en creaciones subsiguientes caracteres de varias dimensiones, euclidianas y no euclidianas, muestras de una gran diversidad de principios geométricos y físicos. A veces el tiempo, o el espacio-tiempo, fue la realidad fundamental del cosmos, y las entidades no se manifestaban sino como manifestaciones fugaces del mismo, pero más a menudo los acontecimientos fundamentales eran cualitativos, y se relacionaban en un orden espacio-temporal. En algunos casos el sistema de relaciones de espacio era infinito; en otros finito aunque limitado. La extensión finita del espacio era también a veces una magnitud constante en relación con los constituyentes atómicos materiales del cosmos. En otras ocasiones, como en nuestro propio cosmos, el espacio se manifestaba «en expansión», o se «contraía» de modo que este cosmos, donde abundaban a veces las comunidades inteligentes, terminaba en una colisión y congestión de todas sus partes, que coincidían al fin y se desvanecían en un punto sin dimensión.

En algunas creaciones la expansión y el reposo último eran seguidos por una contracción y actividades físicas enteramente nuevas. A veces, por ejemplo, la antigravedad reemplazaba a la gravedad. Todas las acumulaciones mayores de materia tendían a estallar, y las más pequeñas a apartarse unas de otras. En uno de estos cosmos hubo una reversión de la ley de la entropía. La energía, en vez de extenderse gradual y uniformemente por el cosmos, se acumuló a sí misma en las últimas unidades de materia. Llegué a sospechar que nuestro propio cosmos continuaba en un cosmos invertido de esta especie, y donde, por supuesto, la naturaleza de los seres vivientes era totalmente ajena a las concepciones del hombre. Pero esto es una digresión, pues los universos que describo ahora eran mucho más simples y muy anteriores.

Muchos universos eran físicamente un fluido continuo donde nadaban las criaturas sólidas. Otros estaban construidos como series de esferas concéntricas, pobladas por diversos órdenes de criaturas, y algunos de estos universos primeros eran casi astronómicos: un vacío rociado con diminutos centros de energía.

A veces el Hacedor de Estrellas creaba un cosmos que carecía de naturaleza física simple y objetiva. Las criaturas de este cosmos no influían unas en otras, pero estimuladas directamente por el Hacedor de Estrellas concebían separadamente un mundo físico ilusorio pero útil, poblado de elementos imaginarios. El genio matemático del Hacedor relacionaba entre sí estos mundos subjetivos de un modo perfectamente sistemático.

No diré más de la inmensa diversidad de formas físicas que asumieron las primeras creaciones, según las vi en mi sueño. Mencionaré solamente que cada cosmos era en general más complejo, y en cierto sentido más voluminoso, que el anterior. En verdad, en cada uno de ellos las unidades físicas últimas eran más pequeñas en relación con el todo, y más multitudinarias. En cada uno de ellos, también, las criaturas individuales conscientes eran más numerosas, y de tipos más diversos, y las más despiertas de estas criaturas alcanzaban una mentalidad más lúcida que cualquier otra criatura de un cosmos previo.

Biológica y psicológicamente las primeras creaciones fueron muy distintas entre sí. La evolución biológica fue en ciertos casos como la que nosotros conocemos. Una pequeña

minoría de especies ascendía precariamente hacia una mayor individualización y una mayor claridad mental. En otras creaciones de especies biológicamente fijas, el progreso, sí lo había, era sólo cultural. Había también unas pocas y sorprendentes creaciones donde la primera de las etapas cósmicas era la más lúcida y el Hacedor de Estrellas asistía luego serenamente a la decadencia de esta conciencia.

En ciertas ocasiones un cosmos nacía como un organismo simple y primario en un ambiente interno e inorgánico. El organismo se propagaba luego por fisión en un creciente número de criaturas cada vez más pequeñas y cada vez más despiertas. En algunos de estos universos la evolución continuaba hasta que las criaturas llegaban a ser demasiado pequeñas y no podían albergar la compleja estructura orgánica necesaria para el desarrollo de una inteligencia. El Hacedor de Estrellas asistía así a la lucha desesperada de sociedades cósmicas que trataban de detener la fatal degeneración de la raza.

La realización última del cosmos era en algunas creaciones un caos de sociedades mutuamente ininteligibles, dedicada cada una de ellas a un modo del espíritu, y hostil a todos los otros. El clímax era una única sociedad utópica de mentes distintas, o una única y compleja mente cósmica.

El Hacedor de Estrellas se complacía en determinadas ocasiones ordenando que cada criatura fuese la expresión determinada e inevitable del ambiente. En otras creaciones los individuos gozaba del poder de la elección arbitraria, y algo de la propia creatividad del Hacedor. Así me pareció en mi sueño. pero aún entonces pensé que para algún observador más sutil ambas especies aparecían como determinadas, y a la vez como espontáneas y creadoras.

En general, el Hacedor de Estrellas, una vez que determinaba los principios básicos, de un cosmos y creaba la etapa inicial, se contentaba con ser testigo de los acontecimientos ulteriores; pero a veces decidía intervenir, ya infringiendo las leyes naturales que el mismo había establecido, ya influyendo en las mentes de las criaturas mediante la revelación directa. Esto, de acuerdo con mi sueño, tenía como objetivo a veces mejorar un plan cósmico, pero más a menudo la interferencia estaba ya prevista en el plan original.

Algunas creaciones del Hacedor de Estrellas eran grupos de muchos universos unidos entre sí, sistemas completamente distintos de muy diferentes tipos, y que vivían sucesivamente en un universo tras otro, asumiendo en cada uno de los ambientes una forma física indígena, aunque llevando con ellos en esa trasmigración recuerdos débiles y confusos de las existencias anteriores. Este principio de transmigración era a veces empleado de otro modo. Creaciones semejantes que no estaban ligadas sistemáticamente podían contener criaturas que percibían mentalmente ecos vagos aunque también obsesivos de las experiencias o temperamentos de algún otro cosmos opuesto.

Una característica muy dramática aparecía en un cosmos tras otro. Mencioné antes que (en mi sueño) el inmaturo Hacedor de Estrellas parecía haber reaccionado ante el trágico fracaso de su primer experimento biológico con una suerte de alegría diabólica. En muchas creaciones subsiguientes parecía también que se le dividiese la mente. Cada vez que una potencialidad insospechada de la sustancia que había objetivado y sacado de las honduras del inconsciente perturbaba de algún modo su plan creador consciente, el Hacedor parecía sentir no sólo frustración sino también una satisfacción sorprendida, como si hubiese satisfecho inesperadamente un apetito que no había reconocido hasta ese entonces.

Esta dualidad mental dio a luz con el tiempo un nuevo modo de crear. Hubo una vez, en el desarrollo del Hacedor de Estrellas, tal como me lo representaba en este sueño, en que llegó a disociarse en dos espíritus independientes: el ser esencial, el espíritu que perseguía la creación positiva de formas espirituales y vitales y una conciencia más y más lúcida, y por otra parte un espíritu destructivo, rebelde y cínico, que no podía haber existido sino como parásito de las obras del otro.

Una y otra vez el Hacedor disoció estos dos modos de sí mismo, objetivándolos, como espíritus independientes, y permitiéndoles que luchasen entre ellos por el dominio de un

cosmos. Uno de estos cosmos -un eslabón de tres universos- recordaba de algún modo a la ortodoxia cristiana. El primer universo estaba habitado por individuos dotados con diversos grados de sensibilidad, inteligencia e integridad moral. Aquí los dos espíritus se disputaban las almas de las criaturas. El espíritu «bueno» exhortaba, socorría, recompensaba, castigaba: el espíritu «malo» engañaba, tentaba, y destruía moralmente. En la hora de la muerte las criaturas pasaban a uno o a otro de los dos universos secundarios: un cielo intemporal y un infierno intemporal. Allí experimentaban un instante eterno de extática comprensión y adoración o un tormento extremo de remordimiento.

Cuando el sueño me presentó esa imagen bárbara y vulgar, sentí al principio incredulidad y horror. ¿Cómo era posible que el Hacedor de Estrellas, aun en su inmadurez, condenara a la agonía a sus criaturas por una debilidad que él mismo les había impuesto? ¿Cómo una deidad vengadora podía exigir adoración?

En vano me dije que sin duda mi sueño había falsificado la realidad. Yo estaba convencido de que en este aspecto mi sueño no era falso, y que expresaba por lo menos una verdad simbólica. No obstante, aun ante esta actitud brutal, aun sacudido por la repulsión y el horror, veneré al Hacedor de Estrellas.

Para excusar mi adoración me dije a mí mismo que este terrible misterio escapaba a mi comprensión, y que en el Hacedor de Estrellas aun una crueldad tan obvia debía de tener justificación. Quizás la barbarie había aparecido sólo en la inmadurez del Hacedor de Estrellas. Quizá más tarde, cuando fuese completamente él mismo, la dejaría atrás. Pero no. Yo sabía ya, profundamente, que esta crueldad se manifestaría aun en el último cosmos. ¿Era posible que se me hubiese escapado algún hecho clave que podía explicar este humor vengativo? ¿No era posible que todas las criaturas no fuesen más que ensoñaciones del poder creador, y que al atormentar a sus criaturas el Hacedor de Estrellas se atormentara también a sí mismo en esta aventura en la que intentaba expresarse? Quizá el mismo Hacedor de Estrellas, aunque poderoso, estaba limitado por algunos principios de lógica absoluta, y uno de estos principios era quizá el de la indisoluble unión entre la tradición y el remordimiento en todos los espíritus despiertos a medias. ¿Había aceptado entonces el Hacedor en este extraño cosmos, las ineluctables limitaciones de su arte? ¿No era posible que yo respetara en el Hacedor sólo el espíritu «bueno» y no el «malo»? ¿No estaría tratando él de arrancar el mal de sí mismo mediante este recurso de la disociación?

Esta última explicación me fue sugerida por la rara evolución de aquel cosmos. Los habitantes del primero de los mundos tenían una inteligencia y una integridad moral muy bajas y pronto el infierno estuvo atestado mientras que el cielo permanecía casi vacío. Pero el Hacedor de Estrellas, en su parte «buena», amaba y compadecía a sus criaturas. El «buen» espíritu decidió por lo tanto entrar en la esfera mundana y redimir a los pecadores con su propio sufrimiento. Y así se pobló el cielo, aunque sin despoblarse por eso el infierno.

¿Adoraba yo entonces, únicamente, el aspecto «bueno» del Hacedor? No. Irracionalmente, pero con convicción, me inclinaba ante los dos aspectos de aquella dual naturaleza: el «bien» y el «mal», la gentileza y el terror, lo humanamente ideal y lo incomprensiblemente inhumano. Como un amante ciego que niega o excusa los defectos flagrantes de su amada, yo trataba de paliar la inhumanidad del Hacedor de Estrellas, glorificándola positivamente al mismo tiempo. ¿Había entonces algo cruel en mi propia naturaleza? ¿O mi corazón reconocía vagamente que el amor, la suprema virtud en las criaturas, no era un valor absoluto en el creador?

Este tremendo e insoluble problema se me presentó una y otra vez en el curso de mi sueño. Hubo por ejemplo una creación en la que se permitió que los dos espíritus lucharan de un modo nuevo y más sutil. En su primera etapa este cosmos manifestó sólo caracteres físicos, pero el Hacedor de Estrellas dispuso que la potencialidad vital se expresara allí gradualmente en distintas especies de criaturas que emergían generación tras generación

desde el plano puramente físico hacia la inteligencia y la lucidez espiritual. En este cosmos el Hacedor permitió que los dos espíritus, el «bueno» y el «malo», compitieran aun en la creación misma de las especies.

En las primeras y prolongadas edades los espíritus lucharon tratando de modificar la evolución de innumerables especies. El espíritu «bueno» se empeñó en producir criaturas más organizadas, más individuales, más delicadamente relacionadas con el ambiente, más aptas para la acción, dotadas de una conciencia más vívida y comprensiva del mundo, de sí mismas y de los otros. El espíritu «malvado» trató por su parte de obstaculizar esta empresa.

Los órganos y tejidos de todas las especies manifestaron en su estructura el conflicto de los dos espíritus. A veces el espíritu «malo» lograba incorporar a una criatura algunas características aparentemente poco importantes, pero insidiosas, como una habilidad especial para albergar parásitos, alguna debilidad de la maquinaria digestiva, alguna inestabilidad de la organización nerviosa. En otros casos este espíritu «malo» equipaba a una especie inferior con armas especiales capaces de destruir a los pioneros de la evolución, logrando que éstos sucumbieran ya a una enfermedad nueva, o a las plagas o microbios de este cosmos particular, ya a la brutalidad de otros seres de la propia especie.

El espíritu malvado empleaba a veces un plan aún más ingenioso y efectivo. Cuando el espíritu «bueno» descubría algo promisorio, y había provocado en las especies favorecidas la aparición de una estructura orgánica nueva, o alguna nueva costumbre adecuada, el espíritu malvado trataba de que la evolución continuase más allá de las necesidades reales de la criatura. Los dientes se hacían tan largos que era extremadamente difícil comer, los cuernos tan curvos que presionaban el cerebro, el impulso individualista tan imperioso que destruía la sociedad, o el impulso social tan obsesivo que aplastaba la individualidad.

Así en un mundo tras otro de este cosmos, mucho más complejo que todos los anteriores, casi todas las especies llegaban tarde o temprano a encontrarse en dificultades. Pero en ciertos de estos mundos una de las especies alcanzaba el nivel humano de inteligencia y de sensibilidad espiritual. Una combinación semejante de poderes debieran de haber bastado para levantar una defensa contra cualquier posible ataque. Pero el espíritu «malo» lograba siempre pervertir muy hábilmente tanto esta inteligencia como esta sensibilidad espiritual. Pues aunque por su misma naturaleza estas cualidades eran complementarias, no era imposible ponerlas en conflicto, exagerándolas, por ejemplo, hasta que se convirtieran en algo tan letal como los cuernos y dientes extravagantes de las primeras especies. De este modo la inteligencia, que llevaba por una parte al dominio de la fuerza física, y por otra a la sutileza intelectual, podía ser causa de desastre divorciada de la sensibilidad espiritual. El dominio de la fuerza física provocaba a menudo una manía de poder, y la disección de la sociedad en dos clases antagónicas, la de los poderosos y la de los oprimidos. La sutileza intelectual podía producir de un modo semejante una manía por el análisis, y la consiguiente ceguera a todo lo que no perteneciese al orden del intelecto. La sensibilidad misma, apartada de toda critica intelectual y de los reclamos de la vida cotidiana, se perdía en sueños.

2. Creación madura

De acuerdo con el mito que concibió mi mente cuando el momento supremo de mi experiencia cósmica quedó atrás, el Hacedor de Estrellas entró al fin en un estado de extática meditación, operándose en su propia naturaleza un cambio revolucionario. Así al menos me pareció de acuerdo con las transformaciones que advertí en su actividad creadora.

Luego de haber revisado con nuevos ojos todas sus obras tempranas, desechándolas, así me pareció, con respeto e impaciencia a la vez, el Hacedor de Estrellas descubrió en sí mismo una nueva y fértil creación.

El cosmos que creó entonces es el que contiene al lector y al redactor de este libro. El Hacedor recurrió en esta tarea, aunque con un arte más perfecto, a muchos de los principios

que había utilizado ya en sus primeras creaciones, entretejiéndolos para formar una unidad más espaciosa y más sutil que las otras.

Me pareció, en mi fantasía, que el Hacedor intentaba esta nueva empresa con una disposición distinta. Los cosmos anteriores parecían haber sido formados con la voluntad consciente de corporizar ciertos principios, físicos, biológicos, psicológicos. Como se dijo antes, muy a menudo se producía un conflicto entre el propósito intelectual del Hacedor y la materia prima que había evocado desde las profundidades oscuras de su propio ser para formar a sus criaturas. Esta vez, sin embargo, manejó con mayor sensibilidad los medios de su creación. El «material» espiritual que había objetivado sacándolo de sus propias honduras ocultas fue adaptado a sus propósitos aún en esbozo con una inteligencia más atenta, con más respeto por la naturaleza y la potencialidad del «material», y más desprendido de las demandas extravagantes del mismo.

Hablar así del espíritu creador universal es casi infantilmente antropomórfico. Pues la vida de un espíritu semejante, si en este caso puede hablarse de vida, tiene que ser completamente inconcebible para el hombre. No obstante, y ya que este simbolismo infantil se me impone de algún modo, lo registro aquí pensando a la vez que contiene probablemente algún reflejo de la verdad, aun distorsionado.

En esta nueva creación apareció una rara discrepancia entre el tiempo propio del Hacedor de Estrellas y el tiempo propio del cosmos. Hasta ese momento, aunque el Hacedor podía desprenderse a sí mismo del tiempo cósmico cuando la historia cósmica se había completado a sí misma, y observar así todas las edades cósmicas como presentes, no había podido crear las últimas fases de un cosmos antes de haber creado las anteriores. En esta nueva creación no se encontraba limitado de este modo.

Por este motivo, aunque este cosmos era el mío, pude observarlo desde un sorprendente punto de vista. No se me apareció como una familiar secuencia de acontecimientos históricos, que comenzaban con una primera explosión física y terminaban luego en la muerte. Observé este cosmos no desde dentro del flujo cósmico sino de un modo completamente distinto. Asistí a las modificaciones del cosmos desde el tiempo propio del Hacedor de Estrellas, y la secuencia de los actos creadores del Hacedor era, advertí, muy distinta de la secuencia de los acontecimientos históricos.

En un principio el Hacedor de Estrellas concibió en las profundidades de su propio ser algo que no era ni mental ni material, sino de abundante potencialidad, pleno de sugestiones y estímulos para la imaginación creadora. El Hacedor meditó largo tiempo sobre esta delicada sustancia: un medio en el que la unidad y la multiplicidad dependían muy sutilmente una de otra, en el que todas las partes y todos los caracteres invadían las otras partes y caracteres y eran invadidos por ellos, en el que todas las cosas parecían tener influencia en todas las otras cosas. Sin embargo, la totalidad no era más que la suma de todas las partes, y cada parte un determinante del todo. Era una sustancia cósmica en la que todo espíritu individual debía ser, misteriosamente, a la vez un ser absoluto y una mera ficción del todo.

El Hacedor de Estrellas dio a este medio extremadamente sutil la forma general de un cosmos, con un espacio-tiempo aún indeterminado y ajeno a la geometría: una entidad física amorfa sin cualidades o direcciones, sin intrincadas leyes físicas; una tensión vital más distintamente concebida y una épica aventura de la mente, un clímax sorprendentemente definido y una cima de lucidez espiritual. Esto último, aunque ocupaba en el tiempo cósmico una posición que podríamos llamar tardía, fue diseñado con cierta precisión en la secuencia del trabajo creador antes que ningún otro factor del cosmos. Y me pareció que esto era así porque la sustancia inicial había manifestado claramente su propia capacidad para adquirir esta forma espiritual. Por este mismo motivo el Hacedor de Estrellas no prestó atención en un principio a las minucias físicas de su obra, descuidando asimismo las primeras etapas de la historia cósmica, y dedicándose casi exclusivamente a modelar el clímax espiritual de la criatura.

Librodot

Sólo luego de haber construido en su interior la fase indiscutiblemente más despierta del espíritu cósmico, esbozó el Hacedor las variadas tendencias psicológicas que conducirían a ese espíritu en el tiempo cosmológico. Sólo luego de haber dibujado los increíblemente diversos temas del crecimiento mental prestó el Hacedor verdadera atención al trazado de las evoluciones biológicas y a la complejidad física y geométrica más capaces de evocar las sutiles potencialidades del espíritu cósmico aun apenas desbastado.

Pero, y mientras ordenaba las formas geométricas, volvía también de cuando en cuando a modificar y elucidar el clímax espiritual. Sólo cuando casi había completado las formas físicas y geométricas del cosmos logró dar al clímax espiritual una individualidad plena y concreta.

Mientras el Hacedor de Estrellas trabajaba aún en los detalles de las vidas individuales, innumerables e inquietas, de la fortuna de los hombres, de los ictioideos, de los aracnoides y el resto, me convencí de que la actitud del Hacedor hacia sus criaturas era muy distinta de las que yo había conocido en todos los otros cosmos. Pues el Hacedor no se mostraba ahora ni frío con ellas ni simplemente enamorado de ellas. Las amaba aún, por cierto, pero había dejado atrás, aparentemente, todo deseo de salvarlas de las consecuencias de la finitud y del cruel impacto del ambiente. Las amaba sin piedad. Pues sabía ahora que la finitud, las particularidades mínimas, el torturado equilibrio entre la torpeza y la lucidez eran precisamente la virtud distintiva de estas criaturas, y que evitarles todo esto era aniquilarlas.

Cuando hubo dado los últimos toques a todas las edades cósmicas desde el momento supremo y luego hacia atrás hasta la explosión inicial, y luego hacia delante hasta la muerte ultima, el Hacedor de Estrellas contempló su obra. Y vio que era buena.

Mientras el Hacedor, amorosa, pero críticamente, revisaba nuestro cosmos en toda su infinita diversidad y en su breve momento de lucidez, sentí que él sentía de pronto una honda reverencia por la criatura que había hecho, o que había sacado de su propia y secreta profundidad por una suerte de autopartería divina. El Hacedor de Estrellas sabía que esta criatura, aunque imperfecta, aunque una mera criatura, una mera ensoñación de su propio poder creador, era de algún modo más real que él mismo. ¿Pues que era él sino una mera potencia abstracta de creación comparado con este resplandor concreto? Además, y en otro sentido, esta criatura que él había hecho era su maestro, su superior. Pues mientras contemplaba con alegría y también con angustia la más sutil y más hermosa de sus obras, sintió un impacto, se sintió él mismo transformado, con una voluntad más clara y más profunda. Mientras examinaba las virtudes y las debilidades de esta criatura, sintió que su propia percepción y su propio arte maduraban en él. Así al menos se presentó a mi mente confundida y estupefacta.

De esta manera, poco a poco, llegó un tiempo, como tantas veces antes, en que el Hacedor de Estrellas dejó atrás a su criatura. Poco a poco se sintió alejado de la hermosura de esa criatura que amaba aún. Luego, aparentemente con un conflicto de reverencia e impaciencia, puso a nuestro cosmos en su lugar entre las otras obras.

Una vez más el Hacedor de Estrellas cayó en una profunda meditación. Una vez más se sintió poseído por la urgencia creadora.

De las muchas creaciones que siguieron me veo obligado a no decir casi nada, pues en muchos aspectos eran para mí incomprensibles. Yo no podía tener ningún conocimiento de ellas, excepto en tanto contenían -además de muchos elementos inconcebibles- ciertas características que eran la corporización fantástica de algún principio que yo había encontrado antes. Las novedades más vitales se me escapaban, pues, siempre.

Puedo decir, por supuesto, de todas estas creaciones, como de nuestro propio cosmos, que eran inmensamente vastas, inmensamente sutiles, y que por alguna razón todas tenían un aspecto físico y un aspecto mental; pero en muchas de ellas lo físico, aunque crucial para el crecimiento del espíritu, era más transparente, más patentemente fantasmal que en nuestro propio cosmos. En algunos casos esto era igualmente cierto para lo mental, pues esos seres se

Librodot

confundían menos con la opacidad de los procesos mentales individuales, y parecían más sensibles a la unidad básica.

Puedo decir también que en todas estas creaciones la meta que deseaba alcanzar el Hacedor de Estrellas (o así me pareció) era la riqueza, la delicadeza, la hondura y la armonía de ser. Pero me es difícil explicar el significado íntimo de estas palabras. Sentía yo que en algunos casos, como en nuestro propio cosmos, el Hacedor perseguía este fin por medio de un proceso evolutivo que concluía en una mente cósmica despierta, una mente que anhelaba traer a su conciencia todos los bienes de la existencia cósmica, y acrecentar estos bienes mediante la acción creativa. Pero en muchos casos esta meta era alcanzada con una economía de esfuerzos incomparablemente mayor y con mucho menos sufrimiento, sin ese peso muerto de vidas ineficaces, consumidas en vano que es tan doloroso para nosotros. Sin embargo, en otras creaciones, el sufrimiento parecía tan hondo y extendido como en nuestro propio Universo.

El Hacedor de Estrellas concibió en su madurez muchas formas raras de tiempo. Algunas de las últimas creaciones, por ejemplo, fueron diseñadas con dos o más dimensiones temporales, y las vidas de las criaturas eran secuencias de tiempo en una u otra dimensión del «área» o «volumen» temporal. Estos seres experimentaban su cosmos de un modo muy curioso. Mientras vivían durante un breve período en una dimensión, percibían continua y simultáneamente una imagen -aunque fragmentaria y oscura- de toda una evolución cósmica «transversal» en otra dimensión. En algunos casos la criatura tenía una vida activa en todas las dimensiones temporales del cosmos. El artificio divino que ordenaba la totalidad del «volumen» temporal, de tal modo que los infinitos actos espontáneos de las distintas criaturas se unían para producir un sistema coherente de evoluciones transversales, sobrepasaba notablemente el ingenio que había establecido en las primeras experiencias una «armonía preestablecida».

En otras creaciones la criatura tenía sólo una vida, pero era ésta una «línea zigzagueante», que pasaba de una dimensión temporal a otra de acuerdo con la cualidad de las elecciones de la misma criatura. Las elecciones morales o fuertes llevaban a una dirección temporal, las elecciones inmorales o débiles a otra.

En un cosmos inconcebiblemente complejo, cada vez que una criatura se encontraba ante varios posibles cursos de acción, los tomaba todos, creando así muchas dimensiones temporales distintas y muchas historias del cosmos. Como en cada una de las secuencias evolutivas del cosmos había numerosas criaturas, y cada una de ellas se enfrentaba constantemente con muchos cursos posibles, y las combinaciones de estos cursos eran innumerables, de todos los momentos de todas las secuencias temporales de este cosmos nacía una infinitud de universos distintos.

Había otras creaciones donde los individuos tenían una percepción sensoria de todo el cosmos físico desde muchos puntos de vista en el espacio, o aun desde todos los posibles puntos de vista. En este caso, por supuesto, la percepción de cada una de las mentes era idéntica en cuanto al alcance en el espacio, pero variaba de mente en mente en cuanto a penetración o comprensión. Esto dependía del calibre mental y de la disposición de las mentes particulares. A veces estos seres no sólo tenían una percepción omnipresente sino también una volición omnipresente. Podían actuar así en todas las regiones del espacio, aunque con precisión y vigor distintos de acuerdo con el nivel mental. En cierto modo eran espíritus desencarnados, que luchaban en el cosmos físico como jugadores de ajedrez, o como dioses griegos en los campos de Troya.

Otras creaciones tenían un aspecto físico pero sin relación con el Universo físico sistemático y familiar. La experiencia física de estos seres estaba enteramente determinada por los mutuos impactos de unos contra otros. Cada uno inundaba a sus semejantes con «imágenes» sensorias, y la cualidad y la secuencia de estas «imágenes» dependían de las leyes psicológicas de los impactos mentales.

En otras creaciones los procesos de percepción, memoria, inteligencia y aun deseo y sensibilidad eran tan distintos de los nuestros que podían entenderse realmente como una mentalidad de otro orden. De estas mentes, aunque creí percibir unos ecos remotos, nada puedo decir.

No obstante, aunque soy incapaz de describir los extraños modos físicos de estos seres, puedo hablar aquí de un hecho muy sorprendente. Aunque las fibras mentales básicas y las formas en que estas fibras se entretejían fuesen para mi incomprensibles, había algo en estas criaturas que no se me escapaba. Eran seres con vidas muy extrañas, pero que pertenecían a mi especie. Pues todas estas criaturas cósmicas, más dotadas que yo, enfrentaban constantemente la existencia como yo trato aún de aprender a enfrentarla. Aun en el dolor y en la pena, aun en la lucha moral y en la compasión al rojo vivo, aceptaban con alegría las vicisitudes del destino. Quizá el hecho más sorprendente y alentador de toda mi experiencia cósmica e hipercósmica fue este sentido de relación y de comprensión mutua que encontré entre los seres más ajenos a la experiencia espiritual pura. Pero yo pronto iba a descubrir que en este sentido no había visto todavía todo.

3. El cosmos último y el espíritu eterno

En vano mi fatigada, mi torturada atención trataba de seguir las creaciones cada vez más sutiles concebidas por el Hacedor de Estrellas, de acuerdo con mi sueño. Cosmos tras cosmos salieron de esta imaginación ferviente, cada uno de ellos con un espíritu distinto infinitamente diversificado, cada uno de ellos con un momento de plenitud más despierto, pero cada uno de ellos, también, menos comprensible para mí.

Al fin (así me informó mi sueño, mi mito) el Hacedor de Estrellas creó el cosmos último y más sutil. De esta criatura final sólo puedo decir que comprendió en su propia textura orgánica las esencias de todos sus predecesores, que no eran más que primeras pruebas, y muchos otros más. Fue como el último movimiento de una sinfonía, que puede abarcar, por la significación de sus temas, la esencia de los primeros movimientos, y muchos otros más.

Esta metáfora extravagante no alcanza a expresar la sutileza y complejidad del cosmos último. Me sentí forzado gradualmente a creer que la relación de este cosmos con cada uno de los anteriores se parecía a la de nuestro propio cosmos con la de un ser humano, o un solo átomo físico. Todos los cosmos que yo había observado hasta entonces no me parecían ahora sino un ejemplo de una clase compuesta por miríadas de individuos, como una especie biológica, o la clase de todos los átomos de un elemento. La vida interna de cada cosmos «atómico» tenía aparentemente la misma suerte de relación (y la misma suerte de falta de relación) con la vida del cosmos último que esos acontecimientos que ocurren en el interior de una célula cerebral, o en uno de sus átomos, con la vida de una mente humana. Sin embargo, y a pesar de esta discrepancia enorme, creí sentir en toda esta vertiginosa jerarquía de creaciones una sorprendente identidad de espíritu. En este acto final la meta era unir la comunidad a la mente creadora y lúcida.

Traté una y otra vez, de que mi debilitada inteligencia capturase algo de la forma del cosmos último. Con admiración, y protestando también, vislumbré de cuando en cuando las sutilezas finales del mundo, la carne y el espíritu, y de la comunidad de seres más individuales y diferentes, que despertaban a un pleno conocimiento de sí mismos y a la comprensión mutua. Pero mientras yo trataba de escuchar más íntimamente esa música de espíritus concretos en mundos innumerables, recogí ecos no sólo de alegrías inexpresables sino también de inconsolables tristezas. Algunos de estos seres últimos no sólo sufrían, sino que, además, sufrían en la oscuridad. Pues sus poderes de discernimiento eran estériles. No eran capaces de alcanzar la visión pura. Sufrían como los seres inferiores no habían sufrido nunca. Una intensidad semejante de duras experiencias era insoportable para mí, frágil espíritu de un mundo bajo. En una agonía de horror y de piedad cerré los oídos de mi mente. Grité otra vez

Librodot

en mi pequeñez contra el Hacedor, grité que ninguna gloria de lo eterno y lo absoluto podía redimir una agonía semejante en las criaturas. Aunque esa miseria que yo había vislumbrado no fuese más que unas pocas franjas oscuras tejidas en un dorado tapiz, y todo el resto fuese beatitud, no debiera existir, no, grité, no debiera existir una tal desolación de espíritus despiertos. ¿Por que diabólica malicia, pregunté, no sólo se torturaba a estos espíritus sino que se los privaba también de la consolación suprema, el éxtasis de la contemplación y alabanza que merecen por derecho propio todos los espíritus plenamente despiertos?

Había habido un tiempo en que yo mismo, como mente comunal de un cosmos inferior, había contemplado la frustración y la pena de mis pequeños miembros con ecuanimidad, consciente de que el sufrimiento de estas criaturas somnolientas no era un precio demasiado grande para alcanzar la realización de la lucidez, tarea en la que yo también colaboraba. Pero los seres sufrientes de este cosmos último, aunque pocos comparados con el número de seres felices, eran, me pareció, de mi propia estatura mental y cósmica, y no esas frágiles y sombrías criaturas que habían contribuido con sus grises vicisitudes a mi propia aparición. Y esto yo no podía soportarlo.

Sin embargo, oscuramente, yo entendía que el último cosmos era hermoso, y de forma perfecta, y que todas sus frustraciones y agonías, aunque crueles para el ser sufriente, conducían finalmente sin desviaciones a la acrecentada lucidez del mismo espíritu cósmico. En este sentido, al menos, ninguna tragedia individual era vana.

Pero esto nada significaba para mí. Como a través de lágrimas de compasión y ardiente protesta, me pareció ver que el espíritu del cosmos último y perfeccionado enfrentaba a su hacedor. En ese mismo cosmos, me pareció, la alabanza dominaba la compasión y la indignación. Y el Hacedor de Estrellas, ese poder oscuro y esa lúcida inteligencia, descubrió en la belleza concreta de su criatura la realización del deseo. Y en la mutua alegría del Hacedor de Estrellas y el cosmos último fue concebido, del modo más extraño, el espíritu absoluto, el que comprende todos los seres y en el que están presentes todos los tiempos; pues el espíritu que fue consecuencia de esta unión se presentó a mi inteligencia vacilante como siendo a la vez el campo y la salida de todas las cosas temporales y finitas.

Pero para mí esta perfección mística y remota no significaba nada. Yo sentía piedad por aquellos seres últimos y torturados, sentía vergüenza y furia, y desprecié mi derecho al éxtasis ante aquella perfección inhumana; y deseé volver a mi cosmos inferior, a mi propio mundo, humano y torpe, y a unirme con mi propia especie semianimal contra los poderes de las tinieblas, sí, y contra ese tirano invencible, despiadado, indiferente, cuyos pensamientos eran mundos sensibles y torturados.

Luego, junto con esta actitud de desafío, mientras cerraba de un portazo y echaba llave a la celdita oscura de mi ser separado, la presión de una luz irresistible aplastó y derribó mis muros hacia dentro, y mi visión desnuda ardió una vez más en una lucidez insoportable.

¿Una vez más? No. Yo sólo había vuelto en mi sueño interpretativo al mismo momento de iluminación, cerrada por la ceguera, en que yo había tendido las alas para ir al encuentro del Hacedor y había sido derribado por una luz terrible. Pero ahora entendía más claramente lo que me había abrumado.

Yo me había enfrentado realmente con el Hacedor de Estrellas, pero el Hacedor de Estrellas era ahora para mí más que el espíritu creador y por lo tanto finito. Se me aparecía ahora como el espíritu perfecto y eterno que comprende todas las cosas y todos los tiempos, y que contempla fuera del tiempo las multitudes infinitamente diversas que él mismo encierra. La iluminación que me inundó y me golpeó y me obligó a una ciega adoración fue un centelleo (o así me pareció) de la experiencia absoluta del espíritu eterno.

Con angustia y horror, y no obstante también con aceptación, y aun con alabanza, sentí o creí sentir algo de los modos del espíritu eterno tal como él aprehende en una visión intuitiva

Librodot

e intemporal todas nuestras vidas. Aquí no había piedad, ninguna propuesta de salvación, ninguna ayuda bondadosa. O quizá no había sino piedad y amor, pero dominados por un éxtasis helado. Nuestras vidas rotas, nuestros amores, nuestras locuras, nuestras traiciones, nuestras justificaciones, eran aquí diseccionadas serenamente, tasadas y clasificadas. Es cierto que eran vividas con completa comprensión, con discernimiento y simpatía, aun con pasión. Pero en los modos del espíritu eterno no era la simpatía lo más importante, sino la contemplación. El amor no era absoluto, sí la contemplación. Y aunque en los modos del espíritu había amor, había también odio, y el espíritu se deleitaba cruelmente en la contemplación del horror, y se complacía con la caída de los virtuosos. El espíritu, creí ver, comprendía todas las pasiones, pero dominadas, fríamente encerradas en el éxtasis de la contemplación, cristalino, claro, helado.

Es difícil admitir que éste sea el resultado final de todas nuestras vidas, esta apreciación que podría llamarse científica, o mejor aún estética. Y, sin embargo, yo adore.

Pero esto no fue lo peor. Pues al decir que el espíritu era ante todo contemplación, le atribuía yo una experiencia humana finita, y una emoción, consolándome así a mí mismo, aunque éste fuese un consuelo frío. Pero, en verdad, el espíritu eterno era inefable. Nada realmente se podía decir de él. Aun llamarlo «espíritu» era quizá decir demasiado. No obstante, negarle tal nombre no sería un error menos grave, pues, de un modo o de otro, era más y no menos que espíritu, más y no menos que cualquier posible interpretación humana de esa palabra. Y desde el nivel humano, y aun desde el nivel de la mente cósmica, este «más», oscura y agónicamente vislumbrado, era un terrible misterio, un misterio que obligaba a la adoración.

Librodot

XVI - De regreso

Desperté en la colina. Las farolas de la calle brillaban más que las estrellas. La reverberación de la campanada del reloj fue seguida por once campanadas más. Descubrí nuestra ventana. Sentí alegría, una tremenda alegría que me sacudió como una ola. Luego, paz.

¡La pequeñez, y la intensidad, de los acontecimientos terrestres! Un instante había bastado para abolir la realidad hipercósmica, la inmensa fuente de las creaciones, el rocío de mundos. Desvanecidos, transmutados en fantasía, y en una sublime impertinencia.

La pequeñez, la intensidad, de este grano de arena, con su película de océano y de aire, y su película discontinua y variada de vida; de las colinas en sombras, del mar, de las olas sin horizontes; del faro cefeido y pulsátil, de las vías del ferrocarril, rechinantes. Acaricié la agradable dureza del seto.

Desvanecida, la aparición hipercósmica. No debía de ser como yo la había soñado, realmente, sino mucho más sutil, más terrible, más excelente, e infinitamente menos ajena.

Sin embargo, aunque la visión hubiese sido falsa en detalles de estructura, y aun en la totalidad de su forma, en carácter por lo menos había sido significativa, en carácter quizá había sido verdadera. La realidad misma, seguramente, me había impelido a concebir esa imagen, falsa sin duda en todos los temas y facetas y, sin embargo, verdadera en espíritu.

Las estrellas brillaban débilmente sobre las farolas de la calle. ¿Grandes soles? ¿O débiles chispas en el cielo nocturno? Soles, se decía. Luces que servían para navegar, y que hacían señas a la mente invitándola a apartarse de las preocupaciones terrenales, pero que traspasaban el corazón con sus espadas frías.

Sentado allí en el seto, en el grano planetario, me encogí alejándome de los abismos que se abrían a los lados y en el futuro. La oscuridad silenciosa, lo desconocido e informe, eran más temibles que todos los terrores alimentados por la imaginación. La mente miraba alrededor y no veía nada indudable, nada en toda la experiencia humana que pudiese ser realmente cierto, salvo la misma falta de certeza, nada sino una oscuridad engendrada por una densa niebla de teorías. La ciencia del hombre era una mera neblina de números, su filosofía una bruma de palabras. Aun la percepción que tenía de este grano de arena y de todas sus maravillas no era sino una cambiante y engañosa apariencia. Aun uno mismo, ese hecho aparentemente central, era un mero fantasma, tan engañoso que el más honesto de los hombres tiene que cuestionar su propia honestidad, tan insustancial que debe dudar de su propia existencia. ¡Y nuestras lealtades! Tan ilusorias, tan mal informadas, tan mal concebidas. Tan vagamente perseguidas y tan envueltas en odios. Nuestros mismos amores, y aun aquellos de plena y generosa intimidad deben ser condenados como intentos de autorecompensa y autocongratulación.

¿Y, sin embargo? Mire nuestra ventana. Habíamos sido felices juntos. Habíamos descubierto o habíamos creado nuestro pequeño tesoro de comunidad, una roca solitaria en toda la agitación del mundo. Esto, no la inmensidad astronómica e hipercósmica, esto, y sólo esto, era el fundamento sólido de la existencia.

Había confusión en todas partes, una tormenta que crecía, olas que asaltaban nuestra roca, y alrededor, en esa oscura conmoción, rostros y manos que llamaban, que asomaban apenas y se desvanecían.

¿Y el futuro? Oscurecido por la tormenta creciente de la locura de este mundo, aunque atravesado por ráfagas de nueva y violenta esperanza, la esperanza de un mundo cuerdo, razonable y más feliz. Entre nuestro tiempo y el futuro, ¿qué horror puede esperar? Los opresores no dejarán dócilmente su sitio. Y nosotros dos, acostumbrados a la seguridad y a la moderación, estábamos preparados sólo para vivir en un mundo bondadoso, donde nadie sería atormentado y por lo tanto nadie estaría desesperado. Estábamos adaptados sólo al tiempo bueno, a la práctica de las virtudes amables, no demasiado difíciles, sin heroísmo, en una sociedad a la vez segura y justa. En cambio nos encontrábamos en una época de conflictos titánicos, desde los implacables poderes de la oscuridad, y los desesperados, y por eso crueles, poderes de la luz iban a librar una lucha mortal en el corazón desgarrado del mundo, donde se sucedían las crisis y había que tomar graves decisiones, y los principios simples o familiares no eran adecuados.

Más allá de nuestro estuario una roja lengua de fuego brotaba de una fundición. Al alcance de la mano, las formas oscuras de la aulaga prestaban misterio al páramo suburbano.

Vi en mi imaginación, por encima de nuestra colina, las otras colinas más lejanas e invisibles. Vi las llanuras y los bosques y todos los campos con sus miríadas de briznas. Vi la tierra que se curvaba en el horizonte, como el hombro del planeta. Una red de caminos, cañerías de acero y alambres zumbantes unían las villas: gotas de niebla en una telaraña. Aquí y allí una ciudad se abría en una expansión de luz, una nublada luminosidad, rociada de estrellas.

Más allá de las llanuras, Londres, con sus luces de neón, era una platina de microscopio sacada de unas aguas putrefactas y poblada de ruidosos animálculos. ¡Animálculos! Desde una perspectiva estelar, estas criaturas no eran realmente sino sabandijas minúsculas y, sin embargo, para ellas mismas, y a veces para sus semejantes, eran más reales que todas las estrellas.

Mirando más allá de Londres, mi imaginación vislumbró la pálida extensión del Canal, y luego la totalidad de Europa, una tela emparchada de campos de labranza y somnoliento industrialismo. Más allá de los álamos de Normandía se extendía Paris, con las Torres de *Notre-Dame* ligeramente inclinadas a causa de la curvatura de la Tierra. Más allá aún, la noche española ardía con el asesinato de las ciudades. A la izquierda se extendía Alemania, con fábricas y bosques, y música, y cascos de acero. Me pareció ver en las plazas de las catedrales a miles de jóvenes alineados, exaltados, poseídos, saludando al *Führer* bañado por los reflectores. En Italia también, tierra de recuerdos e ilusiones, el ídolo de las multitudes subyugaba a los jóvenes.

Otra vez a la izquierda, Rusia, un segmento apreciablemente convexo del globo, de una palidez nívea en la oscuridad, extendido bajo las estrellas y los caminos de las nubes. Vi las torres del *Kremlin*, en la plaza Roja. Allí descansaba Lenin, victorioso. Más lejos, al pie de los Urales, la imaginación descubrió los plumajes rojos y el palio de humo de las ciudades industriales. Luego los montes, donde asomaba el alba, pues el día, en mi medianoche, estaba ya vertiéndose hacia el oeste a lo largo de Asia, adelantándose con su frente de oro y rosa a la diminuta oruga humeante del expreso transiberiano. En el norte, el Ártico, duro como el hierro, oprimía a sus exiliados. Al sur se extendían los valles y llanuras que en otro tiempo habían acunado a nuestra especie. Pero ahora unas vías de ferrocarril cruzaban la nieve. En todas las aldeas unos niños asiáticos despertaban a otro día de escuela, y a la leyenda de Lenin. En el sur otra vez, los Himalayas, cubiertos de nieve desde la cintura a la cresta. Miré las multitudes de las estribaciones y me interné entre las multitudes de la India. Vi las plantas de algodón que bailaban al viento, y el trigo, y el río sagrado que llevaba las aguas del Kamet entre los arrozales y por los remansos infestados de cocodrilos, y cruzaba Calcuta, con sus naves y oficinas, hacia el mar. Desde mi medianoche mire China. El sol de la mañana se

Librodot

reflejaba en los campos inundados y doraba las tumbas ancestrales. El Yang Tse, un río brillante y retorcido, corría por su desfiladero. Más allá de los montes de Corea, del otro lado del mar, se alzaba el Fujiyama, extinto y formal. Alrededor, una población volcánica se apretaba en las tierras estrechas como lava en un cráter. Ya se derramaba por el Asia una inundación de ejércitos y mercaderes.

Mi imaginación retrocedió y se volvió hacia el África. Vi el canal de agua fabricado por las manos del hombre que unía Oriente y Occidente. Luego los minaretes, las pirámides, la Esfinge que esperaba siempre. En la antigua Menfis se oía un eco de rumores industriales. Hacia el sur, unos hombres negros dormían a orillas de grandes lagos. Tropas de elefantes aplastaban las cosechas. Más lejos aún, donde los holandeses y los ingleses aprovechaban los esfuerzos de millones de negros, unos vagos sueños de libertad agitaban a las multitudes.

Mirando por encima del continente, más allá de las mesetas coronadas de nubes, vi los Mares del Sur, ennegrecidos por las tormentas, y luego los acantilados de hielo con sus focas y pingüinos y los altos campos de nieve del continente despoblado. Mi imaginación enfrentó el sol de medianoche, cruzó el polo y dejó atrás el monte Erebus que vomitaba lava sobre su armiño. Fue hacia el norte, por el mar de verano, pasó sobre Nueva Zelanda, esa Bretaña más libre pero menos consciente, y sobre Australia donde unos jinetes de ojos claros arriaban sus ganados.

Aún mirando al este desde mi colina, vi el Pacífico, sembrado de islas, y luego las Américas, donde en otro tiempo los descendientes de Europa habían dominado a los descendientes de Asia mediante la prioridad en el empleo de los fusiles y la arrogancia que dan las armas de fuego. A lo largo del otro océano, hacia el norte y hacia el sur, se extendía el Nuevo Mundo, el Río de la Plata, y Río de Janeiro, las ciudades de Nueva Inglaterra, centros radiantes del nuevo estilo de vida y pensamiento. Nueva York se alzaba oscuramente en el cielo de la tarde: un enjambre de altos cristales, una acumulación de megalitos modernos. Alrededor, como peces que mordisquean a los pies de los cargueros, se apretaban los grandes transatlánticos. Los vi también en alta mar, y los barcos de carga marchaban en el crepúsculo con los ojos de buey y las ventanillas iluminadas. Los fogoneros sudaban delante de los hornos, los vigías se estremecían en los mástiles, la música de baile era arrastrada por el viento.

Vi todo el planeta, el grano de arena, con sus atareados enjambres, como un circo donde los antagonistas cósmicos, dos espíritus, estaban preparándose ya para una lucha crítica, asumiendo disfraces terrestres y locales, enfrentándose en nuestras mentes despiertas a medias. En una ciudad tras otra, en un pueblo tras otro, y en innumerables granjas solitarias, quintas, cabañas, chozas, en todos los agujeros donde las criaturas humanas se preocupaban por sus comodidades, escapatorias y triunfos pequeños, fermentaba la gran lucha de nuestra época.

Una voluntad se alzaba como un desafío en nombre de un mundo nuevo, anhelado, razonable y gozoso, en el que todo hombre y toda mujer tendrían la posibilidad de vivir plenamente, y de vivir al servicio de la humanidad. La otra parecía ser esencialmente el miedo o lo desconocido, ¿o era algo más misterioso? ¿Podría ser una voluntad de dominio que fomentaba para sus propios fines la pasión de la tribu, arcaica, vengadora y enemiga de la razón?

¿Cómo enfrentar una época semejante? ¿Cómo alimentar el coraje cuando sólo se es capaz de virtudes domésticas? ¿Cómo preservar a la vez la integridad de la mente, y no permitir nunca que la lucha destruya en el propio corazón lo que se quiere realizar en el mundo, la integridad del espíritu?

Dos luces como guías. La primera, nuestro átomo, resplandeciente de comunidad, con todo lo que esto significa. La segunda, la luz fría de las estrellas; símbolo de la realidad hipercósmica, con sus éxtasis cristalino. Curiosamente, en esta luz, en la que el amor más alto

es tasado fríamente, y en la que aun la posible derrota de nuestro mundo despierto a medias es contemplada sin remisión de alabanza, la crisis humana alcanza mayor significado. Es raro que parezca más urgente, y no menos, participar en esta lucha, este breve esfuerzo de criaturas microscópicas que tratan de ganar para su raza algún acrecentamiento de lucidez, antes de la oscuridad ultima.

F I N

Librodot

Una nota sobre magnitudes

La inmensidad en sí misma no es algo bueno. Un hombre vivo vale más que una galaxia sin vida. Pero la inmensidad tiene una importancia indirecta en tanto facilita la riqueza mental y la diversidad. Por supuesto, las cosas son grandes o pequeñas en relación con alguna otra. Decir que un cosmos es grande equivale a decir que comparado con él alguno de sus componentes es pequeño. Decir que su carrera es larga equivale a decir que contiene muchos acontecimientos en su interior. Pero aunque la inmensidad temporal y espacial de un cosmos no tenga mérito intrínseco, es el terreno donde puede crecer lo psíquico, para todos nosotros un valor. La inmensidad física abre la posibilidad de una vasta complejidad física, y esto permite a su vez la aparición de organismos de mente compleja. Esto es cierto por lo menos en un cosmos como el nuestro, donde la mente está condicionada por lo físico.

El probable tamaño de nuestro cosmos puede ser concebido aproximadamente mediante la analogía siguiente, adaptada de otra similar ideada por W. J. Luyten en su obra *«The Pageant of the Stars»*. Digamos que Gales representa el tamaño de nuestra Galaxia, 100.000 años luz. Esta galaxia está rodeada por un sistema de siete subgalaxias mucho más pequeñas y de nebulosas globulares, todas en una región de 1.000.000 de años luz de diámetro. Se encontrarán luego otros sistemas en el espacio separados por distancias que corresponden a la que media entre Gales y Norteamérica. En la misma escala una galaxia situada a 500.000.000 de años luz estaría a poco menos de 100.000 kilómetros de la Tierra, aproximadamente un cuarto de la distancia a la Luna. La extensión total del Cosmos estaría representada en este modelo por un volumen de unos 17.000.000 de kilómetros de diámetro, o un octavo de la distancia de la Tierra al Sol. La distancia entre el Sol y la estrella más cercana (4,5 años luz) sería de unos cuatro metros (Un año luz equivaldría aproximadamente a un metro). La velocidad media del movimiento estelar -32 kilómetros por segundo- estaría representada por una distancia de diez centímetros recorrida en 100 años. La órbita de la Tierra tendría un diámetro de un milésimo de pulgada; el diámetro del Sol sería de seis millonésimos de pulgada; el de la Tierra quedaría reducido a una vigésima parte de un millonésimo de pulgada.